

Toda la Historia del mundo



Una breve historia de la humanidad
De la prehistoria al 11-S

Jean-Claude Barreau
Guillaume Bigot



Lectulandia

He aquí una historia de la humanidad concentrada y de fácil lectura, ágil y accesible, que resume de modo cronológico los principales acontecimientos de la civilización, desde los antecedentes del *homo sapiens* hasta los atentados del 11-S. Un acercamiento a veces desmitificador, pero siempre riguroso, que profundiza en los aspectos culturales y políticos para explicar con atrevimiento y originalidad — ¿qué fue el Imperio romano sino la primera globalización?— los hechos presentes a partir de los pasados. Un libro-brújula para todo tipo de lectores que se detiene en lo esencial y que, al modo clásico, instruye deleitando.

Lectulandia

Jean-Claude Barreau y Guillaume Bigot

Toda la Historia del mundo

De la prehistoria a la actualidad

ePUB v1.0

Horus01 04.02.12

más libros en lectulandia.com

Jean-Claude Barreau & Guillaume Bigot
Fecha de Publicación: 2006
Traducción de: Sofía Tros de Ilarduya

Capítulo 1

Los desmemoriados

EN FRANCIA, hace un siglo, todo aquel que sabía leer también sabía situarse en el tiempo y en el espacio. Un manual redactado por dos eminentes profesores, el «Malet-Isaac», mencionaba las referencias históricas y geográficas que conocían las personas que habían superado el graduado escolar. Sin embargo, esto ya no es así. La mayor parte de los franceses, y de los occidentales en general, se han convertido en personas sin pasado, en «desmemoriados» (esta palabra describe bastante bien la situación). Por una irónica paradoja, nunca se ha hablado tanto del «deber de la memoria» como en esta época de olvido; ya se sabe, sólo se insiste en una cualidad cuando ésta se ha olvidado.

Hasta hace poco tiempo, aún se escuchaba a los franceses quejarse cuando no se sentían contentos: «Si una vez hicimos la Revolución, podríamos volver a hacerla», manifestaban así que eran conscientes de una bonita continuidad histórica. ¿Qué encontraríamos hoy en la cabeza de sus hijos (al menos en la de los que no han cursado el tercer ciclo)? ¡Un caballero de la Edad Media con su armadura, cabalgando sobre un cohete interplanetario, a modo de caballo, en un lugar indeterminado!

La película en varias entregas *El señor de los anillos*, una epopeya que no se desarrolla en ninguna parte, nos proporciona con su éxito el testimonio de la ignorancia universal. La culpa no es de nuestros contemporáneos si se ha descuidado instruirles sobre hechos y lugares. Un mundo apremiante ha querido sustituir el estudio de la historia cronológica por el de los temas que cabalgan por los siglos, del tipo «Los medios de comunicación a través de los tiempos». En cuanto a los lugares, todos son iguales para los apresurados técnicos que ya no quieren tener en cuenta los parajes, las ciudades actuales alinean por todas partes las mismas torres de cristal. Dentro de este barullo, los paisajes se difuminan, las culturas se disuelven, las historias colectivas se borran.

Esta mezcla provoca la desaparición de aquello que permitía a los individuos efectuar el inventario de su herencia.

Si a esto se añade un tremendo desprecio por el pasado lejano y el culto a lo «inmediato», se entiende que nuestra modernidad fabrique más consumidores, «zapeadores» e hijos de la publicidad que ciudadanos responsables, deseosos de comprender y construir.

Así pues, hay que ponerse en guardia: la misión más importante de una civilización es transmitir a sus hijos un patrimonio, queda a cargo de estos últimos rechazar, dilapidar o hacer fructificar esa herencia.

Cuando en la noche de Pascua, un joven israelí interroga de manera ritual a los adultos que lo rodean sobre el sentido del rito que se celebra, éstos le responden, de un modo no menos ritual, con el relato de la liberación del pueblo judío de la esclavitud egipcia. Este hecho, expresado de un modo sobrecogedor durante la cena pascual del judaísmo, constituye el acto fundamental de la educación. No fue por casualidad que Pol Pot, en Camboya, quisiera arrancar radicalmente a los jemeres de su pasado: sabía lo que se hacía.

De este modo, sin esas preguntas del discípulo al maestro, sin la transmisión de los maestros a los más jóvenes, deja de subsistir la civilización y sólo queda la barbarie; ni siquiera sobrevive la especie humana, lo que subrayaremos haciendo alusión a la prehistoria.

Esta convicción nos ha empujado a intentar contar la historia de los hombres. Sabemos que numerosos profesionales, muy eruditos en tal o cual cuestión, escriben cantidad de obras, la mayoría excelentes, que se publican todos los años (por ejemplo, en esta misma editorial); pero esas historias tratan de problemas concretos, de épocas precisas y de personajes aislados. Y nuestros contemporáneos —que no han aprendido en el colegio la cronología— no encuentran ningún equivalente actual al «Malet-Isaac», (que, es verdad, se ha reeditado en bolsillo, pero ese manual daba por supuesta una enseñanza de Historia que ya no se proporciona). En la actualidad, la gente tiene dificultades para hacer un estudio comparativo de los temas, para situarse en la cadena del tiempo. Sin embargo, Malraux nos explica en sus *Antimemorias* que sin un punto de comparación, los problemas dejan de ser comprensibles. «Pensar es comparar», escribe.

¿Es posible, por tanto, descifrar la actualidad sin referencias históricas; los acontecimientos más actuales siempre se enraízan en un pasado lejano? ¿Cómo situar, por ejemplo, las guerras de Irak sin haber oído hablar de Mesopotamia? Sin referencias cronológicas ni geográficas, los telediaros se transforman en historias fantásticas, en episodios de *El señor de los anillos*. Sus imágenes nos disgustan sin que nos sintamos concernidos. Hoy en día se ve todo, de inmediato, en directo, pero no se entiende nada. En las librerías se encuentran excelentes diccionarios históricos, pero para consultar un diccionario hay que saber por dónde hincarle el diente. En los monitores de internet aparece más o menos todo lo que se busca, pero en la «red», en la «web», coexisten lo mejor y lo peor, y sin cultura general se hace difícil distinguir lo uno de lo otro.

De ahí la idea simple, ambiciosa y modesta a la vez, de escribir un libro bastante corto que sea el relato de la historia del mundo; un relato necesariamente incompleto y orientado desde el punto de vista de sus autores, por lo tanto discutible, pero firmemente cronológico. Retomando el título de una famosa colección de libros franceses, «La historia contada a mi hija o a mi hijo», nuestra historia se dirige a

todos los lectores que deseen «encontrarse», y situar sus destinos personales (para lo que multitud de psicólogos les ofrecen sus servicios) en la gran historia colectiva, heroica y trágica, absurda o llena de sentido, de la especie humana.

Nosotros hemos querido «narrar» un relato cronológico; un cuento, es verdad, pero el más apasionante (la realidad supera la ficción), basado en lo real y no en las fantasmagorías de la literatura fantástica (género literario que se puede apreciar, pero solamente sabiendo que es «fantástico»).

Este libro no es un libro de sabios. Pretende ser una especie de resumen de la historia de la humanidad; rudimentario, aunque lleno de acercamientos sorprendentes y de cuestiones impertinentes; un cuento verdadero en donde el lector podrá encontrar interpretaciones discutibles de hechos que no son cuestionables. Está dirigido a todos, con excepción de los historiadores de oficio.

Nota: Los autores agradecen su ayuda a Sandra Muñoz.

Capítulo 2

La prehistoria

LA AVENTURA del ser humano empieza mucho antes que su historia. Sólo se puede elaborar la historia de los pueblos que han escrito.

Antes de la invención de la escritura, no disponemos más que de documentos arqueológicos sobre nuestros ancestros: osamentas, útiles, pinturas; únicamente más tarde podemos leer lo que contaban de sí mismos. Porque la escritura se utiliza desde hace alrededor de seis mil años. Es decir, la prehistoria es mucho más larga que la historia.

La Tierra es un planeta rocoso situado a gran distancia de una estrella mediana, el Sol, semejante a millones de otras estrellas.

En la Tierra, la vida nació y se desarrolló hace más de cuatro millones de años, aprovechando la abundancia de agua (los océanos cubren las tres cuartas partes del globo) y la existencia de una atmósfera densa y con nitrógeno. Probablemente exista vida en otros lugares, en planetas que gravitan alrededor de estrellas fijas, pero hasta el momento, y a pesar de las sondas espaciales, sólo la hemos encontrado en nuestro planeta.

Tal vez los extraterrestres vivan en la inmensidad del cosmos; sin embargo, no tenemos ninguna noticia de que hayan visitado nuestro mundo, ninguna de las «pruebas» de su eventual paso resisten realmente el análisis científico.

Aun sin visitar la maravillosa Galería de la Evolución del Museo de Historia Natural de París, se puede comprobar que los animales más desarrollados han sido los primates, familia a la que nosotros pertenecemos.

Los primates son todos los simios, pequeños o grandes. Todavía quedan en la Tierra otros grandes primates además de nosotros: los chimpancés, los gorilas, los orangutanes. Éstos no son nuestros antepasados, sino nuestros primos. Nuestros ancestros eran los grandes primates desaparecidos hoy en día: el *Sinanthropus*, el *Pithecanthropus*, etcétera. Los mamíferos son los animales más desarrollados, en particular, gracias a su modo de reproducción dentro del seno de las hembras, in útero, en donde están mucho mejor protegidos que los huevos de las serpientes o de los pájaros.

Los primates son los más inteligentes de los mamíferos. La vida progresa por selección natural, se elimina a los peor adaptados. Así pues, la inteligencia es el mejor criterio de selección. Una especialización demasiado grande no es una ventaja. Un elefante es formidable, pero sus defensas lo estorban. Un caballo corre muy rápido pero no tiene cuernos. El tigre es una extraordinaria máquina de matar (igual que todos los felinos), pero, como no tiene que hacer demasiado esfuerzo para

alimentarse, es bastante estúpido. Los primates no tienen defensas, corren menos rápido que el caballo y se encuentran desnudos frente a los leones, pero triunfan sobre los depredadores por su astucia.

Además es necesario que esa inteligencia pueda adecuarse al hábitat: los mamíferos marinos (ballenas, delfines) son muy inteligentes, pero no tienen manos. Los primates tienen manos. ¿Por qué? Porque viven en los árboles y porque, para poder vivir en los árboles, tienen que agarrarse. Los primates son, pues, tetrápodos. Sus manos les han proporcionado enormes posibilidades de acción. Las especies animales cambian por mutación genética, la selección natural elimina las mutaciones inadaptativas. Tras millones de años de mutaciones y de selección, los grandes primates eran, en la era cuaternaria, los más adaptativos de entre todos los animales: menos fuertes que los elefantes, menos salvajes que los tigres, menos rápidos que los caballos, pero aptos para todo.

De esto puede deducirse que, si en alguna otra parte de la galaxia existen «homínidos», éstos tienen todas las probabilidades de parecerse a nosotros: cerebro grande, manos, no demasiada especialización...

El estudio de la prehistoria moviliza a miles de sabios e investigadores. Aquí no pretendemos entrar en detalles —paleolítico inferior, medio o superior, mesolítico, etcétera—, sino incitar a la reflexión sobre lo esencial. Por ejemplo, ¿desde cuándo existe el hombre?

Sobre esta cuestión se enfrentan dos escuelas.

Los especialistas en animales nos responden que el hombre apareció hace dos o tres millones de años, a partir de grandes primates hoy desaparecidos, mucho más evolucionados que los chimpancés actuales, capaces de mantenerse en pie y de fabricar útiles.

Pero la postura bípeda, que favorece la acción porque libera las manos, no es lo propio del ser humano, al contrario de lo que afirma el cómic *Rahan*, que define a los hombres como «aquellos que caminan con los pies». Los gorilas también pueden mantenerse en pie. Fabricar útiles tampoco es un signo absolutamente humano. Los chimpancés saben servirse de instrumentos. Por ejemplo, para comer los huevos de un nido de termitas, introducen en él una caña hueca que luego absorben. De este modo, los numerosos esqueletos reconstruidos a partir de osamentas esparcidas que datan de hace un millón de años, como la famosa «Lucy», sólo demuestran que en aquella época existían grandes primates superiores, y no que esos seres ya fueran humanos.

La otra escuela, la de los antropólogos, piensa en general que la aparición del hombre es mucho más reciente, tal vez se remonte a doscientos o trescientos mil años. Evidentemente, nosotros estamos muy próximos a los grandes simios, e incluso a todos los mamíferos. Este es el motivo por el que amamos a los perros, cuyas

emociones son semejantes a las nuestras. Un perro siente afecto, celos, tiene un instinto jerárquico y territorial, igual que nosotros y que el conjunto de los mamíferos.

Pero lo propio del ser humano no es la emoción, ni mantenerse en pie, ni la fabricación de útiles. Lo propio del ser humano es el lenguaje.

Los animales carecen de lenguaje, disponen de gritos. Aunque a veces muy complejos, son gritos o señales previstos por el código genético de sus especies. También los animales cambian únicamente por mutación genética, y una mutación genética positiva sólo será seleccionada después de miles de años...

Un perro viejo o un caballo viejo han aprendido mucho durante sus vidas, pero cuando mueren su experiencia desaparece con ellos, puesto que no han podido comunicarla.

La invención del lenguaje es lo propio del hombre. Por medio del lenguaje, el hombre viejo puede comunicar a los más jóvenes lo que ha aprendido. Nosotros consideramos que más allá de la transmisión, la relación maestro-discípulo es la que ha constituido la humanidad. Sin ella, nos convertiríamos en animales; de ahí el peligro de las delirantes ideologías que cuestionan esta relación.

Gracias al lenguaje, las mutaciones de la humanidad ya no son «genéticas», sino «culturales». Ya no necesitan miles de años, sólo años. Gracias al lenguaje, la especie humana se ha extendido por la Tierra y se ha transformado con una rapidez desconocida hasta entonces. La especie humana ya no es exclusivamente «natural»; es «cultural». Ciertamente es que las mutaciones genéticas siguen con su lento ritmo. Así, desde hace doscientos mil años, los colores de la piel han cambiado. En países muy soleados como los de África o el sur de la India, la selección natural ha favorecido la supervivencia de los mutantes de melanina (piel negra), mientras que las pieles blancas se han visto favorecidas en los países nórdicos, en donde la oscura se ha debilitado. Pero estas mutaciones son superficiales hasta tal punto que, cuando se descubre un esqueleto, es imposible deducir cuál era el *color* de su piel. Se han encontrado cráneos alargados, «dolicocefalos», o cabezas redondeadas, «braquicefalas», pero esto no se relaciona en absoluto con el color de la piel. Los primeros hombres probablemente fueron «café con leche», a lo que tienden a volver sus descendientes debido a los flujos migratorios: «United Colors of Benetton».

Una mutación genética más interesante es la que ha convertido a la mujer en la más hermosa de las hembras mamíferas. Por lo general, entre los mamíferos, los machos son más bellos que las hembras. Así sucede con el león y con el ciervo. Entre los hombres es a la inversa. ¿Por qué?

Porque la selección natural tenía que resolver un problema contradictorio. La hembra humana necesitaba una pelvis más estrecha que la de las hembras tetrópodos para poder correr con los pies y, así, escapar de los depredadores. Pero también era

necesario que tuviera una pelvis lo suficientemente ancha como para ser capaz de dar a luz. Es sabido que, en arquitectura, las obras maestras son, a menudo, el producto de la solución de exigencias contradictorias. Así pasó con la arquitectura femenina, cuyas extraordinarias curvas en forma de guitarra son el resultado de dos necesidades opuestas de nuestra especie: correr rápido y dar a luz.

Pero si las mutaciones genéticas continuaron a ritmo lento, lo propio de la humanidad fue la mutación cultural a ritmo acelerado por el lenguaje.

¿Cómo puede imaginarse la aparición del lenguaje y, por lo tanto, de la humanidad? Sabemos que se produjo en África oriental hace unos centenares de miles de años.

También sabemos que el clima de nuestro planeta cambia con el curso de los años. Se producen cambios regulares: el ciclo de los períodos glaciares e interglaciares, que abarca más o menos ciento veinte mil años. Durante los períodos glaciares, la Tierra es más fría, los glaciares cubren el medio oeste americano y descienden por Europa hasta Bélgica. No existe el Sahara. El nivel del mar es más bajo y se puede pasar a pie desde Asia hasta América (por el estrecho de Bering) y desde Francia hasta Inglaterra (por el paso de Calais).

Actualmente, vivimos en un período más cálido, «interglaciar». (Dentro de los períodos interglaciares también se dan cambios climáticos, pero más moderados; recordaremos esto.)

El último período glacial terminó hace trece o catorce mil años. Tal vez el surgimiento de la humanidad fue debido a un acontecimiento climático brutal ocurrido hace varios centenares de miles de años.

Imaginemos una canícula o una sequía que dura veinte años. Los bosques se queman y desaparecen. Los primates, animales de los bosques, recolectores de frutos, se encuentran de repente en la sabana. En los árboles, consumían frutos u hojas, y, de manera excepcional, cuando una ardilla les caía en las manos, carne. Se puede pensar que en la sabana la mayoría de ellos murió de hambre o se replegó hacia los bosques ecuatoriales. Pero un grupo supo inventar la caza. Es verdad que muchos mamíferos son cazadores, pero los primates son recolectores; la caza no aparece en su código genético. Entonces se pusieron de pie para ver por encima de la hierba, algo de lo que ya eran capaces aunque apenas lo practicaban en los árboles. Luego, intentaron capturar las piezas con trampas, enormes agujeros que cavaban en el suelo, o desniveles naturales (la Roche de Solutré). Débiles y desnudos, se vieron obligados a organizarse, a enviar exploradores para abatir la caza (técnicas que luego utilizarían en sus campañas todos los grandes capitanes). Para transmitir las órdenes desde lejos, necesitaron emplear sonidos que no formaban parte de su herencia fonética. Había nacido el lenguaje. Anteriormente tenían la capacidad de hablar, pero no la utilizaban. Nuestros actuales chimpancés tienen capacidad de lenguaje. Como no tienen cuerdas

vocales no pueden hablar, pero hay investigadores que han logrado enseñarles el lenguaje de los sordomudos.

De este modo, en algún lugar del África oriental, hace doscientos o trescientos mil años, uno o varios grupos de primates inventaron el lenguaje.

E inmediatamente su universo cambió.

La invención del lenguaje fue una cuestión práctica: se trataba de transmitir órdenes orales no previstas por el código genético, y destinadas a la ejecución de acciones de caza precisas.

Pero, al mismo tiempo, el lenguaje creó una neurosis: la del futuro.

Los animales no tienen ninguna noción de futuro. Disponen de la memoria del pasado, pero ninguna preocupación por el futuro. Cuando el animal tiene el suficiente alimento y afecto, es perfectamente feliz dentro de un eterno presente. No imagina que pueda morir. No se angustia ni se esconde salvo que se sienta amenazado *hic et nunc*, aquí y ahora, por los depredadores, el hambre o la enfermedad.

Tras la invención del lenguaje simbólico, los primates que caminaban con los pies se transformaron en hombres angustiados; la neurosis humana es original.

Por la noche, rememorando juntos la jornada de caza, se dieron cuenta de que uno de los cazadores había desaparecido: el león lo había matado, estaba muerto.

Al imaginar por medio de palabras la caza del día siguiente, comprendieron que corrían el riesgo de morir. También existía la enfermedad, la vejez. De pronto se abrieron horizontes metafísicos y angustiosos ante estos «animales desnaturalizados» (como reza el título de un bonito libro de Vercors).

¿Qué es el hombre? Un ser que sabe que va a morir y que necesita contarse historias. Contarse historias para soportar esa idea insoportable de la finitud, para conjurar la necesidad ineludible de la muerte.

Contarse historias para acercarse a sus semejantes, para reconfortarse con sus palabras, para formar con ellos una humanidad.

Capaz de prever el futuro, de organizado, el *prima-v te humano* escapa, al mismo tiempo, de la ley genética. Va a poder hacer cosas que los animales no hacen, para lo bueno y para lo malo.

Para lo malo: los animales, incluso los mamíferos más evolucionados, no son ni buenos ni malos, puesto que actúan según lo que su «programa genético» les impone. Hay muchos combates entre jefes con el fin de establecer la jerarquía, pero éstos sólo acaban en muerte de manera accidental, basta con un gesto de sumisión para apaciguar al vencedor.

No hay asesinos en el mundo animal: el lobo que se come al cordero no comete un asesinato, el lobo no es un lobo para el lobo.

De modo contrario, en el recuerdo original de todas las religiones, afirma René Girard en su libro *Des choses cachées depuis le commencement du monde* [Las cosas

ocultas desde el comienzo del mundo], existe el asesino, el «pecado original», el que mata a su hermano (Caín), el que mata a su padre (Edipo). El hombre puede transgredir la ley genética y asesinar a su hermano. «El hombre es un lobo para el hombre», constata el proverbio latino.

La violación es, de igual manera, casi desconocida entre los mamíferos. Un bonito documental de Frederic Rossif, *La Fête sauvage* [La fiesta salvaje], sobre las costumbres del león nos muestra a la leona en celo provocando al macho, simulando ceder, marchándose y sucumbiendo sólo cuando, después de varios días, le viene en gana. En los humanos, los instintos genéticos —jerarquía, territorio, sexualidad— son poderosos. Muchas de las rivalidades de oficina hacen pensar irremediabilmente en los combates entre machos. Los soñadores que niegan el patriotismo olvidan que el hombre es un animal territorial; y aunque la sexualidad humana pueda sublimarse en el amor, conserva el formidable poder del deseo genético. Pero el hombre puede transgredir su programa genético. Por ello, los grupos humanos tienen una absoluta necesidad de establecer leyes morales o religiosas con el fin de suplir las carencias de las leyes genéticas.

El hombre es ese ser que ha duplicado su código genético con un código cultural.

Pero el lenguaje también permite al hombre lo mejor.

Al escapar de la lentitud milenaria de las mutaciones genéticas, va a poder cambiar con una increíble rapidez y adaptarse a todo. Eso sí, con la condición de transmitir lo adquirido a través de la educación.

El hombre prehistórico ya es un ser histórico que relata el pasado para construir su futuro. Lo hemos subrayado: destruir la transmisión del maestro al discípulo sería destruir la humanidad.

Ya no existe la «naturaleza» humana; desde la prehistoria hay una «cultura» humana siempre amenazada por el olvido. Transmitir su saber es, en definitiva, lo único que distingue al hombre del animal.

El lenguaje ha proporcionado al hombre una formidable capacidad de adaptación.

Todos los animales son prisioneros de su hábitat, de su «biotopo»; el hombre, no. El ser humano, al haber nacido en África oriental, en un clima demasiado cálido, no tiene pelo, es un «mono desnudo». Y, sin embargo, va a ocupar la Tierra entera, casi hasta ambos polos.

Esto no significa que el hombre cambie de clima, no, sino que lleva consigo su clima e inventa ropa y refugios. Hasta hace poco tiempo, los esquimales eran todavía hombres prehistóricos (puesto que la prehistoria ha durado en algunos rincones de la Tierra hasta mediados del siglo XX). Pues bien, en el Ártico habían logrado vivir de manera ecuatorial inventando técnicas tan ingeniosas que se han convertido en nombres comunes en todas las lenguas: los iglús, que protegen del frío utilizando el frío; los anoraks; los kayaks insumergibles.

Así, el hombre es el único animal con posibilidades de lo mejor y de lo peor: de lo peor porque es la única especie capaz de asesinar y de autodestruirse; de lo mejor porque también es la única capaz de adaptarse a todo, de inventar todo.

Puede elaborarse una especie de historia de la prehistoria.

En primer lugar, aunque hubo varios grupos de primates que se humanizaron, en la actualidad no quedan más que descendientes de uno solo de esos grupos, el de los *sapiens sapiens*. Respecto a los demás, principalmente uno de ellos se multiplicó bastante, ya que se han encontrado restos fósiles hasta en Europa: se trata del *sapiens Neanderthalensis*.

El hombre de Neandertal era de apariencia más simiesca. Por ejemplo, estaba dotado de una cresta ósea encima de los ojos que le hacía parecerse a los actuales gorilas. Sin embargo, tenía el cerebro más grande que el nuestro. Conocía el arte, la religión. Enterraba a sus muertos siguiendo complicados ritos.

Señalemos de paso que los objetos de arte y las tumbas son pruebas indiscutibles de humanidad. Pero las tumbas más antiguas que hemos descubierto datan de unos cuarenta o cincuenta mil años atrás; en cuanto a las pinturas rupestres, son todavía más recientes. Esto no tiene nada de sorprendente: estadísticamente, los orígenes siempre escapan al arqueólogo, quien tiene más posibilidades de encontrar objetos cuando éstos ya son numerosos.

Así, el hombre de Neandertal desapareció hace veinte mil años sin que podamos entender el porqué. Sabemos que el *sapiens sapiens* y el *sapiens Neanderthalensis* han coexistido en los mismos territorios durante miles de años. ¿Se enzarzaron en una guerra? ¿Podían reproducirse entre ellos? Nada se sabe. Lo más probable es que nuestros antepasados mejor adaptados se hicieran con toda la caza, condenando a los demás a pasar hambre. Sea como fuere, todos los hombres que viven actualmente en la Tierra, por muy diferente que sea su aspecto, descienden de unos cuantos miles de *sapiens sapiens* africanos. La genética lo demuestra.

También sabemos que estos *sapiens* poblaron progresivamente la Tierra entera. Evidentemente, no es cuestión de concebir aquellas migraciones como los viajes de los descubrimientos del siglo XV.

Una tribu de cazadores necesita mucho terreno. Cuando hay demasiados guerreros jóvenes, un grupo se destaca de la tribu original y se desplaza unas decenas de kilómetros para encontrar un espacio de caza virgen, y así continuamente. Aquellos viajes se realizaban a un ritmo tan lento que, para cuando llegaron al confín de la Tierra, los descendientes de los migrantes habían olvidado el lugar de donde sus antepasados habían partido miles de años antes; sobre todo porque no dominaban la escritura y es sabido que la tradición oral no se remonta en el pasado más allá de cuatro generaciones.

De este modo, la conquista del planeta por parte de los hombres prehistóricos fue

una conquista inconsciente. Pero podemos establecer ciertas etapas.

Hace treinta mil años, los seres humanos se encuentran en África, Europa y Asia, pero no en América. En las Américas no había hombres. Éstos llegaron allí hace veinte mil años, procedentes de Asia y pasando a pie por lo que hoy conocemos como el estrecho de Bering. Fue durante el último período glacial; el nivel del mar estaba más bajo.

Por lo tanto, los indios de América son asiáticos aun hoy, por sus rasgos físicos y por los lenguajes que hablan.

Después volvió a subir el nivel del mar, aislando a aquellos hombres del resto de la humanidad —¡que no se unió a ellos en su continente, y para su desgracia, hasta el siglo XVI de nuestra era!—. En la misma época, los aborígenes australianos llegaron a pie desde el continente antes de quedar aislados también ellos.

Progresivamente fueron diferenciándose los lenguajes. Seguramente, los primeros grupos africanos hablaban un idioma común. Con los milenios se instaló Babel; pero quedan huellas de aquel origen lingüístico común: «mamá», por ejemplo, es una palabra común a todas las lenguas del planeta —tal vez porque es la primera que los bebés pueden pronunciar.

Extendidos por toda la Tierra hace quince mil años, los *sapiens sapiens* que quedaban no eran muy numerosos. La caza necesita vastos espacios y depende de la abundancia o escasez de las presas, las cuales, a su vez, dependen de factores ecológicos o climáticos imprevisibles. Digamos que en aquella época, la humanidad prehistórica era, como hoy las ballenas, una especie amenazada, oscilando entre cien mil individuos en tiempos de hambruna y dos o tres millones en años de abundancia, sobre todo, si tenemos en cuenta que aquellos seres no sabían conservar la carne.

Es bastante fácil hacerse una idea de cómo era una tribu prehistórica porque la prehistoria ha durado mucho tiempo en muchos lugares. Los indios de América, en general todos los «primeros pueblos», eran hombres prehistóricos. El adjetivo «prehistórico» no implica ningún juicio de valor; es un adjetivo técnico que se aplica a los pueblos sin escritura.

La tribu india que se describe en la película *Bailando con lobos*, con sus guerreros, su Consejo de Ancianos, sus chamanes, nos parece que muestra bastante bien lo que podía ser el hombre prehistórico.

No era imbécil. Las tribus transmitían culturas elaboradas y coloristas, técnicas admirables (ya hemos señalado lo ingenioso de los iglús, los kayaks y los anoraks de los esquimales). Ya utilizaban el arco, las flechas y otros útiles. Un joven papú podía llamar por su nombre y distinguir centenares de plantas (algo que nosotros no somos capaces de hacer, excepto los botánicos del Museo de Historia Natural).

El hombre prehistórico accedió desde el principio al arte absoluto. ¿Hay alguna evolución entre el cuadro de un artista y las pinturas rupestres de Lascaux?

Sobre todo, el hombre prehistórico está muy próximo a nosotros. Tiene leyes, honor y una religión muy desarrollada: el animismo, la adoración de las fuerzas de la naturaleza.

«Dios respira en las plantas, sueña en los animales y se despierta en el hombre», dice un proverbio comanche.

La tribu es una sociedad compleja, en donde la educación desempeña una función fundamental. Ciertamente que no hay escuelas, pero sí una transmisión por parte de los ancianos, ritos de pubertad, del paso a la edad adulta, de iniciación para los chicos y para las chicas, ritos que sobreviven hasta el día de hoy en muchas sociedades.

El hombre prehistórico está tan próximo a nosotros que si le viéramos en el metro no lo distinguiríamos.

Más próximo de lo que imaginamos. De hecho, desde la prehistoria ha habido inmensos avances científicos y técnicos, pero ninguno psicológico: el hombre es el mismo que el día en que surgió.

Por otra parte, los hombres todavía prehistóricos que, en el siglo XX, entraban en contacto con nuestro mundo moderno (probablemente, hoy ya no quedan en la Tierra tribus prehistóricas, pero las había en el siglo XX y entonces los «primeros contactos» fueron numerosos: papúes de Nueva Guinea, indios del Amazonas) apenas se sorprendían de nuestras sofisticadas técnicas.

En cualquier caso, si pensamos en ello, no hay una naturaleza diferente entre la invención del fuego y la de la bomba atómica, entre el tamtan e internet, entre la velocidad del corredor de la sabana y la del AVE.

Al contemplar a los pájaros, los hombres siempre han deseado volar, el mito de Ícaro da testimonio de ello.

Stanley Kubrick comprendió y describió muy bien esta idea en la primera escena de su obra maestra, *2001, Una odisea del espacio*. En esta escena se ve enfrentarse a los primates. Uno de ellos agarra un hueso que rodaba por el suelo y lo lanza al cielo en dirección hacia sus adversarios. El director transforma entonces, por medio de un fundido encadenado, ese hueso en un cohete interplanetario. Kubrick había comprendido a la perfección que lanzar una tibia o lanzar un cohete es el mismo gesto.

Así, la prehistoria no es un universo extraño. Las grandes cuestiones aún actuales ya se habían planteado entonces: la amenaza de la muerte, la necesidad de la ley, la belleza del arte, la importancia vital de la transmisión del saber.

Capítulo 3

Los ríos nutricios, los primeros estados, las religiones

PROBABLEMENTE fue la presión del clima la que transformó a algunos primates en seres humanos. Esta misma presión es la que hizo que la historia sucediera a la prehistoria.

La última glaciación finalizó hace aproximadamente catorce mil años. Retrocedieron los glaciares, subió el nivel del mar, surgió el Sahara.

Los cinturones de desierto en la Tierra son característicos de los períodos interglaciares. Al mirar las fotos de los satélites, esos cinturones se ven a primer golpe de vista en nuestro Planeta azul. En el hemisferio norte se distinguen los desiertos americanos (que se nos han hecho familiares gracias a las películas del Oeste); luego, más allá del Atlántico, un gran desierto continental que empieza en Mauritania y acaba al norte de China. Se conoce con nombres diferentes —Sahara, en África; desierto Arábigo, en Oriente Próximo, desiertos de Irán y de la India occidental y desierto de Gobi—, pero es el mismo.

Este desierto va perdiendo dureza de oeste a este: muy rudo en Tanezruft, relativo en las estepas mongolas. Durante el transcurso del último período glacial, los hombres cazaban en el Sahara, cubierto de hierba y surcado de ríos. Se sabe porque los cazadores dejaron pinturas rupestres ricas en vegetación y caza. La desertización los condenó a la hambruna.

Por fortuna había ríos que atravesaban el gran desierto continental por cuatro lugares. A estos ríos nunca les faltó el agua, puesto que bebían de fuentes que se encontraban más allá del desierto, en montañas bien regadas.

El más famoso de estos ríos es el Nilo, que nace de una fuente en Uganda, en el lago Victoria, y recibe afluentes de las alturas etíopes, regiones en las que llueve. Por lo tanto siempre conserva suficiente agua para cruzar el Sahara de norte a sur y desembocar en el Mediterráneo.

La segunda región por la que discurren ríos perennes es Mesopotamia. Aquí hay dos ríos, el Éufrates al oeste y el Tigris al este, que se unen para desembocar en el golfo Pérsico. Corren de norte a sur, siempre con agua porque proceden de las montañas ricas en agua del Kurdistán.

El tercer lugar es el desierto de la India, regado de norte a sur por el río Indo, que, junto a sus afluentes, nace en el Himalaya.

El último es la estepa china, salvada de la sequía por el río Amarillo, que llega desde las montañas para morir en el Pacífico.

Evidentemente, los cazadores prehistóricos fueron a refugiarse junto a estos ríos.

Pero en sus orillas ya no podían vivir de la caza; no había suficiente espacio. Entonces inventaron la agricultura, una fantástica revolución que en términos cultos se conoce con el nombre de Neolítico («nueva edad de piedra»).

Cerca de los ríos crecían cereales silvestres. Los cazadores prehistóricos ya condimentaban sus menús con plantas. La genial idea fue seleccionar las mejores, sembrarlas y arrancar el resto. Al mismo tiempo, empezaron a domesticar ganado en lugar de cazarlo.

Las consecuencias de esta mutación técnica fueron formidables.

¿Por qué? Porque la agricultura permite, sobre idéntico territorio, alimentar a cien veces más hombres que la caza. Por ejemplo, el actual territorio francés puede mantener a trescientos mil cazadores como máximo y alimentar a treinta millones de campesinos.

De pronto, la humanidad, que durante los años de bonanza podía reunir como mucho a unos millones de individuos en el planeta, tras la revolución agrícola contó con unos centenares de millones de hombres, cifra que ya no variará hasta la Revolución industrial del siglo XIX, ¡ocho mil años más tarde!

La humanidad dejó de ser una especie amenazada para convertirse en una especie amenazante —también para el medio ambiente—. Puesto que se acaba de constatar que una gran parte de la contaminación es de origen agrícola: emisiones de metano por los cultivos y los arrozales, las roturaciones, etcétera.

Cierto es que todo esto no ha sucedido en un día (en Jericó, hacia el 8850 a.C, ya aparecen mercados agrícolas amurallados), pero sí bastante rápido, en virtud de la velocidad propia del hombre debida a la transmisión cultural. Fuera de estas cuatro regiones mencionadas seguía la vida prehistórica. Sin embargo, en estos cuatro lugares, la humanidad no cambió desde el punto de vista psicológico sino desde el de la organización. Una tribu prehistórica son doscientas personas —cazadores, mujeres, niños, chamanes, ancianos— en continuo desplazamiento; en Egipto pronto fueron millones de campesinos y un Estado.

El Estado nació por primera vez en Egipto debido al reparto de las aguas. Como en ese país no llueve prácticamente nunca, los cultivos dependen por completo del regadío. Los pobladores de la zona alta (de río arriba) temen tendencia a consumir toda el agua en detrimento de los de la zona baja (de río abajo). Ambos se enfrentaron por el agua y luego pensaron que sería preferible tener un rey, el faraón, que vigilara el reparto equitativo del agua.

El segundo factor es que los campesinos necesitan imperiosamente la paz.

El cazador prehistórico era guerrero. El campesino ya no tiene tiempo suficiente para la guerra. Utiliza el tiempo para sembrar, labrar y recolectar —trabaja durante toda la jornada—. No obstante, también necesita protección; si los nómadas o bandidos se comen su trigo o matan a su ganado, muere de hambre. De ahí la

necesidad de un Estado que asegure el orden; más cuando, precisamente, la agricultura produce un excedente alimentario que permite alimentar a un rey y a los militares. El Estado grava ciertos impuestos, pero es un mal menor respecto al bandolerismo.

Estas consideraciones sobre el Egipto faraónico no son especulaciones del pasado; son muy actuales. Las hambrunas en el mundo actual están muy relacionadas con el desorden, el pillaje, con la desaparición de los estados —como sucede, por ejemplo, en África, devastada por guerras civiles—. Cuando vuelve el orden, el campesino se reencuentra en el camino de la recolección, pero para él, la anarquía es el horror.

El Estado es una fuerza armada especializada, pero también es una administración. Porque hay que ocuparse de la gestión de los excedentes, conservar el grano en los graneros en previsión de años malos (las épocas de las «vacas gordas» y de las «vacas flacas» que se relatan en la Biblia). Para gestionar ese grano, se impone la escritura; hay que llevar al día los libros. Por lo tanto, la revolución agrícola trae consigo la invención de la escritura.

Y en el momento en que nace la escritura, entramos en la Historia, puesto que ya nos podemos fiar no sólo de la arqueología, sino también de los libros del pasado.

La escritura es el criterio técnico que distingue la Historia de la prehistoria.

La escritura nace de un modo natural, de la multiplicación de pequeños dibujos estilizados que se llaman «ideogramas» (los jeroglíficos egipcios).

Estos ideogramas son de fácil concepción, pero exigen mucha memoria porque existen miles de ellos, de ahí el nacimiento de una casta de escribas.

De este modo, la escritura nació en Egipto, tres o cuatro mil años antes de Jesucristo, por lo tanto, hace cinco o seis mil años. En la actualidad, chinos y japoneses todavía conservan este tipo de escritura.

El Estado nace en Egipto porque allí la necesidad climática hace imperiosa su existencia, con el Nilo discurriendo por el medio del Sahara.

Ese Egipto independiente de la Antigüedad durará veinticinco siglos.

Se trata de una población muy numerosa, de siete a ocho millones de habitantes, gobernada por un Estado muy organizado. La historia del antiguo Egipto es fácil de entender: cuando el Estado es fuerte, hay abundancia; cuando el Estado se descompone, aparecen la anarquía y las invasiones: los beduinos del desierto, los hicsos llegados del este.

Hay cuatro períodos de poder: el Imperio Antiguo, hacia 2800 a.C; el Imperio Medio, hacia 2000 a.C; el Imperio Nuevo, hacia 1500 a.C, y la dinastía «Saita»^[1], hacia el siglo VII a.C.

La historia del Egipto independiente acaba con la conquista persa en 525 a.C. (y no vuelve a empezar hasta 1950, con Nasser). Esos períodos de poder se ven

entrecortados por tres largas épocas de anarquía.

El primer faraón del Imperio Antiguo se llamaba Menes y la capital se situaba en Menfis (no lejos de la actual, El Cairo). Durante el Imperio Antiguo fue cuando se construyeron las pirámides y las tumbas de los faraones Keops, Kefrén y Micerinos. Ante ellas puede entenderse la extraordinaria revolución técnica que significó la revolución agrícola. En el momento en que hay un Estado, una administración y un ejército, pueden construirse pirámides para mayor gloria de los reyes. Los excedentes agrícolas permiten mantener a los escribas, soldados, artesanos y a todos los individuos que ya no son campesinos. Surge la ciudad, puesto que el rey necesita una administración y palacios.

Egipto alcanzó su apogeo durante el Imperio Nuevo e instaló la capital en Tebas, al sur del país. Se ha podido estudiar de cerca el cuerpo del faraón Ramsés II, que reinó entre 1301 y 1235 a.C, y que murió a los noventa años. En efecto, los egipcios embalsamaban los cuerpos de las personas notables, y la momia del rey viajó a Francia para que la examinaran minuciosamente. La avanzada edad de Ramsés II nos permite contradecir una idea extendida, según la cual las expectativas de la vida humana habrían aumentado. En realidad, esas expectativas apenas han cambiado: «Vivimos hasta los setenta años, los más vigorosos llegan hasta los ochenta», dice la Biblia. Sencillamente, por entonces, los viejos eran pocos (había un número más elevado entre los dirigentes que entre los campesinos; los primeros bebían agua limpia y se cansaban físicamente menos que los segundos).

La última dinastía independiente de Egipto estableció su capital en Sais, junto al Delta.

Todo el mundo conoce la prodigiosa arquitectura egipcia, de la que pueden admirarse las ruinas ciclópeas de Luxor y Karnak. Pero se ignora que los dirigentes egipcios vivían rodeados de un lujo muy moderno.

Tras Egipto, el Estado surgió en Mesopotamia: primero en el sur, en Sumeria, hacia 2600 a.C; luego en el medio Éufrates, con el antiguo Imperio babilónico, en donde reinó hacia 1730 el rey Hamurabi, famoso por haber legado un código de leyes sobre unas tablillas; más tarde, en el alto Tigris, que dominaron desde la capital, Nínive (cerca de la actual Mosul), las dinastías militares y conquistadoras de reyes asirios, con nombres que suenan como declaraciones de guerra (Teglat-Falazar; Sargón, de 669 a 630 a.C; Asurbanipal); y, por fin, de nuevo en el sur, el último Imperio mesopotámico con la prodigiosa ciudad de Babilonia (cercada de la actual Bagdad, pero junto al Éufrates) y el gran rey Nabucodonosor, maldito en la Biblia por haber expulsado a los judíos de Palestina (587 a.C).

«A orillas de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos, acordándonos de Sión; habíamos colgado nuestras harpas en los álamos de alrededor», dice el Salmo.

También los estados mesopotámicos conocieron una maravillosa arquitectura. Irak es menos rico en monumentos que Egipto sólo porque los mesopotámicos no construían con piedras, como hacían los egipcios, sino con ladrillos, y éstos se conservan mal. Pero basta con entrar en el Louvre y admirar los dragones alados que allí se exponen para convencerse de la fuerza del arte asirio.

Los estados egipcio y mesopotámico, que se tocan en Palestina, mantuvieron intensas relaciones, de paz y, a menudo, de guerra. Eran rivales y aún lo son. En aquellos tiempos se trataba de dos potencias mundiales.

Remontando hacia el este, y quince siglos más tarde, nos encontramos alrededor del río Indo los reinos arios. ¿Por qué quince siglos más tarde? Porque en la región del Indo, aunque es desértica, también llueve. La presión geográfica, por lo tanto, es menos fuerte.

Los estados arios son famosos principalmente por sus tradiciones religiosas. La religión de la India es el brahmanismo. La religión, en el momento del paso a la agricultura, no experimentó la formidable revolución técnica que trajo consigo el nacimiento de los estados. Siguió siendo animista.

El hombre, desde el origen, se pensó como una conciencia, «un ojo abierto al mundo». Así pues, imaginó toda cosa «consciente» y un espíritu divino por todas partes. Influidos por el judeo-cristianismo, los hombres modernos tienden a pensar que la religión es por naturaleza monoteísta. Esto es falso. La religión natural de los hombres es politeísta, el monoteísmo es mucho más reciente. Y el politeísmo no ha desaparecido: la India sigue siendo politeísta.

Si queremos entender las religiones de la Antigüedad, no hay más que mirar a la India actual. La verdad del animismo es que lo divino está en todas partes, verdad que se impone de manera extrema en los indios.

Todavía más al este y hacia la misma época, alrededor del río Amarillo, aparecieron los estados chinos.

Por lo tanto, en el 1000 a.C. nacieron cuatro civilizaciones: Egipto, Mesopotamia, la India y China, agrupando cada una de ellas a una decena de millones de habitantes. Las cuatro permanecen en contacto: muy estrecho, como hemos visto, entre Egipto y Mesopotamia; más lejano, la India y China —separadas por inmensos espacios y que nunca se enzarzaron en guerras—, pero entre todas había un contacto comercial intenso.

Entre estos cuatro centros, la ruta de las caravanas y la ruta de la seda, unen por vía terrestre, a través del gran desierto continental, a Egipto, la India y China.

Los estados chinos, sin embargo, se enfrentaron entre ellos en cruentas guerras. Por eso se les conoce bajo el nombre genérico de «los reinos combatientes». No se unificarán hasta mucho más tarde, en 220 a.C, con el primer emperador Tsin Che Huang Ti, que reinará de 246 a 216 a.C. y quien dará su nombre al país: China es el

país de Tsin.

Tras él, en 202 a.C, un aventurero, Lieu Pang, fundó la primera dinastía china, la Han.

La historia de China es comparable a la de Egipto: períodos de fuerza y unidad — el Imperio de los Han de 200 a.C. a 200 d.C; el Imperio Tang, alrededor del año 1000 de nuestra era; el Imperio Song en la Edad Media; el Imperio Mongol en 1206; el Imperio Ming, época de apogeo chino, del siglo XIV al XVI; el Imperio Manchú, de 1644 hasta principios del siglo XX—, distanciados por períodos de división y anarquía. Con una diferencia: China está mucho más expuesta que Egipto a asaltos de los guerreros del otro lado de la Gran Muralla, que continúan en la prehistoria. A menudo, los nómadas la invaden y saquean todo.

Pero China posee un enorme poder de absorción. El guerrero nómada, sentado en el trono por la fuerza de la espada, no tarda en asumir por completo la cultura china, hasta que se inicia una nueva invasión. Los grandes soberanos mongoles (Kubilai, nieto de Gengis Khan, descrito por Marco Polo) o los manchúes (cuyo arquetipo fue la última emperatriz china, llamada Tseu Hi, muerta en 1908) eran originariamente nómadas. Pero ¿cómo imaginar a alguien más chino que Tseu Hi?

La humanidad tal y como la conocemos ha nacido. Nosotros estamos muy próximos a ese mundo agrícola de los primeros estados. China, la India, Oriente Próximo siguen estando en el centro de la actualidad. Sin embargo, nuestras ideas no son las mismas.

Hay que dejar claro (es una de las lecciones de la Historia) que las ideas son las que hacen avanzar a los hombres. La economía es importante, el marxismo lo ha subrayado, y está claro que es la necesidad de gestionar el agua y los graneros lo que provocó el nacimiento del Estado; pero, al contrario de lo que pensaba Marx, no es el motor supremo del ser humano. El fondo del hombre es metafísico, como hemos señalado al describir su surgimiento en la prehistoria. Aunque las ideas neolíticas tienen sus consecuencias.

El progreso no existe en el seno de esas civilizaciones. Ellas representan en sí mismas un inmenso progreso, pero, una vez realizada la revolución agrícola, ya no desean cambiar. Allí el tiempo se concibe como una rueda que gira, como un eterno retorno. La esvástica, o cruz gamada, es un símbolo indio (Hitler arrebató ese logo a los brahmanes): es la rueda del tiempo que gira eternamente alrededor de sí misma. Para el indio, que respeta la tradición, el cambio es una especie de pecado.

Aquellas gentes, mesopotámicos, chinos, indios, egipcios, inventaron muchas cosas —el cero, la pólvora, la brújula—, pero nunca imaginaron utilizar sus inventos como palanca para transformar el mundo; éste es el motivo de la extraordinaria inmovilidad de esas civilizaciones que se transformarán por influencias externas: Egipto, Mesopotamia y la India. Para «el Imperio del Medio», China, aislada, la

influencia de las invasiones bárbaras será demasiado débil y siempre absorbida, hasta la llegada de los europeos.

Tampoco existe la revolución —al menos la revolución individual—. Hay que entender que el escándalo ante la injusticia es una idea judeo-cristiana. Todos los animismos son fatalistas. Aún en la actualidad, un brahmán que se cruza con un mendigo moribundo a un lado del camino no siente la necesidad de socorrerlo, piensa que ese hombre, en una vida anterior, debió de cometer muchas malas acciones. Una parte de la miseria que prevalece en esas sociedades procede de ese modo de soportar la injusticia. Según palabras de Edgar Morin, «allí lo intolerable es intolerablemente tolerado».

Los dioses antiguos no son ni buenos ni malos. Son lunáticos y conviene apaciguarlos ofreciéndoles regalos; metales preciosos, sacrificios de animales y, en ocasiones, sacrificios humanos.

Grosso modo, la moral se resume en la obediencia a la autoridad. El más importante filósofo chino, Confucio (555-479 a.C.), cuya doctrina impregnó profundamente la sociedad china, predica el respeto a las tradiciones y la conformidad social. El místico chino Lao Tse (570-490 a.C.) aconseja a la persona juiciosa la no intervención. De los Vedas, las escrituras sagradas brahmánicas, una especie de *Ilíada*, apenas pueden extraerse consignas morales. Entonces aparece en la India el príncipe Sidarta Gautama (560/480 a.C.), llamado Buda. Se trata de la primera revolución de la que haya constancia. Su padre, un príncipe muy rico, no quería que su hijo tuviera conocimiento de las tragedias de la existencia. Así pues, el joven vivía rodeado de belleza en el palacio real. Pero un día se fugó, salió de incógnito del palacio con un criado y se paseó por la ciudad. Allí se cruzó con un cuerpo que llevaban a la pira crematoria. Le preguntó a su criado qué era eso, y aquél le respondió: «Príncipe, a eso se le llama muerte». También se topó con muchos pordioseros y comprendió lo que su padre le había escondido: que el mundo es trágico, que la muerte y la opresión existen.

Su reacción fue abandonar el palacio de su padre y retirarse para dedicarse a la oración y a la contemplación. Esta revolución no da lugar a una transformación de la sociedad, es una renuncia individual, una huida. Buda es el arquetipo del monje, del solitario contemplativo. En cierto modo, el suicidio es el ideal budista. Todo el mundo conoce las imágenes de los bonzos que se inmolan con fuego.

Buda será objeto de una gran veneración y vivirá hasta muy viejo porque no amenazaba el orden social (no será lo mismo que, más tarde, fueron Sócrates para los griegos o Jesús para los judíos). Pero, como el budismo amenazaba al brahmanismo tradicional, lo expulsaron de la India. Sin embargo, durante un tiempo hubo reyes budistas, entre otros, el famoso y sabio Asoka (273-237 a.C.). Expulsada de la India, esta religión domina el sureste asiático. En la actualidad, a algunos intelectuales

«hippie-progres» les tienta el budismo precisamente porque, como Buda, piensan que el mundo es malo y que resulta imposible cambiarlo. El budismo es una religión de desencanto. De esta manera, en el primer milenio antes de nuestra era, el mundo ya estaba bien dibujado.

Capítulo 4

El Mediterráneo: cretenses, griegos, fenicios y judíos

EGIPCIOs, mesopotámicos, indios y chinos temían el mar, un medio muy ajeno a los campesinos. Ya hemos dicho que se comunicaban de oasis en oasis, a través del gran desierto continental, por medio de caravanas de camellos con dos jorobas (el camello de Bactria; el dromedario africano sólo tiene una joroba). Practicaban únicamente la navegación fluvial, descendiendo el Nilo, el Tigris, el Éufrates, el Indo y el río Amarillo.

China y la India están abiertas a los mayores océanos del planeta; en cambio, entre los asirios y Egipto se encuentra el Mediterráneo, que penetra profundamente en las estepas.

El Mediterráneo es un universo al que el gran historiador Fernand Braudel consagró su obra. Su clima, muy particular, es el resultado del contacto entre el Sahara y las lluvias oceánicas que llegan del oeste. En verano, el anticiclón sahariano cubre este mar: clima seco y suave. En invierno, el anticiclón retrocede y deja pasar al Mediterráneo las perturbaciones atlánticas; llueve y nieva sobre las montañas. Por lo tanto, sólo hay dos estaciones, ambas crudas pero luminosas. Igualmente sólo hay dos paisajes: la laguna y la montaña —lagunas en el extremo del Adriático, del golfo de Sirte y en Camarga; montañas en Liguria, Grecia, Líbano, etcétera—. En estos dos paisajes resulta fácil encontrar puertos naturales.

El Mediterráneo era y sigue siendo el centro del mundo. Incluso hoy en día, una potencia no es hegemónica si no domina este mar. Los Estados Unidos, muy alejados de él, más allá del océano, se ven obligados a llegar hasta allí, ahora que quieren dirigir el mundo. También es un magnífico mar, el mar por excelencia, *Thalassa*.

Al norte de la costa egipcia se encuentra una gran isla llamada Creta. Los cretenses iniciaron la navegación marítima mucho antes que los «pueblos del mar» que devastaron Egipto en 1200. Los cretenses inventaron un navío que dominó el mar hasta el Renacimiento: la galera. Un barco rígido, construido en forma de arco, capaz de afrontar las olas y movido por remos. En aquella época, era imposible pensar que se pudiera ir en contra del viento. La galera sólo utilizaba la vela cuando el viento era a favor; en el resto de los casos, utilizaba la fuerza física de los remeros.

Los cretenses eran tan inteligentes como nosotros, pero para pensar en remontar el viento, hace falta tener una concepción de la «mecánica de las fuerzas» —concepción que permite utilizar una fuerza contra sí misma— que sólo se alcanzará en el Renacimiento. Comprobamos que la verdad «científica» es «histórica».

La galera es un excelente navío, pero no puede alejarse del litoral. No a causa de

las tempestades, sino porque el número de remeros —obligatoriamente muy alto— y su desgaste físico exigen mucha agua. Por lo tanto, todas las noches hay que llevar el navío hasta la costa para que los remeros puedan beber. Son necesarios muchos remeros y es imposible transportar suficiente agua.

La época de los cretenses también se llama «edad de Bronce». Sólo después del año 1000 a.C, las armas se construirán en hierro y acero.

Egipto fue quien civilizó a Creta. Si un navío sale del Delta por la mañana, llega a Creta por la noche. Y, por su parte, Creta será la que civilice a Grecia, muy próxima, en el norte.

Los cretenses practicaban el comercio marítimo entre las dos orillas del Mediterráneo. Y, puesto que el comercio produce riqueza de manera más rápida que la agricultura, pronto se hicieron muy ricos. Adaptaron la formidable arquitectura egipcia a una proporción humana. Construyeron para sus reyes magníficos palacios; el más famoso sigue siendo el del rey Minos, en Cnosos. Los griegos lo llamaron «el laberinto» porque se perdían en él. Creta se convirtió en una civilización extremadamente refinada, con ricas pinturas en vivos colores, ornadas de bellísimas mujeres (entre ellas, una era tan elegante que los arqueólogos la llamaron la «parisiense»).

Un hacha doble, el *labrys*, era el emblema del rey Minos. Los romanos recogerán este símbolo, que aún figura en el pasaporte de algunos países.

El palacio de Cnosos era fabuloso, con sus cortesanos, sus frescos y sus juegos. El comercio internacional de la época intercambiaba joyas egipcias, vasijas de Rodas, Perfumes, estaño, marfil, púrpura, esclavos y, también, modas. Hay que señalar que los cretenses inventaron las corridas de toros. Y que los toreros eran mujeres. El simbolismo está claro: allí, el genio femenino subyuga a la fuerza del macho.

Pero estos refinados comerciantes serán, en el primer milenio antes de nuestra era, conquistados y dominados por los dos pueblos a los que habían civilizado: los griegos y los fenicios. Quizá también sufrieran mucho por la formidable erupción volcánica de la isla de Santorini.

Los griegos ocupaban el mar Egeo, y los fenicios el Líbano. Tiro era el gran puerto fenicio; en cuanto a los puertos griegos, eran numerosísimos. Estos dos pueblos marinos eran competidores y no pertenecían al mismo universo cultural. Los griegos hablaban una lengua europea («indoeuropea», dicen los lingüistas, porque el indi pertenece a la misma familia), los fenicios una lengua semítica (de donde nació el árabe).

A los fenicios —mejores comerciantes que los griegos porque únicamente se dedicaban al comercio— debemos una invención capital: el alfabeto.

La escritura egipcia o china eran extremadamente incómodas para los comerciantes: contenían demasiados ideogramas (decenas de miles). Para gestionar

mejor sus negocios, los fenicios dejaron de utilizar aquellos miles de dibujos que les ofrecían los jeroglíficos, y los sustituyeron por una veintena de signos abstractos, sin ningún significado propio. El principio de una escritura alfabética era muy antiguo, los textos de Ugarit, del siglo XIV a.C, dan testimonio de ello, pero es cierto que son los fenicios los que extienden su uso —más propicio para el comercio—, puesto que las letras unidas pueden servir a todas las lenguas imaginables.

El alfabeto supuso un extraordinario progreso intelectual. La lectura alfabética exige más esfuerzo que la comprensión de los dibujos jeroglíficos. En efecto, al contrario que los ideogramas, las letras no representan nada; por lo tanto es más difícil aprender a leerlas. Pero cuando se sabe leer, qué maravilloso instrumento es la lectura. Hay que lamentar la tendencia actual a utilizar imágenes en lugar de leer. Hoy en día, en un cuadro de mandos, ya no se escribe «apretar»; se dibuja un símbolo.

Y, sin embargo, el poder real siempre pertenecerá a quienes saben leer, no a los que sólo miran imágenes —a pesar de los ordenadores—. Los franceses, por ejemplo (y sucede lo mismo con los ingleses y los demás), leen y escriben mucho peor que sus abuelos, y sobre todo menos frecuentemente.

Con la excepción de chinos y japoneses, hoy todos los pueblos del mundo han adoptado el alfabeto, ya sea latino, cirílico, griego, árabe, etcétera.

En el Mediterráneo, fenicios y griegos no se van a enfrentar en una guerra, sino que se repartirán las zonas de influencia.

Tanto unos como otros fundaron colonias. No en el sentido moderno del término: para ellos la cuestión era crear fundaciones, «enjambrarse» como las abejas.

En una ciudad, cuando la población se hacía demasiado numerosa, doscientas o trescientas familias partían hacia otros litorales con el objetivo de fundar una nueva ciudad, hija de la primera, pero independiente. No lo sentían como un exilio porque en el Mediterráneo por todas partes surgen los mismos paisajes, ya sea en el Líbano o en la Costa Azul. Desde el momento en que llevaban consigo sus armas y sus leyes, no se sentían desterrados en absoluto.

Las colonias griegas se situaron principalmente en la costa norte: por supuesto, en el mar Egeo (su patria de origen), pero también en el mar del Norte (Crimea se parece a Grecia), en el Adriático, en Italia, en el sur de Francia y en la mitad oriental de Sicilia. Niza en griego significa «Victoria». Marsella también es una fundación helénica: cuando los deportistas leen en *L'Équipe* la expresión «ciudad focense» a propósito del Olympic de Marsella, esto recuerda que Marsella fue fundada por una ciudad del mar Egeo situada en Asia Menor y llamada Focea. «Nápoles» viene de *Neapolis*, «ciudad nueva». Siracusa fue en Sicilia una brillante capital helénica.

En la costa sur, los griegos sólo se instalaron en Cirenaica (igual que Crimea, es una cadena montañosa que va de este a oeste deteniendo los malos vientos del

interior). Allí fundaron cinco ciudades cuyas ruinas permanecen admirables: Cirene, Apolonia, Ptolemaida, Arsinoé y Berenice (la actual Benghazi).

Sin embargo, las colonias fenicias, aparte de Cirenaica y del oeste de Sicilia, se fundaron en la costa sur del Mediterráneo. En 800 a.C, Tiro fundó en Túnez la ciudad de Cartago, que se haría mucho más poderosa que ella misma. También allí, los nombres (la toponimia) recuerdan el pasado, en este caso libanes y semita: Gabes y Cádiz son palabras fenicias; Cartagena quiere decir «Nueva Cartago», etcétera.

A pesar de los impedimentos técnicos de las galeras, estos grandes navegantes se alejaron intrépidamente del Mediterráneo. Los griegos, tras haber pasado las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), remontaron las costas oceánicas hacia el norte, hasta las islas británicas y el mar Báltico. Los fenicios, por su parte, descendieron el mar Rojo hacia el sur, hasta la India. Incluso recorrieron África por cuenta del emperador Neco II, hacia el 600 a.C. Partiendo de Egipto, las galeras fenicias navegaron hacia el mediodía con la costa a su derecha. Todas las noches, los marineros conducían sus navíos hasta la orilla para hacerse con agua y comerciar con las tribus indígenas. Tras meses de navegación se dieron cuenta con sorpresa de que, aun siguiendo la costa a la derecha, el sol, que desde el inicio del viaje se levantaba por la izquierda, ahora lo hacía por la derecha. Comprendieron que habían dado la vuelta a África y que remontaban hacia el norte. En efecto, no tardaron en franquear el estrecho de Gibraltar.

Así se abrieron las costas marítimas al hombre de aquella época y también los viajes de largo recorrido —África, la India, el Báltico—, aunque continuaba siendo imposible alejarse de la costa. Las primeras cartas marítimas datan de aquellos tiempos. Los hombres de entonces tenían ya una idea más o menos completa del antiguo mundo: Europa, Asia, África.

Los griegos, a diferencia de los fenicios, no fueron sólo comerciantes. En política, inventaron y experimentaron en sus ciudades todas las formas imaginables de gobierno: democracia (de *demos*, pueblo, y *kratos*, poder), monarquía (de *monos*, uno, y *arkhé*, mando), plutocracia (*plutos*, riqueza), oligarquía (de *oligoi*, poco numeroso), etcétera.

En realidad, no todas las ciudades griegas fueron comerciantes. Atenas, la gran urbe del Egeo, fue una democracia marítima; pero, en el corazón montañoso del Peloponeso, la ciudad de Esparta, su rival, fue una oligarquía militar y continental —un auténtico territorio de guerreros en medio de unos vecinos subyugados, los *hilota*—. Sin embargo, la decena de ciudades griegas del Mediterráneo hablaban la misma lengua, adoraban a los mismos dioses (Zeus, Afrodita, etcétera) y tenían santuarios comunes, como Delfos. También compartieron una historia común, micénica primero, helénica después. Y una literatura fundadora: la *Ilíada* y la *Odisea* homéricas.

Cada cuatro años, las ciudades enviaban a sus representantes a Olimpia para disputar los juegos pacíficos. Evidentemente, se trata de los Juegos Olímpicos, concurso deportivo pero también de elocuencia, de poesía, de filosofía. Los griegos incluso contaban el tiempo en función de estas reuniones olímpicas: «en tiempos de la tercera olimpiada, en tiempos de la quinta olimpiada...».

La influencia histórica de la civilización helénica fue tan grande que, en la actualidad, en la mayoría de las lenguas europeas, las palabras cultas son griegas: «helio-terapia» procede de *therapeia*, cuidado, y *helios*, sol; «talasoterapia», de *thalassa*, mar; «galaxia», de *gala*, leche (nuestra galaxia surge en la noche como un lechoso reguero de estrellas); «hipnótico», de *hypnos*, sueño.

Sencillamente, la lengua griega es el alfa y el omega (primera y última letras del alfabeto griego) de nuestras actuales lenguas.

También son los griegos quienes inventaron la geometría y formularon los teoremas (otra vez una palabra griega) cuyos nombres conocen todos los lectores: el de Pitágoras, Euclides o Arquímedes, que fueron grandes sabios helenos. Y descubrieron la cifra pi (una letra griega) para calcular la circunferencia del círculo.

Resulta imposible evocar el mundo mediterráneo de aquella época sin hablar de un pequeño pueblo que tuvo una extrema importancia ideológica: el pueblo judío o «hebreo».

Los judíos no eran marinos, sino de origen beduino, por eso eran nómadas que se movían entre Egipto y Mesopotamia. Su historia empezó con la salida de Egipto, el Éxodo (la Pascua), y estuvo marcada, ya lo hemos visto, por un cruel exilio en Mesopotamia, «a orillas de los ríos de Babilonia».

Por fin se hicieron campesinos en Palestina, precisamente en la frontera de las influencias del Nilo y del Éufrates. Allí fundaron, alrededor de la ciudad santa de Jerusalén, un pequeño Estado que el rey babilonio Nabucodonosor destruyó en 588 a.C, y que sólo sería restaurado en 1948. Los campesinos hebreos continuaron viviendo en Palestina, bajo diversos protectorados. En la decena de libros santos agrupados en la Biblia aparecen influencias mesopotámicas, egipcias, fenicias (Tiro estaba muy próxima) y griegas. Los judíos inventaron el monoteísmo: un único Dios.

Esa idea de un Dios único ya había sido evocada en numerosas ocasiones, en particular por el faraón egipcio Akenaton (1374-1354 a.C), pero sin éxito duradero.

Son los judíos quienes consiguen imponer el Dios único, afirmar que las estrellas o el mar no son Dios, abandonar a los ídolos.

De aquí se van a derivar numerosas consecuencias ideológicas.

La naturaleza ya no es divina, ha sido creada, y el hombre está llamado a dominarla. Son las primeras palabras de la Biblia, en el libro del Génesis.

El tiempo ya no es cíclico. La historia tiene un sentido -el de la salvación— El mundo creado está incompleto, pero al final se realizará. Esto es lo que se conoce

como mesianismo, cuyas implicaciones son enormes.

El futuro puede ser mejor que el pasado. El tiempo ya no es una rueda, es una flecha que va hacia algún lugar. El cambio deja de ser una maldición; al contrario, los profetas (aquellos que hablan en nombre de Dios) lo piden en sus plegarias. De este modo aparece en la historia de los hombres la idea de progreso.

El judaísmo impone igualmente la idea de persona: si Dios es «Uno», el hombre también es alguien. El individuo ya no es despreciable, la injusticia deja de ser aceptable. Por otra parte, el Dios judío, Yahvé, es un Dios bueno y no una divinidad lunática como los dioses paganos. Ama a su pueblo y a todos los seres, como un amante ama a una mujer. Leamos lo que el profeta Isaías pone en boca de Dios: «Por un breve instante, sentí cólera contra ti. Pero es imposible olvidar a la mujer de tu juventud. Entonces, conmovido por una inmensa ternura, me volví hacia ti».

Leamos el *Cantar de los Cantares*, libro bíblico que, en el origen, describe los amores carnales de un hombre y una mujer: «Los brazos de mi amante son cilindros de oro, su sexo una masa de marfil», dice la mujer, y el hombre responde: «Los senos de mi bienamada son como racimos de palmeras, subiré a la palmera para coger los racimos. Ábreme tu puerta, hermana, compañera». A lo que la amante replica: «Mi amante avanza la mano por el postigo de la puerta y hace que mis entrañas tiemblen. Hijas de Jerusalén, decidle que muero de amor».

Este texto erótico sirve para que los creyentes entiendan la intensidad del amor de Dios. Acaba con esta sublime afirmación: «El amor es más fuerte que la muerte. Las grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos sumergirlo».

Mientras que los comerciantes griegos y fenicios surcaban los mares, los creyentes de Palestina habían cambiado la representación religiosa del mundo.

Capítulo 5

El Imperio persa y el mundo griego

HACIA EL SIGLO VI a.C, el hombre dominaba la Tierra en Egipto, Mesopotamia, la India y China, además de las costas marítimas de Eurasia.

En esta fecha, asistimos a la primera tentativa de globalización. Los hititas de Anatolia habían intentado conquistar Oriente Próximo. El faraón los había vencido en Qades, en 1299. Sin embargo, los persas lo conseguirán. Los persas serán el instrumento de este universalismo.

Estos eran unos nómadas indoeuropeos (el persa está emparentado al mismo tiempo con el griego y el sánscrito), herederos de los escitas, un pueblo de las grandes estepas.

Con ellos se impusieron el caballo y el jinete. Es cierto que egipcios y mesopotámicos utilizaban los caballos, pero no se les había ocurrido montarlos. En los bajorrelieves de esos países, el rey siempre aparece en su carro, y el caballo enganchado por el cuello, lo que reduce su fuerza. Pero escitas, medos y persas son antes que nada jinetes.

El jinete se va a convertir en una formidable arma militar. No obstante, hay que subrayar que, en la Antigüedad, no existía el estribo. Dada la inestabilidad, los jinetes no eran una fuerza de choque. Los jinetes persas galopaban hacia el enemigo; cuando llegaban a una cierta distancia, tiraban de la brida, realizaban medio giro y lanzaban una lluvia de flechas, lo que se conoce como la «flecha de Parto».

Gracias a esta caballería, los persas, civilizados por sus vecinos, los conquistaron a su vez, y su dominio se mantuvo treinta años bajo el mando de dos emperadores: Ciro (550-530 a.C) y su hijo Cambises (530-522 a.C), poniendo así fin a la independencia de Mesopotamia, del Estado indio y de Egipto. Hay que decir que aquellas civilizaciones estaban desprovistas del sentimiento patriótico. Por eso los Grandes Reyes persas fueron aceptados con facilidad. Desde sus distintas capitales — Ecbatana y Persépolis—, ubicadas en la vasta meseta iraní que separa el Tigris del Indo, construyeron rutas para sus mensajeros y ciudades que, sobre todo, eran palacios reales. Aún hoy, las ruinas de Persépolis, en el desierto iraní, siguen siendo impresionantes.

Los persas tenían su propia religión, el mazdeísmo (del nombre de su dios, Ahura Mazda), profetas que inspiraron a los de los judíos (el Zaratustra de Nietzsche), y un libro sagrado, el *Avesta*. Más tarde apareció Maní, un profeta cismático que enfrentará al dios del bien contra el dios del mal. Esta oposición entre el bien y el mal, el maniqueísmo, subyace en la religión de los persas.

Los Grandes Reyes^[2] no buscaban imponer su religión a los pueblos

conquistados, a los que respetaban sus costumbres. Se mostraron tolerantes (por ejemplo, permitieron el regreso a Palestina de los judíos deportados por Babilonia al Éufrates). Los gobiernos iraníes, los «sátrapas», cobraban bajos impuestos.

Sin embargo, las ciudades griegas provocaron el fracaso de aquella débil globalización. Cuando un tercer emperador, Darío, envió sus barcos a Grecia (los jinetes persas habían anexionado a la marina fenicia) y un pequeño ejército cerca de Atenas, los soldados atenienses, los «*hoplita*», aplastaron al cuerpo expedicionario en Maratón (victoria que se conoce por haber dado su nombre a una carrera olímpica). En efecto, para anunciar la buena noticia, el estratega griego envió a Atenas a un corredor que murió de un infarto al llegar.

Dentro del ejército del Gran Rey, sólo los persas estaban motivados, en ningún caso la multitud de soldados que procedían de los pueblos conquistados. Pero los griegos, ciudadanos libres, eran muy patriotas y, por lo tanto, peleaban mejor. Esta expedición fracasada se conoce como la primera guerra Médica.

El hijo de Darío, Jerjes (486-465 a.C), vejado, no quiso conformarse con esta derrota. Movilizó a su ejército y a su marina y atacó por tierra y por mar. La segunda guerra Médica empezó diez años después de la primera, en 480 a.C. Las ciudades griegas, incluidas las rivales Esparta y Atenas, formaron una alianza. En el desfiladero de Termopilas, los espartanos detuvieron durante unos días la invasión, luego fueron aniquilados. En aquel lugar se gravó la siguiente inscripción: «Cuando pases, ve a decir a Esparta que sus hijos han muerto por ser fieles a sus leyes». La misma Atenas fue invadida y arrasada. El Gobierno había evacuado a la población hacia las islas y conservaba su marina bajo el mando de Temístocles. Las galeras atenienses aplastaron la flota del Gran Rey en Salamina. Esquilo escribió el relato de esta primera gran batalla naval en su tragedia *Los persas*. (Hay que subrayar que, en realidad, se trata de un combate —el primero— entre griegos y fenicios, puesto que la marina persa era libanesa, los iraníes seguían siendo los jinetes de las estepas.)

El inmenso Imperio persa, que abarcaba la mitad de Eurasia, acababa de ser derrotado por unas cuantas ciudades libres. Hubo miles de muertos. Fue la victoria de la ciudadanía libre frente al sometimiento.

Atenas alcanzó entonces su apogeo, puesto que era principalmente esta ciudad la que había vencido a Irán. Así se convirtió en la ciudad «hegemónica», e impuso sus modas en toda Grecia y, también, en el Imperio iraní, que, no obstante, continuó durante dos siglos su primera aventura.

Habrà muchas más: Irán resurgirá en la Historia con el Imperio parto (a caballo entre nuestra era y la anterior) y con el Imperio sasánida, cuyo rey más famoso será Cosroes II (590-628 d.C). Incluso hoy, Irán conserva su arquitectura (cúpulas de bulbo), su lengua (el iranio sigue siendo el persa, «farsi») y su especificidad.

Atenas era una democracia. Todos los ciudadanos varones de más de dieciocho

años se reunían en el ágora (una gran plaza) para elegir la asamblea, la *bulé*, que nombraba al Gobierno. Sin embargo, el más famoso de sus dirigentes, Pericles (495-429 a.C), permaneció como «estratega» durante treinta años, logrando que le reeligieran constantemente.

Pericles proporcionó a su ciudad una inmensa gloria. Él fue quien reconstruyó la ciudad y encargó al escultor Fidias los monumentos de la Acrópolis.

Es ésta una arquitectura de proporción humana y muy hábil. En el Partenón, el templo de la diosa Atenea, por ejemplo, todo está construido en función de la perspectiva.

A pesar de las apariencias, allí se encuentran pocas líneas rectas: para parecer derechas, las columnas tienen que estar inclinadas hacia el centro —y lo están—. Las columnas que se destacan sobre el cielo deben ser más gruesas que las que están delante de los muros —y lo son—. El suelo, para parecer horizontal, debe ser curvo —y lo es—. Para que se distingan todas las columnas, éstas deben estar a diferentes distancias unas de otras —lo están—. Ésa es la diferencia entre el Partenón y la iglesia de la Magdalena de París.

En Atenas, todos los jóvenes varones iban al colegio, al instituto (al gimnasio), luego hacían el servicio militar (la *efebía*), que también cumplía la función de enseñanza superior, pues los griegos nunca separaban lo físico de lo mental.

Los ciudadanos sabían leer, y discutían mucho. Los griegos inventaron el teatro y la filosofía. El más famoso de los filósofos de la historia fue el ateniense Sócrates, quien vivió del 470 al 399 a.C. Sin embargo, será condenado a muerte, a la edad de setenta años, por sus ideas subversivas. Como su madre era comadrona, Sócrates pretendía «hacer que las personas dieran a luz sus ideas» (lo que se conoce como la mayéutica).

Cuando Sócrates iba al teatro, en las gradas estaba rodeado de genios: Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Tucídides, todos contemporáneos suyos.

En la historia abundan las tragedias y los horrores, pero también se dan momentos magníficos en los que en un mismo lugar conviven varios genios. (Esto se volverá a producir en el Renacimiento. Florencia verá convivir a Miguel Ángel con Leonardo da Vinci y Maquiavelo.)

Aquellos hombres inventaron el Humanismo. Decían: «Conócete a ti mismo (*gnothi seautón*) y conocerás el Universo y a sus dioses». Y también: «El hombre es la medida de todas las cosas».

Antes de ellos, el mundo era espantoso, angustioso (dioses con cabeza de monstruo, sacrificios humanos), y la arquitectura sofocante (excepto en Creta, su civilizadora).

El Panteón es un mensaje de alegría. Los pensadores griegos meditaron sobre todas las pasiones humanas. El mito de Edipo muestra que son los primeros en

psicoanalizarse. Miraron a la humanidad con ojos benevolentes. Los griegos son los primeros hombres en admirarse (Narciso), en encontrarse bellos, en rivalizar con los dioses (Prometeo). Ya no sienten miedo del mundo, sino que se esfuerzan por descifrar sus misterios, que están muy cerca de adivinar (Pitágoras, Euclides, Tales).

En Atenas, ese pequeño rincón del Mediterráneo, el hombre por fin se siente en la Tierra como en su casa. La modernidad y el legítimo orgullo del discurso de Pericles, relatado por el historiador Tucídides, son extraordinarios. Es el *Discurso para los muertos de la ciudad*:

Nuestra Constitución proporciona el ejemplo a seguir. El Estado, en nuestra tierra, se administra buscando el interés de la mayoría, y no de una minoría. Por este hecho, nuestro régimen ha tomado el nombre de democracia. Respecto a los asuntos privados, las leyes aseguran la igualdad para todos, sobre todo, aquellas que salvaguardan la defensa de los débiles y procuran un desprecio universal a quienes las violan. Respecto a los asuntos públicos, nadie resulta incomodado por su pobreza o la oscuridad de su condición, siempre que sea capaz de rendir un servicio a la ciudad...

Sabemos conciliar el gusto por los estudios con la energía y el gusto por lo bello con la sencillez. Nuestra ciudad es la escuela de Grecia y del mundo.

Aunque todo esté destinado al declive, los siglos futuros podrán decir de nosotros que construimos la más famosa y la más feliz de las ciudades.

Veinticinco siglos más tarde, podemos asegurar que Pericles tenía razón. El mundo actual, un mundo que apenas aprecia el esfuerzo físico y desprecia las «humanidades», debería reflexionar sobre el lema de Atenea, la diosa de Atenas: «valor y cultura». Recordemos que Sócrates fue el maestro de Platón, quien será el maestro de Aristóteles, quien, a su vez, será el maestro de Alejandro Magno. Sin embargo, quedan sombras en este cuadro.

En primer lugar, no todos los hombres eran ciudadanos. En Atenas había esclavos. El propio Aristóteles se preguntaba si los esclavos tendrían alma.

El universalismo griego no concernía a todo el mundo. En particular, ignoraba a la mujer. Atenas era una ciudad sin mujeres.

Si bien la educación era obligatoria para los chicos, la mayoría de las chicas, exceptuando a las cortesanas, no sabían leer. Confinadas a su función de reproductoras, vivían encerradas en el «gineceo».

En aquellas condiciones, los jóvenes no podían amar a las mujeres que las familias les destinaban como esposas siendo apenas púberes.

Tradición que aún se conserva en el Mediterráneo, y que volvemos a encontrar en el islam. El mundo antiguo es un mundo sin mujeres (excepto el pueblo judío, como ya hemos visto).

El amor entre los griegos era homosexual (no hay más que leer *El Banquete de Platón*), y la pederastia una práctica común: las personas mayores se enamoraban de los jóvenes al mismo tiempo que les educaban. En Tebas (de Grecia, no de Egipto), un regimiento del ejército se llamaba «regimiento de los amantes».

Esto durará hasta el triunfo del judeo-cristianismo. Julio César era bisexual. Con motivo de su triunfo en Roma, sus legionarios cantaban: «Éste es nuestro calvo general, el amante de todas las mujeres, la amante de todos los hombres».

No se trata de emitir un juicio moral, sino de subrayar la ausencia de las mujeres. ¿Una civilización puede ser armónica ignorando a la mitad de la humanidad? Si los hombres eran pederastas, las pocas mujeres evolucionadas eran cortesanas (como la compañera de Pericles) o lesbianas (el nombre procede de la isla griega de Lesbos). En definitiva, la ciudad griega, cuyos ciudadanos eran mucho más cultos que los sujetos de los imperios, tenía un aspecto clochemerlesco, que será su desgracia.

Las ciudades sólo consiguieron unirse esporádicamente. En 431 a.C. empezó una terrible guerra entre ellas que no terminará hasta 401 a.C: la guerra del Peloponeso.

Atenas no resistió la tentación de un mezquino imperialismo. Esparta no alcanzó a salir de su militarismo.

Las ciudades griegas están llenas de enseñanzas muy actuales sobre la posible decadencia de las democracias. Platón, en *La República*, escribió sobre esa cuestión unas páginas que deberíamos leer con atención infinita.

A pesar de sus sombras, la Grecia antigua iluminó el mundo como un sol. Las sombras de la esclavitud y de la reclusión de la mujer no deben hacer olvidar el esplendor de la Acrópolis.

Así pues, en aquella época nacieron las dos fuerzas de donde procede la civilización moderna: el humanismo griego en Atenas y el monoteísmo judío en Jerusalén.

Capítulo 6

Alejandro Magno o la primera globalización

CUANDO UN PAÍS se enfrenta contra sí mismo, como hizo Grecia después de las guerras del Peloponeso, una potencia extranjera llega a poner orden. Esto es lo que sucedió en las ciudades griegas. La suerte de la humanidad fue que aquella potencia extranjera estaba ya profundamente helenizada. Macedonia (que sigue existiendo semiindependiente, semigriega, y cuya principal ciudad es el puerto de Tesalónica, en griego «Victoriosa del mar») era un reino, y su rey, Filipo, de cultura griega, pacificó las ciudades griegas imponiéndoles su protectorado (batalla de Queronea, en 338 a.C), a pesar de las apasionadas arengas —las *Filípicas*— del ateniense Demóstenes. A la muerte de Filipo, en 336 a.C, le sucederá su hijo Alejandro.

Alejandro tenía veinte años y una extraordinaria personalidad.

El gran filósofo Aristóteles, discípulo de Platón, había sido su preceptor. Intelectual y poeta, Alejandro era también un excelente jinete. Cuatro años antes, había conseguido domar a un fogoso semental que nadie podía montar. Aquel caballo, el famoso *Bucéfalo*, lo llevará hasta la India y será su compañero durante quince años.

Paroxismo y resumen del helenismo, Alejandro se reconocía en cuatro modelos: el dios del vino, Dionisos; el semidiós mitológico de los «diez trabajos», Hércules; Aquiles, el héroe de la guerra de Troya; y finalmente Ciro, el fundador del Imperio persa. Así pues, la embriaguez de Dionisos, la fuerza de Hércules, el calor militar de Aquiles y la cultura política del Gran Rey animaron su vida.

Una vez llegado al poder, su problema principal fue mantener el control sobre las turbulentas ciudades griegas. Como el mejor modo de unir a los rivales es encontrarles un enemigo común, Alejandro tuvo la idea de lanzar la fuerza griega y la falange macedonia contra el Imperio persa, con el fin de vengar las invasiones de las guerras Médicas.

Para empezar, Macedonia emprendió una cruzada helénica contra los persas. La palabra cruzada es pertinente, porque Alejandro no actuó de ese modo sólo por una actitud calculadora, creía en ello. En los confines de Asia, todos los días preguntará: «¿Qué piensan de mí los atenienses?». Quiso encontrarse en Corinto con el famoso filósofo cínico Diógenes, quien simplemente le respondió: «Apártate, me quitas el sol». El encuentro de estos dos personajes no es banal, puesto que los genios siempre acaban por cruzarse: Miguel Ángel y Julio II, Goethe y Bonaparte, Malraux y De Gaulle, Federico el Grande y Voltaire.

En 334 a.C, el ejército de la coalición franqueó los Dardanelos y, en la batalla del Gránico, Alejandro batió al ejército del sátrapa persa. Luego, descendió hasta Siria

tras haber cortado el «nudo gordiano» (aquel que deshaga ese nudo dominará el mundo, decía la leyenda local). En Iso, en 332 a.C, aplastó al Gran Rey Darío III, quien se retiró hacia Asia. Macedonia quería cortar definitivamente a los persas el acceso al Mediterráneo (y, de hecho, lo consiguió: hasta el día de hoy, jamás han vuelto a tener acceso al mar). Conquistó la metrópoli fenicia de Tiro, acabando así con la competencia comercial; entró luego en Egipto, donde lo recibieron como al libertador, pues el país seguía sintiendo nostalgia de su independencia, abolida por los persas. Al oeste del Delta, fundó la famosa ciudad que todavía lleva su nombre, Alejandría, y se puso la corona de los faraones. Marchó en peregrinaje hasta los confines de Libia, a Siuah, el santuario del dios Amón, a quien pretendía representar en la Tierra. Mantuvo la política constante de apropiarse de los dioses y de las coronas de los países conquistados.

Tras su peregrinación, una vez terminada la cruzada griega, se planteó la pregunta: ¿había que continuar? Los generales le dijeron: «Si nosotros fuéramos Alejandro, nos detendríamos». Pero él les respondió: «Yo también, si fuera vosotros». Y continuó.

A la cruzada helénica le sustituyó la voluntad de ocupar el trono del Gran Rey. En 331 a.C., en Gaugamela, no lejos de la actual Bagdad, aniquiló lo que quedaba del ejército de Darío III, quien se dio a la fuga.

Comenzó entonces una persecución de película del Oeste (o, mejor dicho, del este, puesto que fue una carrera hacia Oriente): para reemplazar al Gran Rey, primero necesitaba capturarlo.

A su paso, Alejandro arrasó Persépolis, como venganza contra los persas por haber incendiado Atenas tiempo atrás. Pero éste fue su único exceso, ya que, por lo general, su ejército respetaba a la población y dejaba un buen recuerdo. Aquella carrera terminó cerca del mar Caspio.

Justo antes de capturar a Darío III, un sátrapa, creyendo ganarse así los favores de Alejandro, asesinó a su soberano. Alejandro ejecutó al sátrapa y rindió honores al Gran Rey con un solemne funeral. Se consideraba su sucesor.

Llevó a su ejército a Asia central, hasta los confines del Imperio persa, fundando a su paso ciudades, algunas de las cuales todavía conservan su nombre, como Kandahar (*hkandahar*, Alejandría en farsi), la antigua capital de los talibanes. Sin embargo, Alejandro se negó a permanecer allí. A la cruzada griega y a la supresión de los Grandes Reyes les sucedió un tercer proyecto: la conquista del mundo.

La idea no era absurda. En esa época, la falange era invencible. ¿Quién podría haberle hecho frente tras la derrota persa? También era un ejército democrático —los soldados se negaban a postrarse ante su rey al modo oriental—, y un ejército ultramoderno. Entre sus filas había centenares de técnicos y de ingenieros, topógrafos, sabios, máquinas (algo similar a lo que más tarde será el ejército de

Egipto en la época de Bonaparte). Además, Alejandro creía que el mundo era mucho más pequeño de lo que realmente era, y que el Pacífico estaba más cerca. Así pues, franqueó los límites del Imperio persa y penetró en el subcontinente indio, donde venció al rey Poros, a pesar de los elefantes de guerra de este último. Aquello sucedía en los alrededores de la actual Delhi. Pero ya no pudo ir más lejos. ¿Por qué?

Porque su ejército se declaró en huelga. Los ciudadanos griegos libres estaban hartos. En 327 a.C, hacía nueve años que se habían alejado de las orillas del mar Egeo. Es verdad que mantenían contacto con el país —mensajeros, refuerzos—, pero estaban saciados de conquistas. Alejandro se encolerizó, pero tuvo que ceder. ¿Qué puede hacer un jefe cuando la inmensa mayoría no quiere obedecerlo?

Aquí descubrimos una de las enseñanzas de la historia: sea el que fuere su modo de organización (democracia o tiranía), todo poder reposa en el consentimiento de los subordinados. La obediencia es un misterio. Cuando un pueblo ya no quiere obedecer, hasta las dictaduras se derrumban. (De este modo desaparecerá, mucho más tarde, la Unión Soviética, a la que los expertos consideraban casi eterna.)

Alejandro acabó por pensar: «Yo soy su jefe, tengo que seguirles», según la dialéctica de la autoridad y el consentimiento. Un jefe puede arrastrar, pero no más allá de cierto punto, no sin un consentimiento respecto a su magistratura. La «motivación» había logrado el éxito de los griegos frente a los persas. En la India, ya no estaban «motivados». Por lo tanto, Alejandro se vio obligado a dirigir al ejército de camino a casa. Será un regreso muy difícil: el descenso del Indo en barco, la travesía de los tórridos desiertos del sur de Irán, navegar por el océano Índico. Por fin, Alejandro volvió a Babilonia, donde quería establecer la capital del mundo. Murió el año 323 a.C, a los treinta y tres años, de paludismo y alcoholismo. Esta increíble epopeya había durado diez años y se había desplegado por más de veinticinco mil kilómetros.

El hombre era genial y caprichoso —un poco «chiflado», podríamos decir—. Discípulo de Dionisos, bebía demasiado. Tras un festín bien regado, mató a uno de sus amigos, algo que, desconsolado, lamentó amargamente. «Excesivo», pues, pero de una inteligencia extraordinaria. También un humanista, y desprovisto de crueldad. El mundo conservará de él un fascinante recuerdo, fulgurante. Gracias a Alejandro, la civilización griega se extendió por Eurasia y la lengua griega se convirtió en el idioma común, la *koiné* (el éxito de una lengua siempre va unido al poder político).

La India quedó profundamente marcada. Los budas gigantes de Bamiyán (los que los talibanes destruyeron) llevan la máscara de Apolo.

El rey budista Asoka (273-232 a.C), del que ya hemos hablado, estaba impregnado de helenismo en su capital Taxila (al norte del actual Pakistán).

La cultura india —budista, luego hinduista, tras la reacción brahmánica— permanecerá unida a la del Mediterráneo.

Por otra parte, los reyes indios, en aquella época, habían colonizado el valle del Ganges, convertido en el centro de su poder, y más tarde la península del Dekkán. La cultura india se extenderá hasta Camboya (los templos de Angkor) y, a través de los mares indios, a lo largo de sus costas, hasta Indonesia (los templos de Borobudur).

¿Qué habría pasado si Alejandro hubiera conquistado China?

Ya había andado los dos tercios del camino. No por el sur, donde las junglas birmanas separan a China de la India, sino por el norte. Desde Asia central, en donde Alejandro había fundado la Alejandría asiática (Tachkent en la actualidad), por la ruta de las caravanas, no hay un viaje muy largo hasta alcanzar el río Amarillo.

Es difícil imaginar las consecuencias de una conquista de China por parte de Alejandro. Y sin embargo, era posible: los ejércitos griegos habrían aplastado a los ejércitos de los reinos chinos con la misma facilidad que a los ejércitos persas o indios.

De hecho, China permaneció dentro de su espléndido aislamiento —y así será durante mucho tiempo—, el Imperio del Medio sólo se comunicaba con el mundo exterior a través del comercio de lujo y de algún raro diplomático o viajero.

China se unificó, ya lo hemos dicho, pero respecto a sí misma, limitándose a resplandecer dentro de sus límites: Sinkiang, Tonkin, Corea, Japón. Esto explica, aún en la actualidad, su particular psicología.

Tras la muerte de Alejandro Magno, su imperio estalló. Sus generales se lo repartieron, pero no pudieron conservarlo todo. Un pequeño imperio persa resucitó, el de los partos. A pesar de todo, los «diádocos»^[3] fundaron en Macedonia, Siria y Egipto monarquías helénicas. Las más brillantes fueron, en Siria, la seléucida (debe su nombre a uno de los lugartenientes de Alejandro, Seleuco), con su capital Antioquía y, en Egipto, la de los Ptolomeos (el fundador de la dinastía también era un general de Alejandro). Pero llegaron a establecer monarquías hasta en Asia Central, en Bactria.

Alejandría, capital del Egipto helénico de los Ptolomeos, se convirtió en la ciudad más grande y más brillante del mundo. Su biblioteca contenía setecientos mil libros (manuscritos en papiros y rollos). Allí se dio una extraordinaria concentración de sabios. Destaca Eratóstenes, quien calculó la circunferencia de la Tierra comprobando que la sombra que se producía a mediodía sobre un eje norte-sur no era igual de larga en Asuán que en Alejandría, lo que sólo se podía explicar por la redondez del planeta. Y también Piteas, un navegante que alcanzó el círculo polar y calculó el coeficiente de las mareas atlánticas.... El faro que iluminaba la noche del puerto de Alejandría, cuyo nombre procede del lugar, Faros, será el modelo de todos los faros de la Tierra... En resumen, allí había un nivel intelectual que no volverá a darse hasta el Renacimiento.

Cleopatra será la última soberana de la dinastía de los Ptolomeos (también será la

amante de César y de Marco Antonio).

La cultura griega se convirtió, pues, en universal. Sólo China se libró de su influencia.

Alejandro fue típicamente griego: humanista, nada supersticioso y homosexual (se casó varias veces, puesto que se desposaba con las hijas de los reyes vencidos, como la famosa Roxana, pero por estrategia política). Estaba convencido de llevar consigo la civilización.

Los griegos tenían esta profunda convicción: ellos eran los «civilizados», los demás eran «bárbaros». No se trataba de una cuestión de raza, sino de cultura. Uno se hacía heleno si hablaba la lengua e iba al teatro.

Aquella fue la primera «globalización», desde Inglaterra hasta la India, hace veintitrés siglos; China permanecerá al margen, a pesar de los ecos lejanos que le alcanzaban por la ruta de la seda. Sin embargo, la obra política de las monarquías helénicas fue frágil.

A Alejandro Magno se le fue de las manos Grecia por su desmesura (*ubris* en griego), el pecado por excelencia a los ojos de su preceptor Aristóteles, para quien la medida era la marca misma de la razón. Es verdad que Alejandro encarnó otro aspecto a menudo desconocido del helenismo: no se trata del orden ateniense, sino del delirio dionisiaco.

Capítulo 7

El mundo se inclina hacia el oeste: Cartago y Roma, Aníbal y César

EN LA MISMA época, al oeste del Mediterráneo (en Galia, en España), las tribus habían pasado de la caza a la agricultura. De este modo, tenían una población numerosa, pero aún permanecían fuera de la historia.

Únicamente brillaban las ciudades de Etruria y Cartago.

Al norte de la península itálica se encontraba Toscana. Los etruscos habían construido allí una original civilización que apenas se conoce, puesto que no se sabe descifrar su escritura. Volterra, Orvieto, Perugia y muchas más fueron, en principio, ciudades etruscas.

Tumbas circulares, magníficos frescos, una cultura extraña y refinada: los etruscos recuerdan a los cretenses. Sus coloristas pinturas se parecen. Aquéllos eran la síntesis de las poblaciones locales (itálicas) y de las influencias griegas o fenicias, se constituían en ciudades Estado, como estos últimos pueblos.

Pero, de hecho, el Mediterráneo occidental estaba dominado por una fundación fenicia, Cartago, que permanecía independiente mientras su ciudad madre, Tiro, había sido sometida por los persas —el mismo Alejandro se había detenido ante Siria—. Cartago había fundado, igual que Atenas, un imperio marítimo —una *talasocracia*—, pero dotado de un territorio continental mucho más vasto. Todo el norte de África, de Gibraltar al golfo de Siria, obedecía sus órdenes y las tribus bereberes (entonces se les llamaba «númidas») estaban bajo su protectorado. También dominaba el oeste de Sicilia, el este pertenecía a los griegos de Siracusa. Si se quiere imaginar el poder de esta capital, hay que leer *Salambó*, de Flaubert.

En la época helena se afirmó el poder de Roma.

Originariamente colonia etrusca, fundada en 753 a.C. (los romanos contaban el tiempo desde la fundación de la ciudad, *ab urbe condita*), Roma se había liberado de los etruscos en el siglo V a.C, convirtiéndose en una república copia de Atenas. Sólo los hombres libres eran ciudadanos. Tenía una asamblea, el «Senado» (no se podía formar parte de él hasta los cuarenta años), y magistraturas rotativas: destacaban dos cónsules que se repartían el poder ejecutivo cada año y los tribunos, que representaban al pueblo (la «plebe»). Sus dioses eran los de los griegos, pero con nombres diferentes: Zeus se había convertido en Júpiter. Los romanos hablaban el latín y utilizaban un alfabeto propio (que en la actualidad es universal). Poco a poco se habían convertido en los dueños de la península itálica.

En 272 a.C, terminaron aquella conquista cuando ocuparon una colonia griega, Tarento. Desde ese momento, el destino de Cartago estaba sellado.

Los romanos tenían influencias etruscas y griegas. Pero desde su origen, siempre conservaron su odio hacia la monarquía y el amor a la guerra, un carácter rudo y una feroz voluntad de vencer en todas las ocasiones: *Vae victis*, «desgracia a los vencidos». Los romanos eran campesinos-soldados, ávidos de victoria, rústicos, avaros. Obsesionados con la posesión de los campos, no dudaban en enredarse en interminables procesos para defender sus propiedades; y del mismo modo, estaban obsesionados por una sed de dominio, no evanescente como la de Alejandro Magno, sino perdurable.

Los griegos inventaron la filosofía y el teatro; los fenicios (libaneses, cartagineses), el alfabeto; los romanos el derecho, y antes el derecho a la propiedad.

Pero también la supremacía de la ley y, genial creación, la prescripción. La *vendetta* era, y sigue siendo, el principal problema de las sociedades mediterráneas, en donde se castigan los crímenes de generación en generación. Por la prescripción de los crímenes (al cabo de veinte o treinta años), los romanos consiguieron romper la diabólica cadena de la venganza. En la actualidad, bajo la influencia de un derecho anglosajón mal romanizado, estamos renunciando a la prescripción de los delitos «imprescriptibles». Volvemos a la *vendetta*. Sin embargo, renunciar al castigo al cabo de un cierto tiempo no significa olvidar los crímenes pasados. Es necesario recordar y prescribir al mismo tiempo.

La *virtus*, la virilidad intelectual, la fuerza moral de los romanos, fue grande durante mucho tiempo: lo fue la de un tal Cincinnatus, nombrado «dictador», quien, con el deber cumplido, volvió a sus campos; o la de Dentato cuando respondió a los enemigos de Roma que querían comprarla: «Decid a los que os envían que los romanos prefieren mandar a los que tienen el oro más que poseerlo».

Roma, potencia continental, vivió en paz con Cartago hasta el día en que los romanos quisieron conquistar Sicilia, de la que los cartagineses poseían la parte occidental.

Primero echaron el ojo a las ciudades griegas del este de Sicilia. Un rey griego acudió en socorro de esas ciudades, pero a duras penas ganó algunas batallas. Se conocen las palabras de Pirro «Otra victoria como ésta y estamos perdidos» —de ahí la expresión «victoria pírrica»—. Pero cuando los romanos atacaron el oeste de la gran isla, estalló la guerra con la ciudad púnica («púnicos» es el antiguo nombre de los cartagineses)...

Cartago dominaba el mar, mientras la legión romana era la mejor maquinaria militar de la época. Podríamos compararla con la legión extranjera o los «paracas». La falange griega, desorganizada, perdía todo su valor combativo, lo cual no era el caso de la legión. El legionario sabía combatir en grupo, pero también de manera aislada.

La primera guerra Púnica se desarrolló de 264 a 214 a.C. A pesar del valor de sus

generales, entre ellos un tal Amílcar Barca (el de *Salambó*), Cartago fue vencida y tuvo que ceder a Roma Sicilia y Cerdeña. Pero la ciudad fenicia era demasiado orgullosa para admitirse vencida. Compensó la pérdida de Sicilia con la conquista de España, que gobernó Amílcar y donde fundó Cartagena, la «nueva Cartago».

En 219 a.C. Aníbal, el hijo de Amílcar, estaba dispuesto para la revancha y se declaró la guerra. Con la segunda guerra Púnica (que va a durar diecisiete años), apareció una nueva clase de guerra: la guerra entre naciones, ya no se trataba de una guerra entre ciudades (como la guerra del Peloponeso) ni de una guerra imperial (los persas, Alejandro Magno).

Italia y África del Norte se habían convertido en «naciones»: en la segunda guerra Púnica hay un aspecto de guerra a muerte, de «guerra de 1914» (entre Francia y Alemania). El genio militar estaba en el bando cartaginés. Aníbal es tan gran capitán como Napoleón. Disponía de un ejército de mercenarios galos y españoles (no de un ejército nacional como las legiones romanas) y de una excelente caballería nómada (argelina), aún sin estribos.

Evidentemente, las legiones esperaban a Aníbal en el sur, en Sicilia, el puente entre Túnez e Italia. Pero con una marcha de una audacia inaudita, pasó por el norte.

Una vez traspasados los Pirineos, consiguió franquear, con sus elefantes de guerra, las cimas de los Alpes. Roma no disponía de elefantes; Cartago había recibido de los indios aquel ejército de choque (consecuencia de la comunicación cultural que estableció Alejandro). Aníbal llegó desde el paso del Gran San Bernardo.* Pillados por sorpresa, barrió a los romanos en Trebia y en el Tesino. A continuación, Aníbal descendió hacia el sur de Italia. Rodeó Roma, puesto que no contaba con medios para sitiarse (escasez de material) tras haber aplastado, una vez más, a las legiones en el lago Trasimeno.

Entonces, Roma nombró a un «dictador», el cual, muy sagazmente, se negó a librar batalla y practicó la política de la tierra quemada: Fabio, *el Temporizador*.

Pero los campesinos romanos no pudieron soportar durante mucho tiempo el saqueo de sus cultivos. Se revocó a Fabio (la «dictadura» romana era una magistratura revocable).

En 216 a.C, los dos cónsules anuales alcanzaron, a marchas forzadas, al ejército de Aníbal, que descansaba cerca de Cannas, en el sur de Italia. Aquella fue una famosa batalla. Aníbal permitió avanzar a las legiones hasta su centro y luego, cuando consideró que estaban suficientemente adentradas, lanzó su caballería nómada, que les flanqueó y les atacó por la espalda. Aniquiló a las legiones, dejando decenas de miles de muertos, entre otros, los dos cónsules. Hay que señalar que las batallas de la Antigüedad provocaban casi tantos muertos como las batallas modernas. Cannas fue como Hiroshima. Se mata a muchas personas con la espada. En Ruanda, se masacró a centenares de miles de personas golpe a golpe. Cannas es la

forma perfecta de la batalla de rodeo que más tarde pensarán todos los grandes capitanes, desde Napoleón hasta Rommel.

Aníbal estaba convencido de que Roma iba a capitular.

Dos o tres días más tarde, llegaron a Roma algunos supervivientes horrorizados. Los senadores, muchos de los cuales habían perdido algún hijo, se encerraron en la curia para reflexionar, en el edificio del Senado, alrededor del cual se reunió la muchedumbre. Luego, se abrieron las puertas de bronce de la Asamblea y de allí salió un viejo senador sólo para declarar con fuerte voz: «*Victi sumus, magna pugna*», «Hemos sido vencidos en una gran batalla». Al igual que los antiguos espartanos, los romanos practicaban el arte de la «palabra breve», del laconismo (nombre que procede de Esparta, de Laconia). Pero Roma no capituló.

Aquí abordamos el secreto de los triunfos romanos: la obstinación. Superada por el genio de Aníbal, Roma no cedió sino que formó nuevas legiones. En su larga historia, Roma nunca firmó un armisticio o un tratado desfavorable para ella.

La guerra se eternizó. Un buen día, un general más audaz desembarcó a las legiones en Túnez. Cartago, espantado, llamó a Aníbal, quien abandonó Italia dejando allí a los mejores elementos de su ejército. Había permanecido allí diecisiete años. En 202, en Zama (cerca de la actual capital de Túnez), fue vencido. Cartago pidió paz. Roma conquistó España, el sur de la Galia y la llanura del Po. Aníbal se vio obligado a exiliarse, y acabará suicidándose en Anatolia, en el país del rey Bitinio, cuando supo que su anfitrión iba a entregarle.

Aquella victoria selló la suerte de Cartago. Incluso vencida, todavía asustaba a los senadores, que decían: «*Delenda est Carthago*», «Cartago debe ser destruida». Así será en 146 a.C. (en la tercera guerra Púnica); la ciudad fue arrasada. Roma se mostró una vez más despiadada. Aquellas guerras cambiaron Occidente. Si Cartago hubiera ganado, por ejemplo, hablaríamos lenguas semíticas y no las lenguas procedentes del latín (francés, italiano, español).

Después de aquello, la suerte estaba echada en el Mediterráneo. Los reinos helénicos habían perdido su valor militar. Roma los subyugó con facilidad. Los reyes Felipe V de Macedonia y Antíoco de Siria fueron aplastados sucesivamente. En 168 a.C, Roma estableció su protectorado sobre el mundo griego, pero esta vez sin odio. Había tenido miedo de Cartago, no iba a temer a los monarcas helenos. Por su parte, los griegos consideraban a los romanos sus discípulos y a penas se resistieron a la ciudad del *Latium*.

Además, la cultura griega se impuso en Roma, tal y como constata Horacio: «La Grecia vencida ha conquistado a su noble vencedor». Los romanos del más elevado nivel contrataron a preceptores griegos. Roma mandó acudir a filósofos, sabios y pedagogos.

De este modo, la ciudad conquistadora, la «ciudad» por excelencia, logró unificar

el mundo mediterráneo. Subrayemos una fecha: el 63 a.C, los romanos conquistaron Jerusalén. El Egipto helénico de los Ptolomeos permanecerá aparentemente independiente; de hecho, era un protectorado.

Por primera y única vez —aunque durante siglos— el Mediterráneo, el centro del mundo, estaba dominado por un solo Estado.

Roma tuvo una función capital: dio al helenismo la duración que siempre le había faltado. La cultura griega se podrá mantener y, más tarde, el cristianismo podrá encontrar su espacio.

Un único Estado, una sola civilización: se había realizado la unidad del mundo mediterráneo para mucho tiempo.

Todo esto sucedió no sin perjuicio de Roma: su República no estaba concebida para dirigir el mundo. Roma, que vio cómo su población se multiplicaba por diez, se convirtió en la ciudad más importante nunca conocida hasta entonces. Uno o dos millones de habitantes: una enorme cifra para la Antigüedad, cuando no existía el transporte de grandes volúmenes. No obstante, el trigo de los romanos llegaba desde el mar Negro o Egipto.

La falta de adaptación de las instituciones, la explosión de la población, trajeron consigo guerras civiles que desgarraron la ciudad durante un siglo: la guerra de los Gracos (hacia 122 a.C), quienes pretendieron defender los derechos del pueblo; la de Cayo Mario contra Lucio Cornelio Sila (hacia 88 a.C), que transformó al ejército romano, pasando de ser un ejército de reclutamiento a un ejército profesional.

Lo sorprendente es que aquellos disturbios no afectaron al dominio romano. En Italia, se produjo la revuelta de los esclavos dirigida por Espartaco. Si se quiere tener una idea del mundo romano de aquella época, de su gloria, de su crueldad, hay que leer el libro de Howard Fast dedicado a Espartaco.

También se dieron levantamientos en España y en el mar Negro (Mitrídates, rey de «Ponto»; Ponto Euxino es el mar Negro); surgieron inquietudes, pero no se cuestionó la hegemonía.

Testimonio de estos temores es la carta, citada por Suetonio, que un oficial de la segunda cohorte de la legión Augusta (en Argelia) envió a su primo Tertulio, quien permanecía en Roma. Este texto traduce muy bien el espíritu de los romanos, su convicción —heredada de Alejandro Magno— de llevar con ellos la civilización. Perfectamente la habría podido escribir un general francés de la guerra de Argelia:

Se nos había dicho que partiríamos hacia África para defender los derechos que nos confieren tantos ciudadanos allí instalados, tantos años de presencia, tantos beneficios aportados a unas poblaciones que necesitan de nuestra civilización. Nosotros pudimos verificar que eso era cierto. Pagamos por aquello el impuesto de la sangre.

No lamentamos nada, pero se me dice que en Roma se suceden las intrigas y

los complots, que muchos allí vilipendian nuestra acción.

No puedo creer que eso sea cierto. Te lo ruego, tranquilízame. Escríbeme que los ciudadanos nos apoyan de la misma manera que nosotros defendemos la grandeza de Roma.

Si tuviera que ser de otro modo, si tuviéramos que dejar nuestros huesos blanquear en las rutas del desierto, ¡que se cuiden de la cólera de las legiones!

Pompeyo, el general que venció a Mitrídates, no se atrevió a tomar él solo el poder; en el año 60 a.C. formó un triunvirato con el banquero Craso y el patricio César.

Fue entonces cuando Julio César nació para la Historia. Procedente de una antigua familia aristocrática, la gens Julia, habría podido limitarse a hacer una carrera en el Senado. Pero comprendía las necesidades del momento y emprendió su camino hacia el poder, que quería alcanzar con el consentimiento del pueblo.

Necesitaba un gran poder militar para igualar la gloria de Pompeyo. Obtuvo el de Provenza (Provincia), que abarcaba España e Italia, pero no era suficiente para su celebridad. Entonces emprendió la conquista de la Galia.

Aquella inmensa región estaba poblada de celtas que hablaban el gaélico (antepasado del bretón). Experimentados agricultores y feroces guerreros todavía seguían viviendo en la anarquía del neolítico. Sus innumerables tribus luchaban entre ellas. A César le resultó fácil intervenir en sus enfrentamientos. En siete años, la Galia fue conquistada y, en 52 a.C., el jefe galo Vercingetórix, confinado en Alesia, tuvo que rendirse al general romano, que le condenará a muerte.

La rapidez de esta conquista, que César relatará en un libro de propaganda, *La guerra de las Galias*, es sorprendente.

Hemos subrayado que las tribus galas todavía vivían en la prehistoria; César, por su parte, representaba la modernidad. Por lo tanto, no se trataba de una guerra entre iguales, como la que había enfrentado a Cartago contra Roma, sino de una conquista colonial en el sentido moderno del término.

Los galos, a pesar de su valor, no vivían en la misma época que los ultramodernos romanos. No puede compararse la situación de César en la Galia con la de Aníbal o Alejandro Magno, quienes luchaban contra gente tan moderna como ellos. Sin embargo, se puede comparar con la de Liautey, en el siglo XX, que sometió a Marruecos con muy pocos medios y en el mismo lapso de tiempo. Los marroquíes formaban un único Estado, y un Estado histórico, aunque el «desfase cronológico» (noción con la que nos encontraremos a menudo) es el mismo; las fuerzas también. César y Liautey dispusieron de unos treinta mil hombres: entre tres y cinco legiones.

Para los galos, los romanos eran algo así como maricianos. Los guerreros celtas no podían sino ser vencidos por una civilización técnicamente muy superior a la suya. Moral y artísticamente, los galos (igual que los marroquíes) estaban muy

desarrollados. Pero, ¿qué podían hacer contra aquellos invasores llegados del futuro?

Al contrario de lo que sucedió con Marruecos, la cultura romana los integró con mucha rapidez y perdieron su lengua (efectivamente, los franceses hablan una especie de latín). César fundó sobre el Rin la ciudad de Colonia e hizo una incursión más allá del canal de la Mancha, a Gran Bretaña.

Más tarde volvió a Roma con sus legiones y franqueó el Rubicón, un torrentillo italiano. La Constitución romana prohibía a los generales atravesar en armas este río. César se mofó de esa prohibición pronunciando la famosa frase *Alea jacta est*, «La suerte está echada». En Roma se hizo con el poder, no sin batallas. Pompeyo se enfrentó a él, pero César lo venció durante una guerra civil alrededor del Mediterráneo, y más tarde fue asesinado. En Egipto, en Alejandría, César cortejó por razones políticas a la descendiente de los Ptolomeos, a la famosa Cleopatra, con la que tuvo un hijo que no sobrevivió mucho tiempo (Cesarión). César se convirtió en el único amo del mundo mediterráneo.

Por temor a la opinión pública romana, no se atrevió a otorgarse el título de rey. Pero realmente fue el jefe, el imperator. Encarnó de tal modo el poder que muchos pueblos concedieron el título de César a sus reyes: *tzar* en ruso, *kaiser* en alemán... Por otra parte, “César” será el nombre genérico de todos los emperadores romanos: “Ave, Caesar”.

Pero en Roma quedaban muchos republicanos, y César fue asesinado en los idus^[4] de marzo del año 44 a.C. por Bruto, su hijo adoptivo; de ahí la famosa frase que gritó en el Senado: «Tú también, hijo mío», en latín o en griego, no se sabe.

Con César, los romanos habían excedido los límites del mundo mediterráneo, llegando hasta el Rin e Inglaterra, y la crisis institucional de Roma fue superada.

El Imperio romano o el primer apogeo histórico

LUGARTENIENTE de César en Galia, Marco Antonio, tras el asesinato de su jefe, tuvo que plantar cara al joven de veinte años Octavio, nieto del gran general, erigido en el heredero designado por el dictador. Intentó embaucarle formando con él y un tal Lépido el segundo triunvirato. Entre los tres mandaron ejecutar a Bruto y a un buen número de partidarios de la República. Pero esto no impidió una guerra civil entre Marco Antonio y Octavio. Marco Antonio se apoyó en Egipto y en Cleopatra.

Tras la batalla naval de Actium (31 a.C), Marco Antonio, refugiado en Alejandría, se dio muerte; también Cleopatra se suicidó, poniendo fin de este modo a la dinastía de los Ptolomeos. El imperio había quedado definitivamente establecido. Octavio se hizo llamar Augusto y gobernó hasta el año 14 d.C, es decir, durante cuarenta años.

Desde el punto de vista constitucional, el régimen es específico. Puesto que los romanos sentían fobia por la monarquía, el imperio nunca se constituyó como tal (no lo será hasta los bizantinos). Simplemente, el poder estaba concentrado en una sola cabeza; el poder de los tribunos y el poder militar (el emperador es *imperator*, jefe de los ejércitos) se concentraba en el poder consular (el emperador se hacía nombrar cónsul). Pero el emperador no portaba ningún título real. Sencillamente se le llamaba, como en la actualidad en Inglaterra, el Primero (*princeps*, de donde procede la palabra «príncipe»).

El Senado seguirá subsistiendo, y la ficción del poder del pueblo también: no se promulgaban las leyes en nombre del emperador, sino «del Senado y del pueblo romano», *Senatus populusque romanus*. Estas iniciales forman la sigla SPQR, los lictores las enarbolaban ante las legiones en movimiento, y todavía aparecen grabadas sobre las tapas de las alcantarillas de la Roma actual.

Para recordar los nombres de los emperadores romanos de los dos primeros siglos de nuestra era, antiguamente se utilizaba una cantinela nemotécnica: «Cesautica-Claunegalo-Vivestido-Nertraa-Antmarco», que procede de: César. Augusto. Tiberio, Calígula. Claudio. Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano. Tito, Domiciano, Nerva. Trajano. Adriano, Antonino, Marco Aurelio.

Se puede considerar que el Imperio romano fue el Estado más importante que los hombres jamás hayan construido. Es cierto que el de los persas, el de Alejandro Magno, y más tarde el de Gengis Khan o el Imperio británico, fueron mayores, pero duraron infinitamente menos tiempo. La propia China era inferior. Y, sin embargo, en la misma época, la dinastía Han la había unificado. Los dos imperios del mundo antiguo se conocían, comerciaban por la ruta continental de la seda, intercambiaban diplomáticos. En lo que se refiere a los reinos indios del Indo y del Ganges,

estuvieron casi siempre divididos, a pesar de que aquella civilización ganó Birmania, Tailandia e Indonesia (todavía hoy, la isla de Bali es hinduista). Los persas, bajo el nombre de partos, habían reconstruido un Estado, pero mucho menor.

Los romanos reinaron durante cinco siglos desde Escocia hasta Arabia, de Crimea al norte de África. Al contrario que Alejandro Magno, ellos mismos se impusieron límites. No conquistaron Germania y evacuaron voluntariamente Escocia, demasiado lluviosa para su gusto, limitándose a edificar al norte de Inglaterra una «muralla china» (aún visible) para contener a los bárbaros. Aquella línea fortificada, el *limes*, rodeaba todo el Imperio. Había un *limes* germánico al norte y un *limes* sahariano al sur, las ruinas de Timgad dan testimonio de ello.

Inglaterra, Francia, Bélgica, el sur de Alemania, Suiza, España, Portugal, Italia, Austria, Hungría, Croacia, Serbia, Albania, Bosnia, Grecia, Bulgaria, Rumania («tierra de los romanos»), Turquía, Siria, Líbano, Palestina, Jordania, el norte de Irak, Egipto, Libia, Túnez, Argel y Marruecos, formaban parte del Imperio (sin contar, por supuesto, todas las islas del Mediterráneo). Alrededor del Imperio sólo se encontraban tribus prehistóricas de beduinos o criadores de ganado, excepto hacia Oriente, en donde el Estado persa (los partos) lo separaba de la India.

Se estima la población imperial entre cincuenta y cien millones de habitantes: la tercera parte de la población mundial de la época.

Las fronteras del Estado marcaron la historia. Por ejemplo, la diferencia entre ingleses y escoceses es simplemente que los primeros fueron romanizados. Siglos más tarde, cuando los problemas de religión los enfrentaron, los alemanes se separaron según el trazado del *ex limes*: aquellos que conservaban el recuerdo de Roma se sometieron de modo natural a la Iglesia «romana», el resto se hicieron protestantes. La frontera actual entre los alemanes católicos y los alemanes luteranos conserva grosso modo el trazado del *limes* imperial.

Todo esto demuestra la inexactitud del eslogan de moda: «Las fronteras están superadas». En contra de esto, Fernand Braudel escribió que una frontera no desaparece jamás. Una frontera se parece a una vieja cicatriz: no hace sufrir, pero de vez en cuando aparece. El pasado deja su huella y explica muchas de las características del presente.

El imperialismo romano inauguró una idea muy original: «la integración».

Roma era imperialista (la palabra procede de allí), pero no racista. Practicó desde muy pronto la integración completa de los pueblos conquistados, o por lo menos de sus élites. Todas las personas indígenas destacadas podían aspirar a adquirir la ciudadanía romana (el apóstol Pablo, aquel rabino judío, era romano de nacimiento por parte de padre) e incluso a gobernar: habrá emperadores galos, españoles, árabes.

Los romanos habían comprendido que la fuerza sola no garantiza la duración. Talleyrand volverá a decirlo: «Con una bayoneta se puede hacer de todo, excepto

sentarse encima».

Ya hemos subrayado que los gobiernos necesitan cierta adhesión por parte de los gobernados. Roma se hacía con las riquezas del mundo, cobraba impuestos y dominaba, pero como contrapartida aseguraba la «paz romana»: la ley, la seguridad, el orden y cierta libertad local (las «ciudades» conservaban su municipalidad y sus propios reglamentos).

Es un error decir que Estados Unidos es la Roma de la actualidad. No son una nación imperial como lo fue la Italia romana (y como lo fueron Francia e Inglaterra), sino una nación «hegemónica».

Para que haya imperio, es necesario que haya un intercambio —desigual, es cierto— por medio del cual el dominante toma mucho de los dominados, pero también les da algo. Los americanos no se sienten responsables de ese modo. Son hegemónicos en Latinoamérica desde hace dos siglos, pero no les preocupa en absoluto que una guerra en Colombia pueda hacer perecer a un millón de personas en treinta años. Inglaterra era una nación imperial y no es erróneo hablar del Imperio británico. Aunque es cierto que estrujaba a la India, hubiera sido impensable que allí una guerra causara miles de muertos durante años sin que el ejército de Su Graciosa Majestad interviniera.

Ya lo hemos dicho, los romanos inventaron el derecho. En los *Hechos de los Apóstoles* se puede leer una significativa historia sobre este asunto:

Pablo predicaba en Efesia, una gran ciudad de Asia Menor que albergaba el templo de la diosa madre mediterránea (culto que hoy se sigue practicando en Marsella bajo el barniz católico de la «Buena Madre»). Los comerciantes del templo vieron con malos ojos el anuncio de un Dios único que haría periclitarse sus negocios. Estalló una revuelta. La muchedumbre capturó a Pablo. El gobernador romano dijo entonces a los sublevados: «Efesios, ¿qué estáis haciendo? Si tenéis algo que reprochar a Pablo, existen leyes y tribunales, presentad una denuncia. Si no, lo que estáis haciendo se considerará sedición», y despidió a la muchedumbre. (Hechos de los Apóstoles, XIX, 35.)

Así era Roma. Se sabe que Pablo, aun estando en una difícil situación con las autoridades de su pueblo, apeló al emperador. Puesto que era ciudadano romano (de lo que se sentía orgulloso), fue conducido, con grandes gastos, a la capital. En 212, el edicto de Caracalla concedió la ciudadanía romana a todos los hombres libres.

También los romanos inventaron la idea de la primacía del poder civil sobre el militar. *Cedant arma togae*, proclamaban. «Las armas ceden ante la toga» (la toga era el traje civil). El propio Julio César era senador. Roma otorgó el mando de sus ejércitos a los civiles.

Roma dominaba el mundo mediterráneo con una gran economía de medios. Sólo dispuso, en general, de treinta legiones. Cada legión se correspondía con nuestros actuales regimientos. Allí se enrolaban a los veinte años y durante veinte años. Por lo tanto, los legionarios no eran jóvenes, sino más bien tropas viejas. Tras cuarenta y cinco años, con la jubilación, recibían una parcela de tierra y un modesto capital.

Cada legión tenía un nombre (igual que nuestros submarinos nucleares). Estaba la «Fulminante», la «Triunfante», la «Augusta» (aquí se ha citado la carta de un oficial de esta legión), etcétera.

Es verdad que el ejército romano, culto y disciplinado, era el mejor del mundo. Una legión podía recorrer a pie cincuenta kilómetros al día (José María de Heredia lo evoca: «El sordo pisotear de las legiones en marcha») y construir para acampar fortificaciones impenetrables.

También es cierto que los romanos se mostraban despiadados. Querían que los indígenas participaran en sus gobiernos, pero reprimían las rebeliones de un modo terrorífico. En el año 70 de nuestra era, Tito, futuro emperador, aplastó la revuelta de los judíos destruyendo Jerusalén. Como recuerdo de aquel expolio, mandó construir en Roma un arco de triunfo que todavía existe, y en sus bajorrelieves se puede ver el candelabro de los siete brazos llevado a Roma como botín.

Más tarde, el emperador Adriano dispersará a los israelitas.

Entonces, el judaísmo cambió su naturaleza. Era una religión con su clero, centrada en el Templo, y se convirtió en una religión sin sacrificio, unida en su dispersión alrededor de sus maestros espirituales, los rabinos. Jerusalén fue siempre una obsesión: «El próximo año en Jerusalén». Cuando hoy en la televisión vemos los acontecimientos de Palestina, lo que vemos son las ruinas del Templo que Tito destruyó.

Al empezar, hablábamos de la importancia de la Historia: ¿cómo comprender los conflictos de Palestina sin saber que Tito y Adriano arrancaron a los judíos de su tierra y les prohibieron que se establecieran allí?

El apogeo del Imperio se situó en el segundo siglo de nuestra era con los grandes emperadores Trajano (117-137), Adriano (137-161), Antonino (161-181) y Marco Aurelio (181-190), cuatro emperadores para un siglo. No eran jóvenes. Se asumía el cargo de emperador hacia los cuarenta y cinco años, y la responsabilidad se extendía a lo largo de veinte.

La muerte de un emperador siempre planteaba problemas: al no ser una monarquía, el Imperio no conocía la sucesión hereditaria y, para designar a un nuevo emperador actuaba un frágil equilibrio entre el Senado, el ejército (los pretorianos) y los «proletarios» (la categoría más baja de hombres libres).

Aquel apogeo romano fue también un apogeo histórico, y coincidió con el apogeo de China y de la India.

Roma mantenía la paz en aquel inmenso espacio con sólo doscientos mil hombres y treinta legiones. En África del norte no había más que una única legión. Es la mejor relación calidad-precio de la historia: la mínima fuerza para el máximo efecto.

Aquel apogeo significó también un intenso urbanismo. Para los romanos (igual que para los griegos, que fueron quienes los educaron), la ciudad pasó a ser el lugar de la «civilización» (la palabra procede de *civis*, «ciudad»). Una paradójica situación para antiguos soldados-agricultores. Por otra parte, el imperio dejó periclitar a sus agricultores; la agricultura se hizo frágil.

En la capital había una enorme concentración humana. En la Roma actual todavía quedan magníficas ruinas y monumentos de aquellos tiempos: el Coliseo, el Foro, el Panteón, los arcos de triunfo y los acueductos.

Porque los romanos adoraban bañarse: las inmensas termas, lujosas y abiertas a todos los ciudadanos, eran el lugar social por excelencia. La gente pasaba allí al menos una o dos horas al día. Por lo que era necesario llevar a esos lugares grandes cantidades de agua y desde muy lejos. Así pues, los acueductos son el símbolo de la civilización latina.

Por todas partes alrededor del Mediterráneo, Roma sembró ciudades, construidas según un mismo plan (un eje norte-sur, el *cardo*, y otro este-oeste, el *decumanus*), con anfiteatros, templos, foros, teatros y termas.

París, que entonces se llamaba Lutecia, sólo era una pequeña ciudad. Sin embargo, Lutencia tenía sus termas y su anfiteatro, que todavía hoy se pueden ver.

Se sigue pudiendo admirar, alrededor del mar interior del imperio (*Mare nostrum*, lo llamaban los romanos: «Nuestro mar»), magníficas y grandiosas arquitecturas, siguiendo el modelo griego pero aún más llamativas: Petra en Jordania, Palmira en Siria, Dajmila y Cherchel en Argelia, Leptis Magna y Sabrata en Libia, Segovia en España, Arles y Nimes en Francia, Split en Croacia, Efesia en Asia Menor, por citar sólo las más famosas. Por todas partes había grandes calzadas por las que se podían desplazar comerciantes y soldados. Las vías romanas, «muros descansando sobre el llano», convergían hacia la capital.

El imperio duró porque, aunque se apoderó de mucho, también aportó mucho.

Allí la administración era eficaz a pesar de las distancias. Si sucedía cualquier cosa en el actual Irak, tres semanas más tarde el emperador estaba al corriente. Dos meses después del acontecimiento, las órdenes llegaban al *limes*. En la actualidad, cuando nuestras comunicaciones ya no viajan a la velocidad del mensajero (cincuenta kilómetros al día como máximo), ni a la del caballo (cien kilómetros) sino a la de la luz, es raro que una decisión se ejecute sobre el terreno antes de meses...

Los romanos destacados conservaron durante mucho tiempo la idea de que tenían obligaciones. Como testimonio, disponemos de notas personales de Marco Aurelio. Estas notas no estaban destinadas a su publicación. El emperador escribía (en griego)

«para sí mismo». ¿Qué pensaba «el hombre más poderoso del mundo»? (título que a los americanos les gusta otorgar a su presidente, pero que expresa con más justicia lo que podía ser Marco Aurelio). En esas notas encontradas por azar se pude leer:

Mantente sencillo, bueno, íntegro, serio, amigo de la justicia, indulgente, amistoso, pero resuelto en el cumplimiento de tus deberes.

Venera a los dioses, acude en ayuda de los hombres. Sé en todo discípulo de Antonino [el emperador precedente]. Imita su energía para actuar conforme a la razón, su constante carácter equilibrado, la serenidad de su rostro, su dulzura, su desdén por la gloria banal, su ardor por el trabajo. Jamás abandonaba un problema antes de haberlo resuelto y de haber decidido. Soportaba los reproches injustos. No se precipitaba con nada. Rechazaba la calumnia. Estudiaba con atención los caracteres y los hechos. No injuriaba a nadie. No era ni tímido ni suspicaz. Se contentaba con poco para sí mismo. Era magnánimo.

¿Alguna vez se ha escrito mejor retrato de un gobernante? Sobre todo, cuando se sabe que Marco Aurelio no escribía estas líneas para hacer propaganda a favor de su imagen como hizo César con *La guerra de las Galias*, sino para sí mismo.

Roma dejó una formidable herencia: el Derecho Romano, el buen gobierno, una cierta dignidad exaltada por sus pensadores, el estoicismo (Marco Aurelio era estoico).

A los días de la semana los llamamos con nombres latinos: lunes, el día de la Luna (en inglés *Monday*); martes, el día de Marte; miércoles, el día de Mercurio; jueves, el día de Júpiter; viernes, el día de Venus; sábado, el día de Saturno (*Saturday*); domingo, el día del Sol (*Sunday*).

En lo más esencial, nuestro calendario data del imperio: diez meses, septiembre era el séptimo y octubre el octavo, a los que los romanos añadieron dos más para llegar a los doce: julio, el mes de Julio César, y agosto, el mes del emperador Augusto (que todavía es más evidente en lengua inglesa: *August*).

Nunca, ni antes ni después, la paz y el orden reinaron en el Mediterráneo como durante todos aquellos siglos. También fue la única época de la Historia en que el Mediterráneo estuvo unido. Ya no lo está. En aquella época, de Antioquía a Nápoles o a Nimes, reinaba la misma civilización, limitada al sur por el Sahara, y al norte por el Rin, el Danubio y los bosques germánicos, unidos a la India y a China por los iraníes. El helenismo triunfó en el tiempo gracias a los romanos. Sin embargo, aquella formidable grandeza también tenía sus sombras y sus abismos.

Aquella civilización ignoraba la piedad. Era extraordinariamente cruel. En el mismo momento en que el emperador Marco Aurelio escribía las sublimes líneas datadas con anterioridad, acudía (en lo que a él se refiere, más por obligación que por

placer) a los juegos del anfiteatro, en donde centenares de hombres se degollaban entre ellos para halagar el sadismo de los espectadores: *Morituri te salutant*, «Los que van a morir te saludan»... Para reprimir la revuelta de Espartaco, Roma hizo levantar cruces de Nápoles hasta en los suburbios, a lo largo de la vía Apenina —miles de cruces en las que se exhibía a los que padecían el suplicio—. La cruz era la manera de dar muerte a los esclavos: Roma reservaba la espada para sus enemigos y el veneno para los patricios.

Hay algo de incomprensible en ese gran espectáculo de sadomasoquismo, que Ridley Scott muestra bastante bien en *Gladiator*; incomprensible al menos para nosotros, marcados como estamos por el judeo-cristianismo. Incluso los nazis, homenaje del vicio a la virtud,^[5] escondían sus campos de exterminio y de humillación. Los romanos, sin embargo, hacían de los suyos un teatro de guiñol. La filósofa Simone Veil, que murió como «una francesa libre» en Londres, no dudaba en comparar a los romanos con los nazis. Aunque algo excesiva, esta comparación no deja de esconder una parte de verdad.

Y, además, no hay que olvidar la esclavitud. Es cierto que a los esclavos domésticos se les trataba bien, a menudo se les concedía la libertad y entonces podían acceder a los más altos cargos. Pero Roma conoció una servidumbre de masas que la antigua Grecia ignoraba, con miles de muertos vivientes en los latifundios y en las minas: su «gulag» particular.

En cualquier caso, a pesar de esos horrores, el imperialismo romano no dejó demasiado mal recuerdo.

Capítulo 9

El judeo-cristianismo

HEMOS subrayado que los judíos impusieron de una manera perdurable la idea de un Dios único, la idea de persona y la de progreso. La de mujer también, puesto que su Dios es un amante y, sobre todo, porque la imagen de Dios para ellos es a la vez masculina y femenina: «A imagen de Dios los creó, hombre y mujer los creó».

De esto deriva una nueva concepción sobre la relación del hombre con la naturaleza. El hombre está hecho para dominar la naturaleza; en ella contempla las bellezas de la creación, pero se distingue de ella, escapando así de los engaños de la magia. Se entiende que un cierto ecologismo que rechaza esta distinción entre el hombre y la naturaleza amenace nuestra herencia judeo-cristiana. En todas las sociedades tradicionales, el hombre forma parte de la naturaleza para lo bueno y para lo malo (el «yin» y el «yang» chinos). Para los hebreos, se diferencia de ella.

De esto resultarán también los diez mandamientos —la idea de una ley, ya no jurídica como la de los romanos, sino moral y, sobre todo, universal—: los derechos humanos parten de ahí. Éstos hubieran sido inconcebibles en cualquier otra religión que no fuera el judaísmo.

De aquí se desprende el modo en que las religiones cambian nuestra visión del mundo.

Por esta razón hay quien quiere enseñar las religiones en las escuelas laicas. La intención es buena, pero esos pensadores no se dan cuenta de hasta qué punto la propia Historia universal ha quedado olvidada. Si no se es capaz de situar esas religiones en la cronología, ¿cómo van a entenderse? En realidad, hay que estudiarlas al relatar la Historia universal, lo que nosotros intentamos hacer.

Instalados en Palestina, en los alrededores de Jerusalén y del Templo, desde su regreso de Babilonia, hacía mucho tiempo que los judíos tenían la costumbre de emigrar. Sin ser navegantes, fueron grandes emigrantes y la «diáspora» ya existía. En todas las ciudades romanas se encontraban sinagogas y comunidades israelitas. Aparecían en la llanura iraní y hasta en China y África oriental, donde el primer reino negro acababa de salir de la prehistoria en las montañas del Tigre, en Etiopía.

Pero el judaísmo tenía sus contradicciones.

Yahvé seguía siendo en cierto modo una divinidad nacional: Dios eligió un único pueblo. Los Diez Mandamientos imponen una moral universal, pero la ley sólo se hizo para los judíos. Sobre todo, en Israel se confundían los rituales —el ritual de purificación, el ritual de los alimentos (*casherut*)— con el fondo de las cuestiones.

Jesús de Nazaret fue uno de esos rabinos que intentaron luchar contra la costumbre de los ritos. Nació en tiempos del rey Herodes (un reyezuelo sometido a

los romanos) hacia el año 6 o 7 a.C, predicaba en los años veinte de nuestra era en Palestina. Le gustaba el lago Tiberíades, una extensión azul rodeada de montañas salvajes, y sus discípulos pertenecían a las clases sencillas: artesanos, pescadores (también uno de ellos era preceptor). Hablaba tres lenguas: el hebreo, la lengua litúrgica de la sinagoga; el arameo, la lengua popular en la que predicaba; y el griego, la lengua imperial.

Era un piadoso «practicante» que, sin embargo, no quería encerrarse dentro de los ritos. «¿Quién de vosotros si su burro cae a un pozo en *Sabbat* no va a sacarlo?» A un no judío que le decía: «Vosotros pretendéis que hay que rezar a Dios en Jerusalén, pero nosotros le rogamos en el monte Garizim», le respondió: «Dios es espíritu, se le puede rezar en cualquier parte», lo que no gustaba nada a los sacerdotes del Templo.

Las prohibiciones alimenticias de la *casherut* le parecían particularmente ineptas: «¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y luego se echa al excusado? En cambio, lo que sale de la boca viene de dentro del corazón y eso es lo que contamina al hombre»^[6] (*Mateo*, 15, 16). Enseña que se puede comer de todo, cerdo en particular.

Así libera al hombre de una carga muy pesada. Al igual que otros profetas antes que él, creía que «la verdadera religión es la del corazón». Estigmatizaba a los clérigos: «Atan pesadas cargas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas» (*Mateo*, 23,4).

Rechazaba el tirar piedras (lapidación) a las mujeres adúlteras, llegando a gritar a todos los hipócritas: «Las prostitutas os precederán en el Reino de los Cielos». Para él, el único pecado de verdad era el desprecio.

Esas transgresiones irritaban a los sacerdotes del Templo de Jerusalén, quienes hicieron que los romanos lo condenaran a muerte (en la cruz). Israel, al dejar de ser independiente, no ejercía en la práctica el derecho a la vida o a la muerte. Pero el destino de Jesús es semejante al del filósofo Sócrates, al que también ejecutaron los jefes de su pueblo, y a nadie se le ocurrió imputar a los griegos la muerte de Sócrates. Así pues, a Jesús lo crucificaron el 7 de abril del año 30.

Jesús es el resumen y el paroxismo del judaísmo, del mismo modo que Sócrates es el resumen y el paroxismo del helenismo. Ni uno ni otro abandonaron jamás su país; ambos accedieron a lo universal a través del examen profundo.

Tal vez no haya a lo largo de la Historia un hombre de religión más seductor que Cristo. Buda no es sino un monje, Sócrates un filósofo, Marco Aurelio un buen dirigente, Confucio un buen conformista. Sólo Jesús de Nazaret pudo decir: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mateo*, 5, 3).

En la historia de la humanidad, en ocasiones oscura y trágica, las bienaventuranzas son un rayo de luz. Tras la muerte de Jesús, los judíos creyeron en él y afirmaron que había resucitado. Pero Jesús siguió siendo un profeta judío. La «tierra» de la que él hablaba era Israel, *Eretz Israel*; sus enseñanzas no salían del judaísmo. Se había matado a otros profetas. Otros rabinos habían dicho casi las mismas palabras que Jesús, en la misma época (Gamaliel). Los discípulos de Jesús llamados «cristianos» en la ciudad de Antioquía, por Cristo (Cristo significa «bendito, Mesías»), eran todos judíos.

Predicaron en Palestina y, más tarde, de un modo completamente natural, en las comunidades judías de la diáspora.

En el Imperio tuvieron éxito.

Hay que saber que un cierto número de grecolatinos, cansados de sus religiones tradicionales, estaban tentados de convertirse al judaísmo. En la Biblia se les llama los «temerosos de Dios». El judaísmo aceptaba (y sigue aceptando) a los convertidos procedentes de pueblos distintos al pueblo hebreo.

Sin embargo, la mayoría de los «temerosos de Dios» se quedaban a mitad de camino por la obligación de someterse a la circuncisión. Los rabinos consideraban absolutamente obligatoria la circuncisión, que consiste, en lo que a los varones se refiere, en cortar el prepucio del pene. Pero para griegos y romanos era inaceptable. Su civilización, que exaltaba la belleza de los cuerpos, no podía comprenderla. Así pues, eran pocos los «temerosos de Dios» que se hacía judíos.

Los discípulos de Jesús se separan del resto de los judíos en este punto.

No obstante, el artífice de esa divergencia era rabino (al mismo tiempo que ciudadano romano): el famoso Pablo o Saúl, del que ya hemos hablado. A éste se le ocurrió la idea de pedir a los discípulos que renunciaran a imponer la circuncisión a los paganos que querían convertirse. ¿No había escrito el profeta Isaías, siglos antes, que «la verdadera circuncisión era la del corazón»? Los apóstoles aceptaron su propuesta durante lo que se llama el Concilio de Jerusalén.

A partir de aquel momento, hacia el año 50, el cristianismo empezó a divergir del judaísmo. Pero, en el 67, cuando Nerón quiso encontrar chivos expiatorios para cargarles con la responsabilidad del incendio de Roma, el emperador poeta seguramente no distinguía a los cristianos del resto de los judíos. Por eso en aquella ocasión fueron crucificados Pedro, el maestro de los discípulos, y Pablo.

Pablo había escrito en su *Epístola a los Corintios*: «El amor es paciente, el amor es servicial, no es envidioso ni fanfarrón, no se infla, no busca su interés ni se irrita, no tiene en cuenta el mal, no se regocija con la injusticia sino con la verdad. El amor soporta todo, cree todo, espera todo».

Una página admirable, eco de las enseñanzas de Jesús; pero, ya lo hemos dicho, el himno al amor era común entre los profetas y en la Biblia (el *Cantar de los*

Cantares). Sin embargo, de manera progresiva, los cristianos de origen pagano se hicieron mucho más numerosos en las comunidades de discípulos que los de origen judío.

Fundamentalmente, los pensadores cristianos fueron todos griegos o latinos, entre ellos el famoso Agustín, el obispo de Hipona en el África romana, quien escribió las *Confesiones*, en donde se puede leer esta magnífica frase en latín: *Non jam amabam, sed jam amare amabam*, más bella aún traducida al español: «Yo todavía no amaba, pero amaba amar».

De este modo, los romanos llegaron a saber distinguir a los cristianos de los israelitas; el cristianismo, completamente judío durante años, había salido del judaísmo.

Muchos grecolatinos se convirtieron, y las comunidades cristianas se hicieron más numerosas que las comunidades judías de la diáspora. Éstas se diferenciaron de las primeras y pronto se opusieron a ellas. La destrucción de Jerusalén, que Tito llevó a cabo en el año 70, acentuó ese movimiento. Jerusalén, centro del judaísmo, también era el centro del judeo-cristianismo. Una vez destruida Jerusalén, la capital del Imperio, en donde habían muerto Pedro y Pablo, pasó a ser de un modo natural el centro del cristianismo. Entonces, el obispo de Roma se convirtió en el jefe de la Iglesia, en adelante diferente de la Sinagoga y mucho más «misionera» o prosélita.

Desde el siglo II, el gobierno imperial empezó a perseguir a los cristianos. Sin embargo, no fue una exterminación sistemática. Al principio, los emperadores se mostraron muy prudentes. Sobre esta cuestión se tiene conocimiento de una carta del gobernador romano de Asia Menor, Plinio el Joven, que aconseja moderación a su jefe (y amigo) el emperador Trajano. Luego, las persecuciones se volvieron más sangrientas. Pero siempre fueron más una especie de «pogromos» que persecuciones de tipo nazi. (Se llama «pogromos» a las masacres de judíos perpetradas en la Rusia de los zares, realizadas con la vista gorda de la policía.)

Marco Aurelio, de quien hemos citado admirables reflexiones, también fue un perseguidor de cristianos. El emperador Decio, en el año 250, mandó expedir certificados de apostasía (*Libelli*). Los apóstatas (*lapsi*) fueron numerosos.

Planteémonos la cuestión: ¿por qué Roma persiguió el cristianismo? Recordemos que los romanos (siguiendo el ejemplo de Alejandro el Grande) se consideraban muy tolerantes con las religiones. Aunque habían destruido Jerusalén bajo el imperio de Tito y expulsado a los judíos de Palestina bajo el mandato de Adriano, no fue en ningún caso por razones religiosas, sino por puras razones políticas: Israel se había levantado contra Roma y quería su independencia. El problema se solucionó con el exilio y las comunidades de la diáspora nunca fueron acosadas. El más bello monumento de Roma, aún intacto, es un templo «a todos los dioses»: el Panteón.

Por lo tanto, el cristianismo nunca fue perseguido por Roma debido a su teología.

Lo fue a causa de sus ideas subversivas.

En primer lugar, el laicismo. Cuando Jesús separó la religión de la política (a Dios del César), los cristianos, que se consideraban —a imagen del apóstol Pablo— buenos ciudadanos, se negaron a rendir culto al emperador. Y ese culto al «divino César» era el fundamento ideológico del Imperio. Sobre este punto trataron Trajano y Plinio.

Luego estaba la posición de la mujer. Ya lo hemos dicho, Jesús fue el más feminista de los hombres de religión. Él inventó —ya los profetas precedentes lo habían aconsejado— la igualdad entre hombres y mujeres.

Aunque las Iglesias cristianas se hayan vuelto misóginas, aún queda algo de esto. Para darse cuenta de ello, basta con viajar a los países que no hayan sido marcados por el cristianismo. En todas partes se domina y desprecia a la mujer. En la India se quemaba a las viudas. En China, los aldeanos todavía matan a los recién nacidos de sexo femenino. Todas las religiones tradicionales encierran a la mujer. Éste era el caso de Grecia con sus gineceos, y de los latinos. Aunque las hijas de los notables en Roma eran educadas y desvergonzadas, cuando los cristianos se reunían juntos, hombres y mujeres, a los romanos les parecía pornográfico.

Y por último, la cuestión de la esclavitud. Ésta era particularmente grave, puesto que toda la sociedad romana descansaba sobre la esclavitud. Sin embargo, los responsables cristianos se mostraron muy prudentes respecto a este tema. Ellos ya practicaban la casuística: en principio todos los hombres son iguales, pero en la práctica, los esclavos tenían que seguir sirviendo a sus amos (esto aparece en las epístolas de Pablo). No obstante, el principio mismo de igualdad universal era impensable para los romanos. Decir que los esclavos eran seres humanos igual que sus amos socavaba los fundamentos del orden social. La Declaración Universal de Derechos Humanos, escrita mucho más tarde y por no creyentes, en nombre de la Revolución francesa, no hubiera sido posible fuera de un contexto cristiano. Los brahmanes del sistema de castas, consideran, aún hoy, que los hombres no sabrían ser todos iguales. Los romanos pensaban igual.

Sin embargo, desde Tertuliano se sabe que «la sangre de los mártires es una simiente de cristianos». Para lograr el éxito, una persecución tiene que ser un genocidio; si no, conduce al resultado inverso del que busca el perseguidor.

Hacia el año 300, los cristianos se habían hecho tan numerosos, incluso en las filas de los oficiales de las legiones (véase la historia de san Martín que comparte su abrigo), que el emperador Constantino, por medio del edicto de Milán (313), creyó hábil promulgar una ley de tolerancia y simular haberse unido él mismo a la nueva religión. En 320, Constantino fundó a orillas del Bósforo la ciudad que llevó su nombre hasta el siglo XX, Constantinopla, y allí transfirió la capital.

El primer emperador cristiano de verdad fue Teodosio (379-395). Durante una

estancia en Milán, Ambrosio, el obispo de la ciudad, lo excomulgó por haber ordenado la masacre de siete mil habitantes de la Tesalónica insurrecta. Se sometió e hizo penitencia. Por primera vez, el Estado romano se inclinaba ante el cristianismo, y la crueldad del Estado ante los derechos de las personas.

Teodosio realizó otro acto de grandes consecuencias: en 395, dividió el Imperio entre Oriente y Occidente por motivos de descentralización. Nunca se reparará esta separación. Aún en la actualidad, subsiste la línea de fractura precisamente en Sarajevo, en Bosnia. Al oeste, las personas son latinas y utilizan el alfabeto latino; al este, son orientales y utilizan el alfabeto cirílico. Sobre esta frontera, en donde persiste una zona de gran fragilidad, a menudo se vivirán dramas. (La guerra de Bosnia es la última, pero la de 1914-1918 estalló precisamente en Sarajevo.)

De este modo, el Imperio terminó por hacerse cristiano.

Y al hacerlo tal vez perdió su alma, su virtud. El cristianismo, probablemente, reblandeció Roma.

Sin embargo, el Imperio fue un lugar de formidables mutaciones.

El espíritu griego estaba encerrado en la ciudad, y el espíritu judío giraba alrededor del Templo. Roma expandió uno y otro por todo el mundo. El Imperio fue una síntesis entre la civilización griega y el genio semita, entre Sócrates el ateniense y Jesús el nazareno.

Y además, las ideas romanas estaban obsoletas. El cristianismo, lleno de juventud y creatividad, iba a asumir la herencia del viejo mundo. Por otra parte, se empezó de una manera progresiva a contar los años a partir de Jesucristo, mientras que los romanos los contaban partiendo de la fundación de Roma. Bien es verdad que sobrevivieron otros cómputos (en China, en Japón, entre los judíos) y se inventarán otros más (el calendario musulmán), pero en la actualidad, la cuenta cristiana es el calendario universal.

Los tiempos bárbaros o el declive

DESDE EL principio del tiempo histórico, el progreso de la humanidad había sido continuado. El ser humano no había cambiado, pero con Sócrates, Jesús y las ciencias chinas y griegas, el mundo había «progresado»; esta noción no implica juicio de valor alguno. De manera sucesiva habían aparecido el alfabeto, la geometría, la filosofía, el derecho romano y, por fin, la ternura evangélica.

Pero, en el año 410 de nuestra era, se produjo un increíble acontecimiento.

Los bárbaros tomaron Roma.

La caída de Roma abrió un terrorífico período histórico que va a durar seis siglos.

Hay que comprender que lo que nosotros llamamos Edad Media no empieza hasta el año 1000. Los especialistas dan como fecha de referencia la de la coronación del rey de Francia, Hugo Capeto, en 987. Para referirse a una regresión, a menudo se dice que «se vuelve a la Edad Media». Es una estupidez. La Edad Media son las catedrales, el poder y la gloria. En ese caso, lo mejor sería mencionar la época merovingia, en la que indolentes reyes reinaban sobre tribus dispersas.

De hecho, si se lanza una mirada sobre París, entre 410 y 987, no hay gran cosa. Nada entre las termas de Cluny y las primeras abadías. Durante seis siglos, allí no se construyó ni un monumento, ni una escuela, ni un lugar de culto.

Hasta el siglo X se podría pensar que había desaparecido toda civilización; afirmación apenas exagerada. El Imperio se había venido abajo.

Pero no en todas partes. Aún subsistía en los Balcanes y en Anatolia, alrededor de Constantinopla. A esta supervivencia oriental del Imperio se la conoce con el nombre de Imperio «bizantino» para diferenciarlo de la Antigüedad propiamente dicha. Sin embargo, los bizantinos, conscientes de la continuidad histórica, se llamaban a sí mismos «romanos». «Romano» también fue el nombre de algunos de sus emperadores. Este Imperio será grande: basta con recordar a Justiniano (527-565), recopilador de leyes (el Código Justiniano) y constructor de la admirable cúpula de la basílica de Santa Sofía (su arquitecto fue Antemio de Tralles); a Romano Lecapeno (920-944), o al terrible Basilio II el Bulgaróctono («asesino de búlgaros») (958-1025).

El Imperio bizantino durará hasta las invasiones turcas del siglo XV. Pero, al margen del mundo egeo, que ese imperio protegió, una ola de barbarie arrasó con todo. Hasta China engulleron los nómadas en aquella época: los «dieciséis reinos de los cinco bárbaros».

La expresión «invasiones bárbaras» sugiere la avalancha de innumerables guerreros «con el cuchillo entre los dientes». Romanos y chinos llamaban «bárbaros»

a todos aquellos que vivían más allá del *limes* o de la Gran Muralla. En realidad no eran muy numerosos, sólo unas tribus de cazadores y sobre todo criadores de ganado que se desplazaban del Báltico hasta Mongolia por la gran estepa euroasiática.

Los hunos, de raza amarilla, en pleno avance hacia Occidente, provocaron con su ardor movimientos en cadena. Todo el mundo recuerda el nombre del más famoso de sus jefes: Atila (395-453). Los hunos son la explicación de los nombres y los rasgos asiáticos de un cierto grupo de europeos: húngaros, búlgaros, algunos rusos (también Lenin tenía los ojos rasgados). Los «gitanos» son algo distintos: no son guerreros, sino unos sin casta llegados de la India y que siempre vivieron en simbiosis dentro del seno de las sociedades agrícolas.

Roma había sabido contener a esas tribus durante siglos. Por otra parte, los bárbaros estaban fascinados con ella. Al no poder conquistarla, emigraban allí. En el siglo IV se enrolaban en el ejército romano, en donde se convertían en excelentes defensores del Imperio.

¿Por qué entonces sobrevino la catástrofe de 410? Extraordinario acontecimiento que causó una honda impresión en san Agustín. Roma, en efecto, no había sido conquistada desde la antigua irrupción de los galos, ocho siglos antes.

Hay que entender que en aquella época la superioridad militar de los «civilizados» se debía exclusivamente a su organización (a su modernidad). Una legión romana utilizaba las mismas armas que los bárbaros germanos, pero su mando y su disciplina le aseguraban un completo éxito. De manera individual, los bárbaros eran mejores. Y esta superioridad individual de los nómadas sobre los sedentarios se mantendrá hasta que estos últimos utilicen, en el siglo XV, la pólvora y los cañones.

Cuando una sociedad sedentaria se desorganiza, queda a merced de los invasores. Tanto es así que Roma se organizó y, con sus treinta legiones, rechazó con facilidad a los bárbaros en las tinieblas exteriores. Era la mayor potencia mundial. No tenía enemigos a su altura (a excepción de los persas de Partos, enemigos hereditarios). El Imperio se derrumbó porque se autodestruyó.

En efecto, a partir del siglo III, Roma inició su decadencia. Sabemos que este concepto es muy criticado, pero no vemos por cuál reemplazarlo.

La decadencia fue en un principio cívica. Por muy rica y corrupta que fuera, la clase dirigente romana conservó durante mucho tiempo el sentido del bien público, tal y como lo hemos comprobado leyendo las notas del emperador Marco Aurelio. A partir del siglo IV lo perdió. Porque ninguna clase dirigente puede resistirse al egoísmo individualista. La clase dirigente, cuando menos, debe dar la impresión de que se ocupa del bien común; mejor aún, debe ocuparse realmente si quiere justificar sus privilegios. Chateaubriand lo escribió en sus *Memorias de ultratumba* de una manera definitiva: «Una clase dirigente conoce tres edades sucesivas: la edad de la superioridad, la edad del privilegio y la edad de la vanidad. Una vez que sale de la

primera, se degenera en la segunda y se apaga en la tercera».

Cuando una clase dirigente se hunde, puede arrastrar consigo el derrumbamiento de la sociedad si los dirigentes que la sustituyen no están preparados para ocupar los puestos vacantes. Al caer la nobleza durante la Revolución francesa, la burguesía estaba dispuesta (y deseosa) a asumir el Estado. Nada de esto sucedió en la Roma del siglo V.

Las virtudes que habían hecho poderoso al Imperio y a sus patricios —el respeto a las leyes, el valor militar, el sentido de la grandeza— se habían desvanecido. Además, por decirlo de algún modo, el ejército ya no existía. Los bárbaros no encontraron a nadie frente a ellos, pasaron el *limes* —en esta ocasión no como inmigrantes sino como conquistadores— y empezaron a violar y a matar. Fue una formidable regresión de la civilización, una especie de declive.

Hay que entender que el progreso no es automático. Durante treinta y cinco siglos, desde la época de los faraones, la humanidad había seguido un progreso continuado; cada siglo era más «moderno» que el anterior. Pero, después del año 410, todo se derrumbó. En el momento en que no hay un Estado, no hay seguridad. Los campesinos, que necesitan la paz para cultivar sus campos, huyeron de ellos. Se instaló la hambruna. Y puesto que un núcleo urbano no puede funcionar sin un superávit agrícola, las bellas ciudades del Imperio romano se transformaron en campos de ruinas.

Conviene subrayar el hecho de que las ruinas no son «naturales». Demasiado a menudo se cree que las ruinas son el resultado de la usura del tiempo. Nada de eso. Mientras una civilización se mantiene viva, conserva sus monumentos. Algunos templos hinduistas todavía se encuentran en buen estado tras cinco mil años. Notre-Dame fue construida hace siete siglos y parece estar «como nueva». Los monumentos son eternos cuando se reparan. En Notre-Dame siempre hay algún andamio. Si un día la catedral cae en ruinas, querrá decir que nuestra civilización ha desaparecido.

Por lo tanto, las magníficas ruinas romanas dispersas por la cuenca mediterránea tienen un significado trágico: nos recuerdan la caída del Imperio. Es difícil imaginar cómo fue la regresión en los tiempos bárbaros.

Triunfó la anarquía. Y la anarquía mata mucho más que la guerra.

Las guerras Púnicas fueron terribles, pero no afectaron en nada a la civilización. La caída de Roma trajo consigo la ruina de la sociedad occidental.

La anarquía —cuando los vecinos se asesinan entre sí, cuando se hace imposible circular por las vías sin que te corten en pedazos— es mucho más destructiva que las batallas ordenadas.

En la actualidad se sabe hacer demografía histórica. Por ejemplo, la fotografía aérea nos da una idea justa de las implantaciones humanas. Así pues, la Galia romana tenía alrededor de diez millones de habitantes. En el siglo VII, con los merovingios,

no contaba más que con tres millones, y esto sin ninguna gran guerra ni epidemia por medio. Se había producido una regresión de la población del 70%. La inseguridad implica hambre, la muerte de las ciudades y del comercio.

Tal vez hoy pasa algo semejante en algunas regiones de África. El antiguo Zaire es extremadamente rico. Allí hay de todo: agua dulce del río Congo, electricidad producida por inmensas presas, los más diversos cultivos (de llanura y montaña), multitud de minerales (oro, diamantes, cobre) y mucho petróleo. Pues este país está hundiéndose en la miseria. En la vecina Ruanda, los hutus y los tutsis se han masacrado sin armas modernas. En todas partes, cuando «se vuelve la tortilla», la anarquía trae hambre y la desaparición de las escuelas.

Así sucedió en Europa (a excepción del Imperio bizantino) en los tiempos merovingios. No obstante, es una época interesante de conocer.

Aunque las luchas de Brunequilda y de Fredegunda (siglo VI), como los baldíos reinos de Austrasia y Neustria, no tuvieron ninguna importancia, los bárbaros dejaron su impronta en el mundo actual.

Ellos, los hunos, los germanos y los esclavos, fueron quienes dieron los nombres a las naciones de la Europa actual.

Los francos, una tribu germánica, ocuparon la Galia, que hoy se llama Francia, aunque en el fondo la población sigue siendo celta y todavía habla una lengua latina. Los vándalos se desplegaron hasta el norte de África. Su nombre es un testimonio de la detestable fama que se labraron: destrucción y pillajes.

En la actualidad, resulta imposible leer un periódico sin encontrar en él una referencia a los «anglosajones». Pues bien, los anglos y los sajones fueron unos germánicos que desembarcaron en Gran Bretaña. Y entonces nació Inglaterra. El inglés es una lengua germánica —muy latinizada, por cierto—. Algunos «gran bretones», con el fin de huir de los sajones, fueron al oeste de la Galia para fundar una pequeña «Bretaña» y salvar allí el galés (el bretón). «Alemania» perpetúa el nombre de los alanos. Los burgundios dejarán el suyo a Borgoña y los lombardos a Lombardía.

Ya hemos mencionado Hungría y Bulgaria con gran influencia asiática. Los esclavos legaron su lengua a la Europa del Este hasta Bohemia.

Algunos bárbaros no eran ganaderos, sino marinos. Los vikingos merecen nuestra atención. Los normandos —«hombres del norte» (*northmen*)— eran tan saqueadores como los demás. «Cuídanos, Señor, del peligro normando», dice una oración de aquella época. Pero habían sabido perfeccionar la galera mediterránea. Sus drakars, galeras con proa en forma de serpiente, eran los navíos más avanzados de entonces. Entre los normandos están los suecos, noruegos y daneses.

Los suecos van a lograr remontar y luego descender los grandes ríos de los espacios que atravesaban. Y a estos espacios les pusieron nombre. A los suecos se les

llamaba «*rous* [pelirrojos]», pues el país se convertirá en Rusia. El comercio entre el Báltico y el mar Negro fue durante mucho tiempo monopolio suyo. En Constantinopla, bajo el nombre de «varegos», formaron la guardia de élite del emperador bizantino.

Los daneses tuvieron una inmensa importancia histórica. Cada vez que un comentarista, al ocuparse del tema de la Unión Europea, califica a Dinamarca de «un pequeño país», demuestra que ignora toda la historia de Europa.

Los daneses bajaron de forma natural hacia el sur y se establecieron en la provincia que lleva su nombre, «Normandía», el país de los hombres del norte, el cual les fue concedido en 911 por un rey carolingio, mediante el tratado de Saint-Clair-sur-Epte. Por este motivo, toda la toponimia de Normandía es danesa, ya sea de un modo evidente —como el cabo de Hague (y Copenhague)—, ya sea de una manera más camuflada: la palabra *floor* latinizada quedó como «fleur», y así Honfloor se convirtió en Honfleur; *beck* quedó como bec, y de ahí Caudebec.

Años más tarde, una vez cristianizados y con Guillermo el Conquistador, los daneses ocuparon en 1066 Inglaterra, que estaba en manos de sus primos los anglosajones. La tapicería de Bayeux, un enorme bordado de aquella época, narra este episodio; allí se ve a los drakars a punto de partir. Habían aprendido el francés. Más tarde aún se establecieron en Sicilia y en el sur de Italia, donde fundaron sus reinos. Y por supuesto, cuando llegan las cruzadas, los violentos normandos se convertirán en la punta de lanza de la cristiandad, y aparecerán en Jerusalén.

Los noruegos tuvieron menos suerte. En las fronteras de su país no se extendía ni Rusia ni Europa, sino la inmensidad del Atlántico. Sin embargo, por el norte, navegando de isla en isla, consiguieron dominar el gran océano.

En el Ártico, el Atlántico se estrecha en multitud de riberas. Los noruegos, a través de las islas Feroe, a partir de 865, se instalaron en Islandia, una tierra que ya conocían los navegantes griegos y romanos (*Ultima Thule*), pero que estaba deshabitada —con la sola excepción de algunos ermitaños—. Allí siguen todavía, y los islandeses son sus descendientes. Los noruegos habían llevado consigo esclavos celtas y pequeños caballos.

En Islandia, un explorador, Eric el Rojo, descubrió en 982 una inmensa tierra a la que condujo a unos centenares de familias. La llamó *Groenlandia*, «Tierra verde» —algo que durante mucho tiempo se consideró humor negro, hasta que los historiadores comprendieron que en aquella época el clima era mucho más cálido que en la actualidad: lo que se conoce como el «óptimo climático medieval». De hecho, los vikingos pudieron criar vacas en Groenlandia y segar el heno, algo imposible en nuestros días a pesar del «calentamiento». Sin embargo, más tarde se produjo un «enfriamiento» y los vikingos no pudieron quedarse en Groenlandia, en donde los reemplazaron los esquimales.

Desde Groenlandia, los islandeses llegaron de modo natural al Labrador, al estuario de San Lorenzo y, quizá, al Caribe. En el siglo XVI, el emperador azteca Moctezuma relatará a Cortés que, en México, a los españoles les habían precedido, mucho tiempo antes, unos navegantes grandes, rubios, «con unos barcos que tenían cabezas de serpientes». ¿Cómo no pensar en los drakars? Así que, por lo tanto, los noruegos fueron quienes descubrieron América cinco siglos antes que Colón. Pero este descubrimiento se quedó en nada. Los vikingos, buenos navegantes pero unos negados en geografía universal, pensaron que aquellas costas sólo eran otro litoral. Europa, en plena anarquía, tampoco estaba preparada para seguirles. Pero los navegantes se transmitieron estos relatos a través de sus «cuadernos de bitácora» y parece que Colón tuvo conocimiento de ellos. Con esto se demuestra que un descubrimiento no significa nada si no va rodeado de una buena predisposición mental y económica.

Muy escasos en número, a los vikingos los absorbieron o mataron los indígenas. Expulsados de Groenlandia por el enfriamiento climático, los noruegos únicamente pudieron permanecer en Islandia —en donde rápidamente cayeron bajo el dominio danés, del que no se liberaron hasta 1941.

La destrucción de la civilización en el tiempo de los bárbaros no fue una destrucción definitiva. Ya lo veremos: a partir del siglo IX, la civilización renacerá en Europa occidental. Porque en Oriente subsistía el Imperio bizantino, que conservaba en Constantinopla el tesoro de la cultura grecorromana. También perduraba, incluso en Occidente, la Iglesia católica.

Planteémonos sólo una pregunta: Si en la actualidad el mundo cayera en declive, ¿quién lo reconstruiría? ¿En dónde está nuestro Imperio bizantino? ¿Dónde nuestras iglesias? ¿Quién conservaría, en un hipotético derrumbamiento, el saber? ¿Quién podría pasar el testigo a los nuevos mundos?

La civilización es un milagro; su reconstrucción, un milagro aún mayor.

Los tiempos bárbaros, aquellos siglos de anarquía y masacres, sin escuelas, sin comercio y casi sin ciudades (Roma sobrevivía, pero apenas contaba con más de diez mil habitantes, en lugar de un millón, y el Coliseo sólo servía para hacer carreras), fueron una época espantosa. Lo que no significa que los hombres hubieran sido todos desgraciados: la felicidad individual, la de los pequeños grupos (como los vikingos), se puede acomodar dentro de la desgracia colectiva. Pero esta última era grande.

Esta desgracia, muy bien podría no haber terminado jamás. Subrayemos, una vez más, que el progreso no es algo automático.

Del declive del Imperio romano se puede extraer una lección: cuando una civilización pierde su razón de existir, combatir, tener hijos, educarlos, transmitirles, a ellos y a los inmigrantes, sus convicciones y su cultura, puede derrumbarse como un árbol muerto, al que, aun conservando una bella apariencia, el más pequeño toque

abate.

En la Edad Media hubo una última oleada de invasiones llegadas de las estepas: la del Gengis Khan (o Temujin) y la de los mongoles. Gengis, un nómada pagano, consiguió unir durante su reinado (1115-1227) a los rápidos y peligrosos jinetes de Siberia hasta Karakorum, en Mongolia. Su nieto se instaló en el trono de China (en donde el viajero veneciano Marco Polo lo conoció). Pero los mongoles fracasaron frente a Europa, que mucho tiempo atrás había salido de la anarquía.

Eran los portadores del último sueño de los bárbaros (antes de la invención de la pólvora de cañón). Al contrario que a sus predecesores —los jefes nómadas germanos o eslavos—, a Gengis no le fascinaba Roma. Quería convertir el mundo en un inmenso territorio destinado a la caza. Sólo fue un sueño fulgurante. Su nieto, Kubilay, convertido en Gran Khan, en el trono de Pekín, pasó a ser emperador chino. En cuanto al sueño del «Imperio de las estepas» se disipó por completo en el momento en que los cañones del zar de Rusia dispersaron a los jinetes de la «horda de oro»: con la artillería, los sedentarios habían vencido definitivamente a los nómadas.

La época del Islam

AL NORTE DEL Imperio romano vivían los germanos, los esclavos, los hunos y los mongoles; en la orilla sur del mundo mediterráneo sólo se encontraban tribus de beduinos, en particular, árabes de la península arábiga.

Todos estos nómadas, tanto los del sur como los del norte, estaban influidos por el Imperio. Los del norte controlaban la ruta de las caravanas hacia China; los del sur, la ruta comercial marítima de la India al Yemen y también la de las caravanas de Hadramaut hasta el *limes*.

Pero sus invasiones fueron completamente diferentes. ¿Por qué?

Los bárbaros del norte sólo practicaban religiones «débiles». Aunque contribuyeron al suicidio del Imperio, su única aspiración era convertirse en romanos (o chinos en el este).

Por su parte, los árabes tenían una religión «fuerte». (Los términos «débil» y «fuerte» no implican juicios de valor; en física nuclear, por ejemplo, también se habla de atracciones «débiles» o «fuertes».) Éstos no quisieron convertirse en romanos, sino crear un nuevo mundo. Así pues, su acción fue mucho más duradera.

En el año 571 había nacido en La Meca, una ciudad de la ruta de las caravanas, un hombre que se hizo caravanero al servicio de una rica viuda, Jadiya.

Este hombre, Mahoma, andaba por los cuarenta años cuando tuvo una crisis mística. No podía soportar las idolatrías de la población de La Meca. Durante sus viajes había conocido a judíos y cristianos, y la religión de sus antepasados no le convencía en absoluto. Se había convertido al monoteísmo, e intentaba en vano convertir a los habitantes del oasis. Su opción fue mal recibida y tuvo que huir con una decena de compañeros a través del desierto, hacia Medina. Allí convirtió a los ciudadanos.

Aquella huida de la ciudad idólatra a través del desierto en nombre de un único Dios se llama hégira, y es el origen de la cronología musulmana, que, por lo tanto, empieza en el año 622. Mahoma es el autor, directo o indirecto, del libro santo del islam, escrito bajo el dictado de Dios: el Corán.

En 630, el profeta regresó victorioso a La Meca. Los idólatras habitantes de esta ciudad adoraban allí una piedra negra, objeto de productivos peregrinajes. Mahoma tuvo la suficiente inteligencia como para recuperar este culto pagano (exactamente igual que la Iglesia católica recuperó los templos de los ídolos). Así, en el sagrado corazón del monoteísmo más riguroso, se sigue venerando a un antiguo ídolo.

Mahoma murió en plena gloria en La Meca, en junio de 632.

El genio del profeta fue presentar una especie de «kit» del judeo-cristianismo.

Aunque llegado mil años después, Mahoma guarda un gran parecido con el profeta Abraham. Ambos vivían en los límites del mismo desierto —Ur, en Caldea; La Meca, en Hiyaz—, y la idea de un único Dios nace con más facilidad en el desierto que en la selva politeísta. Los dos abandonaron la ciudad idólatra por la llamada de Dios. *El* es un nombre semítico de Dios: *Alleluia*, judío; *Alia*, musulmán.

El islam es una especie de judaísmo en sus orígenes, pero universalizado, puesto que su ley no está destinada a un solo pueblo, sino a todo el universo. Del cristianismo, Mahoma retuvo la historia de Jesús, considerado un profeta, y de María, venerada. Así, el islam se presenta como el sucesor del judaísmo y del cristianismo. Sin embargo, Mahoma vivía en un tiempo mental muy anterior al de los profetas judíos, *a fortiori* el de las bienaventuranzas. Esta anexión del judeo-cristianismo fue su golpe genial.

Mahoma supo crear una religión sencilla. Es fácil hacerse musulmán. Basta con pronunciar ante un testigo la *chahada* (la profesión de fe): «Yo juro que no hay más que un Dios y que Mahoma es su profeta». Del judaísmo, el islam recuperó las prohibiciones alimenticias (el *hallal* sustituye a la *casherut*, dentro de la misma obsesión con la carne de cerdo), y añadió la prohibición del alcohol (palabra que, sin embargo, es árabe).

Mahoma ha sido el único fundador de una religión de la que, al mismo tiempo, fue jefe político y jefe militar, cuando lo normal es que las tres funciones —religión, política y guerra— estuvieran separadas. No sólo fundó una religión, sino también un Estado, al unir a las tribus árabes, divididas hasta entonces, y dirigió los ejércitos.

Ya hemos comprobado que la superioridad de los sedentarios sobre los nómadas reside únicamente en la organización. Así, además de una fuerte ideología, Mahoma dio a los árabes la organización. Por otra parte, en el islam, el emperador es al mismo tiempo el Papa. En esa religión se ignora la separación de los poderes civil y religioso. La «lucha entre el sacerdocio y el imperio» es inconcebible. Todavía en la actualidad, por ejemplo, el sultán de Marruecos es también el «jefe de los creyentes».

El Corán considera legítimo conquistar con las armas nuevos espacios en nombre de la auténtica religión. La «guerra santa», la *yihad*, es original del islam —numerosos versículos del Corán lo confirman—. Es cierto que en sus páginas se puede leer: «Nada de coacciones en religión», pero esta tolerancia sólo concierne a los creyentes de las religiones reconocidas por Mahoma: judíos y cristianos pueden conservar su fe bajo mandato musulmán a condición de aceptar un estatuto inferior (el de *dhimmi*) y de pagar impuestos. Pero no se ha previsto ningún lugar para los politeístas ni para los paganos.

Mahoma dividía el mundo en tres parte: el *Dar al islam* (el mundo bajo mandato musulmán, el de la paz); el mundo de la tregua (posible con los cristianos y judíos), y el mundo de la guerra (contra los paganos). La guerra santa es fundacional dentro del

islam. Sus teólogos y místicos supieron explicar más tarde que la *yihad* también podía ser una ascesis espiritual. El islam es una religión de héroes (más que de mártires). Inmediatamente después de la muerte del profeta, la formidable fuerza que él había creado va a lanzarse a la conquista del mundo.

Tras Mahoma asumieron el poder los primeros califas —por orden: Abu Bakr, Ornar, Otmán y Alí (este último había desposado a Fátima, una de las hijas del profeta)—. Pero hubo una contestación contra el poder hereditario del califato. En enero de 661, Alí fue asesinado: una parte de los musulmanes quisieron permanecer fieles a su línea, así se provocó el cisma chiíta.

Más tarde, con la dinastía de los Omeyas (que reinó desde 650 hasta 750), la capital árabe se trasladó a Siria, conquistada a los bizantinos. En 639, los árabes habían ocupado Egipto y fundaron El Cairo cerca de la antigua Memphis. A partir de 707 sometieron a África del norte (con la construcción de Kairuán). En 712 pasaron a España. El estrecho de Gibraltar no es otro que el de Yebel al Tarik, que hace referencia al nombre de un jefe beréber. Pronto los jinetes de Alá traspasaron los Pirineos por el oeste.

En el Este, los ejércitos árabes subyugaron con facilidad la Sasánida persa. Sin embargo, el mundo iraní, al querer conservar su originalidad, adoptó el chiísmo y consiguió iranizar un poco el islam.

Los jinetes árabes parecían invencibles, principalmente porque no traían consigo la anarquía, sino un nuevo orden.

Poco se preocupaban por conservar el pasado. Por ejemplo, abandonaron las magníficas ciudades romanas de Libia o de Siria (Leptis Magna, Palmira). Hicieron lo mismo con los monumentos egipcios. La arquitectura faraónica se había mantenido «como nueva» hasta su llegada, en el siglo VII. A pesar de haber perdido su independencia, Egipto había conservado hasta entonces su civilización. Los reyes griegos, los emperadores romanos o bizantinos construían templos idénticos a los que veían. Con los nuevos amos se derrumbó todo. No es que fueran indiferentes al arte: en Damasco, en Córdoba, en Granada, edificaron mezquitas y palacios sublimes, pero despreciaban todo lo que había sucedido antes de Mahoma.

Con ellos, como subrayó el historiador Henri Pirenne, el mundo mediterráneo, unido durante cinco siglos por el Imperio romano, se partió en dos —y así continúa en la actualidad—. Incluso se podría decir que, hoy día, existen tres Mediterráneos: dos al norte (el latino católico al oeste y el bizantino ortodoxo al este) y uno al sur (el árabe musulmán, que ya no habla ni latín ni griego, sólo árabe).

En la época actual, el Mediterráneo ya no es el mar de la unidad, sino un mar de enfrentamientos.

La cabalgada árabe parecía irresistible. Sin embargo, fue detenida en el siglo VII.

En primer lugar, el ejército y la marina bizantinos la detuvieron a las puertas de

Constantinopla en el año 717. Los bizantinos empujaron a los árabes hasta los montes Taurus (en donde se estableció la frontera para los siglos), no sin sufrir la influencia musulmana —da testimonio de ello la querella iconoclasta—. En efecto, el islam prohíbe el culto a las imágenes. Los emperadores bizantinos se vieron tentados a hacer lo mismo, hasta que sus teólogos les señalaron que era legítimo representar el rostro de Dios, hecho hombre en Jesús.

Luego, en el año 732, fue la caballería pesada de los invasores francos en los alrededores de Poitiers. Los árabes no pudieron repeler los combates de Poitiers (aunque éstos se sitúan de una manera aproximada y no constituyeron la inmensa batalla que los cronistas de ambos bandos, preocupados por la propaganda, inflaron).

Los francos los vencieron. ¿Por qué? Porque estos germanos montaban pesados caballos de labor (percherones) y utilizaban estribos. Los árabes, que todavía montaban pequeños caballos a la antigua usanza, fueron a estrellarse contra el «muro de hierro» de la caballería de Carlos Martel (la expresión «muro de hierro» procede de las crónicas árabes).

También es cierto que los francos combatían cerca del Soma y del Rin, mientras que los árabes se encontraban muy alejados de Arabia. Clausewitz explicará que el ejército que combate lejos de sus bases está en desventaja.

Por otra parte, sería inexacto interpretar la victoria del jefe franco Carlos Martel como una victoria de la civilización sobre la barbarie.

En aquella época, todavía merovingia, los francos eran seguramente más bárbaros que los árabes (los primeros, al contrario que los árabes, estaban intimidados por la civilización romana). De hecho, Poitiers fue la batalla de los bárbaros del norte contra los nómadas del sur unidos por el islam.

A partir del año 750 disminuyó el riesgo para el Occidente cristiano. En efecto, la dinastía de los Omeyas perdió el poder, y la de los Abasíes (descendientes de Al Abas, un tío de Mahoma) la sucedió. Los Abasíes trasladan la capital del Imperio de Damasco a Bagdad, a orillas del Tigris: el enemigo se alejaba. Los Abasíes, que reinaron de 751 a 945, fueron, además, menos guerreros que los Omeyas. Su soberano más conocido fue el famoso Harun al Rachid, quien gobernó Bagdad de 768 a 809 en un largo y fastuoso remado (es la época de las *Mil y una noches*).

El Imperio árabe conoció entonces su apogeo, a pesar de algunas disidencias (por ejemplo, la España musulmana siguió siendo omeya) y también de algunas disonancias. En virtud del estatuto de *dhimituda* que les concedió el profeta, judíos y cristianos siguieron siendo numerosos dentro del *Dar al islam*. Todavía hoy lo son en Oriente Próximo (millones), en Egipto (los coptos), en Siria, Palestina, Irak (el ministro de asuntos exteriores de Sadam Husein era cristiano). Obstinadamente apegados a su cultura, los iraníes continuaron (y continúan) hablando persa. De este modo, el islam se disocia de lo árabe.

El árabe es la lengua sagrada y litúrgica, pero en la actualidad, la gran mayoría de musulmanes ya no son árabes ni hablan el árabe.

Sin embargo, en el siglo IX, el *Dar al islam* se extendía desde los Pirineos hasta Afganistán. Las invasiones musulmanas empezaron en la India hacia el año 1000.

En aquella época, Mahmud de Gazni (en Afganistán) emprendió la conquista de toda la cuenca del Indo, el río original de la India; luego, la del valle del Ganges, el río sagrado del hinduismo.

Aquella conquista, obra de Tamerlán o Timur Lang (1336-1405), fue extraordinariamente violenta. Aclamado emperador musulmán, invadió la India en 1398. ¿Por qué esta violencia? Porque el Corán no había previsto un estatuto para los hinduistas, los cuales, según las categorías musulmanas, sólo eran unos idólatras.

El Imperio mongol (distinguir de los mongoles de Gengis Khan, completamente paganos) fundó en la India ciudades como Lahore y tuvo grandes soberanos, como Akbar (1542-1605), que lograron unificar el subcontinente. Pero el islam siempre chocó contra el problema del hinduismo, que no sabía cómo tratar.

Religión «fuerte», incluso muy fuerte, el islam no es una religión que «lo engulle todo» como el cristianismo. Por lo tanto, suscita alergias considerables en sus fronteras. Aún hoy, las tensiones son extremadamente vivas entre el Pakistán musulmán y la India hinduista: guerra en Cachemira, atentados recíprocos, masacres de infieles por un lado y demolición de mezquitas por otro.

Hay que entender que el subcontinente enfrenta al monoteísmo absoluto del islam con el politeísmo que todo lo envuelve, «fuerte» a su manera, del brahmanismo. No es de extrañar que esto haga saltar chispas.

No sucedió así en China. El islam nunca pudo imponerse allí. Por una sencilla y casi trivial razón: China es la civilización del cerdo, y los chinos nunca renunciarían a comer cerdo. Es cierto que hay minorías musulmanas en China, pero marginales.

Al final de esta inmensa y secular aventura, podemos comprobar la fuerza de atracción del islam, también su fuerza militar (en todas partes, las conversiones siguieron a los jinetes de Alá, excepto en Indonesia, donde la religión del profeta la transmitieron los comerciantes navegantes, cuyo arquetipo es Simbad el Marino) y su grandeza, de la que dan testimonio los magníficos monumentos.

Sin embargo, el islam fue una religión de ruptura, que trajo consigo el olvido y el rechazo del pasado, como sucedió en el caso de Egipto.

Tampoco consiguió (a excepción, una vez más, del particular mundo del comercio de Malasia o Indonesia) salir de un modo duradero de su «nicho ecológico» originario, el del Sahel, del que el islam ocupa el echarpe geográfico de Marruecos hasta Punjab. La humedad, la lluvia, le hacían dar marcha atrás.

Esta es una cuestión importante que está en juego en la historia contemporánea: hoy en día, cuando la inmigración ha llevado a millones de musulmanes a Europa del

norte y a América, ¿el islam va a poder romper esa especie de fatalidad espacial? El ayuno del Ramadán estaba previsto para los países en los que alternan el día y la noche (se ayuna durante el día, se come por la noche). Al norte del círculo polar, en donde durante el verano no hay noche, ¿cómo lo harán? En cualquier caso, algunos teólogos musulmanes han encontrado una respuesta a esta pregunta. Una señal de esperanza.

Tampoco hay que olvidar que el islam conoció un movimiento místico, el sufismo. Al Gazel (1058-1111) fue el gran maestro del sufismo, una espiritualidad principalmente iraní, mal vista y reprimida por los sultanes sunitas.

Completamente al margen del *Dar al islam*, al sur de Arabia, en sus montañas cultivadas y bien regadas, los yemeníes se hicieron musulmanes, pero, al resistir con obstinación a los sucesivos imperios del islam, permanecieron independientes dentro de los salvajes macizos del Yemen, bastante próximos a La Meca. Es imposible, dentro de la misma península, encontrar un contraste más acusado que el que existe entre los beduinos del desierto (jinetes de Alá) y los montañeses yemeníes, campesinos que explotan millares de parcelas agrícolas y construyen bellas ciudades prearábicas (casas muy altas, sin patio). La oposición entre los nómadas de Mahoma y los montañeses que mantuvieron, bajo un islam superficial, la antigua civilización surarábica de la reina de Saba, es total. Incluso los turcos fracasaron ante Sanaa.

La Edad Media o la reconstrucción del mundo. Las cruzadas

EN EL SIGLO VII reinaba el desorden en Occidente. Sólo en Roma continuaba a duras penas la vida urbana, debido al papado. Pero, en medio de la anarquía merovingia, la Iglesia católica subsistía. Los invasores germanos o eslavos, al contrario que los árabes de Mahoma, no tenían una religión «fuerte»; como eran muy supersticiosos, respetaban en general a los religiosos cristianos, sacerdotes, monjes y obispos, que asimilaban a sus chamanes. La Iglesia, que conservaba en sus monasterios los manuscritos de la cultura antigua y se proclamaba «romana», emprendió la evangelización de los bárbaros y la reconstrucción de la civilización. Se empleó en ello por arriba y por abajo.

«Por arriba», actuando sobre los jefes. El ejemplo más conocido es el del rey franco Clovis. Empujaron a su cama a una bella cristiana, Clotilde, y en el año 498 el obispo de Reims, Remy, bautizó al rey junto a centenares de sus guerreros. De este modo, los francos se convirtieron al catolicismo y quedaron bajo la protección del papado.

Los merovingios eran unos completos negados. Roma alentó la toma de poder de Pepín el Breve, hijo de Carlos Martel, y, sobre todo, apoyó a fondo a su sucesor, el famoso Carlomagno (742-814). De este modo, los carolingios sustituyeron a los merovingios.

En el año 800, el papa León III mandó a Carlos ir a Roma, donde lo coronó «emperador de Occidente». Carlos el Grande llevó a cabo la conquista del oeste de Europa hasta el Oder. Gobernaba desde la ciudad de Aquisgrán. Pero, tras su muerte, sus nietos se repartieron los territorios como si de una propiedad privada se tratase.

En el año 843, Luis el Piadoso, por medio del tratado de Verdún, los dividió en tres: Luis el Germánico recibió Germania, al este del Rin; Lotario, los países situados entre el mar del Norte y Roma (en donde el Papa había obtenido un Estado, embrión de los Estados Pontificios que durarán hasta 1870); y Carlos el Calvo, las tierras situadas al oeste del Mosa, del Saona y del Ródano, la región que luego se llamó Francia. El tratado de Verdún es el acta oficial de su nacimiento.

Los carolingios carecían del concepto de Estado. Carlomagno seguía siendo un bárbaro semiilustrado. Su buena reputación, que procede de la Iglesia, es muy exagerada.

Los federalistas europeos tienen tendencia a comparar la actual Unión Europea y el Imperio de Carlomagno. ¡Podrían encontrar algo mejor! El dominio de Carlos se mantenía dentro de la barbarie. Cuando Carlomagno quiso pedir la mano de Irene,

emperatriz de los romanos de Constantinopla, estalló una carcajada general en la corte bizantina: era como si Mobutu hubiera pedido en matrimonio a la reina de Inglaterra.

De hecho, la Iglesia no estaba engañada. Por supuesto, el rey de Germania, Otón I, seguía soñando con reconstituir el Imperio carolingio. Obtuvo del Papa, en el año 962, la corona imperial, fundando así el Sacro Imperio romano germánico. Pero este título imperial fue una desgracia para Italia, que quedó dividida de modo duradero entre los Gibelinos, partidarios del rey alemán, y los Güelfos, opuestos a esta especie de eje medieval. Fundamentalmente, la idea del Sacro Imperio fue un factor de debilidad para los alemanes. A causa del sueño imperial, dispersaron sus fuerzas en ambiciones excesivas en lugar de consagrarlas a su país.

En realidad, la Iglesia prefirió apoyar a las monarquías locales. En 987, el duque de Francia, Hugo Capeto, fue elegido rey de Francia y señaló París como capital. Un siglo más tarde, en 1066, un señor vikingo afrancesado, Guillermo el Conquistador, se convirtió en rey de Inglaterra (éste es el origen del lema de la monarquía inglesa: «Dios y mi derecho», traducido al castellano). Los Estados nacionales emergían con sus lenguas «vulgares» (populares): francés, inglés, alemán, junto al latín. En el año 1000, Esteban I se convirtió en rey de Hungría por decisión del Papa, y en 1034, Casimiro I instaló en Cracovia el reino de Polonia.

Pero la Iglesia actuaba sobre todo «por abajo», a un nivel más local. Supo persuadir a los jefes germanos o eslavos de que enviaran a sus hijos a sus escuelas. Allí, los monjes les enseñaban a leer y a escribir en latín, y les proporcionaban una fuerte educación cívica: no matar a los eclesiásticos, ni a las mujeres ni a los niños. Los monjes consiguieron que estos jóvenes comprendieran que era más hábil cargar a los campesinos con impuestos que dilapidar su trigo, y más rentable imponer tasas a los comerciantes que cortarlos en trocitos. Los obispos no despreciaban la fuerza viril de aquellos jóvenes señores; les enseñaban a utilizar la fuerza al servicio del bien —«de la viuda y del huérfano»—. La transformación de estos bandoleros en «caballeros» fue el gran logro histórico de la Iglesia católica.

El caballero (que cabalga sobre un gran caballo de guerra, de ahí la expresión «montar sobre sus grandes caballos») protege (dentro de un ideal —de hecho, hubo mucha violencia—, pero el ideal acaba por formar a quienes lo comparten) al campesino en lugar de matarlo. Acorazado, apoyado en los estribos (un invento medieval), es invencible. Los caballeros rinden honores a las damas en lugar de violarlas. Tienen derechos (señoriales), pero también deberes: aplicar una buena justicia, hacer reinar la paz entre sus feudatarios. El feudo es el territorio en el que reina la ley, el hogar del feudatario. Los bucaneros, al igual que los bandidos o los proscritos, quedan excluidos del feudo.

En la fortaleza del señor se diferencia la *haute-cour*,^[7] en donde se aplica la

justicia, de la *basse-cour*, accesible a todo el mundo. El propio señor debe rendir homenaje al rey (de Francia, de Inglaterra, de Hungría, etcétera). A partir del mundo rural, el feudalismo restaura el derecho. Y como los comerciantes pueden de nuevo comerciar, renacen las ciudades. El Papa reside en Roma; los reyes en París, Londres, Cracovia... Por fin se diferencia el poder político del espiritual. La «querella entre el sacerdocio y el imperio», inconcebible para un musulmán, demuestra esa separación. El prestigio del papado era tan grande que un emperador germánico, Enrique IV, tuvo que acudir a Canosa en camisa (en enero de 1077) para implorar el perdón del Papa, lo que no le impidió seguir oponiéndose a la Iglesia.

Los papas de aquella época fueron gigantes: Gregorio VII (1073-1085), Inocencio III (1160-1216), y los reyes tremendamente laicos. Las órdenes religiosas dejaron sus monasterios para andar por los grandes caminos (había vuelto la seguridad). Dominicos y franciscanos contribuyeron con eficacia a la transformación de las costumbres. Francisco de Asís (1181-1226) recuperó de una manera reseñable un acento casi evangélico: «El único discípulo que Cristo haya tenido jamás», dirá de él Nietzsche.

La hegemonía (no el imperio) pertenecía a la corona de Francia: Felipe Augusto (1165-1223) venció al emperador germánico en Bovinos, en 1214. San Luis (Luis IX, 1226-1270) encarnó el ideal del rey cristiano, impartiendo justicia y asegurando la paz; Felipe el Hermoso (1285-1314), el soberano laico y político, cuyos legisladores se valían del derecho romano.

De este modo, hacia el año 1000, los «tiempos bárbaros» llegaron a su fin. Entonces empezó la Edad Media, que, al contrario de lo que establecen los lugares comunes, puede rivalizar con la civilización de la Antigüedad. Pero, de la caída de Roma (410) a la coronación del primero de los Capetos (987) fueron necesarios cinco siglos para volver a poner en marcha la civilización.

El sistema feudal era, en ciertos aspectos, inferior al sistema romano: el concepto de Estado en el primero era menos fuerte, al verse sustituido por las cadenas de vasallos que iban desde los pequeños señores hasta los reyes. En otros, era comparable o incluso superior.

Por otra parte, la reconstrucción medieval se vio beneficiada por un largo período cálido y propicio para la siega del heno, como antes señalamos hablando de Groenlandia. El «óptimo climático» durará hasta finales del siglo XIII.

La agricultura se aprovechó de ello, al mismo tiempo que de la seguridad recuperada. Gracias a la paz, se reanudó el comercio internacional (las ferias de las aldeas). Las ciudades pudieron renacer y muchas «nuevas ciudades» vieron la luz. Las capitales reales o eclesiásticas (París, Londres, Viena, Roma) y las grandes ciudades comerciales (Génova o Venecia) superaron los cien mil habitantes. Se vuelve a las cifras de la Antigüedad; igualmente hay una explosión demográfica

global. La Francia medieval cuenta con entre diez y quince millones de habitantes.

Una extraordinaria arquitectura, digna de la Antigüedad pero con una nueva concepción, nació entonces. Aunque en un principio era copia de la de Bizancio, y por este motivo conocida con el nombre de «románica» (romana), encuentra sus fórmulas originales. Fue la edad de las catedrales. Alrededor de Notre-Dame de París se pueden censar decenas (75 en Francia y 350 en Europa): Amiens, Sens, Chartres, Reims, Burgos, etcétera.

Mirando la nave de Notre-Dame, a orillas del Sena, se entiende que la construcción de semejantes monumentos exigía paz, mucho dinero e inmensos conocimientos técnicos. Al mismo tiempo, Europa se cubría «con una floración de miles y miles de blancas iglesias», dicen las crónicas, pero también de fortalezas, de mercados y palacios.

Los campesinos de la Europa actual continúan estando tremendamente marcados por la Edad Media. Y los monumentos medievales no están en ruinas (excepto las fortalezas desmanteladas por los reyes debido a motivos políticos), lo que demuestra que, desde entonces, la civilización no ha vuelto a derrumbarse.

Por ejemplo, en el centro de París, en la isla de la Cité, siguen en pie el palacio real (en la actualidad el Palacio de Justicia) y la catedral. Al norte del Sena, en una zona pantanosa seca (el Marais^[8]), se conserva la ciudad de los comerciantes y el Ayuntamiento. En la orilla del Sena —la grève—, delante de la casa del pueblo, se reunían los artesanos y obreros descontentos, de ahí procede la expresión *faire greve*, hacer huelga. Al sur del río, en el Barrio Latino (llamado así porque los estudiantes hablaban latín), permanecen vastos conventos y la universidad. Efectivamente, los obispos abrían en las grandes ciudades escuelas eclesiásticas en donde de nuevo se estudiaban las artes y las ciencias. Los maestros allí eran famosos y sabios, y los estudiantes (los «escolares») numerosos y turbulentos. Como escribe Villon: «¡Oh!, Dios, si yo hubiese estudiado / en tiempos de mi loca juventud / y dedicado a las buenas costumbres / tendría casa y colchón mullido. / Pero, ¿qué quieres?, huía de la escuela / como hacen los niños malos. / Al escribir estas letras / estoy a poco de que mi corazón se rompa».

Gracias a las universidades, la Edad Media fue una época de grandes descubrimientos científicos y técnicos. Entonces se inventó el arado de tiro, que reemplazó, con grandes ventajas porque labraba el campo a mayor profundidad, al antiguo arado sin juego delantero. Se inventó la chimenea; por muy curioso que pueda parecer, los romanos no la conocían y ahumaban sus palacios con los braseros. De ese invento procede la costumbre de censar a la población por medio del número de chimeneas: los «fuegos». Se inventó la rotación de cultivos, que consistía en alternar los cultivos según la largura de las raíces.

La agricultura medieval se reveló muy productiva, mucho menos «frágil» que la

antigua. El arnés permitió utilizar la fuerza de los caballos, que los antiguos enganchaban del cuello; por eso no podían tirar sin estrangular a los animales. El estribo transformó la caballería ligera de la Antigüedad en caballería pesada, permitiendo al jinete (caballero) cargar sin caer de la montura.

La Edad Media tomó de los chinos la brújula y la pólvora. Fundió los primeros cañones. Si existió un milagro griego, también se puede hablar del «milagro medieval».

La Edad Media fue superior a la Antigüedad en lo que se refiere a los derechos del hombre. Seguía existiendo la esclavitud, pero ya sólo era marginal. Contrariamente a las ideas que hemos recibido, los campesinos —los siervos— no eran esclavos: tenían muchas obligaciones, pero también derechos. La mayoría de los hombres de la Edad Media eran hombres libres.

Pero, fundamentalmente, la cristiandad medieval inventó a la mujer en el siglo XIII.

La idea de cortesana, de amor cortesano, procede de la corte de las fortalezas. Los caballeros habían aprendido a «hacer la corte» a las mujeres, a seducirlas, a obtener sus favores; la violación se había convertido en un acto despreciable. Las novelas de caballería están ilustradas con amores platónicos, desde *Lanzarote del lago* hasta *Don Quijote*.

Aquí tenemos la primera civilización en que la mujer realiza estudios. Ya no sirve la mesa de los hombres, la «preside». Incluso llega a designar a los vencedores de los «torneos». Todo caballero se siente obligado a «rendir honores» a la «dama de sus pensamientos». Por fin se escriben cartas de amor entre hombres y mujeres.

Además, la Iglesia pretende prohibir el matrimonio precoz. El griego antiguo, ya lo hemos dicho, se casaba con una cría de trece años sin cultura alguna. Un importante hombre medieval lo hacía con una chica de su edad, a menudo culta. Hemos subrayado que, fuera del mundo judeo-cristiano, la mujer estaba, y aún hoy lo está, oprimida. En el islam se la cubre con un velo (y el matrimonio en la pubertad es una norma), y en China se la mata siendo aún bebé.

El ejemplo que anuncia esta revolución (que lo es para la mitad femenina de la humanidad) fue el celebrado amor de Abelardo por Eloísa, aunque mejor habría que decir de Eloísa por Abelardo. Este último era el mejor profesor de su tiempo y enseñaba, principalmente en París, durante los primeros años del siglo XII. Tenía treinta y siete años cuando sedujo a una estudiante de diecisiete, Eloísa, en la casa de cuyo tío se alojaba. Eloísa era de buena familia e inmensamente culta: leía latín, griego y hebreo. Tuvieron un hijo, Astrolabio, pero Abelardo quiso que su matrimonio se mantuviera en secreto. Furioso, el tío y tutor pagó a unos capadores de cerdos para que castraran a Abelardo, crimen por el que se le condenó. El profesor continuó con sus enseñanzas y Eloísa se convirtió en abadesa de un convento.

Continuaron escribiéndose. La siguiente carta es una magnífica misiva redactada por Eloísa, mucho tiempo atrás. La misiva es sublime, y el texto agradable:

A su señor, o mejor dicho a su padre —a su esposo, o mejor dicho a su hermano—, su servidora, o mejor dicho su hija —su esposa, o mejor dicho su hermana—. A Abelardo, Eloísa.

Tan augusto, el dueño del universo me había juzgado digna de ser su esposa, me habría parecido más precioso poder ser llamada tu puta que su emperatriz.

¿Qué rey, qué sabio podía igualar tu reputación? ¿Qué ciudad no entraba en efervescencia para verte? Todo el mundo se precipitaba y te seguía con la mirada, estirando el cuello, cuando te mostrabas en público. ¿Qué mujer casada, qué joven soltera no te desearía durante tu ausencia y no ardería en tu presencia? ¿Qué reina, qué gran dama no sentiría celos de mi alegría y de mi cama?

Tú poseías un don del que por lo general carecen completamente los filósofos: sabías componer versos y cantarlos. Tú dejaste numerosas canciones, más universalmente conocidas que los sabios tratados, para los propios iletrados. Gracias a ellas, el gran público conoce tu nombre. Como muchos de aquellos versos cantaban nuestro amor, esas canciones extendieron mi nombre al mismo tiempo que el tuyo y excitaron contra mí los celos de numerosas mujeres. Aquellas voluptuosidades, tan queridas para los amantes, que hemos saboreado fueron muy dulces para mí. Aún hoy, no puedo echarlas de mi memoria. Se imponen en mis recuerdos con los deseos que las acompañan. En plena liturgia, cuando más pura debe ser la oración, todavía me abandono a ellas. Suspiro por los placeres perdidos. Los revivo...

Hay que tener en cuenta que esta carta la escribió una abadesa. La religión medieval no era puritana en absoluto. Villon cantó a Eloísa en su *Balada de las damas de antaño*: «Dónde está la bondadosa Eloísa / por quien fue castrado y luego cenobio / Pedro Abelardo en Saint-Denis [...] Pero ¿dónde están las nieves de antaño?».

En Italia, Dante exalta la figura femenina de Beatriz en su obra maestra metafísica, *La divina comedia* (1516).

Aquel siglo femenino fue también el de las cruzadas.

Los árabes se habían vuelto pacíficos (con los abasíes), pero, hacia el año 1000, unos nómadas asiáticos convertidos al islam, los turcos, tomaron el poder en Bagdad y volvieron a inculcar en los musulmanes el ardor conquistador de los primeros tiempos. Las peregrinaciones cristianas a Jerusalén se hicieron complicadas.

Principalmente en 1071, en Manzikert, los turcos aplastaron a los ejércitos bizantinos e invadieron Anatolia, hasta hacerse con ella. El Asia Menor griega se

convirtió entonces en «Turquía».

El emperador de Oriente, Alexis Comnène (1081-1118) —cuya hija relató su gloriosa vida en una magnífica biografía, *La Alexiada*— llamó en su ayuda a los cristianos de Occidente. El papa Urbano II accedió a su demanda y en 1095, en Clermont, exhortó a la cruzada. (Aquellos que partían portaban una cruz.) La cruzada de los caballeros, en la que los reyes se abstuvieron de participar (San Luis y Federico Barbarroja serán una excepción), se puso en marcha bajo el mando de Godofredo de Buillón y de los duques occitanos y normandos. Los cruzados reconquistaron Anatolia occidental por cuenta de los bizantinos, más tarde desembocaron en Siria y lograron ocupar Jerusalén el 15 de julio de 1099, masacrando allí a sus habitantes. Entonces se creó un reino latino en Jerusalén.

A los campesinos sirios, musulmanes o cristianos, no les expulsaron de sus tierras. El reino cristiano fue un asunto de caballeros y pronto tuvo falta de soldados. Para suplir esa escasez, se fundaron aquellas órdenes poco ordinarias de monjes guerreros que fueron los hospitalarios (en 1113) y los templarios (en 1118). Éstos fueron los que construyeron las formidables fortificaciones que podemos admirar en Siria y Jordania —aún en pie porque nunca fueron asaltadas sino evacuadas por tratados, y no hubo ningún rey con interés en dismantelarlas (como sucedió en Europa). Señalemos en concreto la imponente Kark de los Caballeros. Pero el reino latino, por la escasa inmigración europea, fue frágil.

En 1187, el sultán ayubida de Egipto y de Siria, Saladino (traducción de su verdadero nombre Sala al Din, 1138-1193), aplastó a la cruzada en Galilea y recuperó la ciudad santa en nombre del islam. Los reyes de Occidente, como el francés Felipe Augusto o el inglés Ricardo Corazón de León, hicieron un simulacro de intervención. Pero sólo estaban preocupados por sus reinos y pronto vencieron al sultán, aunque sin recuperar Jerusalén. El único con auténtico interés era el emperador germano Federico Barbarroja, que se ahogó en un río de Cilicia en 1190.

Los cruzados traen consigo una malísima reputación trenzada no tanto por los musulmanes —Saladino y Corazón de León formaban parte del mismo universo guerrero y se respetaban (Sala al Din, por otra parte, había frecuentado las escuelas cristianas)—, sino por los historiadores de la Europa moderna, fascinados por el islam y los «orientalistas».

En realidad, la noción de «guerra santa» no fue un invento de la cristiandad, sino, ya lo hemos dicho, del islam —la *yihad*—, cuatro siglos antes. Es molesto, pero indiscutible. Y los teólogos cristianos necesitaron mucha casuística para utilizarla. Además, recordemos que la primera cruzada fue una guerra defensiva —una contraofensiva victoriosa, para ser más exactos—, en respuesta a la llamada del emperador bizantino amenazado e invadido. Por lo demás, en un siglo, el islam restableció su poder en Oriente Próximo.

Si los cruzados se cubrieron de vergüenza, no fue tanto por los musulmanes como por los judíos y cristianos de Oriente.

Efectivamente, en el año 1204, el dogo veneciano Dándolo (de veinticuatro años de edad) desvió la cuarta cruzada del *Dar al islam* y conquistó la extraordinaria ciudad cristiana de Constantinopla, que, cien años antes, la primera cruzada había acudido a defender. Allí se creó un efímero imperio latino antes de que los bizantinos volvieran a instalarse en 1261 con Miguel Paleólogo.

El Occidente católico asesinó al Oriente ortodoxo. El Imperio griego, después de aquello, no será más que la sombra de sí mismo. Occidente olvidó aquella siniestra etapa y renegó de su parte bizantina (si Belgrado hubiera sido una ciudad católica, no habría sido bombardeada a finales del siglo XX). La ortodoxia lo recuerda. Hay una profunda cicatriz que explica la reticencia de los cristianos de Oriente a unirse a Roma. Y de manera aún más evidente si se tiene en cuenta que el saqueo de Constantinopla por parte de los cruzados fue bárbaro y sangriento: 1204 es la auténtica tara de la aventura de las cruzadas, su inefable vergüenza, no 1099, la contraofensiva de la cristiandad unida en contra de los guerreros turco-árabes.

Las cruzadas tuvieron efectos colaterales beneficiosos para la Europa latina. Estas permitieron a los reyes, que sólo habían participado de puntillas (volvemos a decir que con excepción de Federico Barbarroja y San Luis, quienes murieron en el intento, el primero en las aguas de un torrente anatolio en 1190, el segundo delante de Túnez en 1270), desembarazarse de sus turbulentas tropas de vasallos. Occidente ganó allí la paz, y también la autoridad real.

Por otra parte, el nuevo mundo musulmán y el nuevo mundo medieval estaban hechos para entenderse, los señores turcos tenían la misma concepción del honor que los caballeros. Los intercambios culturales fueron numerosos. El emperador germano Federico II, quien reinó de 1220 a 1250, construyó en Palermo su capital (lejos de Alemania, pues) y admiró mucho las artes musulmanas.

Sobre esta cuestión no hay que tener miedo a romper con las ideas preconcebidas de los orientalistas, que atribuyen al islam una influencia exagerada. En nada disminuye la grandeza de la civilización árabe si se dice que Occidente le debe bastante poco. La España árabe, el *al-Andalus* de Córdoba, fue brillante, y también Granada (en parte gracias a los judíos). Pero, como estaban separadas de la cristiandad por zonas de guerra, no tuvieron la importancia que se les atribuye en la actualidad.

La influencia principal que absorbió la cristiandad católica fue la de Bizancio, cuya función histórica ahora se rechaza. El Imperio de Oriente fue el que salvaguardó la cultura grecolatina. Incluso fue este Imperio el que civilizó a los beduinos de Mahoma cuando, procedentes del desierto, las caravanas de Alá conquistaron Siria y Egipto; sin su mediación, ¿cómo habrían podido aquellos nómadas leer a Aristóteles

o a Platón?

En realidad, de las cien informaciones asimiladas por la cristiandad medieval, la mitad proceden de la Iglesia católica romana (a su vez influida por Bizancio. Todos los concilios fundacionales del cristianismo se reunieron cerca de Bizancio), un tercio de Constantinopla (los cruzados, que no dejaban de atravesar las tierras bizantinas para dirigirse hacia Oriente, contribuyeron a ello de manera importante), y sólo un 20% del islam —como mucho—. Se puede discernir, bajo la exageración de la función civilizadora del islam, una especie de «odio a sí mismo» de los occidentales. En cualquier caso, esto no tiene nada de científico.

El efecto más importante de las cruzadas fue el de haber restablecido la preponderancia marítima de Occidente. Ello se debe en gran parte a las ciudades comerciantes y a sus galeras. A Venecia y a Génova principalmente. Ya hemos mencionado la mala actuación del *dogo* de Venecia en 1204. Pero, desde el principio, los navegantes italianos tuvieron una participación decisiva en las cruzadas.

Las dos ciudades son tan opuestas en todo como las dos orillas típicamente mediterráneas que las albergan. En Génova, la montaña se lanza al mar; en Venecia ocurre al contrario, la laguna es la que inunda la tierra llana. Las dos ciudades fueron competidoras y se enfrentaron en guerras (la más encarnizada, la guerra de Chioggia, entre 1378 y 1381, vio a los genoveses instalarse hasta en los alrededores de la laguna veneciana), pero acabó triunfando Venecia. Aquí se puede apreciar un determinismo geográfico: las calas genovesas separan las ciudades empujando hacia la dispersión, mientras que para dominar las traidoras aguas de la laguna, se impone un fuerte poder centralizado.

Tras 1204, Venecia dominó un auténtico imperio marítimo, una talasocracia: Dalmacia, Split, Zara, Grecia y sus islas. Poseía Creta y Chipre. El Peloponeso fue veneciano hasta el siglo XVIII, y las islas Jónicas hasta que Napoleón las ocupó. La *Serenísima* comerciaba desde China hasta el Báltico (Marco Polo era veneciano). Practicaba la contabilidad por partida doble, la letra de cambio. Su arsenal, en donde se construían las galeras de combate, fue durante mucho tiempo la gran fábrica del mundo. Dante habla de ello en *La divina comedia*. Génova nunca supo sobrepasar los picos que la dominan; Venecia, al contrario, consiguió un vasto dominio terrestre (Verona, Padua).

Venecia se mantuvo como una República medieval aristocrática: «la Serenísima República dominante». Nosotros solemos llamarla «Serenísima» (muy tranquila); los contemporáneos la llamaban la «Dominante». De cualquier modo, su gobierno fue muy admirado. El Senado había comprendido que era necesario pagar dignamente a los obreros; por lo tanto, Venecia no conoció las luchas sociales que desgarraron otras ciudades medievales. También escapó de la tiranía y se mantuvo como República. Y para terminar, Venecia supo inventar una arquitectura admirada por Froissart, quien la

evocaba como «la más triunfal ciudad» que él jamás había visto.

De este modo, los navegantes italianos dominaron el Mediterráneo, igual que lo hicieron los fenicios y griegos dos mil años antes.

El apogeo medieval llegó a su fin en el siglo XV.

Primero hubo una gigantesca y mortífera epidemia de peste. La «gran peste» asoló Europa de 1347 a 1352, sin llegar a desaparecer del todo en los años posteriores. De esta época datan las *Danzas macabras*. La mitad de la población europea y quizá asiática (puesto que la epidemia llegaba de China) murió en pocos años. Ni siquiera había tiempo para enterrar a los muertos, a los que se quemaba o amontonaba en fosas comunes.

Una catástrofe formidable. Pero la cristiandad mostró su solidez sobreviviendo a ella. Al mismo tiempo —y quizá porque, como dice el refrán, «las desgracias nunca vienen solas»—, el «óptimo climático» llegó a su fin. El clima global se enfrió, haciendo salir a los vikingos de Groenlandia. Entonces empezaron climatologías más duras. Se trata de lo que los especialistas han llamado «una era glacial menor»: no una auténtica glaciación, sino un evidente enfriamiento. El Sena se helaba en invierno. Esta era glacial menor durará seis siglos —hasta la guerra de 1914-1918—. El calentamiento climático del que tanto se habla, y no sin razón, empezó realmente a partir de 1960.

Con la peste y el frío, los tiempos felices de la cristiandad medieval habían terminado. Pero hoy en día podemos situar aquellos siglos entre los más fecundos de la humanidad y comparar el «milagro gótico» con el «milagro griego» incluso concediendo ventaja al primero (la mujer, la técnica) sobre el segundo; más aún si tenemos en cuenta que la curva del progreso no se ha detenido desde la Edad Media.

El nacimiento de las naciones. La guerra de los Cien Años

EL SIGLO XIV conoció otra catástrofe: la guerra de los Cien Años. A Hugo Capeto le sucedieron en Francia sus descendientes directos hasta 1328. En esa fecha, se enfrentaron dos candidatos al trono: el hijo de un hermano del rey difunto (un sobrino, por lo tanto), Felipe de Valois, y el hijo de su hija (un nieto), Eduardo, que se había convertido en rey de Inglaterra con el nombre de Eduardo III y que, en 1337, reivindicó la corona de Francia.

La Edad Media había inventado la legitimidad monárquica hereditaria, acabando de este modo con uno de los grandes motivos de agitación del Imperio romano: la incertidumbre sobre la sucesión. Con la monarquía medieval dejó de existir el vacío de poder: «¡El rey ha muerto, viva el rey!», decían los juristas, afirmando con ello que la defunción de un soberano traía consigo de manera automática la llegada al poder de su sucesor.

Existía un orden de sucesión. Cuando Carlos IV murió en 1328, su pariente de sangre más próximo era su hija, madre de Eduardo III. En derecho medieval, la cuestión no planteaba ninguna duda. Pero los barones de Francia no quisieron un rey «extranjero». Invocaron una ley franca, la ley sálica, que excluía a las mujeres del orden sucesorio. Según el derecho feudal estaban equivocados, pero según la opinión pública francesa tenían razón. Esto significó el principio de la guerra de los Cien Años. Una simple querrela de sucesión, que afectaba poco a los pueblos, se convirtió en una guerra entre Francia e Inglaterra.

El reino de Francia, con sus quince millones de habitantes, era el más poblado de Europa; Inglaterra sólo contaba con cuatro millones. Pero la paradoja fue que la idea, «progresista» en la época, de «un rey nacional» la defendía un ejército arcaico de caballeros que peleaban «cada uno por su propio fin», mientras que la concepción «reaccionaria» del pretendiente de Londres estaba apoyada por un ejército muy moderno de burgueses disciplinados.

Así pues, los partidarios de Valois padecieron una serie de sangrientos desastres que diezmaron la caballería francesa: Crécy en 1346, Poitiers en 1356, en donde Juan el Bueno cayó prisionero.

Encabezado por el Valois Carlos V y su general Guesclin, se produjo un levantamiento, pero su hijo Carlos VI era un enfermo mental y, por este motivo, los partidarios del otro lado del canal de la Mancha encontraron aliados en el continente; en particular el poderoso duque de Borgoña (1404-1419), quien desde su encantadora ciudad de Dijon extendía su señorío feudal hasta Flandes. La nobleza borgoña, las

más de moda en Francia, prefería claramente al soberano inglés antes que al pobre rey loco de París. Esta nobleza carecía por completo de sentimiento nacional alguno (así ocurrirá a menudo en Francia con las clases dirigentes).

El 25 de octubre de 1415, lo que quedaba de la caballería fiel a los Valois fue aplastado en Azincourt. Y, en 1420, con el tratado de Troyes, se pone un fin teórico a la querella dinástica, reconociendo al pretendiente inglés como rey de Francia, con el nombre de Enrique V. Puesto que entonces Enrique V era sólo un niño, un regente inglés, el duque de Bedford, se instaló en París.

Quedaba aún un Valois, el enclenque Carlos, refugiado al sur del Loira, pero la Francia más rica, la de la cuenca del Soma y del Loira, estaba ocupada por los ingleses, y Borgoña era casi independiente.

Esto significaba no haber tenido en cuenta la opinión pública, la de las «buenas gentes» del reino. Ya que Francia empezaba a existir en sus corazones. Aquella originaria fusión entre el Mediterráneo y los mares del Norte, creada de un modo accidental por el tratado de Verdún en 843, había alcanzado el éxito. Era deseada.

Con más motivo aún, cuando el único poder supra-nacional, la Iglesia, estaba dividida por el «Gran Cisma»: varios papas se disputaban el poder eclesiástico entre Aviñón y Roma. Fue necesario un concilio, el de Constanza (en 1417), para acabar con el cisma, pero el prestigio del papado se tambaleaba. En Bohemia, un héroe checo, Juan Hus (1369-1415), había sublevado al pueblo contra Roma. Y casi en todas partes, un sentimiento nacional tomaba el relevo al sentimiento de unidad católico.

Así las cosas, los pretendientes ingleses a la corona de Francia habían cometido el error de ignorar aquel sentimiento nacional. Al ser grandes señores feudales dentro del reino (y además hablar francés), habrían podido utilizar a las tropas francesas para apoyar su querella. Pero por razones de comodidad (Inglaterra era más sumisa) y de modernidad (los soldados ingleses, arqueros e infantería, eran más disciplinados), prefirieron utilizar a los soldados llegados del otro lado del canal de la Mancha, a los que los campesinos llamaron «godos» porque juraban en inglés: *God Damned!*

Éste fue un error fatal que permitió la intervención de una de las figuras más extrañas de toda la Historia: Juana de Arco. Los franceses querían que les gobernasen quienes compartieran su cultura. Los griegos de la Antigüedad habían tenido la misma exigencia, lo que justificó la guerra contra los persas. Pero como el patriotismo todavía nunca había superado el marco de la ciudad, los imperios fueron multiculturales. El milagro francés, como subrayó el historiador Pierre Chaunu, fue transferir a una inmensa realidad (para la época) el fervor que sentía el ciudadano ateniense que podía contemplar la Acrópolis desde su casa o sus campos.

Nacida en 1412 en Domrémy, junto al río Mosa, en la misma frontera del reino — de ahí el apodo de «Lorraine» —, Juana era hija de unos campesinos destacados.

En aquella región, el capitán local, asentado en Vaucouleurs, era partidario de los Valois. Los campesinos también. La aldea se mantenía bien informada. No había ni radio, ni televisión, ni periódicos, pero los vendedores ambulantes, junto a sus mercaderías, llevaban las últimas noticias. Juana estaba más interesada en la política de lo que hoy en día se interesarían las personas de su edad (dieciséis años). Ella lamentaba «la gran piedad del reino de Francia».

Las gentes canturreaban un estribillo que demuestra hacia dónde dirigían sus simpatías: «Amigos míos, ¿qué le queda a este delfín tan amable?» (se trataba del delfín Carlos). Y enumeraban las pocas tierras que no estaban ocupadas por los ingleses: «Orleans, Beaugency, Notre-Dame-de-Cléry, Vendôme».

Es comprensible que la noticia de que los invasores habían sitiado Orleans agitara la aldea. Juana pensó que había que acudir en ayuda del delfín (nombre del heredero de Francia: por tradición «el señor del Dauphiné», como el heredero de España es el Príncipe de Asturias). Un banal pensamiento, es cierto, para una patriota. Pero lo que resulta extraordinario es que creyera que ella misma, una chica de diecisiete años, podría liberar el país. Esta idea se le imponía (a través de unas voces) y fue a ponerse bajo las órdenes del señor del castillo local, quien la devolvió a casa de su padre. Pero insistió tantas y tantas veces que el capitán mandó que le dieran un pequeño séquito y un caballo. Con tres o cuatro caballeros a sus órdenes, se dispuso a acudir junto al delfín.

Carlos estaba instalado al sur del Loira, en Chinon. Vestida de hombre, Juana recorrió a caballo (montaba muy bien, como hija de notables) cerca de quinientos kilómetros en tres semanas. Cabalgaba cruzando la Francia ocupada, en pleno invierno y a menudo por la noche —para escapar de los soldados ingleses—. Llegó a Chinon el 8 de marzo de 1429.

Carlos la envió a Potiers para que una comadrona y unos expertos la reconocieran (examen de virginidad). La virginidad de Juana no resulta sorprendente: sólo tenía diecisiete años y había sido prometida. Su inteligencia sí que lo era. A los juristas del delfín, que precisamente le preguntaban: «Si Dios quiere la marcha de los ingleses, ¿para qué necesita soldados?», les respondió: «Las personas de la guerra combatirán y Dios les dará la victoria».

Al final, el delfín se decidió a jugar con Juana su última carta. Ella obtuvo permiso para acompañar al último ejército francés a Orleans. Aquel ejército estaba bajo el mando de sólidos y robustos hombres. Dunois, el Bastardo de Orleans, el duque de Alençon y Gilles de Rais quedaron subyugados por aquella joven (*Pucelle*, su apodo, quiere decir sencillamente «chica joven»). Liberaron Orleans y, el 18 de junio de 1429, aplastaron al ejército inglés en Patay.

Pero Juana tenía una cabeza política y se daba cuenta de que la victoria militar no bastaba para legitimar al delfín. Convenció al delfín de que acudiera al arzobispado

de Reims para ser coronado y le acompañó.

La liberación de Orleans y la figura de Juana suscitaron una especie de insurrección general de los campesinos.

Aunque Reims estuviera en la Francia ocupada, los ingleses se encontraron en una difícil situación y se replegaron a Normandía. En julio de 1429, Carlos fue coronado en Reims con el nombre de Carlos VII. La partida política estaba ganada.

A partir de ese momento, Carlos VII sólo protegió a la *Pucelle* de lejos. Tras haber tomado Compiègne, los borgoños la capturaron y la vendieron a los ingleses. Éstos, queriendo desacreditarla, hicieron que fuera juzgada por bruja en Ruán. Su proceso es el prototipo de un proceso político. El 30 de mayo de 1431, Juana fue quemada en la hoguera. Tenía diecinueve años. Veinte años más tarde, Carlos VII, que no quería sustentar su trono en una bruja, mandó organizar un proceso de rehabilitación, al término del cual quedó anulada la condena de bruja.

André Malraux escribió sobre Juana una magnífica oración fúnebre:

Juana era muy femenina. No por ello dejó de demostrar una incomparable autoridad. Esta jovenzuela exasperó a los capitanes, a los que quería enseñar el arte de la guerra. En aquel mundo en el que Ysabeau de Baviera había firmado en Troyes la muerte de Francia, anotando sencillamente en su diario la compra de una nueva pajarera, en aquel mundo en el que el delfín dudaba de ser delfín, Francia de ser Francia, el ejército de ser un ejército, ella rehízo al ejército, al rey y a Francia. Ya no quedaba nada, y de pronto, una esperanza; de ella fueron las primeras victorias que restablecieron el ejército. Más tarde, por ella y en contra de casi todos los jefes militares, la coronación que restableció al rey...

Veinte años después de su muerte, Carlos VII, al que atormentaba haber sido coronado gracias a una bruja, ordenó el proceso de rehabilitación.

Su madre fue a presentar el decreto del Papa por el que se autorizaba la revisión. Volvió todo el pasado y salió de la vejez como se sale de la noche. Había transcurrido un cuarto de siglo. Los pajes de Juana se habían convertido en hombres maduros.

Todos habían visto o se habían cruzado con aquella joven. El duque de Alençon la había visto, una noche, desnuda mientras se vestía, cuando junto a muchos otros se acostaba sobre la paja:

«Era bella —dijo—, pero nadie hubiera osado desearla».

Ante los atentos escribas, el jefe de la guerra recordó aquel minuto, hace ya veintisiete años, a la luz de la luna.

La historia de Juana de Arco no es una leyenda. Es la mujer de la Edad Media sobre la que más documentación existe porque hubo dos procesos, el de condena y el

de revisión. Dos «grandes procesos», así los vivieron los hombres de leyes de la época, de los que se conservan centenares de páginas de la instrucción, en varios ejemplares: interrogatorios, declaraciones, etcétera.

Aquella extraordinaria y breve aventura es rica en enseñanzas.

En primer lugar, la importancia de la adhesión popular (como ya hemos señalado a propósito de la Atenas de Pericles): Juana fue la abanderada del pueblo de Francia. Hizo cambiar la opinión campesina, y la hostilidad del pueblo les puso las cosas muy difíciles a los ingleses.

Es absurdo legar la figura de Juan de Arco a un Le Pen. Juana fue antes que nada una resistente. Y si hay alguien estúpido, no fue ella, sino el obispo Cauchon, que la condenó en Ruán. Por otra parte, ella no detestaba a los ingleses; sólo deseaba verles de regreso a su país.

La función de lo profético en la Edad Media permite explicar la importancia de Juana. Hoy su historia nos resulta incomprensible. A Juana no se la recibiría en el Elíseo. Los generales no la obedecerían. Por otra parte, historiadores fantasiosos intentan encontrar en la historias de Juana atribuciones inconfesables. Dicen que era un pariente secreto del delfín y otras banalidades. Todo eso es ridículo. Los reyes medievales creían que Dios podía dirigirse a ellos por mediación de cualquiera. Creían (igual que el Israel bíblico) que había profetas. Juana fue un profeta del patriotismo francés. *Vox populi, vox Dei*, “la voz del pueblo es la voz de Dios”, afirma una máxima eclesiástica.

Por fin, la historia de Juana confirma, tras la de Eloísa (quien tenía la misma edad, pero procedía de un medio literario parisiense, en lugar de un medio rural provinciano), el extraordinario feminismo de la Edad Media. A pesar de las apariencias, nuestra época es mucho menos feminista que la de Juana. No olvidemos que en 1429, en el momento de sus victorias, Juana sólo era una joven de diecisiete años. Pues esa joven cambió realmente la historia del mundo; Francia e Inglaterra, las más viejas naciones de Europa, también eran las primeras potencias del momento.

Se podría añadir que la debacle de las élites es algo bastante frecuente. Mientras que generales, juristas, obispos y barones colaboraban o se echaban a dormir, una joven desconocida supo levantar Francia.

Los grandes descubrimientos y la muerte de las civilizaciones precolombinas

EN EL SIGLO XV cambia la escena. Este cambio viene anunciado por una mala noticia para la cristiandad: la toma de Constantinopla por parte de los turcos el 29 de mayo de 1453.

Algunos historiadores consideran esta fecha como la que pone punto final a la Edad Media e inaugura los «tiempos modernos». Hemos visto a los turcos, unos nómadas islamizados, conquistando Bagdad el año 1055 y colocando a su sultán a la cabeza del islam (la dinastía Selyuquí), al que restituyeron la fuerza conquistadora que desencadenó la contraofensiva de las cruzadas. Como Oriente estaba debilitado por el «asalto» de 1204, fueron los turcos quienes se encargaron de la ofensiva. El sultán Mahoma II consiguió tomar Constantinopla; el último emperador bizantino, Constantino IX, encontró una muerte gloriosa durante el asalto.

Curiosamente, Occidente, excepto venecianos y genoveses, que acudieron de manera esporádica en su ayuda, pareció desinteresarse de la caída de Bizancio. Sin embargo, los otomanos no se limitaron a Constantinopla, sino que siguieron con la conquista de los Balcanes, bajo el mando de un sucesor de Mahoma II, Solimán el Magnífico (1494-1566). Sólo los austríacos detuvieron a los turcos ante las puertas de Viena, en 1529. Éstos volverán a atacar Viena en 1683; el Imperio turco no se destruirá hasta el año 1918. No se puede entender nada de los problemas actuales de los Balcanes si se olvida al Imperio otomano.

La caída de Constantinopla aparece como una gran victoria del islam. Con tres restricciones, en cualquier caso.

En primer lugar, la cristiandad, junto con Génova y Venecia, conservaba la hegemonía naval en el Mediterráneo. Los turcos eran soldados de infantería. En el mar, sólo podían contar con los corsarios bereberes (Argelia, Túnez), crueles con sus prisioneros y molestos en los puertos pesqueros, pero no realmente peligrosos. Por otra parte, Génova y Venecia se acomodaron bastante bien al dominio otomano en los Balcanes (Venecia conservó en aquella zona las islas, el Peloponeso, Creta y Chipre). Aquellos negociantes no hacían demasiado caso de la religión y, al margen de las crisis, comerciaban con la «Sublime Puerta» (nombre oficial del Gobierno del sultán), que a sus ojos sencillamente sustituía al Imperio romano de Oriente.

Luego, los bizantinos, antes de perder su independencia, habían «transmitido la llama» de su cultura y de la ortodoxia a una recién llegada: Rusia. Primero fue en Kiev, cuyo rey, Vladimir, se había convertido al cristianismo y se había casado con la hermana de Basilio II en 988; a continuación, a partir del siglo XIV, en Moscú, donde

Iván el Terrible (1530-1584) acabó por asumir el título imperial (zar = César).

Por fin, y fundamentalmente, los europeos dejaron actuar a los turcos porque los occidentales en ese momento daban la espalda al Oriente clásico: habían iniciado la conquista de la Tierra. Los musulmanes no se dieron cuenta de que su mundo saheliano se había deformado y convertido, de alguna manera, en «provinciano».

Paradójicamente, la caída de Constantinopla desencadenó lo que se llama el «Renacimiento».

Durante el sitio, centenares de intelectuales y dirigentes griegos habían huido de la ciudad para llegar a Italia. Muchos lo lograron; uno de ellos, Besarión (1400-1472), incluso se convirtió en cardenal de Roma y fundó la biblioteca de Venecia.

Aquellos intelectuales provocaron en Occidente una auténtica revolución.

Se podría decir que el rasgo distintivo de la «modernidad», lo que la distingue de las civilizaciones «tradicionales», es la exaltación del individuo, el espíritu crítico y de cambio. Tres características que hasta entonces nunca se habían dado juntas.

La Antigüedad practicaba dos de ellas: conoció flamantes individualidades (Alejandro, Aníbal, César) y un sentido crítico llevado hasta el cinismo (Diógenes), pero concebía mal el cambio, su visión del tiempo era la del «eterno retorno» (que aparece hasta en la Biblia: «Nada nuevo bajo el sol», dice el *Eclesiastés*).

La Edad Media conjugaba otras dos: fue propicia a las individualidades (la extraordinaria aventura de Juana de Arco da testimonio de ello) y le gustaba el cambio. Ya hemos visto cuántos inventos mayores (la brújula, el cañón) pudieron florecer en aquella época. Pero la Edad Media no estaba muy abierta al espíritu crítico, a causa de la influencia de la Iglesia católica.

Cuando centenares de intelectuales griegos, huyendo de los turcos, recalaron en Italia, llevaron precisamente allí el espíritu crítico que faltaba, además de toda una parte olvidada de la Antigüedad (fundamentalmente a Platón, ídolo del cardenal Besarión).

Por primera vez se encuentran unidas las características de la modernidad: iniciativa individual, gusto por el cambio y sentido crítico. Aquello fue una explosión.

Esto viene a confirmar lo que hemos intuido desde el principio: la Historia depende infinitamente más de factores ideológicos que de factores económicos. A pesar de las apariencias, son las ideas las que mueven el mundo.

Aquella explosión tuvo como actores principales a dos países nuevos: España y Portugal.

Desde las invasiones árabes, la historia de la península ibérica había sido la de la lucha de pequeños príncipes cristianos, que conservaban su independencia cerca de los Pirineos, contra los musulmanes, lucha que se llamó Reconquista.

En 1469, Isabel de Castilla, soberana de un reino cristiano continental, se casó

con Fernando de Aragón, un reino marítimo alrededor de Barcelona y de Valencia. Esta unión multiplicó la fuerza de los Reyes Católicos.

En 1492 tomaron la magnífica ciudad árabe de Granada (el palacio de la Alhambra) y expulsaron a los musulmanes (y también a los judíos sefarditas, muchos de los cuales fueron a instalarse en el Imperio otomano). La Reconquista había terminado y se había formado la potencia española.

La formidable infantería ibérica, aguerrida por la Reconquista, se disponía a invadir Marruecos y Argelia cuando un acontecimiento imprevisto cambió el curso del torrente español: Isabel de Castilla financió la expedición de un marino genovés (desde entonces se produjo una simbiosis entre los navegantes genoveses y España) que quería cortocircuitar el Imperio turco para lograr el tráfico de «especias», aquellas preciosas mercancías (seda, pimienta) que llegaban desde tiempos inmemoriales de la India y China. Porque entre la India, China y España se encontraba el Imperio otomano, que cobraba enormes impuestos por el paso de las mercancías.

Cristóbal Colón había leído a los sabios de la Antigüedad. Creía, al igual que los sabios de la Alejandría helenística, que la Tierra era redonda. Probablemente también conociera los «cuadernos de bitácora» de los vikingos. Su idea era sencilla y genial: llegar a China navegando hacia el oeste a través del océano.

Aquella idea se podía llevar a cabo porque la navegación había experimentado grandes progresos. La carabela, invención veneciana, navegaba desde 1415 con velas, timón y codaste. Venecia estaba en contacto con China, en donde, en aquella época, ya navegaban juncos sin remeros, equipados con doce velas de seda. Pero sólo el conocimiento de la «mecánica de las fuerzas» permitió a los occidentales intentar remontar el viento (una vez más, la preponderancia de las ideas). Esta simple ley explica que jamás se haya visto a los juncos chinos llegar a Occidente. Los ibéricos se atrevieron con la navegación de alta mar, de «altura».

Todo el mundo sabe que un obstáculo imprevisto impidió a las tres carabelas de Colón llegar a China: América.

Cristóbal Colón pisó aquellas tierras el 12 de octubre de 1492.

No se dio cuenta de inmediato de que se trataba de un nuevo continente. Fue un geógrafo alemán quien lo comprendió y, por error, le dio el nombre de un navegante veneciano al servicio de España, Américo Vespucio. Por este motivo, Colón, que se creía en la India, llamó a los indígenas «indios». No hay que confundir a los indios de América, los «amerindios», con los habitantes de la India.

1492 fue un año decisivo que vivió la toma de Granada y el descubrimiento de América. En lugar de extenderse hacia África del norte, la fuerza española dio un giro hacia el Nuevo Mundo.

No obstante, fueron los portugueses quienes inventaron la navegación de altura.

Portugal había nacido un siglo antes. Por su geografía se situaba de cara a alta mar y, por lo tanto, se interesó por el Atlántico mucho antes que los castellanos o catalanes. El verdadero iniciador de las exploraciones de alta mar fue el príncipe portugués Enrique el Navegante (1394-1460). Desde su palacio en el cabo de Sagres, el *Finisterre* portugués, alentó las expediciones navales. En 1445, las carabelas portuguesas habían doblado el cabo Verde. En 1471, habían sobrepasado el cabo de Buena Esperanza, habían rodeado África por el sur (igual que lo habían hecho, según se dice, dos mil años antes los fenicios, pero en sentido inverso). En 1498, Vasco de Gama desembarcaba en Calcuta, en la India.

Si los españoles privilegiaron la ruta del oeste, los portugueses prefirieron la ruta del este. Fundaron desde su capital, Lisboa, una gigantesca talasocracia sembrando de escalas la ruta de la India: Cabo Verde, Angola (incluso en Brasil, adonde les dirigió una tormenta), Mozambique. Crearon un próspero enclave en Goa (que seguirá siendo portugués hasta 1962) y en China, el de Macao (que no fue devuelto a China hasta 1999). Entre China y la India, también controlaban los estrechos de Malasia con Malaca.

Cabral en Brasil (1500) y Albuquerque (1453,1515) en Ormuz impusieron la supremacía naval lusitana en los océanos Atlántico, Indico y Pacífico.

Los portugueses fueron los mayores navegantes de la historia. Aquí hay que hacer la misma consideración que se hizo páginas antes sobre Dinamarca: Portugal no es un «pequeño país». Fue un Estado oceánico, cuya lengua todavía se habla en Brasil y en África, e incluso en Timor (Indonesia).

La cumbre de aquella navegación de altura fue alcanzada por un portugués, Magallanes, bajo las órdenes de la monarquía española.

Por lo tanto, Magallanes siguió la ruta española del oeste. En octubre de 1520 consiguió bordear Suramérica por el estrecho que lleva su nombre. El 28 de noviembre se adentró en el mayor océano de la Tierra (al que llamó Pacífico porque, por casualidad, no se encontró con ninguna tempestad). Murió durante un enfrentamiento con los indígenas de Filipinas (que se llama así debido al rey de España, Felipe II). Sólo uno de los barcos volvió a España en 1522.

Se había realizado la primera vuelta al mundo. Había durado tres años.

Aquellos navegantes eran mucho más audaces que nuestros astronautas actuales, ya que éstos están en contacto directo con su base, desde donde se les aconseja permanentemente, mientras que los marinos de Magallanes no mantenían relación con nadie durante meses.

Pero Portugal no era lo suficientemente poderosa como para mantener su talasocracia. Fue España la que fundó un Imperio «en el que nunca se ponía el sol». Los portugueses se limitaron a algunos enclaves; los españoles iban a conquistar el interior de las tierras. A los navegantes les sucedieron los conquistadores.

Así pues, el interior de las tierras americanas estaba ocupado por magníficas civilizaciones, llamadas precolombinas («anteriores a Colón»).

Ya hemos indicado que América estaba ocupada, desde la prehistoria, por hombres que habían pasado a pie por el estrecho de Bering y luego se quedaron aislados debido a la subida del mar. Éste es el motivo por el que todavía allí se hablan lenguas del sureste asiático; así, el apache está próximo al jemer.

Aquellos hombres siguieron, dentro de su aislamiento americano, la misma evolución que los de Eurasia, pero con un gran «desfase temporal».

Al norte de Río Grande habían seguido siendo cazadores nómadas, pero al sur habían construido civilizaciones agrícolas desarrolladas.

Ellos inventaron esas plantas que nos resultan tan familiares: la patata es amerindia, igual que el chocolate (cacao) y también el maíz y el tomate. Apenas se puede imaginar hoy a los españoles sin patatas y al Mediterráneo sin tomates (desconocidos, sin embargo, en la Antigüedad grecolatina).

Los amerindios también habían construido Estados, y por las mismas razones que lo habían hecho en el antiguo mundo.

Los mayas, ya en decadencia cuando llegaron los españoles, vivían en Guatemala, en pequeñas ciudades-estado comparables a las de los griegos de los tiempos de Homero.

Los aztecas, en plena expansión en el siglo XV, crearon en México un Estado guerrero que, por la arquitectura, los sacrificios humanos, la importancia de la guerra y de la religión, se parecía mucho a lo que podría ser la Asiría de Sargón y de Asurbanipal.

Los incas, principalmente, habían construido en América del Sur un inmenso Imperio (desde el actual Ecuador hasta Chile, pasando por Bolivia y Perú) que recuerda, sin exagerar mucho, al antiguo Egipto.

El Inca era una especie de faraón, un Rey sol. Igual que a orillas del Nilo, se adoraba al Sol. Allí se pueden encontrar las clases de escribas, soldados y campesinos que había en el valle del Nilo. En cuanto a la arquitectura inca, era tan faraónica como podamos imaginar: ciudadelas, caminos, grandes templos. Los mayas y los aztecas construían pirámides. El Imperio inca tenía tres capitales, en las que el soberano vivía alternativamente: al norte, Quito; en el centro, Cajamarca; al sur, la ciudad santa de Cuzco, origen de la dinastía que fundó el rey Pachacuti en 1438, que conoció su apogeo con el gran emperador Huayna Capac (1493-1527). Tras la muerte de éste, sus hijos se disputaron el poder en una guerra fratricida en la que triunfó el emperador Atahualpa.

Aquellas grandes civilizaciones sabían contar y acababan de inventar la escritura. Salían de la prehistoria y entraban en un triunfante neolítico. Se comunicaban entre ellas y con los nómadas de las praderas norteamericanas, pero ignoraban la existencia

del mundo exterior (a excepción de algunos recuerdos legendarios). Eran campesinos, para ellos el océano era lo mismo que para nosotros el espacio interplanetario antes del inicio de la conquista espacial.

El «contacto» entre las civilizaciones precolombinas y las europeas fue devastador. En 1519, el gobernador Español de Cuba confió la dirección de una expedición a México a un noble llamado Cortés. Llegó a la capital azteca de Tenochtitlán (México) sin ningún impedimento. Cortés fue recibido por el rey Moctezuma, quien durante unos días le tomó por un dios. Cuando llamaron a Cortés desde la costa, su lugarteniente, Alvarado, aprovechó para masacrar a los dignatarios aztecas, provocando un levantamiento en el que murió Moctezuma. Los españoles fueron obligados a abandonar la ciudad el 30 de junio de 1520, por la noche, la Noche triste. Cortés volvió con refuerzos, sitió Tenochtitlán; la tomó el 13 de agosto de 1521, y permitió terribles represalias. El reino azteca había quedado subyugado. Los españoles continuaron hasta la tierra de los mayas por el sur, y hasta California por el norte.

En 1531, otro capitán español, Pizarro, dirigió una expedición que recorrió la costa americana del Pacífico hacia Perú.

El emperador Atahualpa sabía que los españoles no eran dioses. Como sentía curiosidad por verles, les invitó a ir a visitarle cerca de Cajamarca, en donde había levantado su campamento. El 16 de noviembre de 1532, recibió a los «visitantes del otro mundo» sobre su trono, rodeado por su guardia, miles de soldados. Los españoles sólo eran ciento sesenta y tres, con una docena de caballos y algunos cañoncitos. Por la noche, en un gesto de audacia inaudita y de una absoluta deslealtad (eran los huéspedes del Inca), Pizarro secuestró al monarca y el Imperio se derrumbó.

Se trata de una de las páginas más terroríficas de la historia del mundo.

¿Por qué ese Imperio inca, con una población de entre diez y quince millones de habitantes, se destruirá con tanta rapidez bajo la acción de un puñado de castellanos?

¿Los ejércitos? La pólvora no explica nada: los arcabuces difícilmente lanzaban un tiro por minuto (los arcos de las guardias imperiales eran más eficaces) y su detonación no aterrorizó durante mucho tiempo a los indios.

¿Los caballos? Es cierto que los amerindios desconocían el caballo. Los incas no «montaban» a ningún animal, sólo utilizaban llamas como animales de carga. Al ver cabalgando a los indios en las películas del Oeste, se olvida con facilidad que los europeos fueron quienes llevaron el caballo a América. Pero, precisamente, los indígenas pronto dejaron de temer a los caballos y aprendieron a montar con maestría.

De hecho, Atahualpa habría podido mandar degollar a los españoles. Bien es cierto que habrían llegado otros, pero, teniendo en cuenta la organización inca y la enorme distancia que separaba a los españoles de su base, la lucha no habría sido

desigual.

Una vez más, la respuesta se encuentra en la psicología de los indios, en su «mentalidad», en sus ideas. Eran personas muy civilizadas, pero fatalistas y colectivistas, para ellos, la iniciativa individual no existía (¿qué hacer si el emperador está prisionero?). Su civilización era incapaz de reaccionar ante lo imprevisto. La conducta de Pizarro les resultaba inimaginable. Para ellos, los españoles eran una especie de «extraterrestres» (realmente venían de «otro mundo»).

El «desfase temporal» entre españoles y amerindios era inmenso (mucho mayor que el desfase comprobado entre los romanos de César y los galos de Vercingetórix). Los incas apenas acababan de salir de la prehistoria. Por su parte, los conquistadores eran comandos individualistas, superhombres casi nietzscheanos (a pesar del anacronismo) que no temían ni a Dios ni al diablo y que sabían explotar las imprevisiones.

De este modo, la modernidad puede matar. Entre los españoles de Pizarro y los incas de Atahualpa, se puede decir que había seis mil años de desfase. No tengamos miedo del anacronismo pedagógico: ya lo hemos subrayado, el Imperio inca recuerda al de los faraones. Pues bien, si los españoles del Renacimiento hubieran podido desembarcar en Egipto en la época de Ramsés II, creemos que la sorpresa habría sido comparable y que los castellanos habrían destruido el Egipto de los faraones.

Los españoles fueron crueles (cuando combatían, los franceses no lo eran menos), pero no fueron racistas. A menudo los conquistadores se casaron con princesas indias. Hasta el punto de que, a día de hoy, todos los «grandes de España» tienen sangre india por las venas. Los españoles eran «marcianos». Las inmensas civilizaciones amerindias desaparecieron como por «encanto» (sería mejor decir como por «maleficio»).

La modernidad mató a las civilizaciones precolombinas, pero las poblaciones amerindias siguen existiendo. En América Central y en América del Sur, los indios aún se cuentan por millones (la mayoría en Perú y en Bolivia). Pero de su glorioso pasado sólo quedan lenguas locales (el aymará y el quechua) y supersticiones populares. Se han convertido en católicos e hispánicos; hablan español.

La catástrofe se agravó con lo que los médicos llaman el «choque de microbios», o viral. Dado su aislamiento, las poblaciones de América no eran inmunes a los microbios de Eurasia. El sarampión y la gripe, que los españoles resistían, tuvieron el mismo efecto devastador entre los indios que la gran peste había tenido en el siglo XIV sobre los europeos. Murieron a millones; principalmente los dignatarios, más en contacto con los invasores. Siempre se subestima la función histórica de las epidemias.

Así, la conquista de América fue una terrible tragedia, sin que siquiera los españoles fueran conscientes de ello, ya que no entendían muy bien lo que sucedía. A

algunos españoles les atrapó la simpatía de aquellos nuevos sujetos, como por ejemplo, al dominico Bartolomé de las Casas, quien escribió al rey de España una *Muy breve relación de la destrucción de Las Indias* en 1542, pero en vano.

Evidentemente, los españoles no eran mejores que los indios. Incluso se puede pensar que, desde el punto de vista moral, los incas eran más simpáticos. Pero los españoles eran más modernos. Los valores de la modernidad —iniciativa individual, espíritu crítico, gusto por el cambio— aseguraron en el siglo XV la victoria de los europeos sobre los otros pueblos de la Tierra. ¿Son suficientes esos valores para dar sentido a la vida? No cabe duda de que no.

Son valores de acción. Sólo las religiones y el conocimiento justo de las cosas permiten vivir. Por otra parte, aunque los españoles actuaban de manera «moderna», utilizaban, para dar sentido a sus vidas, los valores espirituales del cristianismo, en cierto modo su «capital moral». En el siglo XXI, se puede pensar que el mundo moderno dilapidó ese capital, quedándose como única referencia el placer individual. Pero esto es «otra historia» de la que hablaremos más adelante.

15. El Renacimiento, Carlos I de España y V de Alemania y Francisco I

MIENTRAS LOS españoles conquistaban el Nuevo Mundo, el mundo antiguo explotaba sobre sí mismo.

Italia fue el epicentro del seísmo cultural que se llama «Renacimiento». Ya hemos subrayado la importante función de los intelectuales griegos exiliados de Bizancio; «Renacimiento» porque, para ellos, los contemporáneos redescubrían en directo la Antigüedad.

Italia inventó todo: la economía moderna, la ciencia moderna, el arte moderno y la visión moderna del mundo.

Por supuesto, también desempeñaba una misión política y militar (una gran parte del vocabulario militar es italiano). Venecia, en particular, en 1509, planta cara a Europa entera coaligada contra ella (la liga de Cambrai) y supo aniquilar, aliada con España, a la flota turca de Alí Pacha en Lepanto, en 1571: doscientas galeras turcas fueron hundidas al precio de centenares de patricios venecianos muertos.

Pero la tarea decisiva de las ciudades italianas fue la cultural.

Florenia estaba gobernada por una rica familia de banqueros, los Médicis, de los que Lorenzo el Magnífico fue el más famoso (1449-1492). Aquellos financieros extremadamente cultos leían, en griego, a Aristóteles y a Platón y se habrían sentido avergonzados si no hubieran mandado construir plazas, teatros y fuentes para el pueblo. Practicaban el precepto de «nobleza obliga».

Sin emitir un juicio de valor, se puede pensar que los agentes financieros actuales apenas se parecen a los de Florenia: no consideran que tienen obligaciones sociales y, en general, son bastante incultos: ¡Qué diferencia de los Médicis a Messier!

En 1532, un consejero del gobierno florentino, Maquiavelo, escribió un tratado político aún vigente, *El príncipe*, una cínica reflexión sobre la manera de gobernar con inteligencia y astucia. La «razón de Estado» permite a Maquiavelo justificar, en ciertos casos, el asesinato y la mentira, una libertad de pensamiento de una temeridad inaudita, dentro de una época todavía cristiana. El «Príncipe», sin embargo, nunca olvida que su poder reposa sobre el consentimiento del pueblo y que está justificado por el bien público. Un fin moral que justifica, es cierto, medios amorales.

En Roma ejercían el papado pontífices poco cristianos: Alejandro VI Borgia (1492-1502), Julio II (1503-1513) y León X (1513-1521). Lo que demuestra que una gran institución puede estar dirigida por individuos que han dejado de creer en el mensaje que esa institución difunde. (En el siglo XXI, ¿los dirigentes chinos aún creen en el comunismo?) Pero, por otro lado, aquellos papas del Renacimiento eran humanistas y encargaban trabajos por su cuenta a los mejores artistas: Rafael, Leonardo, Miguel Ángel.

Miguel Ángel, de apellido Buonarroti (1475-1564), fue primero un protegido de los Médicis (el *David* de la plaza del Señorío), y luego vivió en Roma (la *Piedad*). El papa Julio II le confió la ejecución de los frescos de la capilla Sixtina, y más tarde el techo (el *Juicio Final*). Miguel Ángel pintó aquel techo tumbado de espaldas en lo alto de un andamio. Cuando el Papa se impacientó por la duración del trabajo, Miguel Ángel le vertió el contenido de su cubo de pintura sobre la cabeza. Y el terrible pontífice no protestó. En aquellos tiempos de mecenazgo, el artista tenía derecho a todo. Escultor, pintor, hombre de letras (le gustaba leer a Platón), Miguel Ángel fue un admirable arquitecto que concibió la plaza del Capitolio en Roma y la extraordinaria cúpula de la basílica de San Pedro, mayor que la que Brunelleschi construyó en Florencia. Cuando, con noventa y ocho años murió, a consecuencia de una caída de caballo, su gloria ya había quedado consagrada con un libro de Vasari y una biografía de Condivi.

Miguel Ángel es el prototipo de los genios del Renacimiento, resplandeciente época que vio convivir a Miguel Ángel, Maquiavelo y Leonardo da Vinci (igual que en los tiempos de Pericles se encontraban en el teatro Sófocles, Aristóteles y Tucídides)

Leonardo da Vinci, aunque vivió menos tiempo, fue un genio aún más universal: a la escultura, la pintura y la arquitectura añadía la mecánica y fue un ingeniero incomparable. Como testimonio de la variedad de su talento, podemos leer un *curriculum vitae* que dirigió al príncipe Ludovico el Moro, duque de Milán, a la edad de unos treinta años:

Tengo el medio para construir puentes muy ligeros, sólidos y robustos, de fácil transporte, para perseguir y vencer al enemigo; y otros más sólidos que resisten el fuego y el asalto, ligeros y fáciles de poner y quitar. Y medios para destruir y quemar los puentes del enemigo. Para el sitio de una fortaleza, sé cómo sacar agua de las fosas y construir infinidad de puentes, arietes, escalas para trepar y otras máquinas relativas a este género de empresas. Si una plaza no puede ser reducida con los bombardeos debido a la altura de su glacis, tengo los medios para destruir toda la ciudadela u otras fortificaciones cuyos cimientos no descansen sobre roca. También dispongo de métodos para hacer bombardas muy cómodas y fáciles de transportar, que lanzan cascajo casi como las tempestades, causando un gran terror al enemigo por la humareda, los grandes destrozos y la confusión. Y si la aventura del enfrentamiento tuviera lugar en el mar, tengo planos para construir instrumentos muy propios para el ataque o la defensa de los navíos, que resisten el fuego de los más grandes cañones.

También haría carros cubiertos, seguros e imposibles de atacar, que se adentrarán en las filas enemigas con su artillería, y que ninguna artillería sería

capaz de destruir, y los hombres de armas podrán seguir impunemente a sus carros, sin encontrar obstáculos. Si fuera necesario, fabricaría morteros, muy bellos, útiles, diferentes de los que se emplean comúnmente. Allí donde no fuera posible el uso del cañón, inventaría catapultas, almajaneques, trabucos y otras máquinas de una admirable eficacia. Sencillamente, según las necesidades, construiría un número infinito de instrumentos variados para el ataque y para la defensa.

En tiempos de paz, creo poder daros absoluta satisfacción, sea en arquitectura, construyendo edificios públicos y privados, sea en la conducción del agua de un lugar a otro. Además, puedo ejecutar escultura de mármol, bronce o barro.

A lo que añado que, en pintura, mi obra puede igualar a la de cualquiera.

La última frase, haciendo referencia al autor de *La Gioconda*, no carece de enjundia... Leonardo acabó su vida a orillas del Loira, adonde el rey de Francia le había hecho acudir tras haber ideado la escalera de doble tramo simétrico para el castillo de Chambord.

En definitiva, Italia era en el siglo XVI el centro del poder y de la gloria. Por eso se entiende que todos los soberanos de la época quisieran controlarla.

Y el primero de ellos, el más poderoso: Carlos V (1500-1556).

Carlos V había reunido una fabulosa sucesión: siendo duque de Borgoña (que, si bien había quedado reducida a los Países Bajos, la actual Bélgica, aquellos Países Bajos estaban muy desarrollados), heredó de su madre, Juana la Loca, hija de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón, la Corona de España (y, por lo tanto, también de América Latina) y, de su padre, Felipe el Hermoso, las tierras de los Habsburgo (Austria actual). El Reino de Nápoles y de Sicilia se añadía a aquella extraordinaria herencia. Carlos se hizo elegir emperador germánico.

El título imperial recaía desde hacía mucho tiempo en los Habsburgo. Pero como, a pesar de todo, se trataba de una «elección» (por parte de los grandes señores alemanes), Carlos tuvo que batallar contra la candidatura del rey de Francia. Y sólo lo consiguió comprando a los electores gracias al dinero de un banquero de Francfort, Jacob Fugger (llamado *el Rico*).

Evidentemente, tras haber hecho retroceder a los turcos ante Viena en 1529, Carlos quiso dominar Europa —con más motivo aún, porque tras la desaparición del Imperio de Oriente, no existía más que una única corona imperial—. Carlos V fue un gran «europeo» (infinitamente más que el bárbaro Carlomagno). Decía: «Hablo francés a los hombres, italiano a las mujeres, español a Dios y alemán a mi caballo». Señalemos que ignoraba el inglés...

Pero la Corona del Sacro Imperio era una quimera. Obligó a Carlos I a dispersar sus fuerzas desde Castilla hasta Bohemia. Su sueño imperial fracasó. Dos años antes

de su muerte, se retiró al monasterio español de Yuste. Es el único ejemplo en que un emperador abandona por sí mismo el poder, junto con el de Diocleciano, que trece siglos antes se había retirado a Split (a su villa privada de Salona), en Dalmacia.

El sueño europeo de Carlos V desapareció con él. Tras su muerte, sus posesiones fueron racionalmente divididas en dos: para Felipe II, su hijo, los territorios españoles; para Fernando, su hermano, Austria y la Corona del Sacro Imperio. (El Imperio seguirá en manos de la familia de los Habsburgo hasta 1918.)

El Imperio había fracasado a causa de la oposición del reino de Francia, que ocupaba una posición estratégica en medio de las posesiones de los Habsburgo. Aquella ubicación central obligaba a las tropas imperiales, que iban de Austria a España, a efectuar un peligroso recorrido por Italia. Puesto que muchos de aquellos soldados eran mercenarios alemanes, los «lansquenets», aunque el emperador era católico, no pudo impedir que saquearan Roma en 1527. Fue un terrible expolio. El Imperio no pudo abatir a la Corona de Francia.

La monarquía francesa había ganado poder desde Juana de Arco. El hijo de Carlos VII, Luis XI (1423-1483), había logrado con la anexión de Borgoña someter a un peligroso vasallo (1482) a fuerza de astucia y paciencia. También había puesto la mano sobre Provenza. Su hijo, Carlos VIII, se casó en 1491 con Ana de Bretaña, con lo que incluyó aquel ducado, muy autónomo dentro de sus territorios, pero principalmente será conocido por haber empezado las «guerras de Italia», atraído como estaba por las luces de las ciudades de la península. No pudo contenerse, y en 1495 cabalgó sobre aquel territorio. Luis XII, su sucesor, hizo lo mismo.

Francisco I (1494-1547) se convirtió en rey de Francia en 1515. Continuó con fuerza la línea de sus predecesores: la famosa victoria de Mariñano, en 1515 (la única fecha que los franceses conocen), le abrió las puertas de Italia y aseguró a Francia el apoyo militar de los suizos, vencidos pero domesticados (los mercenarios helvéticos aún formarán la guardia de Luis XVI en vísperas de la Revolución). Al no haber conseguido la Corona imperial, Francisco I se opuso al Imperio. Carlos V le venció en Pavía (1525), pero Francia logró finalmente provocar el fracaso del sueño hegemónico de los Habsburgo. La nación triunfaba sobre el Imperio, y Francisco I, sin dudarlo —y con gran escándalo para el clero—, se alió con el turco Solimán el Magnífico en contra del emperador, tremendamente católico. El tratado de Cateau Cambresis, en 1559, puso fin a las guerras de Italia.

Francisco I fue un brillante rey, un hombre guapo, culto y «renacentista» donde los haya. (Él fue quien hizo acudir a Francia a Leonardo da Vinci.) Italia estaba de moda desde Carlos VIII. Emergieron los castillos del Loira: Amboise en 1498, Chenonceaux en 1520, Chambord (con la escalera de Leonardo) en 1526, y el hecho de que este magnífico edificio no sea más que un «pabellón de caza» da una idea del poder de la monarquía francesa en aquel momento. En 1528 se construyó

Fontainebleau, y el viejo castillo del Louvre se transformó en un palacio renacentista (1549).

Francia se iluminó con la luz italiana.

Entonces surgieron grandes escritores, el más famoso de ellos fue Rabelais (1494-1553), doctor en medicina, monje, padre de dos hijos y cura de Meudon, quien creó los fabulosos personajes de *Gargantua* (1523) y *Pantagruel* (1531), desbordantes de buen juicio, de optimismo y de libertinaje, que «rascan el hueso para encontrar la parte más sustanciosa de la médula».

Por medio del edicto de Villers-Cotterêts, Francisco I había ordenado en 1539 el uso obligatorio del francés en los actos jurídicos. Los poetas de la «Pléyade»^[9] proporcionaron a esa lengua su resplandor literario: Ronsard (1524-1585), un noble de Vendôme, cortesano, autor algo ligero («¡Oh amante mía!, acércate / Huyes temblando como un cervatillo / Al menos sufre que mi mano / Juguetee sobre tu seno / O más abajo si bien te pareciere»), y el nostálgico Du Bellay, amigo suyo desde 1547, cantor de la grandeza de la Nación («Francia, madre de las artes, las armas y las leyes»), que prefería antes que Italia (había sido diplomático en Roma), y todas sus glorias: «Antes mi Loira galo que el Tíber latino / Antes mi pequeño Liro que el monte Palatino / Y antes que los aires marinos, la dulzura angevina».

El Renacimiento no se produjo únicamente en Italia, España, Alemania y Francia. También despertó en la Inglaterra de Enrique VIII Tudor y de Tomás Moro, en Holanda (Erasmo, *Elogio de la locura*, 1509) e incluso en Polonia.

Así, en Cracovia, el astrónomo Copérnico publicó en 1523, en latín, un libro subversivo, *La revolución de los astros*, en el que afirmaba que la Tierra no era el centro del universo, que no era el Sol el que giraba a su alrededor, sino la Tierra la que giraba alrededor del Sol. Una revolución total respecto a la concepción que los hombres tenían del cosmos (incluidos los sabios helenísticos). «La Revolución copernicana» de nuestra visión del mundo.

Para terminar señalaremos —aunque todo el mundo lo sepa— la generalización de la imprenta tras Gutenberg. La primera Biblia se imprimió en 1455. Al sustituir los pergaminos escritos a mano (manuscritos) por libros encuadernados e impresos, la imprenta proporcionó a sabios y pensadores los medios técnicos para una difusión de sus escritos mucho más amplia que en tiempos anteriores, porque los impresores hacían cien libros en el mismo tiempo que un copista empleaba para copiar uno.

Las reformas y las guerras de religión

LAS COSTUMBRES de los papas del Renacimiento, quienes tenían amantes e hijos (César y Lucrecia Borgia) y vivían de un modo más bien poco evangélico, escandalizaba, cuando menos, a muchos creyentes, hasta el punto de hacerse evidente que la Iglesia tenía una gran necesidad de realizar reformas.

La Iglesia católica ya las había experimentado, y sin ruptura: la reforma gregoriana, la reforma franciscana. Si los cristianos de Oriente detestaban a los de Occidente, no era tanto por una cuestión de costumbres o de dogmas, sino por el saqueo de Constantinopla que los 'navegantes venecianos y los caballeros latinos realizaron en 1204, y que dejó fuertes resentimientos.

En el siglo XVI, la reforma trajo consigo cismas. Pero aquello no estaba previsto. Seamos conscientes de nuestra deformación óptica: nosotros conocemos el final, pero la mayoría de los acontecimientos podrían haberse desarrollado de otro modo. Nada está escrito, y los historiadores, desde que existen, se divierten reescribiendo la Historia: «Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta...».

A un monje alemán, en concreto, le parecía escandaloso lo que sucedía en Roma. Sobre todo, el tráfico al que se dedicaban los papas, al convertir en mercancías los asuntos del Templo; por ejemplo, el comercio de indulgencias (la remisión de las penas por medio del pago de una cantidad de dinero). Martín Lutero (1483-1586) colgó en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg noventa y cinco propuestas para condenar aquel tráfico. Las más diversas presiones no pudieron hacer que se retractase; al contrario, en 1520 publicó un manifiesto, *A la nobleza de la nación alemana*, y quemó la bula del Papa que le condenaba.

Su protesta estaba perfectamente fundada, los papas del Renacimiento guardaban muy poco parecido con Jesús de Nazaret. La desgracia llegó porque los papas no tomaron en serio a Lutero (tres siglos antes, Inocencio III había sabido recibir la lección de Francisco de Asís). Por eso se produjo la ruptura y el nacimiento de una reacción evangélica que se llamó «protestantismo». Hay que señalar que Lutero había sacado del Evangelio su gusto por la pureza, pero no el de la igualdad: al estallar en Alemania una revuelta campesina en 1525, se decantó por la opción de los príncipes cuando éstos decidieron reprimir con sangre el levantamiento.

Con Lutero, quien tradujo la Biblia al alemán, la nación alemana tomó conciencia de sí misma. Lutero desempeñó para los alemanes la misma función que Juana de Arco había desempeñado para los franceses —con la diferencia de que Juana de Arco se había preocupado por los pobres, mientras que Lutero era apasionadamente «reaccionario»—. La identidad nacional alemana conservará una huella de aquello.

El aspecto obediente y disciplinado que se adjudica a los alemanes, su aspecto oscuro (las malas lenguas llaman a ese aspecto «germánico»), debe mucho al luteranismo.

Alemania se dividió en dos, el norte y el sur de la antigua *limes* romana, católicos y protestantes.

Muchos de los príncipes alemanes utilizaron este pretexto para liberarse de Roma y confiscar los bienes de la Iglesia. El emperador católico Carlos V, a pesar de haber desterrado a Lutero por decisión de la dieta de Worms, no pudo detener la reforma y se vio obligado a comprometerse con ella. El gran maestre, católico, de la orden militar de los Caballeros Teutones, Alberto de Brandeburgo, utilizó como pretexto su conversión al protestantismo para crear en 1524 el ducado de Prusia (de *este* modo entró Prusia en la Historia) y fundar la universidad de Königsberg (Kaliningrado). Muchos otros príncipes se convirtieron al luteranismo, entre ellos, los reyes de Suecia y Dinamarca. En 1530, la dieta de Augsburgo enunció la regla: *Cujus regio, ejus religio*. Los sujetos deben profesar la misma religión que sus príncipes. Una reacción de libertad frente al Papa y el emperador, los amos lejanos, se había transformado en un recrudecimiento de la servidumbre a favor de los «príncipes», amos demasiado cercanos.

En 1534, el rey de Inglaterra Enrique VIII (1491-1547), que quería divorciarse a pesar de la negativa del Papa (una negativa política, no religiosa), se fijó en el luteranismo para dar con una cómoda salida. Rompió con Roma y fundó el «anglicanismo». En realidad, un catolicismo cismático, la Iglesia anglicana —sobre todo, los altos rangos de la Iglesia— permanece dentro del modelo católico.

A partir de 1588 nace en Londres un importantísimo teatro con Shakespeare: *Ricardo III* se representó en 1592. De este modo, Inglaterra hizo (casi al mismo tiempo que Prusia) una ruidosa entrada en la competición cultural. Pero Enrique VIII tropezó en su propio reino con un fuerte bando fiel a Roma y tuvo que dar la orden de ejecutar a su canciller Tomás Moro, amigo de Erasmo, en 1535.

En Francia, Juan Calvino (1509-1564) se unió a la Reforma y se exilió en Suiza, donde escribió en 1539 *La institución de la religión cristiana*. Desde 1541 hasta su muerte, fue el dictador de la ciudad de Ginebra, en donde aplicó un protestantismo mucho más radical que el de Lutero: el calvinismo.

En Ginebra, una especie de policía religiosa a orillas del lago Lemans comprobaba que los fieles no disfrutaban del placer, llegando hasta a probar las comidas de los albergues para verificar que no estuvieran demasiado buenas; en caso contrario se imponía una multa o la prisión. Los talibanes no inventaron nada. Los protestantes, a quienes los bienpensantes^[10] contemporáneos presentan en la actualidad como cristianos iluminados, fueron, a menudo, unos fanáticos (similares a las sectas fundamentalistas americanas). Por otra parte, en 1553, Calvino (a pesar de todo, un genial ensayista: su *Institución* es una obra maestra de la lengua francesa) no

dudó en condenar a la hoguera a su amigo Miguel Servet, sospechoso de desviacionismo.

Así, a mediados del siglo XVI, la Europa latina estaba en plena crisis: una buena parte de ella había abandonado la Iglesia católica para unirse a los luteranos; Inglaterra había provocado un cisma y, en Francia, los calvinistas intentaban desde Ginebra empujar a su país hasta el protestantismo. Era evidente que la partida se iba a jugar en Francia. Si ésta se inclinaba hacia la Reforma, se impondría el protestantismo; si permanecía dentro del catolicismo, la Reforma quedaría como algo «regional», porque Francia en aquel entonces era la mayor potencia del mundo (y lo seguiría siendo hasta Waterloo).

El calvinismo consiguió muchos adeptos en Francia, sobre todo entre los nobles iluminados. En la noche del 23 al 24 de agosto de 1572, la regente Catalina de Médicis, tras urdir el intento de asesinato del almirante De Coligny, jefe de los partidarios de la Reforma, arrancó a su hijo, el rey Carlos IX, la orden de masacrar a los jefes protestantes reunidos en París para los esponsales de Enrique de Navarra con Margarita de Valois (la reina Margot). Hubo más de tres mil muertos, entre ellos Coligny. Entonces se desencadenaron las guerras de religión entre protestantes y católicos. El rey, influenciado y frágil, sobrevivió pocos meses. (Enrique II, su padre y esposo de Catalina, había muerto trece años antes en un torneo, debido a un desgraciado golpe de lanza.)

Enrique III, hermano de Carlos IX, tenía más sentido común. Un personaje complejo, culto, homosexual, que concedía demasiado crédito a sus «jovencillos», aunque conservaba el sentido de Estado.

Cuando los partidarios del catolicismo se hicieron poderosos bajo la dirección de los Guises (la Liga), Enrique III aprovechó la reunión de los Estados Generales en Blois (1588) para llamar a sus habitaciones al duque de Guise, jefe de la Liga. Este último había dejado escapar palabras imprudentes, dando a entender que se iba a sustituir al rey y que él ceñiría la corona. No tuvo ese placer: los guardias de Enrique III lo mataron. A pesar de que, por lo general, se habla del «asesinato del duque de Guise», se trató más de una ejecución que de un asesinato. El legítimo soberano mandó ejecutar a un rebelde, católico, es verdad, pero también sedicioso. El pobre Enrique III sí será realmente asesinado un año más tarde por un monje de la Liga.

Según la orden de sucesión monárquica, al no haber dejado descendencia el hijo de Catalina de Médicis, la Corona debía recaer en Enrique de Navarra. Pero éste era protestante.

Dos principios se enfrentaban en aquel momento decisivo: el religioso (el de Lutero: *Cujus regio, ejus religio*) y el de legitimidad (el de los juristas). Aunque Enrique era protestante, también era de un modo incuestionable el rey legítimo. Los católicos «iluminados» estaban de acuerdo en ello. Pero las masas populares de

Francia se mantenían obstinadamente católicas.

Enrique de Navarra tuvo la suficiente inteligencia como para entenderlo: abjuró del protestantismo y así pudo, en 1549, entrar en París. A él se le adjudica la frase: «París bien vale una misa». Si no fue él quien la pronunció, seguramente la pensó. En 1598, ya rey coronado, Enrique IV promulgó el famoso edicto de Nantes, que concedía a los protestantes una cierta libertad religiosa.

A pesar de que el edicto mantenía la prudencia, sus consecuencias ideológicas son inmensas. A partir de su promulgación, se puede disociar religión y ciudadanía. Con esa disociación, el protestante renegado se revela infinitamente más progresista que Lutero y Calvino. Podría decirse que la concepción francesa del laicismo no nació, como se piensa, en 1905, sino en 1598...

Enrique IV fue un gran rey que, junto a sabios ministros como Sully, restableció la ley y el orden y, por lo tanto, la prosperidad. Se conoce su deseo de que todos los franceses pudieran comer su cazuela de pollo en paz («la fractura social», ¡ya!). Vividor, buen amante (un mujeriego), buen dirigente, el 14 de mayo de 1610 moría asesinado por un fanático católico llamado Ravailac. Pero, gracias a él, el catolicismo (un catolicismo tolerante) había ganado la partida en Europa. Francia no había cambiado.

Aquella victoria de la Iglesia fue mucho mayor porque por fin había comprendido la lección de Lutero y emprendía su reforma. La «Contrarreforma». Desde 1544 hasta 1563, el concilio de Trento, en el que se reunieron los principales obispos y teólogos, sentó las bases de aquella reforma católica.

La Iglesia abrió multitud de seminarios (por una extraña paradoja, en la actualidad también se llaman «seminarios» a las reuniones civiles, a menudo comerciales) destinados a formar a un nuevo clérigo, digno y culto, que pudiera compararse con los pastores protestantes.

Los papas volvieron a tener fe (Pío V). Surgieron muchos héroes católicos, entre ellos Ignacio de Loyola (1491-1556), español que fundó su orden en Montmartre. El 15 de agosto de 1534 creó allí la orden de los Jesuitas, religiosos modernos, sabios, cultos, y fundamentalmente entregados por entero al papado. Muy dóciles y algo maquiavélicos, supieron emplear medios inteligentes «para mayor gloria de Dios» (*Ad maiorem Dei gloriam*). Los *ejercicios espirituales* de san Ignacio fueron un *best-seller*.

Muchos misioneros fueron jesuitas. Pues la Iglesia católica quería evangelizar el mundo. Como los americanos y filipinos ya eran católicos por el hecho de la conquista española, el jesuita Francisco Javier se dirigió, en 1549, a Japón, en donde el catolicismo vivió un gran éxito (que se quebró un siglo más tarde a causa de las persecuciones). Otro jesuita, Mateo Ricci, dejó caer los fundamentos del cristianismo en China y se convirtió en el primer «sinólogo». En Pekín, capital de China desde el

siglo anterior, este jesuita admiró enormemente la elegancia de las costumbres en la corte de los emperadores Ming. Multitud de personas cultas chinas se convirtieron, puesto que Ricci adoptó una actitud conciliadora respecto a los ritos del confucionismo, actitud que no siempre se entendió en Roma (la querella de los «ritos chinos»). Ricci se consideraba una especie de mandarín católico. En la India, otro misionero, Nobili, se vestía como un brahmán y se creía un gurú. En Paraguay, los jesuitas lograron proteger eficazmente a los guaraníes de la rapiña colonial (véase la película *La misión*).

Y en Europa, la Iglesia católica también recuperaba terreno.

Sin embargo, Inglaterra, convertida en una gran potencia marítima bajo el mandato de la reina Isabel I (1558-1603) —la Inglaterra isabelina—, se le escapaba. En 1588, el rey de España Felipe II, muy católico, envió contra Inglaterra una inmensa flota, «la Armada Invencible», que quedó disuelta en gran medida más por el mal tiempo que por los marinos ingleses (Drake). Sólo regresaron a Cádiz sesenta y tres de los ciento treinta navíos que partieron. Aquella batalla marcó el principio de la supremacía marítima británica.

Pero Irlanda se mantenía obstinadamente fiel al Papa y al catolicismo triunfante en Europa central y oriental (Polonia).

Y, sobre todo, había muchos genios que le rendían honores. Obispos progresistas: Carlos Borromeo (1538-1583) en Milán, Francisco de Sales (1567-1622) en Annecy. Místicos de un extraordinario talento literario: la madre Teresa de Ávila (1515-1582) y su amigo Juan de la Cruz (1542-1591), reformadores de los Carmelitas, fueron grandes poetas. *El libro de las moradas* de santa Teresa y *La noche oscura* de san Juan de la Cruz, publicados en 1588 (año de la derrota de la Armada. ¡Las auténticas victorias son ideológicas!); siguen siendo obras maestras de la literatura castellana y espiritual. Por eso Carlos V no estaba equivocado al dirigirse a Dios en español. En el mismo momento, Felipe Neri fundaba en Roma la orden de la Oratoria.

Mientras el protestantismo, algo «iconoclasta», no conseguía inventar su arquitectura, los jesuitas lanzaron una moda que causó furor: la del Barroco. Se inauguró en Roma, en 1568, con la iglesia de *Ges* y triunfará desde Salamanca hasta Cracovia, e incluso en México...

Aquellos acontecimientos dejaron sus huellas. El presidente americano Bush hijo es protestante fundamentalista. Sin embargo, la Unión Europea sigue siendo tan católica que su bandera es la de la Virgen María y se puede hablar de una «Europa vaticana».

Si el Renacimiento fue un período de humanismo y gloria, también fue un período de tragedia: se produjo la muerte de las civilizaciones precolombinas y se vivieron las guerras de religión.

No hay nada más horrible que una guerra religiosa, por lo que se debe agradecer al buen rey Enrique el hecho de haber terminado con ellas tiempo atrás. ¡Ojalá no resurgiesen en la actualidad!

El gran siglo XVII

TRAS LA MUERTE de Enrique IV, María de Médicis actuó como regente de Francia en nombre de su hijo Luis XIII. En los Estados Generales de 1614 tuvo que hacer concesiones a la nobleza. Poco inteligente, influida por un entorno detestable (los Concini), quiso conservar el poder cuando el rey cumplió su mayoría de edad. Pero tuvo el inmenso mérito de introducir a Richelieu en el Consejo.

Cuando la Regente cayó en desgracia, Luis XIII conservó a Richelieu. Era el año de 1624. El rey tenía veinticuatro años; el ministro, convertido en cardenal, treinta y nueve. Luis XIII era un hombre de pobre aspecto con un ingrato físico, tartamudo y tímido con las mujeres (tardó trece años en tener un hijo con la suya, Ana de Austria).

No obstante, aquel tímido rey fue capaz, porque reconocía su talento, de mantener junto a él al cardenal como ministro durante veinte años. Armand du Plessis tenía sentido de Estado. Luchó contra todo lo que podía entorpecer la autoridad monárquica. Cuando los protestantes, que dominaban La Rochelle, aprovecharon la muerte de Enrique IV para dejar entrar a los ingleses, Richelieu mandó tirar un dique situado delante del puerto marítimo y obligó a las gentes de la RSR (Religión Supuestamente Reformada) a obedecer, al mismo tiempo que respetó su libertad religiosa. Empujó al rey a castigar a los «grandes» sediciosos. Aquello no era fácil: «Me resultó más difícil conquistar los cuatro pies cuadrados del gabinete del rey que los campos de batalla de Europa», diría Richelieu. Luis XIII no era un «florero». Pero Montmorency y Cinq-Mars fueron decapitados.

En Europa, Richelieu practicó una política hábil para restaurar la preponderancia francesa, sin dudar en aliarse con los príncipes protestantes contra los Habsburgo católicos, lo que escandalizaba a los devotos. Subvencionó al rey de Suecia, Gustavo Adolfo, para que interviniera en Alemania. En aquel tiempo, Suecia vivió sesenta años de grandeza militar.

Eficaz y fructífera, aquella política tuvo consecuencias desastrosas para Alemania. La guerra de los Treinta Años, de 1618 a 1648, que terminó de manera ventajosa para Francia y Suecia con el tratado de Westfalia* (1618), para Alemania fue una terrible tragedia (destrucción y muerte) de la que tardaría mucho tiempo en recuperarse; Prusia y los Estados hereditarios de los Habsburgo se salvaron.

Richelieu también intervino en el terreno cultural; fundó la Academia Francesa en 1634, mandó construir la iglesia de la Sorbona y el Palacio Real en París. Frágil de salud a pesar de su enorme energía, murió en 1642, y su rey, tuberculoso, pocos meses más tarde, en 1643.

En aquella época, un extraño acontecimiento se produjo en Inglaterra: la

proclamación de una República en 1649, tras la decapitación del rey Carlos. (No, los franceses no fueron los primeros en cortar la cabeza a su rey.) Oliver Cromwell, se convirtió en el dictador (el «lord protector») de aquella República, que dirigió con puño de hierro hasta su muerte (el 3 de septiembre de 1658). Aprovechó para conquistar Escocia e Irlanda, que hasta entonces habían permanecido prácticamente independientes.

Los partidarios del lord protector se llamaban «puritanos», protestantes rígidos. El nombre se ha conservado. La anexión de Escocia, protestante como Inglaterra, resultó bastante fácil a pesar de las revueltas. Ésta será ratificada por medio de un tratado de unión en 1765. Y éste es el motivo por el que desde entonces se habla del Reino Unido. La anexión de Irlanda, católica, fue sangrienta. Cromwell envió allí a sus puritanos, quienes se apropiaron de las mejores tierras, robadas a los nobles católicos (muchos de los cuales se refugiaron en Francia). Desde entonces surgió un odio secular de los irlandeses para con los ingleses, que llevará a la independencia de Irlanda en 1920. Durante la Segunda Guerra Mundial, y a pesar de Hitler, Irlanda se mantendrá neutral por su aversión hacia Inglaterra.

Los ingleses, aglutinados en el Ulster, siempre conservaron un cuarto de Irlanda. Este vestigio explica los combates del IRA —es de esperar que finalicen, puesto que en la actualidad han concluido con la firma de un armisticio—. Es probable que este conflicto secular (en el que ahora Estados Unidos ejerce de árbitro, puesto que son muchos los americanos católicos de origen irlandés, por ejemplo, el presidente Kennedy) conduzca a la reunificación de la isla; los protestantes del Ulster tienen que elegir entre hacerse realmente irlandeses o volver al país del que partieron sus antepasados.

Dicho esto, la República inglesa, al contrario que la francesa, no durará. A la muerte de Cromwell se restableció la monarquía en Gran Bretaña. Y todavía se mantiene.

Muerto Luis XIII, su esposa, Ana de Austria, una descerebrada hasta entonces, sabe ponerse a la altura de las circunstancias. Empezó por mantener en su puesto al primer ministro que Richelieu había elegido para sucederle: Giulio Mazarini, conocido como Mazarino, un diplomático pontificio que Richelieu había «señalado» y reclutado. Mazarino, aparentemente un pusilánime, en realidad tenía mucho carácter. Y necesitaría de ese carácter. Tras la muerte de Richelieu y de Luis XIII, los nobles se sublevaron. Esta última sedición de los «notables» es conocida como «la Fronda», y quizá tuvo su origen en el divorcio existente en Francia entre el pueblo y las élites. Los componentes de la Fronda no dudaron en aliarse con enemigos extranjeros; el famoso «partido del extranjero», ¡ya!

Mazarino y Ana de Austria formaron una sólida pareja. No eran amantes (aunque Mazarino fuera un cardenal laico, la unión entre un plebeyo y una descendiente de

Carlos I era impensable), pero sí muy amigos. Se enfrentaron a la Fronda. Y a pesar de que huyeron cuando fue necesario (por este motivo el joven delfín, el futuro Luis XIV, tuvo una tormentosa infancia), siempre regresaban. En 1653, la Fronda quedó aplastada. Dos extranjeros habían salvado al Estado: una española y un italiano. El tratado de los Pirineos, firmado en 1659, puso igualmente fin a las hostilidades exteriores. Mazarino, por mucho que confundiera el tesoro público con su tesoro privado (hoy en día, se le acusaría de malversación de fondos públicos), fue digno de la patria.

Con Richelieu y Mazarino, el prestigio intelectual de Francia eclipsó al de Italia. René Descartes, instalado en Holanda —más por comodidad que por prudencia— pero leído y comentado con fervor en Francia, había publicado en 1637 su famoso *Discurso del método*. Regresó en tres ocasiones a París, en donde se reunió con otro genio, Blaise Pascal, un excepcional físico autor de sabios estudios sobre la vida, el pensamiento y la mecánica de los fluidos. Los dos hombres tenían en común el «método experimental»; Pascal, además, era un místico más conocido por sus famosos *Pensamientos* que por su *Tratado del triángulo aritmético*.

Cuando, en 1661, Mazarino —el padrino y maestro en política del Luis XIV— murió, el rey tenía veinticuatro años. Mientras el cardenal vivió, le había dejado actuar. Nadie sabía lo que le rondaba por el cerebro (excepto Mazarino, quien juzgaba grandes las capacidades de su ahijado y alumno). En la corte se pensaba que seguiría con sus amoríos (el joven, muy atractivo, era un gran amante de las damas) y permitiría gobernar a su madre.

Mientras Europa se reformaba, ¿qué sucedía en Asia?

En el Imperio otomano y en China, la respuesta puede ser: nada.

Los turcos conservaban su poder militar: Se presentaron a las puertas de Viena por última vez en 1682, y libraron con la República de Venecia una guerra de veinticinco años (1644-1669) disputándose la isla de Creta. Pero su Estado estaba muy mal administrado, y esto era demasiado grave dado el enorme tamaño del Imperio, que alcanzaba desde Serbia hasta Armenia y desde La Meca hasta Argelia (Marruecos siempre se le escapó). Se iniciaba su larga decadencia.

China, por su parte, estaba bien administrada por parte de sus mandatarios, pero se mantenía cerrada (excepto el preciso comercio de la ruta de la seda). En aquella época vivió el último ciclo —continuamente reiniciado durante miles de años— de su conquista por parte de los nómadas de las estepas y de la rápida adaptación a su cultura por parte de los conquistadores. Por lo demás, persistía dentro de su majestuosa inmovilidad. En 1644, los nómadas manchúes se instalaron en Pekín. Se hicieron chinos y la dinastía Manchú durará hasta 1911.

Japón se había centrado en la persecución de sus cristianos.

En la India, un emperador mongol, además de musulmán, Akbar el Grande (1542-

1605), intentó fundar una nueva religión, *Din i ihali*, en sincretismo con el islam, el cristianismo y el hinduismo (las tres religiones del subcontinente). Pero fracasó, y su hijo Selim se sublevó. Por culpa de este fracaso, Aurangzeb, el último gran soberano mongol (1658-1707), fue un fanático musulmán que mandó destruir multitud de templos de Siva y persiguió a los hinduistas: el 90% de la población del subcontinente le era hostil, lo que favorecerá enormemente las ulteriores empresas europeas.

Sin embargo, en Persia, en esta época, con la dinastía Safevida, se asiste a un renacimiento de la antigua cultura iraní tradicional. Si bien es verdad que los Safevidas oficialmente seguían siendo musulmanes, en la práctica lo eran muy poco. Abas el Grande (1571-1629) modernizó su ejército con ayuda de consejeros ingleses y consiguió que su país evolucionara siguiendo los pasos de Europa. Estableció la capital en Ispahan, ciudad del estilo de las romanas, con un *cardo* y un *decumanus*, grandes avenidas, magníficas plazas, mezquitas, pero principalmente, con palacios. Potenció la pintura (algo herético para el islam) y los partidos de polo. Todavía se pueden admirar los frescos en Shehel Sotun: unas jóvenes y bellas mujeres sirven vino a los jóvenes príncipes. También se pueden admirar bonitas esculturas. Gran tolerante, Abas instaló en la capital a numerosos cristianos armenios, de los que admiraba su ciencia y su artesanía. «Ispahan, es la mitad del mundo», se decía. Se esforzó por enviar suntuosas embajadas a los soberanos de Europa, proponiendo una alianza de espaldas a los turcos, a los que detestaba. Todos los *shas* de la dinastía le imitaron (también Napoleón recibirá una embajada persa en Polonia durante el invierno de 1807).

En París, mientras tanto, el apuesto Luis XIV reunía a su Consejo por primera vez desde la muerte de su Padrino. Dijo a los ministros:

Señores, hasta ahora he tenido a bien dejar la tarea de gobernar mis Estados en combate al cardenal Mazarino. A partir de ahora, esto ya no será así, no designaré primer ministro y seré yo mismo quien gobierne. Solicitaré vuestros consejos cuando así lo necesite. Podéis estar preparados.

Al mismo tiempo, ordenaba a sus mosqueteros detener al poderoso superintendente de finanzas Nicolas Fouquet, quien le hacía sombra. Una detención injusta, cierto, pero dictada por la «razón de Estado» tan querida por Maquiavelo. El fastuoso superintendente, constructor del castillo de Vaux, murió ignorado en la ciudadela real de Pignerol.

Este auténtico golpe de efecto revelaba una energía que su padrino Mazarino había sabido discernir. El rey había sucedido a su padre en 1643 («¡El rey ha muerto, viva el rey!»), pero este año de 1661 inició un reinado personal que durará cincuenta y cuatro años, y que será grande.

Sólo Holanda consiguió detener realmente a Luis XIV. Holanda, aquella porción

de los Países Bajos, había encontrado en el protestantismo, en la circunstancia calvinista, un pretexto para liberarse del pesado dominio español. En 1609, España había reconocido la independencia del norte de los Países Bajos, guardándose para sí el sur. Éste es el motivo por el que los flamencos, que hablan holandés, son católicos. A partir de 1648, Ámsterdam arrebató a Venecia la supremacía marítima.

Los holandeses enviaron muchos colonos al sur de África, a Ciudad del Cabo (allí siguen todavía, y los *afrikaners* aún hablan neerlandés). Conquistaron el gran archipiélago de Indonesia, que les pertenecerá hasta 1945. Fundaron en América, en la desembocadura del Hudson, la «Nueva Ámsterdam», que, cuando los ingleses sucedan en el mar a Holanda, se convertirá en Nueva York.

Siempre se ha subestimado el papel de los holandeses.

Desde el punto de vista cultural, su actuación fue fundamental. Ámsterdam había dado cobijo a Erasmo, y allí vivió Descartes. Spinoza (1632-1677) fue en aquel país una figura dominante. Al ser excomulgado por la Sinagoga, debido a su racionalismo, fue a vivir a La Haya, donde escribió la *Ética*, al tiempo que imponía el uso de las lentes. De igual modo que había una pintura flamenca, hubo una pintura holandesa.

La guerra franco-holandesa (1672-1678) se saldó como un partido nulo. Los republicanos batavios habían confiado su defensa a un príncipe alemán, que también era señor de la ciudad francesa de Orange (por eso llevaba el título de Guillermo de Orange), quien galvanizó su resistencia y salvó a los holandeses abriendo los diques (una parte del país se encuentra por debajo del nivel del mar). Tras la paz de Nimega (1678), Guillermo fue llamado a Inglaterra, en donde se convirtió en rey (ésta es la razón por la que los protestantes monárquicos del norte de Irlanda, en el Ulster, en la actualidad se llaman «orangistas»). El naranja sigue siendo el color holandés.

En todos los demás frentes, Luis XIV salió victorioso. Había formado, junto con su ministro de la Guerra, Louvois, el mejor ejército de Europa, y el más numeroso (cuatrocientos mil hombres más de los que tuvo el Imperio romano). En ocasiones, las guerras fueron cruentas. La llamada de «sucesión de España» estuvo a punto de terminar mal, y Luis XIV se vio obligado a apelar a la buena voluntad de las personas por medio de una carta que se leyó en todas las parroquias de Francia. Este episodio es significativo. Demuestra que, a pesar de las apariencias, el Rey Sol seguía siendo fiel a la tradición de los Capetos y se apoyaba en el pueblo. Francia logró la victoria en Denain (1712) y Luis consiguió asentar a uno de sus nietos en el trono de España, poniendo así fin a una rivalidad secular. En la actualidad, la Corona de España está en manos de los Borbones: Juan Carlos es descendiente de Luis XIV.

A pesar del coste financiero y humano, aquellas guerras, llevadas a cabo por un ejército profesional en la periferia del reino, fueron más bien acciones de propietarios deseosos de redondear sus campos que aventuras de conquista. A Luis XIV no se le habría ocurrido la peregrina idea de ocupar Berlín. De hecho, fue él quien

prácticamente acabó de dibujar el actual hexágono francés al anexionar al reino Artois, Flandes (Lille), Alsacia, el Franco-Condado y el Rosellón.

En política interna, su único error fue abolir en 1685 el edicto de Nantes. Entonces, muchos franceses protestantes emigraron a Prusia o a Sudáfrica, en manos holandesas. Aquello supuso una gran pérdida para el país, mal compensada con la llegada de católicos irlandeses.

Por lo demás, su política fue eficaz (el edicto de Nantes, sin embargo, fue puesto de nuevo en vigor por su sucesor). Luis XIV conservaba desde su infancia, bajo la Fronda, una profunda desconfianza hacia la nobleza. Hay que entender que la construcción de Versalles fue un acto de alta política. Versalles, inaugurado en 1682, no fue sólo el palacio más bello del mundo imitado en toda Europa; era una máquina para domesticar a los «grandes»; todos los «importantes» estaban prácticamente obligados a vivir en la nueva ciudad para formar la corte del rey. Hay que imaginar a todos los nobles reunidos en la galería de los espejos y a un guardia gritando: «Señores, el Rey». Todos se inclinaban...

Aquel palacio de espejos, sublime y frágil, también nos demuestra hasta qué punto reinaba el orden en el interior del país: el castillo era indefendible en caso de revuelta, como demostrará la Revolución. El orden tras las fronteras queda patente por el hecho de que el París de Luis XIV (seguía siendo la capital) no tenía murallas. «La muralla que amuralla París crea un murmurante París», no era más que una muralla de fielato adornada con unas bonitas puertas: Saint-Denis, Saint-Martin. La paz francesa hacía inconcebible un ataque enemigo. Hasta el siglo siguiente no aparecerán fortificaciones en París.

A un buen dirigente se le reconoce por las personas que le rodean: los jefecillos no soportan el talento de los demás y eligen a incapaces; los grandes jefes saben que la gloria de sus consejeros no les hace sombra, sino que recae sobre ellos.

Desde este punto de vista, a Luis XIV bien se le podría considerar Luis el Grande: «*Nec pluribus impar*» —«No hay otro igual»— era su lema. Hoy, éste es el lema oficial de Estados Unidos (y la consideración oficiosa de Francia respecto a sí misma).

Entre los que rodeaban al Rey Sol, se podía ver al arquitecto Mansart, al músico Lully, al paisajista Le Notre, y a una pléyade de hombres de letras: Corneille, Racine, La Fontaine, Moliere, Boileau, La Bruyère.

Hay que detenerse en Moliere. Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673) había renunciado al banquillo de los abogados por las tablas del teatro. Luis XIV le nombró «actor oficial del Rey», con una pensión y la creación de la Comédie-Française. Lo más importante es que le dejó escribir e interpretar piezas sediciosas que todavía hoy serían escandalosas —pensemos en *Tartufo*, una despiadada crítica de los talibanes de todos los tiempos—. Al final de la representación, los

bienpensantes, ofendidos, guardan un gélido silencio, el rey aplaude muy fuerte, desencadenando los aplausos de los cortesanos. Ante Luis XIII o Luis XIV se permitía que un personaje del *Cid* dijera: «Por muy grandes que sean los reyes, son como nosotros. Pueden equivocarse como el resto de los humanos», y que los reyes aplaudieran.

Hay que subrayar el genio de Racine y de Corneille, que, con unos miles de palabras» ateniéndose a unas reglas extremadamente estrictas, dicen de todo sobre todo, exploran con una increíble precisión el alma humana, la desmenuzan como nunca antes se había hecho, con escalpelo, y condensan en algunos actos las pasiones del hombre (el amor, el odio, la ambición, la gloria, la avaricia, la hipocresía, el miedo). Se acercan al genio de los antiguos griegos: Racine es Sófocles; Moliere, Aristófanes.

La sencillez «clásica» expresa la complejidad de las cosas. La sobriedad sugiere brillantez, la ligereza revela profundidad. Boileau, un genio clásico, lo resume: «Lo que bien se concibe, bien se enuncia». Es el genio propio de Francia, su capacidad de acceder a la grandeza dentro de la medida. Todo el estilo Luis XIV está ahí. «Pues bien, conozco Fedro y toda su exaltación. Me gusta», escribía Racine con sobriedad.

Si se habla del Gobierno, Francia ha conocido pocos más brillantes. Hemos citado a Louvois en el departamento de Guerra. Pero evidentemente hay que pensar en Colbert como ministro de Finanzas, de Interior y de Economía. El rey mandó edificar famosas fábricas manufactureras, como la de los Gobelins, a partir de las cuales nacieron grandes empresas capitalistas, como la de Saint-Gobain. El «Estado colbertista» existió realmente. Todavía marca el estilo de gobierno francés, una armoniosa mezcla, como quien dice, de iniciativa privada y de intervención pública.

Vauban fue el más característico de aquellos grandes administradores franceses. Vauban mandó construir en Francia innumerables fortalezas de nueva concepción, capaces de resistir los cañonazos. Se recuerda: menos que fue un gran fiscalista. En cierto modo, se le podría atribuir la creación del INSEE, porque estaba obsesionado con los censos.

Cada gran nación europea marcó un siglo: el siglo XV fue Italiano; el XVI español. Los siglos XVII y XVIII fueron franceses. La lengua francesa era universal: en Austerlitz, todos los soberanos, enemigos de Francia, hablaban francés entre ellos. En el siglo XIX y en el XX se impondrá el inglés; en primer lugar debido a Inglaterra, luego debido a América.

El rey «muy cristiano» era un vividor. Tuvo multitud de amantes, tres de ellas marcaron las etapas de su reinado. La señorita de La Vallière fue la mujer de los inicios triunfantes; la señora de Montespan, la de la gloriosa madurez, y la señora de Maintenon, la mujer del ocaso. Esta última fundó la casa de educación para señoritas de Saint-Cyr. Pero estas amantes no tuvieron ninguna capacidad de decisión en

asunto públicos. Luis XIV montaba a caballo y cazaba lobos y ciervos durante dos horas seguidas; por la noche, presidía las cenas rodeado de mujeres bonitas, pero, antes que nada, era un trabajador consagrado a desarrollar su «oficio de rey» (como él decía), estudiando los informes en su oficina durante diez horas al día.

Además de Versalles, nos dejó magníficos monumentos. Todas las ciudades de Francia le deben edificios públicos de magnífica imagen. París, que podría pensarse abandonado porque la corte estaba en Versalles, debe a Luis XIV tres grandes hospitales situados en la línea del bulevar sur: los Inválidos (para los viejos soldados heridos), el Val-de-Grâce y la Salpêtrière, con sus cúpulas y capillas.

Los Inválidos, quizá el monumento más bonito de París, sólo era un hospital. Pero estos edificios dicen más en favor de Luis XIV de lo que pueda decir Versalles. Cuando se quiere juzgar la grandeza de una civilización, no hay que mirar las moradas de los ricos, sino los hospicios destinados a los pobres.

Todos los soberanos europeos, adversarios o aliados, querían imitar al rey de Francia.

Cerca de Viena, el emperador de los Habsburgo mandaba construir su propio Versalles en Schönbrunn.

En Rusia, al otro extremo de Europa, el zar Pedro el Grande abandonaba el Moscú ortodoxo para construir, mirando hacia Occidente, una nueva capital de estilo clásico, San Petesburgo, un sueño europeo en el extremo del Báltico. Modernizó su país con violencia (comparado con el zar, Luis XIV fue blando). Bajo el reinado de Pedro el Grande (1672-1725), Rusia se convirtió en una potencia del concierto europeo.

Cuando Luis XIV murió «viejo y harto de días», el antiguo elector de Brandeburgo, convertido en rey de Prusia en 1701, inauguró en Berlín su Consejo de Ministros diciendo sólo en francés: «El rey ha muerto». No tuvo necesidad de precisar de qué rey se trataba.

¿Y el pueblo francés? Ya hemos indicado que Luis XIV, durante la guerra de sucesión española, se había vuelto hacia el pueblo y que el pueblo le había respondido como él esperaba (contribuciones, voluntarios, vajillas, etcétera).

Los protestantes (que volverán a ser numerosos en el reino cuando la monarquía hubo restablecido el edicto de Nantes) le detestaron, y muchos nobles también (como el duque de Saint-Simon). Pero la burguesía le amaba. En lo que a los veinte millones de campesinos se refiere, no fueron tan desgraciados durante el mandato del Rey Sol como afirma una determinada escuela histórica contemporánea. Se beneficiaron de la paz (excepto en las regiones del noreste y del este) y de una buena administración. En los últimos tiempos, el fisco —que de manera injusta recaía esencialmente sobre ellos— se volvió aplastante. Guerras, edificios, diplomacia: todo aquello costaba muy caro. Al final de aquel largo —demasiado largo— reinado, los campesinos no podían

más. La muerte del rey fue para ellos una liberación, igual que para los «importantes» a los que mantuvo durante medio siglo bajo su puño de hierro.

El Siglo de las Luces

UNA SERIE de trágicas muertes habían trastocado el orden de sucesión al trono (y oscurecido los últimos años de Luis XIV), de modo que la Corona recayó, en 1715, en un sobrino nieto —todavía niño— del difunto rey, y la Regencia en su sobrino Felipe de Orleans (de 1715 a 1723).

Aquello fue como la descompresión de una máquina de vapor. Los nobles estallaban de alegría. La Regencia fue una fiesta muy bien ilustrada en la película de Bertrand Tavernier *Que empiece la fiesta*.

Felipe de Orleans habría podido limitarse a permitir que escapara el vapor. Pero cometió un grave error: rompió la secular alianza entre los Capetos y el pueblo.

Luis XIV, su tío, se había cuidado mucho de gobernar con los nobles, limitándoles a una función militar. Pues ahora, Felipe les dio el poder del que el Rey Sol les había alejado. Nombró a nobles dentro de las comisiones cuyas opiniones eran necesarias para todo: la «polisinodía».

Los burgueses (clase media), en quienes confiaban los reyes Capetos, quedaron descontentos (ésta es una de las lejanas causas de la Revolución) y el gobierno se volvió bastante ineficaz.

De hecho, el siglo XVIII empezó en 1715, con la muerte de Luis XIV. La duración secular se adapta a la psicología, a la duración de la vida humana. Un siglo son cuatro generaciones. Un hombre mayor puede tener todavía padre y también nietos. Pero el principio y el final convencionales de los siglos no se corresponden con los hechos históricos.

El siglo XVII había empezado en 1610, con el asesinato de Enrique IV, y duró hasta 1715. El siglo XVIII empezó en 1715 y terminará cien años más tarde, en 1815, en el campo de batalla de Waterloo.

En Europa central y oriental, los soberanos continuaron practicando la monarquía absoluta de Luis XIV (aunque en todos los casos, su poder quedaba limitado por las exenciones municipales, los privilegios de los nobles y del clero).

En Prusia reinaba el gran Federico II (1712-1786). A la cabeza de un ejército eficaz y agresivo, el rey estratega amplió Prusia, que se convirtió en una potencia militar en detrimento de sus vecinos. En el Imperio —ampliado hacia el este de Hungría, tras las victorias sobre los turcos—, María Teresa (1740-1780), quien compartirá el poder desde 1765 con su hijo José II, construyó el Imperio de los Habsburgo, que durará hasta 1918.

En Rusia, Catalina II (1762-1796) consiguió, a pesar de ser mujer, mantener el mismo puño de hierro que Pedro el Grande.

Prusia, Rusia y Austria se las arreglaron para repartirse el aciago reino de Polonia, que en 1772 desapareció de entre los Estados independientes (y no resurgirá hasta 1918).

Pero, en el Reino Unido, la monarquía se había vuelto «constitucional». Tras Walpole (1721-1742), los Pitt serán los primeros ministros (el primero de 1757 a 1760, y el segundo de 1783 a 1789) bajo una dinastía descendiente de los Hanover.

En Francia, Luis XV, ya mayor de edad, realmente no gobernó, acaparado como estaba por los placeres y sus amantes (la Pompadour y la Du Barry). Todos sus primeros ministros fueron mediocres, excepto el cardenal Fleury (1726-1743). Luis XVI, coronado rey a la muerte de Luis X en 1774, no tendrá amantes y será de costumbres austeras; sin embargo, se mostrará tan indeciso como su predecesor.

El siglo XVIII estuvo marcado por la rivalidad naval anglo-francesa.

En efecto, aunque Inglaterra había reemplazado con rapidez a Holanda en los océanos, Francia también disponía de una buena marina. Los robles que Colbert había plantado en los bosques comunales, al siglo siguiente se convirtieron en poderosos navíos de guerra.

Aquella época vivió el apogeo de la navegación a vela. Tres magníficos mástiles, armados con decenas de cañones en cada flanco, y manejados por centenares de marineros (de Cornualles o del Támesis, de Bretaña o de Provenza) podían dar fácilmente la vuelta al mundo transportando pesadas cargas (aquellos distaba mucho de las carabelas de Cristóbal Colón). Eran los tiempos de la exploración de los mares del Sur, guiados por el inglés James Cook y el francés La Perouse, quienes descubrieron Australia y Oceanía.

En América, los franceses, instalados en San Lorenzo desde 1607 (fecha en la que Champlain fundó Quebec), se habían extendido por el continente. En el siglo XVIII, los franceses eran los dueños de casi toda América del Norte, cuya toponimia da muestras de su presencia: Montreal, Detroit, San Luis, Nueva Orleans. Éstos poseían los dos grandes ríos: el San Lorenzo al norte y el sistema del Misisipí hacia el sur, recorridos por intrépidos barqueros (Cavelier de La Salle). Nueva Orleans, capital de Luisiana, estaba fundada. Sin embargo, aquella inmensa América francesa tenía una debilidad: la falta de hombres.

Los franceses siempre se han negado a expatriarse. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿No hay un refrán alemán que dice «felices como Dios en Francia»? Aventuras científicas o militares, sí. Emigración, no.

Resultado: la parte francesa de América estaba ocupada por menos de cien mil colonos, obligados a mantener excelentes relaciones con las tribus indias nómadas (los hurones). Por su parte, el Reino Unido sólo poseía en América una estrecha franja costera (las trece; colonias), que se alargaba desde Maine hasta Carolina; pero aquel territorio atlántico lo poblaban cerca de un millón de colonos británicos, muy a

menudo puritanos enfrentados con la iglesia anglicana (los peregrinos del *Mayflower* habían fundado Plymouth en 1620).

En la India, con Dupleix, los franceses lograron, de acuerdo con los soberanos mongoles en plena decadencia, imponer su protectorado desde Pondichéry hasta los rajás o príncipes de seis provincias de la península del Dekkán.

En 1750, los franceses dominaban América del norte y el subcontinente indio. Los ingleses no podían aceptar aquello. Para Inglaterra, que no se abastecía a sí misma, el dominio de los océanos era una apuesta vital. De 1756 a 1763, la guerra de los Siete Años enfrentó en ultramar a ingleses contra franceses. La desproporción de las fuerzas y de la población era grande; la diferencia de motivación de los gobiernos y de los pueblos también. A Francia, muy rica, profundamente integrada en el continente europeo, con un rey inconstante, Luis XV, le preocupaba mucho menos ultramar que al Reino Unido. Recordemos las despectivas palabras de Voltaire sobre los «arpendes^[11] nevados» americanos.

El marqués de Montcalm (quien cosechó varias victorias sobre los ingleses), a pesar de su valentía y talento, no pudo impedir la pérdida de Québec (1759), ciudad ante la cual cayó gravemente herido. Aun así, de allí fue a la India. El subcontinente pasó a estar bajo un dominio británico que durará hasta 1947. (La última resistencia india, la de la confederación de los Maratás, se romperá en 1618) En 1784 se promulgó el *Acta de la India*, por la que la India pasó a ser el *Raji* británico. En 1763, el tratado de París decretó la muerte del primer Imperio francés de ultramar (excepto las Antillas) y el triunfo de Inglaterra sobre los océanos: *Rule Britannia*. Si Luis XV hubiera sido más combativo, el mundo hoy sería francófono.

Aunque los franceses aceptaron bastante bien la pérdida de sus colonias, conservaron una cierta inquina contra los ingleses. Cuando los colonos ingleses de América se levantaron contra su metrópoli, los franceses salieron volando en ayuda de los «insurgentes».

Así, en 1776, los colonos ingleses de Boston y de Nueva Inglaterra se sublevaron contra Inglaterra, desde donde se les imponía pesados impuestos sobre la exportación y la importación. Como quien no quiere la cosa, la insurrección ganó en las trece colonias y George Washington, un rico terrateniente de Virginia, fue nombrado general.

La opinión pública francesa apoyó a los sediciosos con más ímpetu aún porque éstos —al menos sus jefes— se guiaban por las ideas de los filósofos franceses. En 1778, Benjamin Franklin fue enviado a París. Muchos jóvenes aristócratas cruzaron el Atlántico para pelear al lado de los insurgentes, el más conocido de ellos fue La Fayette (1757-1834). En aquel momento (igual que en la «guerra civil española» del siglo XX), los intelectuales franceses, cuando apoyaban una causa no se limitaban a dar su opinión en televisión: acudían al frente.

En cualquier caso, los rebeldes solos no habrían podido expulsar al ejército inglés. Es una constante: si es cierto que la pura fuerza no basta para establecer un dominio permanente, una guerrilla siempre se muestra impotente para vencer a un ejército regular.

Fue necesario que el gobierno de Luis XVI, a modo de revancha contra Inglaterra, declarara la guerra en 1778 a la Corona británica, que la marina francesa de De Grasse impusiera su ley sobre la marina inglesa (aquella fue la única vez: los ingleses aprendieron la lección) y se revelara capaz de transportar a América un cuerpo expedicionario de treinta mil hombres comandados por el general Rochambeau, para que el ejército inglés capitulase, la derrota de Yorktown en 1781. Sin el poder militar y naval francés, Washington y sus insurgentes nunca hubieran podido vencer a las tropas del rey de Inglaterra.

En 1783, el tratado de Versalles decretó la independencia de las colonias sublevadas, que adoptaron el nombre de Estados Unidos de América.

Veinte años después del tratado de París, el tratado de Versalles (1783) era una extraordinaria venganza para los franceses. No obstante, no sacaron ninguna ventaja de aquello, mientras que el Reino Unido se consolaba de la pérdida de América (conservaban Canadá, el reino francés no aprovechó la ocasión para liberar a la población de Quebec, sometida desde 1763 al dominio inglés) consolidando su poder en el subcontinente indio: el Acta de la India data precisamente de 1784.

Pero un nuevo actor entraba en escena: Estados Unidos.

La Constitución americana, adoptada el 17 de septiembre de 1787, creaba una República federal de la que George Washington fue el primer presidente. En realidad, creaba una nación: *We the People*, «Nosotros, el Pueblo», son las primeras palabras de la Constitución federal. Por primera vez veía la luz una República según los deseos de los intelectuales franceses. Pues Francia, en el siglo XVIII, fue más grande por sus letras que por sus armas.

Todo el mundo conoce a Voltaire (1694-1778) y sus cuentos, a Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y su famoso *Contrato social* (1762). Las ideas de Rousseau, más que las de Voltaire, están de moda actualmente. Él es el inventor del «niño rey»: *Emilio* fue publicado el mismo año que el *Contrato*. Los principios constitucionales de Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1750) —la separación de poderes— inspiraron ampliamente la Constitución americana.

Publicados entre 1791 y 1792, los diecisiete volúmenes de la *Enciclopedia*, de la que Diderot y D'Alembert fueron los principales redactores, presentan una síntesis general del saber humano y hacen del francés la lengua universal, afirmando en todas partes la preeminencia de la razón sobre los dogmas.

Racionalistas y humanistas, los filósofos de la Ilustración no eran demócratas; se enorgullecían del «despotismo ilustrado». Es cierto que Rousseau concebía la idea de

una democracia, pero en ese punto estaba solo.

Como a Voltaire y a Diderot los recibían los reyes extranjeros, se especializaron en proporcionar consejo a los soberanos. Hoy se considerarían *coaching* —término adoptado de los americanos y que procede del francés *cocher* «dirigir» (*le cocher d'un fiacre* [el cochero de una calesa])—. Escribían a Catalina de Rusia y a Federico de Prusia, y recibían de ellos decenas de cartas. Pero Catalina II y el gran Federico no eran precisamente demócratas...

Se puede establecer una filiación entre el despotismo ilustrado de los filósofos y los bienpensantes contemporáneos (de calidad literaria muy inferior, es verdad, a los del siglo XVIII). Las semejanzas son asombrosas: el cosmopolitismo; la idea de que el pueblo es demasiado ignorante como para ser libre; el libertinaje; la buena conciencia y la predilección por las causas humanitarias pero, a poder ser, lejanas (el terremoto de Lisboa); una disposición excepcional a la incoherencia ideológica (ideología humanista, pero con barcos de negreros en propiedad); y para terminar, una sorprendente facultad para precipitar la catástrofe debido a su comportamiento.

Cuando las duquesas encontraban a Rousseau «tan espiritual» y le reían sus ocurrencias a mandíbula batiente, no imaginaban que ellas mismas, un día, iban a perder sus bonitas cabezas. Es interesante comprobar cómo se pueden superar las ideas con su puesta en práctica. ¿Podía Rousseau imaginar a Robespierre?

La Ilustración (*Aufklärung* [Luces] en alemán) fue, sin embargo, un formidable movimiento de libertad y de emancipación. La idea de la igualdad entre los hombres sobrevive a cualquier moda. Ya conocemos las palabras de uno de los personajes de *Las bodas de Fígaro* de Beaumarchais, un hombre del pueblo respondía a un noble que hacía ostentación de su arrogancia: «¡Usted sólo se ha preocupado de nacer!».

Aquellas ideas subversivas encontraron un hueco en la francmasonería. Las corporaciones obreras de la Edad Media, en particular la de los albañiles (*francs* quiere decir libres y *maçon* albañil), disfrutaban de libertades corporativas. Unos intelectuales pensaron refugiarse en ellas y fueron muy bien recibidos por los albañiles (por eso el mandil y la trulla). Progresivamente, las «logias» se convirtieron en sociedades de libre pensamiento y perdieron su carácter profesional. La Gran Logia de Londres, llamada especulativa (y ya no obrera), fue fundada en 1717. En Francia, la francmasonería se desarrolló a través de los exiliados ingleses, a partir de 1725, y conoció una rápida expansión bajo el impulso del Duque de Orleans, que fue el primer Gran Maestre de la Gran Logia de Francia en 1773.

El Siglo de las Luces tiene su lado oscuro. Fue la gran época de la trata de negros, en virtud del progreso de la navegación.

África (exceptuando el Magreb, Egipto y Etiopía) permanecía en la prehistoria; era un continente de tribus nómadas, muy a menudo de pastoreo o agrícolas, pero sin nada semejante a los Imperios azteca o inca. Ya hemos señalado que «prehistórico»

no tiene ningún significado moral. Las civilizaciones africanas producían arte, religión y belleza, pero no estados en el sentido histórico de la palabra. Estaban indefensas frente a la gente que llegaba del extranjero, de la que sólo les protegía la inmensidad del continente, impenetrable: el Sahara, al norte, y la gran selva ecuatorial, hostil al ser humano, en el centro.

Los fenicios y los portugueses la habían bordeado, en sentido inverso unos de otros, pero sin penetrar en su interior. Allí sólo fundaron enclaves comerciales. En lo que se refiere a los jinetes de Alá, los había detenido la selva.

No obstante, prosperaba el tráfico de esclavos, las tribus africanas eran incapaces de resistir frente a los comandos bien organizados y armados. También hay que tener el valor de reconocer que muchos de los jefes africanos hacían su negocio con aquello y se llevaban su porcentaje.

En un principio, la trata fue por parte de musulmanes y árabes, a través del desierto y con las caravanas, o por mar desde Zanzíbar hasta el golfo Pérsico.

Con los grandes descubrimientos, los europeos se incorporaron a la trata, la cual tuvo su punto álgido en el siglo XVIII. Las plantaciones de Las Antillas y Virginia no podían mantenerse sin abundante mano de obra. Los indios de América latina, personas habituadas a la altitud (la cordillera de los Andes, el altiplano mexicano), no soportaban el calor. Por lo tanto, se importaron negros.

La navegación triangular producía grandes beneficios. El barco negrero salía de Londres o de Nantes repleto de abalorios, llegaba al golfo de Guinea e intercambiaba los abalorios por los esclavos. Luego vendía a los esclavos en Las Antillas o en Virginia y cargaba azúcar o algodón y volvía a Londres o a Nantes. Cada barco negrero transportaba centenares de esclavos, muchos de los cuales morían en el camino.

Podría decirse que la esclavitud es el pecado original de Norteamérica, el fuerte racismo de los puritanos la permitía. El desprecio hacia los negros se mantendrá vivo mucho tiempo en Estado Unidos, hasta la llegada del movimiento de los derechos cívicos y Martin Luther King. En las tropas que desembarcaron en Normandía, en junio de 1944, sólo había blancos, excepto los conductores y el personal de servicio. En efecto, no se consideraba a los negros dignos de entrar en combate (cuando la segunda división blindada del general Leclerc fue transportada de Marruecos a Inglaterra con vistas al desembarco, se le pidió que «blanquease» sus filas, y Leclerc se vio obligado a deshacerse de excelentes tiradores africanos que le seguían desde El Chad).

El tráfico de negros devastó el África negra. Directa o indirectamente, causó decenas de millones de muertos, un auténtico genocidio durante siglos. La trata por parte de los árabes (a menudo silenciada por los bienpensantes) y la trata del siglo XVIII fueron igualmente destructoras para el continente africano. Sin embargo, es la

causa de la fuerte comunidad negra de Estados Unidos (o de Brasil), del gospel y del jazz.

Al margen de la devastación de la trata, el siglo XVIII fue una época de paz para los pueblos; sin interés en las guerras marítimas. (Excepto el injusto reparto de Polonia entre Rusia, Austria y Prusia.) La agricultura hizo grandes progresos, los sabios se interesaron en ella (los fisiócratas). Se elevó el nivel de vida, cedió el bandolerismo. Por fin se respetaron las libertades (salvo las de los negros). Incluso se humanizó la guerra, plegándose a los derechos de las personas: los estatutos de los prisioneros, de los no combatientes, etcétera.

Nunca el pensamiento, a pesar de las hipocresías señaladas anteriormente, fue tan libre y tan alegre. «Quien no haya conocido esta época —dirá Talleyrand— ignora lo que puede ser la alegría de vivir.»

El Siglo de las Luces también fue el siglo de la música sinfónica.

Las músicas tradicionales de todos los países se parecían, eran algo monótonas. Desde la Edad Media, la música polifónica, el canto gregoriano y el canto ortodoxo, había florecido en los monasterios tanto de Occidente como de Oriente.

La revolución técnica del Renacimiento permitió la puesta a punto de nuevos instrumentos (el clavicordio, el piano) y el perfeccionamiento de las claves de lectura (el solfeo).

A la Contrarreforma la acompañó la creación de una fabulosa música barroca. En el Siglo de las Luces trabajaron y vieron extraordinarios compositores: en Viena, Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) y en la corte del Elector de Colonia, Ludwig van Beethoven (1770-1827), por citar sólo a los más geniales.

Francia fue la patria de las nuevas ideas; Alemania y Austria las de la música sinfónica; Italia siguió siendo la de la ópera, desde que Monteverdi (1567-1643) estableció el modelo del género. De aquella época data La Scala de Milán, construido por orden de María Teresa de Austria.

La Gran Revolución

LENIN LLAMABA a la Revolución francesa de 1789, la «Gran Revolución». Tenía razón. Para los historiadores, la Revolución de 1789 fue un acontecimiento mayor, la revolución por excelencia.

Fue un acontecimiento tan imprevisible que, al principio, nadie lo entendió. Chateaubriand lo señaló:

Cuando estalló la Revolución, los reyes no la entendieron: la vieron como una revuelta cuando deberían haberla visto como el cambio de las naciones. Pensaron que sólo se trataba de ampliar sus estados con algunas provincias arrancadas a Francia. Creían en la antigua táctica militar, en los antiguos tratados diplomáticos, en las negociaciones de despachos...

Y los adscritos a la Revolución iban a expulsar a los soldados del rey de Prusia; y los reyes iban a acudir a solicitar la paz a las antecámaras de algunos oscuros abogados. Y la terrible convicción revolucionaria iba a deshacerse sobre los cadalsos de las intrigas de la vieja Europa. ¡Aquella vieja Europa que creía combatir sólo contra Francia, no se daba cuenta de que un nuevo siglo caminaba sobre ella!

Donde mejor se ve esta incompreensión, acompañada de una descripción muy precisa de los hechos día a día (los autores no conocían la continuación, al contrario que nosotros), es en los despachos diplomáticos que los dos sucesivos embajadores de Venecia en París enviaron a su Gobierno. (Aquellos «telegramas diplomáticos» han sido reunidos en un volumen y publicados, en 1997, por la editorial Robert Laffont.)

Sin embargo, aquel incomprensible acontecimiento tiene causas considerables.

En primer lugar, la bancarrota. La guerra de América había costado una enorme cantidad de dinero a la monarquía francesa. Al contrario de lo que la expresión «monarquía absoluta» permite creer, los reyes de Francia no podían crear nuevos impuestos sin el consentimiento de los representantes del pueblo: los Estados Generales, compuestos por tres estamentos separados, la nobleza, el clero y el pueblo (llamado el tercer estado).

En Inglaterra sólo hay dos asambleas: la Cámara de los lores, que reúne a la nobleza y al clero, y la Cámara de los comunes, que agrupa a los elegidos por el pueblo. Desde la restauración de la monarquía tras Cromwell, estas dos asambleas ocupan sus escaños permanentemente.

En Francia no se habían convocado los Estados desde 1614, porque Luis XIV prefería la escasez de dinero a tener que rendir cuentas a los notables. En efecto,

incluso los miembros del tercer estado eran notables, burgueses, ricos granjeros, abogados, notarios —personas que habían estudiado—. Todos estaban imbuidos de las nuevas ideas de los filósofos. Ya lo hemos señalado: las ideas mueven el mundo. Victor Hugo entendió bien que los auténticos responsables de la Revolución fueron Voltaire y Rousseau, ambos muertos en el momento de los hechos. Puso en boca de Gavroche sus famosas palabras: “¡Me caí al suelo. / Es por culpa de Voltaire. / Di con las narices en el arroyo. / Es por culpa de Rousseau!”

La segunda causa de la Revolución fue, por lo tanto, ideológica: la aplicación imprevista de las tesis filosóficas de la Ilustración.

Luis XVI, acorralado por el peligro de la bancarrota, convocó a los Estados Generales.

Las elecciones tuvieron lugar, «por orden» (nobles, clérigos, pueblo) en todas las parroquias de Francia —que aprovecharon para enviar al rey, según procedimiento tradicional, «libros de reclamaciones». Preciosos documentos para conocer el estado de la opinión en 1789. Una opinión reformista, pero aún monárquica.

Los Estados Generales se reunieron el 17 de junio de 1789, en presencia del rey, quien pidió que sólo se votaran nuevos impuestos. Casi de inmediato, las cosas dieron un mal giro.

El 9 de julio, los tres estamentos decidieron formar exclusivamente uno: la «Asamblea constituyente». Luis XVI quiso despachar a los representantes, pero éstos no le obedecieron. Se conocen las palabras de Mirabeau: «Nosotros estamos aquí por voluntad del pueblo y no nos marcharemos más que por la fuerza de las bayonetas». El rey no se atrevió a usar la fuerza.

Luis XVI tenía dos opciones. La primera era la represión. La monarquía, reforzada con decenas de regimientos mercenarios (alemanes, suizos), estaba perfectamente capacitada. Un experto lo subrayó: «Si el rey se hubiera mostrado a caballo, la Revolución no habría tenido lugar», dijo Bonaparte.

La otra hubiera sido subirse al caballo de la Revolución y tomar las riendas para transformar la monarquía absoluta en monarquía constitucional —lo que habían hecho los soberanos ingleses—. Pero Luis XVI creía con demasiada firmeza en los principios del Antiguo Régimen como para adoptar aquel comportamiento.

Así que no supo elegir. Era un hombre superado por las circunstancias.

El 14 de julio, una insurrección popular parisiense tomó la fortaleza de la Bastilla, casi sin prisioneros y vigilada por suizos jubilados. Éste fue un acontecimiento militar insignificante, pero muy simbólico. Luis XVI, aquel día, escribirá en su diario personal: «Nada reseñable». Se refería a las piezas de caza que no había cobrado, puesto que estaba de caza mientras el tumulto gritaba en *el faubourg Saint-Antoine*.

Sin embargo, los diputados de la Constituyente sólo querían dos cosas: reformas razonables y el cambio, con el consentimiento del rey, de la monarquía absoluta en

monarquía constitucional, a imagen de la monarquía inglesa (antes de ser antiinglesa, la Revolución fue anglófoba).

La Asamblea Constituyente fue una gran asamblea que trabajó mucho. Estableció el sistema métrico (que acabó triunfando en todo el mundo, incluso en Inglaterra), descompuso las viejas provincias y dividió Francia en departamentos. Y, finalmente, el 16 de agosto de 1789 proclamó la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: “Los hombres nacen y permanecen libres e iguales ante la ley”

Chateaubriand nos dejó sesiones de la Constituyente; una descripción digna del mejor periodista:

Las sesiones de la Asamblea ofrecen un enorme interés. Había que levantarse temprano para encontrar sitio en las tribunas saturadas de gente. Los diputados llegaban comiendo. Charlando y gesticulando, se agrupaban en las distintas zonas de la sala según sus opiniones.

Pronto aquel estruendo quedaba ahogado por otro: los peticionarios, armados con picas, comparecían ante el tribunal: «El pueblo muere de hambre —decían—. Ya es tiempo de tomar medidas contra los aristócratas y ponerse a la altura de las circunstancias». El presidente aseguraba su respeto a aquellos ciudadanos. Las sesiones de la noche ganaban en escándalo a las de las mañanas: se habla mejor, con más audacia, a la luz de las arañas. La sala del Manège era entonces una auténtica sala de espectáculos, en donde se interpretaba uno de los mayores dramas del mundo.

Los principales personajes todavía pertenecían al antiguo orden de las cosas; sus terribles sustitutos, escondidos tras ellos, no hablaban poco. Al final de una discusión, vi subir a la tribuna a un diputado de aspecto común, con un rostro gris e inanimado, peinado con normalidad, limpiamente vestido como cualquier gerente de una buena firma o como un notario que cuida su persona. Presentó un informe largo y aburrido, nadie le escuchaba; yo pregunté su nombre: Robespierre.

Cuando las personas que calzaban zapatos estaban preparadas para salir del salón, los zuecos ya golpeaban la puerta.

El 14 de julio de 1790, los constituyentes organizaron una gran fiesta en París, en el Campo de Marte: la fiesta de la Federación. Talleyrand, entonces obispo, celebró la misa; el rey quiso prestar juramento a la Constitución, y las delegaciones de provincias juntas decidieron solemnemente constituir una nación «una e indivisible». A pesar de la lluvia, el entusiasmo era grande.

Todo hubiera podido transcurrir bien si no hubiera sido por las reticencias de Luis XVI, quien no aceptaba el nuevo orden. El 21 de junio de 1791, el rey, su mujer María Antonieta y sus hijos, subieron en plena noche a varias carrozas para ir a

Alemania y situarse bajo la protección de los ejércitos extranjeros. Aquella huida, pues es lo que era, también era una traición —a los juramentos y a la patria—, y estuvo a punto de salir bien. En aquella época, las carrozas marchaban rápidas, pero había que renovar a menudo los caballos en los albergues de posta. Gracias a las monedas que llevaban su efigie, el rostro de Luis XVI era muy conocido. En Varennes, a tan sólo treinta kilómetros de la frontera imperial, el dueño de un albergue reconoció al rey y pidió ayuda. Los constituyentes devolvieron a Luis XVI y su familia a París, y simulaban olvidar el incidente. Dijeron que se había querido secuestrar al rey.

Pero hay que dejar claro que la huida de Varennes acabó con la confianza que todavía existía entre la monarquía y el pueblo: cuando el rey fue conducido a París, allí fue recibido con un silencio glacial y no con los vítores habituales. La Asamblea Constituyente se disolvió y la sucedió la Asamblea Legislativa. La monarquía constitucional estaba instaurada. Sólo durará un año. La traición de Luis XVI había minado sus fundamentos.

El surgimiento en el centro de Europa (y no en la periferia, por ejemplo en Inglaterra), en la nación más poderosa del continente, de una monarquía constitucional con pretensiones universalistas resultaba insoportable para los reyes.

En el mismo seno de la Asamblea Legislativa, los partidarios de la guerra eran muchos. En su origen, todos aquellos hombres de 1789 eran pacíficos. Todos consideraban que la guerra era un modo superado de solucionar conflictos. Todos pensaban que nunca más habría una guerra. Resulta extraño ver a pacifistas convertirse en belicistas —algo frecuente en la Historia—. Así era hasta que, el 20 de abril de 1792, los diputados franceses y los reyes europeos se declararon alegremente la guerra, convencidos de que los ejércitos solucionarían todo —tanto sus conflictos internos como la oposición ideológica—. De hecho, los hombres de la Revolución soñaban con hacer felices a los demás pueblos y exportar los «inmortales principios de 1789».

La guerra, que nunca es propicia para la democracia, se llevó la monarquía constitucional francesa. El 10 de agosto de 1792, un tumulto popular invadió las Tullerías; el rey, que se había refugiado en el seno de la Asamblea, fue entregado y la familia real, encerrada en Temple. Tras la elección, con un sufragio ampliado, el 20 de septiembre, de la famosa Asamblea conocida como «Convención» (unas elecciones acompañadas de disturbios y de masacres), el 22 de septiembre de 1792 fue proclamada la República «una e indivisible».

Dos días antes, los franceses festejaban su victoria en Valmy; Bélgica y toda la orilla izquierda del Rin quedaban anexionadas a Francia, según la doctrina de las fronteras naturales. El 21 de enero de 1793, en señal de ruptura, el rey Luis XVI fue guillotinado en la plaza de la Concordia ante una gran muchedumbre.

Señalemos de paso que la invención del doctor Guillotin era considerada un progreso humanitario: las personas no sufrían bajo su filo. Era limpia y contundente, al contrario de las decapitaciones con hacha.

Luis XVI, rebautizado como el señor Capeto (el nombre de la dinastía a la que pertenecía), había sufrido un proceso parcial. Pero, innegablemente, era culpable de traición a la nación, Varennes lo había demostrado, aunque él considerase la Corona o la religión más importantes que la nación. Saint-Just lo subraya: «No se reina inocentemente».

El pueblo francés había matado al padre.

Los reyes reaccionaron mal ante esta inaudita provocación, y Francia fue invadida.

Entonces, la Convención mandó pegar en todos los lugares públicos el siguiente mensaje: «Desde este momento y hasta que hayamos expulsado a todos nuestros enemigos del territorio de la República, todos los franceses son requeridos de modo permanente para el servicio de los ejércitos. Los jóvenes entrarán en combate; los hombres casados forjarán las armas y transportarán el avituallamiento; las mujeres harán tiendas, ropa y servirán en los hospitales; los niños destruirán la ropa blanca para hacer vendas».

Y este final, que es tan grande como antiguo: «Los ancianos mandarán que les lleven a las plazas públicas para excitar el valor de los guerreros, y exhortar el odio hacia los reyes y la unidad de la República».

El mismo tono que aparece en el *Canto de guerra para el ejército del Rin*, compuesto por un oficial zapador, Rouget de Lisie, y popularizado los reclutas marseleses (de ahí su nombre, *La Marsellesa*, hoy himno nacional francés).

La Convención acababa de inventar su mejor arma: el reclutamiento.

En efecto, los reyes estaban convencidos de que sus excelentes ejércitos profesionales triunfarían con facilidad.

El ejército francés ya no existía. Desde antes de la fuga de Varennes, viendo lo que se les venía encima, o fieles a sus principios, muchos nobles habían abandonado Francia. Esta emigración privaba al ejército de sus cargos superiores, porque era necesario ser noble para ser oficial.

La República encontró la respuesta en la movilización general. Desde la Roma de las guerras Púnicas no se había conocido un ejército civil. En efecto, movilizar a los ciudadanos (algo sobre lo que Maquiavelo estaba a favor) supone para ellos una gran motivación (muy superior a la de los mercenarios que luchan por un sueldo). Por eso, el tono afectivo de *La Marsellesa* contra los invasores: «¡Quienes vienen, hasta nuestros brazos, para degollar a nuestros hijos y a nuestros compañeros!»... Si no hubiera entusiasmo, el reclutamiento resultaría imposible, incluso contraproducente. Eso es lo que sucedió en Vendée, en donde los campesinos prefirieron alzarse en

armas contra la República, a la sombra de sus campanarios, antes que ir a servir al Estado a orillas del Rin. La insurrección en Vendée se reveló masiva. Pero, en otros lugares, la Convención consiguió levantar y equipar a un millón de soldados, una cifra nunca antes alcanzada en la Historia.

Las masas contra las que se enfrentaban desmoralizaron a los ejércitos profesionales. Esto lo explica Valmy: «Veinte mil mercenarios prusianos en uniforme de gala se enfrentaron a doscientas mil personas cantando a gritos *La Marsellesa*; los oficiales prusianos, desconcertados, ordenaron la retirada».

Pronto, los campesinos y artesanos se convirtieron en formidables soldados, y los burgueses, respaldados por algún noble infiel a la monarquía pero fiel a la República (Bonaparte entre ellos), en muy buenos oficiales. El ministro de la Guerra, Carnot, supo practicar la «amalgama» entre nobles y reclutados.

Aquel levantamiento en masa sorprendió a los reyes. Durante veintitrés años, los ejércitos franceses fueron invencibles. (En este sentido, Napoleón fue un buen heredero de la Revolución). Aquellos ejércitos barrieron el mundo desde Suecia hasta Egipto, desde España hasta Prusia y Rusia.

Francia fue capaz de formar filas con tres millones de hombres armados.

Sin embargo, hubo un momento en que la situación pareció casi desesperada para la República, invadida como estaba por cinco ejércitos extranjeros, al norte, al este y al sur, y devastada por terribles insurrecciones en Toulon, Lyon y, principalmente, en Vendée. Uno de sus grandes líderes, Danton, gritaba: «¡Audacia, aún más audacia, siempre audacia!». La Convención creó en su seno el Comité de Salud Pública en abril de 1793. Constituido por impulso de Danton, Robespierre, Couthon, Saint-Just y de Carnot (entre otros), ejerció un poder dictatorial cada vez mayor y bastante paranoico. El propio Danton, bajo sospecha de flaqueza, fue guillotinado. Mientras subía al patíbulo dirigía esta extraordinaria frase a su verdugo: «Tú mostrarás mi cabeza al pueblo, ella bien lo vale».

Pero la insurrección de Vendée quedó aplastada y, a finales de diciembre, el general Westerman pudo escribir a la Convención aquella enérgica carta, con una robusta pluma: «Vendée ya no existe, ha muerto bajo nuestro sable libre, con sus mujeres y sus hijos. Acabo de enterrarla en las marismas de Savenay, siguiendo vuestras órdenes. He aplastado a los niños bajo las patas de mis caballos, he masacrado a las mujeres para que no den a luz más bandidos. No tengo ni un solo prisionero que reprocharme».

La Revolución también fue eso: una terrible violencia, llamada el Terror; el idealismo fraternal se transformó en un espíritu guerrero. Su canto más significativo me el estribillo de *La Carmagnole*, sobre el que conviene reflexionar: «¿Qué quiere un verdadero republicano? Quiere plomo, hierro, pan. Hierro para trabajar, plomo para vengarse, y pan para sus hermanos. ¡Viva el ruido del cañón! ¡Eso es bueno!

¡Bailemos *La Carmagnole*! ¡Viva el ruido del cañón!».

Cuesta imaginarse a un socialista francés de nuestra época cantando eso. Sin embargo, tampoco hay que exagerar la amplitud del Terror. Hay mucho «revisionismo» en el aire sobre esta cuestión. Por ejemplo, la idea de moda que afirma que la Revolución habría marcado los principios del totalitarismo es anacrónica.

Robespierre vivía en el seno de una familia de artesanos y se desplazaba por las calles a pie y sin guardia. El riesgo de caos y anarquía, las invasiones, la traición de la nobleza (desde un punto de vista nacional; su fidelidad a la monarquía desde otro punto de vista), excusan en parte aquellas licencias, en las que el miedo de los reyes y los aristócratas desempeñó un papel tan importante como el entusiasmo del pueblo.

La Revolución quiso cambiar el mundo. Inventó su propio calendario, el calendario republicano, con poéticos nombres («nivoso» evoca la nieve, «vendimiarlo», la vendimia, «brumario», las brumas, «termidor», el calor), para contar los años, como en Roma, a partir de su fundación. Aquel calendario estuvo en funcionamiento diez años.

La pasión revolucionaria dominante fue la de la igualdad, más que la de la libertad: igualdad de oportunidades, igual posibilidad a todo el mundo para acceder al Gobierno. (Dos de las tres palabras del lema francés actual aluden a la igualdad: «Igualdad» y «Fraternidad»-) Paradójicamente, la Revolución también fue un extraordinario vivero de talentos políticos, científicos y militares. Una nueva clase llegaba al poder: la burguesía. La oscuridad de nacimiento, según la antigua fórmula de Pericles, ya no era un límite para las ambiciones (numerosos mariscales del Imperio serán de origen modesto).

El 26 de junio de 1794, en Fleures, Jourdan aplastó a los ejércitos monárquicos. Para sorpresa general, a pesar de la emigración de la nobleza, unos hombres nuevos habían surgido del pueblo francés y habían vencido rebeliones e invasiones. La prueba de que la Revolución no fue la invención del totalitarismo se deduce de estos hechos: una vez cumplido su trabajo, la dictadura no pareció necesaria a la República. La Revolución (al contrario que la siguiente, la de los soviéticos) no era un fin en sí misma. Por no haberlo entendido a tiempo, la Asamblea derrocó a Robespierre el 9 de termidor del año II (el 27 de julio de 1794) y al día siguiente fue guillotinado.

La Convención victoriosa, tras haber firmado con los reyes el tratado de Bale el 5 de abril de 1795 (el que establece el Rin y los Alpes como fronteras de Francia) y después de haber reprimido las reacciones extremistas (el 20 de mayo, el 1 de pradial) y monárquicas (el 5 de octubre, 13 de vendimiarlo), se disolvió el 20 de octubre de 1795, dejando operativa una Constitución moderada, la del Directorio. Consciente del trabajo cumplido, la República escapaba para siempre del Terror.

Capítulo 20

El Imperio

EL MINISTRO austríaco Metternich, experto irrecusable, decía a menudo: «Napoleón es la Revolución en persona». El período revolucionario francés se extiende desde 1789 hasta 1815; es absurdo querer suprimir la epopeya napoleónica.

La despiadada Convención (la balanza se había inclinado en el otro sentido) había establecido para sucederle un régimen demasiado débil, el Directorio. Compuesto por dos asambleas —el Consejo de los Quinientos y el de los Ancianos— y por un Gobierno evanescente de cinco directores (de ahí procede su nombre), el Directorio llevaba un mal control de lo que vino a continuación del temporal revolucionario.

La República seguía siendo terrible en el exterior, pero en el interior no conseguía controlar las crisis económicas, financieras y sociales.

Prusia se había retirado de la coalición, pero Austria e Inglaterra no se desarmaban.

La segunda coalición amenazaba a Francia: la guerra continuaba.

Un joven oficial se ilustró en estos combates.

Napoleón Bonaparte, nacido el 15 de agosto de 1769 en Ajaccio, Córcega (un año después de que la ciudad de Génova hubiera vendido la isla a Francia), fue en un principio un nacionalista corso: «Yo nací cuando la patria [Córcega] perecía», escribió.

La monarquía quería vincularse con la nobleza de la isla. El padre de Napoleón, que soportaba las cargas de una familia numerosa, aceptó que sus hijos se beneficiaran de unas becas de estudio. Por ello, el joven Napoleón fue internado en Brienne, en Champaña (sus compañeros le apodaban «La paja en la nariz»), donde aprendió francés (aunque siempre conserve su acento). De la Escuela Militar de París salió como subteniente de artillería.

Siendo pobre, leía mucho, estaba abierto al pensamiento de la Ilustración, era un apasionado discípulo de Rousseau, más tarde, cuando envejeció lo fue de Voltaire. La Revolución fue su oportunidad: los nobles fieles a la República, muy pocos, ascendían. Napoleón contribuyó, con su extraordinario manejo de la artillería, a recuperar Toulon de manos de los ingleses. Fue nombrado general. Entre tanto, su padre había muerto. Ironías del destino: Bonaparte, nombrado subteniente a través de un decreto firmado por Luis XVI, fue ascendido a general por Robespierre, a petición del hermano del dictador Robespierre el joven. Tras la caída del «Incorruptible», Napoleón pasó unos días en prisión. Rápidamente liberado, vagó sin empleo por París.

Pero la Revolución necesitaba militares competentes. El dictador Barras se fijó en

él y le confió la represión de una revuelta monárquica (la de vendimiario). Como Barras quería separarse de su amante, empujó a ésta a los brazos del joven general. Josefina Beauharnais, una noble criolla nacida en La Martinica cuyo marido había sido guillotinado bajo el régimen del Terror, era una viuda mayor que Bonaparte, madre de dos hijos, pero aún seductora. A Napoleón, que nunca había conocido a una mujer al margen de los amores platónicos o vulgares (con las chicas del Palacio Real), le conquistó y se casó con ella. Como regalo de boda, Barras le dio el mando del ejército de Italia; el general, dejando plantada en ese momento a Josefina, se incorporó de inmediato a su puesto.

El llamado ejército de Italia (de hecho, estaba acampado más arriba de Niza) contaba con pocos hombres (treinta mil), sin uniforme y mal equipados. Todas las fuerzas de la República estaban concentradas en el Rin, donde se temía el principal ataque imperial. Los austríacos ocupaban la llanura del Po, pero no se movían de allí. Bonaparte utilizó con sus hombres el lenguaje de la verdad: «Soldados, estáis mal vestidos, mal alimentados, el Gobierno no puede pagaros. En lugar de lamentaros, mirad al otro lado de los Alpes: las llanuras más ricas del mundo os esperan. Venid conmigo. Soldados de la República, ¿os faltará valor?».

El ejército había encontrado un jefe. Sus oficiales también: los generales subalternos, veteranos de las primeras guerras de la Revolución como Masséna o Augereau, vieron no obstante con desconfianza llegar a aquel generalito de salón, mucho más joven que ellos. Él les subyugó. «Este tipo casi me da miedo», confesó Augereau, quien no temía a nada ni a nadie.

Bonaparte, en su campaña de Italia, se reveló como un formidable estratega. «Un ejército —decía— es su masa multiplicada por su velocidad.» Por lo tanto, lo más rápido posible, franqueó los Apeninos, forzó a los piemonteses al armisticio y arrolló a los austríacos en unas brutales batallas. Éstos siempre creían que estaba delante de ellos, cuando en realidad estaba detrás. En *La cartuja de Parma*, Stendhal resume con una frase la impresión que produjo en las opiniones de aquella época: «El 15 de mayo de 1796, al entrar en Milán a la cabeza de su joven ejército, Bonaparte iba a mostrar al mundo que, después de tantos siglos, Alejandro y César tenían un sucesor». Una carta que él mismo escribió al Directorio dice mucho más sobre el nuevo cesar que todos los comentarios:

Cuartel General de Plaisance, 9 de mayo de 1796:

Por fin hemos cruzado el Po... Beaulieu [el general austríaco que tenía cuarenta años más que su rival] está desconcertado. Hace mal sus cálculos y cae constantemente en las trampas que se le tienden; una victoria más y seremos los dueños de Italia.

En el momento en que detengamos nuestros movimientos, mandaremos vestir con nuevos uniformes al ejército. Sigue estando que da miedo, pero

engorda. Los soldados comen pan de Gonesse y carne en cantidad. La disciplina se restablece todos los días, pero en ocasiones hay que ordenar algún fusilamiento, porque son hombres intratables a los que no se puede dominar.

Lo que hemos capturado del enemigo es incalculable. Cuantos más hombres me envíe, con más facilidad los alimentaré.

Le envío veinte cuadros de los primeros maestros, de Corregio y de Miguel Ángel. Le agradezco particularmente las atenciones que tenga a bien conceder a mi esposa. Se la recomiendo: es una sincera patriota y la amo hasta la locura...

Puedo enviarle una docena de millones. Esto no le vendrá mal para el ejército del Rin. Envíeme cuatro mil jinetes sin sus caballos; yo se los proporcionaré aquí. No le oculto que, desde la muerte de Stengel, ya no queda un oficial de caballería que luce. Me gustaría que pudiera enviarme dos o tres generales adjuntos que tengan prisa y una firme resolución de nunca ordenar estratégicas retiradas.

Esa carta lo dice todo. Bonaparte habla al Gobierno con autoridad. No esconde su pasión por Josefina. Saquea los tesoros de Italia porque tenía gusto (muchas de aquellas obras hoy están en el Louvre). Restaura la disciplina, envía dinero al Gobierno en lugar de pedirlo —algo inaudito en un general—. Demuestra su ardor cuando habla de oficiales de caballería «que tengan prisa» y se ríe de las «estratégicas retiradas», a las que tenían gran afición los ejércitos tradicionales.

En una serie de marchas y contramarchas —«hay que hacer la guerra con los pies», decía a los soldados; de hecho la renovación del calzado será para Napoleón una constante preocupación—, coleccionó una sucesión de victorias que se cuidó mucho de ensalzar. Era un artista en comunicación. Pasó los Alpes por encima de Venecia y fue a acampar a cien kilómetros de Viena. El emperador se inquietó, Bonaparte le impuso, sin apenas consultar con los ministros, la Paz de Campoformio en octubre de 1797. Luego regresó triunfante a París, donde bautizaron la plaza de las Victorias en su honor; no obstante, simulaba modestia.

El Directorio estaba feliz con las victorias, pero horrorizado con el general victorioso. Entonces, el Gobierno ideó la expedición a Egipto. Un doble golpe: ponía nerviosa a Inglaterra, la única en liza, al cortarle la ruta de la India, y alejaba a un general del que sospechaba que pudiera tomar el poder.

Bonaparte era demasiado astuto como para ignorar las segundas intenciones del Gobierno, pero sabía que todavía no era su momento. Además, estaba fascinado con Oriente. En definitiva, lo aceptó. Y llevó a cabo, de mayo de 1798 a octubre de 1799, su famosa campaña de Egipto.

A pesar de la escuadra inglesa de Nelson, la flota francesa que transportaba al ejército cruzó el Mediterráneo sin incidentes, conquistando Malta a su paso, y

desembarcó al cuerpo expedicionario cerca de Alejandría, que la tomó con facilidad. Luego, siguiendo la ruta del desierto, el ejército se dirigió hacia El Cairo. Al pie de las pirámides le esperaba la caballería mameluca. Los mamelucos constituían una oligarquía bajo la soberanía feudal, más honorífica que real, del Imperio otomano. Eran los mejores jinetes del mundo. Cada mameluco combatía heroicamente (el islam es una religión heroica, ya lo hemos señalado), pero sin una auténtica unión con los demás: cada uno para sí y Alá para todos, podría decirse.

Los jefes mamelucos habían permitido a los franceses, que marchaban a pie, avanzar hasta El Cairo para derrotarles mejor. Subestimaron y despreciaron las fantasías ateas de la Revolución. Cargaron blandiendo las cimitarras y gritando «Dios es grande». Frente a ellos, Bonaparte no necesitó ninguna estrategia. Aquella batalla de las pirámides, de julio de 1798, fue un enfrenta-miento entre caballeros de la Edad Media y un ejército de finales del siglo XVIII. El «desfase temporal» era menor que el que separaba a los conquistadores de Pizarro de los soldados incas. Sin embargo, fue devastador. La infantería revolucionaria se enfrentó a ellos agrupados en cuadrados. Se oía a los oficiales dar las órdenes con tranquilidad: «Dejad que se acerquen. Primera línea, fuego. Segunda línea, fuego. Batería número uno, fuego. Batería dos, fuego... Que cese el fuego. Para indicar un desplazamiento de cien metros hacia la derecha del cuadrado de hombres, sonaban tambores, etcétera». Aterrorizados, los mamelucos que sobrevivieron huyeron. Bonaparte entró en El Cairo como el sultán vencedor, el «sultán Kebir».

Aquella batalla, que sólo tenía una importancia militar limitada, tuvo una importancia psicológica inmensa. El islam se quedó estupefacto y, de pronto, fue consciente de que los europeos habían conquistado el mundo sin que ellos se dieran cuenta.

Napoleón era el nuevo Alejandro. Hombre de la Ilustración y de la Revolución, «Diderot a caballo». Después de Italia, hizo que se le recibiera en el Instituto de Francia. Había llevado consigo a decenas y decenas de sabios miembros del Instituto. Aquellos investigadores redescubrieron, alucinados, los monumentos del antiguo Egipto, sepultados bajo la arena. Crearon la egiptología y organizaron el valle del Nilo. Los soldados se contentaban con grabar sus nombres en las columnas de Luxor o de Asuán. Todavía se pueden ver: «Caporal Dupont, segundo subbrigada»...

Los ingleses y los otomanos intentaron reaccionar. Nelson hundió en Abukir la mayor parte de los barcos franceses, y se formó un ejército turco en Siria. Bonaparte acudió a su encuentro. Aunque su flota estaba inutilizada, tenía elaborado el plan de vuelta a Francia pasando por Constantinopla (¿por qué no proclamarse allí sultán?) o marchando sobre la India inglesa (que sólo estaba a treinta y tres etapas de Egipto). Tomó Jerusalén, pero, debido a la escasez del material de asedio, fracasó ante San Juan de Acre, una fortaleza de Galilea en la que turcos e ingleses se habían

atrincherado (aquella fortaleza, ironías del destino, estaba bajo el mando de uno de sus condiscípulos de Brienne, un noble emigrado).

Bonaparte volvió a El Cairo. Allí supo que la situación de Francia había sufrido cambios: aumentaba la anarquía interior y Austria, que había vuelto a la guerra, expulsaba a la República de Italia. Dejando a Kléber al mando del ejército de Egipto (a quien se repatriará a Francia en el momento de las convenciones del armisticio), Bonaparte consideró que había llegado su hora. Se embarcó en un navío y llegó a Francia.

En poco tiempo, el poder le cayó en las manos —fue más un malentendido que un golpe de estado—. Era el día 18 brumario (9 y 10 de noviembre de 1799). Los revolucionarios buscaban una espada republicana; dieron con la horma de su zapato. Y a la vez, disuelto el Directorio, empezó el Consulado. Con treinta años, Bonaparte se convertía en el Primer Cónsul, es decir, en Jefe de Estado.

Le faltaba cumplir una formalidad: en Marengo, el ejército consular venció a los austríacos en una difícil batalla (junio de 1800) en la que murió el joven general Desaix. En marzo de 1802, incluso Inglaterra pareció renunciar (la Paz de Amiens). Había vuelto la paz, validando al mismo tiempo las fronteras naturales de Francia.

Quedaba por canalizar el potente torrente revolucionario. El Primer Cónsul lo logró completamente, salvaguardando los valores de la Revolución (igualdad de derechos, promoción según méritos, reparto de los bienes eclesiásticos) y repudiando sus excesos. Se atrevió a decir: «La Revolución se detuvo en los límites que yo establecí». Y era verdad.

Napoleón supo practicar el «despotismo ilustrado» que había aprendido de Voltaire. En julio de 1801, al firmar un concordato con el Papa, restableció la paz religiosa. Bonaparte no era cristiano, pero sabía valorar la importancia del hecho religioso. Él mismo lo decía: «Yo soy musulmán en El Cairo, judío en Jerusalén, católico en Francia». Fue él quien creó el Estado republicano actual: El Consejo de Estado (al que se sometía a menudo), el Tribunal de Cuentas, los prefectos, las escuelas, las administraciones modernas y el franco germinal (moneda que permanecerá estable durante más de cien años). Sobre todo, mandó redactar los valores revolucionarios en su famoso Código Civil.

En el ejército, la administración y el Gobierno hizo una amalgama entre nobles y hombres nuevos. Muchos emigrados decidieron volver.

Pero que nadie se equivoque: Bonaparte seguía siendo la encarnación de la Revolución. En marzo de 1804, por ejemplo, mandó secuestrar más allá del Rin y ejecutar al duque de Enghien (probablemente inocente). Sin embargo, devolvió la paz a Vendée. Los reyes europeos veían a Bonaparte, convertido en Napoleón, como una especie de jefe del ejército rojo. (Que se nos perdone el anacronismo: ya hemos dicho que los anacronismos no se pueden considerar una verdad, pero sirven para ilustrar

una comparación.)

Por otra parte, Inglaterra había roto la Paz de Amiens en mayo de 1803 y en 1805 consiguió reagrupar a las monarquías continentales en una tercera coalición.

En mayo de 1804, el Imperio seguía al Consulado. Aquélla no era una mala idea: ¿no había sucedido el Imperio romano a la República romana?

Pero Napoleón se quiso coronar como los antiguos reyes. Exigió que lo hiciera, no el arzobispo de Reims, sino el Papa en persona. Pío VII así lo hizo. La ceremonia tuvo lugar el 2 de diciembre de 1804 en la catedral de Notre-Dame. Aquella coronación fue un alarde propio de un advenedizo. Una anécdota revela su sentido oculto.

Napoleón estaba en la sacristía con los miembros de su familia. Mientras, en la nave, los grandes del mundo, entre ellos el Papa, lo esperaban. Entonces dijo a su hermano mayor: «¡José, Giuseppe, si papá nos viera!».

En efecto, el Imperio surgido de una Revolución meritocrática no podía ser hereditario (como tampoco lo pudo ser el Imperio romano). El principio de herencia es absolutamente contrario al principio de igualdad, fundamento de la Revolución. Sólo en este aspecto, Napoleón se equivocó. Incluso convertido en padre, nunca estableció el derecho de sucesión. Prueba añadida de que encarnó la Revolución. A pesar de la coronación, siempre escapó de la verdadera monarquía.

Mientras esperaba, intentó invadir Inglaterra. Puesto que su flota había sido destruida por Nelson en Trafalgar (allí murió el almirante inglés), Bonaparte ya no podía cruzar el mar. Desde Boulogne, en donde había reunido a la Gran Armada, se volvió contra los austríacos y los rusos, y más tarde contra los prusianos, a los que aniquiló.

Entre 1806 y 1807 Bonaparte se convirtió para siempre en Napoleón; «el dios de la guerra en persona», escribió Clausewitz, quien combatió con él, en su libro *De la guerra*. El filósofo alemán Hegel, que le miró al pasar, creyó ver «¡el espíritu del mundo concentrado en un punto, sobre un caballo!».

Unas semanas después de haber desafiado en vano a Inglaterra en Boulogne, Napoleón estaba en Baviera. Consiguió, con unas rápidas maniobras, encerrar al ejército austríaco en la ciudad de Ulm, donde capituló y se rindió ante el emperador y general en jefe. A continuación, el conquistador entró en Viena, la capital imperial. Otro ejército austríaco y el ejército ruso se concentraban en Moravia (la República checa actual). A las puertas de Austerlitz, Napoleón consiguió hacer creer al zar Alejandro y al emperador Francisco II que tenía miedo: al dejar en sus manos los altos de Pratzen, les insinuó la idea de que rodearan al ejército francés por su derecha. Cuando vio a las tropas rusas y austríacas desfilar por la llanura en dirección hacia la ruta de Viena, gritó: «¡Ese ejército ya es mío!», y, empujándolo por el flanco, volvió a los altos y lo aplastó. El zar se retiró. El emperador germano se rebajó, acudiendo al

campamento del capitán revolucionario a mendigar la paz. La batalla de Austerlitz, que se libró el 2 de diciembre de 1805, es una obra maestra de estrategia, digna de la llevada a cabo por Aníbal en Cannas veinte siglos antes, e igual de sanguinaria para los vencidos: cayeron miles y miles de muertos...

Prusia, que había entrado a destiempo en la coalición, exaltada por el recuerdo de Federico II y por los discursos de la reina, fue aniquilada en octubre de 1806, en Iéna y en Auersted.

El 27 de octubre de 1806, la Gran Armada, con Napoleón a la cabeza, efectuaba un desfile triunfal bajo la Puerta de Brandeburgo, ante los atónitos berlineses. Excepto la Guardia, con uniforme de gala, los soldados franceses caminaban a paso de marcha, cubiertos de polvo y con pollos asados clavados en sus bayonetas.

Faltaba Rusia. En Varsovia, los franceses fueron recibidos como liberadores. En aquella ciudad, durante un baile, el emperador se había enamorado de una bella aristócrata de dieciocho años. Durante días, María Walewska rechazó al hombre más poderoso del mundo. Este, desarmado, le enviaba cartas propias de un colegial tímido. María acabó cediendo ante los galanteos de Napoleón y bajo las repetidas presiones de los más altos señores de Polonia, quienes pensaban que su sacrificio dulcificaría la suerte de Polonia. Aquella mujer se enamorará de Bonaparte, le dará un hijo y le será fiel en los duros momentos. Esta historia de amor no tendría un hueco en la Historia si no fuera porque ilustra de maravilla una verdad: cuando se habla de amor, ya no es cuestión de dominio. Durante aquellos días en Varsovia, en el momento de su mayor gloria, el «ogro» revolucionario sólo era un amante pendiente del consentimiento de una jovencita.

Con los rusos resultó más duro. En Eylau, bajo la nieve, en febrero de 1807, se jugó una especie de sangriento partido nulo. Napoleón se recuperó aplastando al ejército ruso en junio, en Friedland. El zar solicitó la paz. El principio monárquico y el principio revolucionario, el nacimiento y el talento, es decir, el zar de todas las Rusias y el emperador francés mantuvieron una famosa entrevista sobre una balsa, en medio del Niemen. Allí, en julio de 1807, se firmó la Paz de Tilsit, que marcó el apogeo de Napoleón. Durante once años (tomó el mando del ejército de Italia en 1796), Napoleón había hecho un recorrido sin falta alguna. Gracias a él, a Tilsit, las guerras de la Revolución concluyeron victoriosamente.

Imaginemos durante un segundo que se hubiera detenido allí y que la Gran Armada hubiera vuelto invicta a París (si la nariz de Cleopatra...), ¿qué habría podido hacer Inglaterra?

En aquel preciso instante, la desmesura, el *ubris* de los griegos, perdió a Napoleón. Nada le obligaba a intervenir en España, entonces aliada de Francia. Pero quiso expulsar a los Borbones y sentar en el trono de Madrid a su hermano José. Un error fatal.

Durante las campañas precedentes, las poblaciones italianas, checas, polacas o bávaras consideraban (salvo excepciones) a los soldados franceses liberadores que traían la igualdad y la abolición de los derechos feudales en el cañón de sus fusiles. «Una revolución —decía Bonaparte— es una idea que ha encontrado bayonetas.» De aquel espíritu existe una prueba concreta: en todos aquellos países, los soldados franceses se podían acostar para descansar en las casas de sus habitantes.

Pero el pueblo español, poco abierto a la Ilustración, consideraba a los franceses vulgares invasores. El valiente José pudo llegar a Madrid, pero las *guerrillas*^[12] (la palabra viene de entonces) surgieron por todas partes, masacrando a los franceses, que estaban aislados. Ya no podían acostarse en las casas de los habitantes; les habrían degollado.

De pronto, el ejército inglés pudo desembarcar. Napoleón en persona ganó las batallas, pero, al ver a la Gran Armada bloqueada en España, el emperador de Austria lamentó haberse rebajado y pensó que Madrid estaba lejos de Viena. En mala hora. Bonaparte dejó la Gran Armada en España y arremetió contra Viena con una tropa de reclutas, «con mi sombrero, mi espada y mis reclutillas —decía, añadiendo aquella consigna autoritaria como hacían sus generales—: Actividad, actividad, rapidez...». En Wagram, en julio de 1809, el soberano germano vencido tuvo que entregar en matrimonio al «Ogro» a su hija María Luisa (entre tanto, Bonaparte había repudiado a Josefina) —un descendiente de Carlos V empujaba a su hija a la cama de un revolucionario francés—. María Luisa dio a Napoleón su único hijo legítimo (quien murió como príncipe austríaco).

Quizá, una vez más, igual que después de Tilsit, el emperador hubiera podido detenerse. Pero, al no poder reducir a Inglaterra a pesar del embargo al que le había sometido (el bloque continental), rompió la paz con el zar y, en 1812, atacó Rusia.

Como en España, el pueblo ruso, refractario a Voltaire, se levantó contra la invasión. El 14 de septiembre de 1812, Napoleón pudo dormir en el Kremlin. Pero el zar, negándose a someterse, mandó incendiar la ciudad. La Gran Armada, apenas recién salida de España, tuvo que retroceder y se perdió en el invierno de la «retirada de Rusia».

Esto demuestra, como escribe Clausewitz, que es imposible conquistar Rusia. Al menos cuando su Gobierno no cede y su pueblo resiste. Es un país demasiado grande. Allí, el ejército invasor está fatídicamente muy alejado de sus bases. La Gran Armada se había perdido en la nieve (véase *Guerra y paz* de Tolstoi).

Napoleón consiguió volver a París en trineo. Un nuevo reclutamiento —los «reclutas de 1813», o los «María Luisa», por el nombre de la emperatriz— le permitió lanzar una campaña contra Alemania. Victorioso al principio (Lützen, Bautzen), cayó derrotado en Leipzig, como consecuencia de la desertión de las tropas del rey de Sajonia, su aliado. Ahora, el sentimiento nacional de los pueblos jugaba a

favor de los reyes y en contra de los franceses. Fichte acaba de escribir su *Discurso a la nación alemana*. Entonces, los reyes se atrevieron a invadir Francia. Napoleón arremetió contra ellos en 1814, en su brillante «campana de Francia» (quizá la más brillante), pero no consiguió nada: el pueblo estaba cansado y los mariscales del Imperio no tenían más de veinte años..., estaban hartos.

En Fontainebleau, el conquistador caído aceptó abdicar y se marchó a la isla mediterránea de Elba, que se habían dignado dejarle. Una isleta después de un Imperio que se había extendido desde Gibraltar hasta el Niemen y desde Nápoles hasta Suecia...

El hermano de Luis XVI hizo su entrada en París, y sólo podía actuar en favor de los Borbones. Chateaubriand, ya entonces, nos dejó una descripción de gran periodista:

El 3 de marzo de 1814, Luis XVIII (se había reservado el número XVII para el hijo de Luis XVI, muerto en prisión) acudió a Notre Dame. Se había querido ahorrar al rey la visión de las tropas extranjeras; era un regimiento de la vieja Guardia el que formaba filas desde el Puente Nuevo, a lo largo de todo el quai des Orfèvres. No creo que nunca antes unos rostros humanos hubieran tenido una expresión tan amenazante. Cubiertos de heridas, vencedores de Europa, los granaderos, que habían visto volar por encima de sus cabezas tantas balas de cañón y oído el fuego y la pólvora, aquellos mismos hombres, privados de su capitán, se veían forzados a formar ante un viejo rey, inválido por el paso del tiempo, no por la guerra, y vigilados en la capital invadida de Napoleón por un ejército de rusos, austríacos y prusianos.

Unos movían la piel de la frente, provocando la caída de sus gorros de piel sobre los ojos para no ver; otros bajaban las comisuras de los labios con desprecio y rabia, y otros detrás de sus bigotes dejaban ver sus dientes como los tigres.

Cuando presentaban armas, era con un movimiento de rabia, y el ruido de aquellas armas daba miedo. Al final de la fila estaba un joven húsar a caballo; tenía el sable desenfundado..., estaba pálido... se fijó en un oficial ruso: la mirada que le lanzó no se puede describir. Cuando la carroza del rey pasó delante de él, hizo ponerse a sus caballo a dos patas; seguro que tuvo la tentación de precipitarse sobre el rey y matarlo.

La historia de la Revolución parecía terminada. Pero no lo estaba. Los monárquicos en el poder se mostraron tan torpes y despreciables, sin «haber aprendido ni olvidado nada», que la población francesa se volvió de nuevo revolucionaria. Desde la isla de Elba, Bonaparte observaba aquel giro. Esperó nueve meses.

El 1 de marzo de 1815, desembarcó en Provenza con algunos veteranos que le habían dejado y se lanzó a los Alpes. Luis XVIII envió un regimiento para detenerle.

El encuentro tuvo lugar delante de Grenoble. Pero se trataba de un regimiento que había estado bajo las órdenes del emperador. Jugándose el todo por el todo, Napoleón avanzó solo hacia los soldados y les gritó: «¿Quién de vosotros quiere matar a su emperador?». Los soldados le alzaron triunfante. El resto del camino hacia París sólo fue una formalidad. Ney se unió. El rey huyó. Y Bonaparte entró en las Tullerías rodeado de la alegría popular y acompañado por los acordes de la *Carmagnole*. Entonces se restauró la República popular. Se conoce aquel episodio con el nombre de los Cien Días. Los monárquicos, que no podían aceptar aquello, se rearmaron.

El 18 de junio de 1815, Napoleón, a pesar de una hábil estrategia, perdió su primera batalla en Waterloo. Por la noche abandonó el campo de batalla y volvió a París. En el momento en que admitió que todo estaba perdido, pidió asilo a los ingleses y se refugió en uno de sus barcos. Los ingleses tuvieron la bajeza de enviarle a pudrirse en una malsana isleta de la inmensa África, Santa Elena, en donde murió en 1821, probablemente de paludismo. Luis XVIII había vuelto a París. Santa Elena añadió a la gloria militar y civil de Napoleón la del mártir: si Bonaparte hubiera muerto de viejo en América, su leyenda habría sido menos completa. Hay que señalar que el 18 de junio es una fecha especial para Francia: el 18 de junio de 1429, Juana de Arco; el 18 de junio de 1815, Waterloo; el 18 de junio de 1940, De Gaulle. Esto es lo que Chateaubriand escribió sobre los Cien Días (el autor de *Memorias de ultratumba* era monárquico, pero sensible a la grandeza):

El uno de marzo, a las tres de la mañana, Napoleón aborda la costa de Francia en el golfo Juan. Desciende, recoge violetas y acampa bajo los olivos. Se lanza a las montañas...

En Sisteron, veinte hombres le hubieran podido detener. No encuentra a nadie. Avanza sin obstáculos... En el vacío que se forma alrededor de su gigantesca sombra, si entra algún soldado, inevitablemente es atraído por él... Sus enemigos, fascinados, no le ven... Los sangrientos fantasmas de Arcole, de Marengo, Austerlitz, Iéna, Friedlan, Eylau, Moscú, Lützen, Bautzen forman un cortejo de millones de muertos... Resultó menos sorprendente cuando Napoleón cruzó el Niemen, a la cabeza de cuatrocientos mil soldados de infantería y de cien mil caballos, para hacer saltar por los aires el palacio del zar en Moscú que cuando, tras romper el bando y tirar su espada a la cara de los reyes, fue solo de Cannes a París, a dormir plácidamente en las Tullerías.

¿Hay algo que añadir a esto?

El más grande capitán de la Historia, «el dios de la guerra en persona», también fue un hábil hombre de Estado, el del Código Civil. Fue un «comunicador» genial

(sin necesidad de gabinetes de comunicación) que impuso su inmortal «logo»: en medio de los abigarrados mariscales, con uniformes relumbrantes (Ney, Murat), un hombrecillo vestido con redingote gris, sin insignias (excepto la de la Legión de Honor que él mismo creó), con su célebre sombrero. Wellington decía: «Ese sombrero vale cien mil hombres».

Es ridículo comparar a Napoleón con Hitler, incluso aunque ambos dominaran parcialmente Europa. Napoleón no era un fanático racista, era un hombre de la Ilustración, un Voltaire o Diderot con casco. Nunca mató si no fue por las exigencias de la guerra (salvo al duque de Enghien) y no abrió campos de concentración. Sus enemigos —Chateaubriand, la señora de Staël— le admiraron.

Prototipo de la promoción por mérito propio, icono del éxito individual, Napoleón es profundamente moderno. Ejerce una inmensa fascinación.

A pesar de los centenares de miles de muertos en combate, los franceses no le guardan rencor, puesto que lo colocaron en los Inválidos. Gracias a él, los principios de la Revolución sobrevivieron y el período imperialista de Francia fue brillante.

La desmesura perdió a Napoleón. Pero, sin un punto de desmesura, ¿habría podido Bonaparte convertirse en Napoleón el Grande?

Las «réplicas» de la Revolución. El fracaso de las restauraciones

UN GRAN TEMBLOR de tierra, después de la principal y destructora sacudida, tiene una sucesión de «réplicas» de menor intensidad.

Así, el siglo XIX fue acompasado por el ritmo de las «réplicas» de la Gran Revolución. El siglo empezó después de Waterloo, con el congreso de Viena, y acabó con la guerra de 1914. En Viena, reunidos en un congreso, los vencedores de la Revolución —prusianos, austríacos, rusos e ingleses— pensaron despedazar Francia.

En buena hora, Talleyrand representaba en aquel congreso al país vencido. Era un personaje extraño y temible. Había pasado, y todavía pasará, por todos los regímenes: ministro de Asuntos Exteriores de Bonaparte, le traicionó a tiempo para convertirse en el del rey Borbón. Victor Hugo escribió sobre él: «Era noble como Gondi, exclaustrado como Fouché, espiritual como Voltaire y cojo como el diablo». En Viena, Talleyrand supo enfrentar a los reyes vencedores entre sí, mientras Francia recuperó, más o menos, los límites que tenía con Luis XVI, perdiendo sólo la orilla izquierda del Rin y Bélgica.

El siglo XIX estuvo marcado por la supremacía naval británica (supremacía que se mantendrá hasta Pearl Harbor, en 1941) y por la amenaza revolucionaria francesa. Los reyes vigilaban Francia de cerca, pero, en aquella época, el inmenso París era incontrolable. Inglaterra dominaba, Francia preocupaba.

Instruido por la desafortunada experiencia de los Cien Días, Luis XVIII, a su vuelta al trono, impuso a los monárquicos concesiones decisivas. Así, renunció a revisar la reforma agraria revolucionaria que había dotado a Francia de una clase media de campesinado. Subrayemos al respecto que éste es precisamente el motivo por el que la caza en Francia es una actividad popular, algo que no entienden los ecologistas. En 1789, los campesinos franceses lograron el derecho a cazar y a tener fusiles; ahora no quieren renunciar a ello. En Inglaterra o en Prusia, la caza se ha mantenido como un privilegio de los nobles (*landlords, junkers*) y el pueblo se ríe de ellos.

Además, Luis XVIII supo conservar la organización napoleónica del Estado (Consejo de Estado, Tribunal de Cuentas, departamentos y prefecturas), la Carta se inspiraba en la Constitución de los Cien Días (una cámara baja elegida por sufragio censatario, una cámara alta —los pares—, un ministerio) y en el Código Civil. Su prudencia fue recompensada: en 1824, Luis XVIII moría en el trono.

Le sucedió Carlos X. Recordemos que Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X eran hermanos.

La primera «réplica» revolucionaria se produjo en América Latina. Las revoluciones de América están estrechamente vinculadas a la Revolución francesa. La revolución de Estados Unidos la precedió, la de América del Sur la siguió.

Hacia 1820, los intelectuales, oficiales y pequeños nobles latinoamericanos estaban impregnados de las ideas de la Revolución francesa. Ante de Waterloo se desencadenaron, casi por todas partes, revueltas contra España, que todavía dominaba el continente desde California hasta Chile. Los más conocidos de aquellos “republicanos” —los *libertadores*— fueron Bolívar (1783-1830), Sucre, Miranda y San Martín.

En 1824, las tropas españolas fueron aniquiladas en Perú y en Ayacucho. Esta excepción a la regla más arriba señalada, la de los fracasos de las guerrillas, se explica por la decadencia de la monarquía española: los castellanos, bastante motivados para luchar contra Napoleón, no lo estaban tanto para defender su Imperio. Sin embargo, España consiguió conservar tres importantes colonias: Cuba, Puerto Rico y, en el Pacífico, las Filipinas. En cualquier caso, la revolución suramericana cometió dos faltas graves.

En primer lugar, la falta de unión. Bolívar no consiguió mantener la unidad del Imperio, que se fraccionó en repúblicas independientes y en competencia: México, Perú, Colombia, Venezuela, Chile, Argentina, Bolivia, por citar sólo a las principales.

A continuación, y la más grave, el *apartheid*: aquellas insurrecciones contra la Madre Patria fueron revueltas de colonos (como en Estados Unidos), a los indios prácticamente no se les involucró. En América del Norte eran poco numerosos, pero en América latina, en donde seguían viviendo millones de campesinos mexicanos o incas, aquello era un problema mayor.

Estos dos males siguen teniendo actualidad. Latinoamérica permanece dividida en una veintena de Estados. Los indígenas (los indios) todavía participan muy poco en los gobiernos. Muchas de las sediciones contemporáneas son étnicas, la de Sendero Luminoso en Perú, o Chiapas en México. La Iglesia católica tiene mucho que ver en este asunto (puesto que los indígenas se convirtieron al catolicismo), y se encuentra dividida entre los poderes y la «Teología de la liberación», que empuja a algunos sacerdotes hacia el maquis. Los denominados protestantes fundamentalistas tienen un gran éxito.

En Brasil, la América portuguesa, la historia fue mejor. Ya hemos señalado la ausencia casi total de racismo entre los colonizadores portugueses. El rey de Portugal, en el momento de la ocupación de Lisboa por Junot, había huido a Río. Después de Waterloo, el rey Bragança regresó a Lisboa, pero dejó en Brasil a su hijo como soberano.

Dom Pedro tuvo el buen juicio de declarar Brasil independiente en 1822, y Portugal de no oponerse a ello. Pero hasta 1888 la República no sustituirá en Brasil a

la monarquía. Por esto, la América portuguesa no se dividió. Por otra parte, la mezcla de razas fue más armoniosa allí que en la América española: portugueses, indios y muchos negros africanos llegados con la trata. Quizá éstas sean las razones que explican por qué en la actualidad Brasil es la única potencia mundial de América del Sur: los ciudadanos, a pesar de las sangrientas luchas sociales, están más integrados nacionalmente. El mercado y la industria se benefician de esta integración. Brasil vende café pero fabrica aviones, aunque la injusticia social sea grande.

Grecia también es hija de la Revolución.

Desde hacía mucho tiempo, los cristianos ortodoxos de los Balcanes se rebelaban contra los turcos, y Europa se mantenía completamente indiferente a la suerte de aquéllos.

Con la Revolución, el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» y la vuelta de antiguos recuerdos hicieron más sensibles a los intelectuales europeos sobre la desgracia de los helenos. Cuando en 1821, éstos se rebelaron y crearon en Epidauro una Asamblea, los escritores de Francia (Victor Hugo) y de otros países se pusieron de parte de los griegos. El famoso poeta inglés lord Byron murió en 1824 en aquellas costas, en Misolongui. Los gobiernos se pusieron en movimiento. Gran Bretaña, Francia y Rusia aplastaron a la flota otomana en 1827, en Navarín. Una porción del mundo griego se declaró independiente en 1830 —primera alteración a la antirrevolucionaria Santa Alianza—. El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos resulta muy peligroso para las viejas monarquías. Desde ese momento, las potencias impusieron a Grecia un príncipe bávaro como rey.

En Bélgica se representaba un guion semejante. Tras Waterloo, Holanda había anexionado el país. Pero los belgas, entonces dominados por los valones francófonos y los flamencos católicos, no se adaptaban.

Sus Estados Generales reclamaron la separación de Holanda. El 4 de octubre de 1830, Bélgica fue reconocida como Estado independiente (segunda alteración de los principios del congreso de Viena). Sin embargo, las monarquías consiguieron que el país asumiera un régimen monárquico, y no republicano. Y se ciñó la corona un príncipe de Sajonia Coburgo, convertido en rey de los belgas: Leopoldo. Inglaterra había aceptado a Bélgica como un estado tapón contra Francia. Aquel Estado, declarado neutral, proporcionaba a los británicos la garantía de que el puerto de Amberes —«Una pistola apuntado al corazón de Inglaterra»— no le amenazaría.

El Estado belga, creado por cuestiones de estrategia, a duras penas conseguía superar el enfrentamiento entre flamencos de lengua neerlandesa y valones francófonos. La *Piazza* Mayor de Lieja se llama Plaza de la República Francesa. Este enfrentamiento todavía dura.

En Francia, Carlos X, el último superviviente de la rama francesa de los Borbones, distaba mucho de tener la inteligencia de su hermano Luis XVIII. Era

apuesto y buen jinete, pero estúpido. Al intentar restablecer algunas leyes del Antiguo Régimen, desencadenó una grave «réplica» de las jornadas revolucionarias de antaño: los «Tres Gloriosos». Los días 25, 26 y 27 de julio de 1830, el pueblo de París se sublevó contra las ordenanzas que el rey había establecido. Éste no pudo reprimir la revuelta. El 5 de julio de ese mismo año había enviado a su ejército a conquistar Argel. Carlos X abdicó y siguió el camino del exilio. Su caída significó el fin del reinado de los Borbones en Francia.

Entonces, la burguesía liberal subió al trono a un príncipe de Orleans que pasaba por no ser antirrevolucionario, Luis Felipe. En aquella época, los reyes de Europa todavía no estaban dispuestos a aceptar la vuelta a Francia de la República.

La monarquía de Luis Felipe fue un mero trámite. No fue coronado «Rey de Francia» (como lo fue Carlos X), sino designado «rey de los franceses». La fianza de La Fayette (sí, el de América) proporcionó seguridad a los intelectuales de carácter liberal de la «monarquía de julio». Luis Felipe llegará a reinar durante dieciocho años rodeado de primeros ministros con talento —como Guizot, el portavoz en los asuntos de negocios, cuyo eslogan sigue siendo famoso: «Enriquézcase usted».

El reinado del rey burgués coincidió con una extraordinaria mutación técnica: la primera Revolución industrial. La máquina de vapor de Denis Papin se convirtió en la locomotora. Las líneas de ferrocarril (París-Orléans) se inauguraron gracias a la fuerza del vapor. Las manufacturas se transformaron en fábricas con humeantes chimeneas —triunfo del carbón, que proporciona energía, y del hierro, que sustituye a la madera.

Muchos campesinos pobres abandonaron los campos para convertirse en obreros de las fábricas. Hasta Luis Felipe existían trabajadores de la construcción o artesanos; a partir de aquel momento surgió en Francia, Inglaterra, Alemania la «clase obrera». La vida de aquellos obreros de las fábricas, que los socialistas llamaban proletarios, era dura.

Pero el rey burgués y Guizot se mostraron completamente indiferentes a la cuestión social. Cuestión que les iba a borrar de un plumazo: el 24 de febrero de 1848 estalló una gran insurrección en París. Esta «réplica», la Revolución de 1848, alcanzó a Europa entera, casi a imagen de la gran sacudida de 1789.

En París, se osa proclamar la República (la segunda). Los republicanos de Budapest, con Kossuth, fundaron la República húngara. El Papa huyó de Roma cuando los revolucionarios tomaron el poder. Hubo revueltas hasta en Viena, donde el emperador Fernando abdicó.

En París, un Gobierno provisional se había instalado en el Ayuntamiento, un Gobierno autoproclamado del que formaba parte el poeta Lamartine. Esto es lo que dice Victor Hugo en *Las cosas vistas*:

Lamartine me arrastró hasta el vano de una ventana. «Lo que me gustaría

daros es un ministerio: Victor Hugo, ministro de Instrucción Pública, eso estaría bien».

Como le hacía notar a Lamartine que yo no había sido hostil a Luis Felipe, me dijo: «Las naciones están por encima de las dinastías».

Nos interrumpió el ruido de unos disparos de fusil... Una bala rompió el cristal por encima de nuestras cabezas. «¿Qué significa esto?», gritó con amargura Lamartine. La gente se precipitó hacia la plaza del Ayuntamiento para ver qué pasaba.

«¡Ay, amigo mío! —siguió Lamartine—, qué duro de soportar es el poder revolucionario. Son tantas y tan repentinas las responsabilidades que hay que asumir... Desde hace dos días ya no sé ni cómo vivo...» Al cabo de unos minutos, llegaron para decirle que era una escaramuza sin sentido, que un fusil se había descargado solo, pero que había muertos y heridos.

Un joven trajo un plato con una pata de pollo: aquél era el almuerzo de Lamartine.

En ese mismo momento, o casi, un tal Karl Marx publicó (con su amigo Friedrich Engels) *El Manifiesto del Partido Comunista*, con el fin de plantear no sólo los problemas políticos, sino también la cuestión social: En él se reclamaba no tanto las libertades públicas como la justicia social.

Por otra parte, en París, la revolución política se transformaba en una revuelta obrera: en junio, los obreros destrozaron todo para reclamar mejores salarios. La burguesía se asustó y mandó disparar al ejército contra el pueblo. El general Cavaignac acabó con los alborotadores. Los moderados se agrupaban frente al «peligro rojo». La bandera de 1848 era, en efecto, una bandera roja. A Lamartine le había costado mucho mantener los colores azul, blanco y rojo de la Revolución y del Imperio como emblema nacional.

El 10 de diciembre de 1848, los republicanos moderados, unidos en el Partido del Orden, aseguraron la elección por sufragio universal de un inesperado candidato frente a Cavaignac y Lamartine, un sobrino del gran Napoleón: Luis Napoleón Bonaparte. Volvió el orden.

En el resto de Europa, el ejército austríaco aprovechó para ahogar con sangre las insurrecciones, permitiendo solamente algunas concesiones al nacionalismo húngaro. El joven emperador Francisco José se sentó en el trono de los Habsburgo (y allí estará hasta su muerte, en 1916). El Papa volvió a Roma.

Aquella primera mitad del siglo XIX puso fin a los sobresaltos revolucionarios. Luis Napoleón era presidente de Francia. El orden estaba restablecido. Inglaterra dominaba el mar. Habían nacido los Estados de América latina, Brasil, Grecia y Bélgica, como hijos de la Revolución francesa.

La Europa de las naciones

EL NUEVO PRESIDENTE de la República, Luis Napoleón, era hijo de Luis, hermano del emperador, y de Hortensia de Beauharnais, hija de Josefina. Nacido en 1808, tenía cuarenta y tres años. Hasta aquel momento había llevado una vida de exilio y conspiración (con los *carbonari* italianos o contra la Restauración). Prisionero en el fuerte de Ham, se fugó. En definitiva, un personaje aventurero.

El 2 de diciembre de 1851, el presidente proclamó el Segundo Imperio. Se llamó a sí mismo Napoleón III (el número II quedaba reservado para el hijo del emperador, muerto en Viena).

Luis Napoleón ya ocupaba el poder, así que los hechos del 2 de diciembre fueron más un abuso de poder que un verdadero golpe de estado. Siguiendo los pasos de su tío, Luis acababa de transformar una República democrática, surgida de los acontecimientos de 1848, en una República totalitaria, de la que se consideraba el dictador «al estilo romano».

Hubo opositores. Fueron encarcelados o huyeron. Victor Hugo vivió durante todo el período del Segundo Imperio en Guernesey: terrible inconveniente para el nuevo emperador tener en su contra al genial poeta, cuando éste había sido gran admirador de su tío.

Napoleón III vale más de lo que deja entrever el despectivo retrato que el escritor traza de «Napoleón el Pequeño». Fue un hombre de Estado, al menos durante la primera parte de un reinado, que duró veinte años. Se puede decir que instauró un régimen social-capitalista.

La importancia del capital es evidente. Napoleón III se rodeó de banqueros, como los hermanos Pereire o Volinsky (a menudo de origen protestante o israelí). Creó entidades de crédito y bancos de negocios, como el Credit Lyonnais. Alentó la financiación de las obras públicas: la plantación del bosque de Las Landas, la mejora de Sologne, el ferrocarril. El emperador fue quien confió en Ferdinand Lesseps para perforar el canal de Suez, que inauguró su mujer: una vía de agua estratégica que redujo a la mitad el camino a la India.

Los sansimonistas que rodeaban al emperador eran muchos. Saint Simon (al que no hay que confundir con su antepasado de los tiempos de Luis XIV) tuvo una gran influencia: su *Catecismo de los industriales* proporcionó una optimista utopía a la revolución económica.

También en el Segundo Imperio nació la gran distribución: Le Printemps, la Samaritaine, le Bon Marché.^[13] E, igualmente, fue Napoleón quien inventó el marco jurídico del neocapitalismo: el de las sociedades anónimas. Hasta entonces, los

empresarios poseían firmas familiares. Se confundía el dinero personal con el de la sociedad. La sociedad anónima permite al capitalista contar con accionistas. Este avance jurídico quedó codificado en 1867. El mismo año en que apareció *El capital*, donde Karl Marx se ensaña criticando los defectos inherentes a la economía de mercado.

No obstante, el emperador siempre tuvo miras sociales. En prisión, en el fuerte de Ham, había escrito una obra con un título sugerente: *La extinción de la pobreza*. Se preocupó por el nivel de los salarios y siempre pudo contar con el voto obrero y campesino, porque su régimen «populista» organizaba regularmente plebiscitos.

Había nacido el movimiento obrero y buscaba organizarse con líderes (Fourier, Proudhon, Marx), partidos socialistas y sindicatos (en Inglaterra los *trade-unions*). La primera Internacional vio la luz en Londres el 28 de septiembre de 1864. Y el emperador no le fue hostil. Respecto a este aspecto se habla de «césar-socialismo».

Lo que mejor resume aquel reinado es la transformación de París, que el emperador confió a la poderosa mano del prefecto Haussmann. Con mucha personalidad, la obra de Haussmann dio a París su aspecto actual, el de la ciudad de los veinte distritos, después de haber incluido espacios públicos de las afueras situados entre la muralla de la ciudad, construida por Thiers, y el municipio.

Bonitos edificios de un estilo determinado, grandes avenidas (que facilitaban la circulación, y también la intervención del ejército en caso de revuelta): paradójicamente, la inmensa obra del barón Haussmann contribuyó, como consecuencia de la especulación inmobiliaria, a echar a los obreros extramuros y a convertir la ciudad de la luz (expresión de la época; Haussmann mandó instalar el alumbrado público de gas) en una ciudad burguesa. La magnífica ópera de Garnier es un ejemplo de esta transformación.

La política exterior del Segundo Imperio, al principio, fue muy inteligente. Desde Waterloo, Francia estaba aislada y se la consideraba sospechosa. Pues Napoleón III consiguió aliarse con Inglaterra. Bajo su reinado, Gran Bretaña pasó de ser la enemiga hereditaria a ser la mejor aliada de Francia.

El zar de Rusia quería intervenir en Constantinopla y en los Dardanelos. Inglaterra, la potencia marítima, se oponía. Este asunto desencadenó la guerra de Crimea en 1855. Napoleón III envió un cuerpo expedicionario que tomó la fortaleza rusa de Sebastopol.

El tratado de paz, un signo de aquellos tiempos, fue firmado en París en 1856. Rusia renunció a apoderarse del Bósforo. Para recompensarla, sustrajeron dos provincias al Imperio otomano: Rumania y Serbia, dos países ortodoxos, sometidos a la influencia rusa. La turbulenta Serbia hizo de este modo su entrada en la historia contemporánea.

La gran idea de Napoleón III era que cada pueblo tenía derecho a su unidad y a su

independencia nacional. Italia fue un modelo ejemplar de aplicación de esta idea.

Napoleón III conocía Italia por haber frecuentado a militantes del *Risorgimento* que luchaban por la unidad italiana. En aquella época, la península todavía estaba dividida. Desde que Napoleón I había destruido la República de Venecia, Austria dominaba el norte, excepto el reino del Piamonte. El reino de Nápoles (o las Dos Sicilias) seguían con su indolente vida en el sur. El Papa permanecía como un soberano temporal.

El reino del Piamonte, en el que reinaba una dinastía saboyarda (de la casa de Saboya), se extendía a ambos lados de los Alpes, la capital había pasado de Chambery a Turín. El rey Víctor Manuel II había nombrado a un excelente Primer Ministro, Cavour (1810-1861), que había modernizado el país.

Napoleón III decidió llevar a cabo la unidad italiana alrededor de la monarquía de Saboya. En Plombiera prometió su ayuda a Cavour, quien declaró la guerra a Austria apoyado por los ejércitos franceses que Napoleón III dirigió en persona en Magenta y Solferino (junio de 1859). Con ocasión de aquellas batallas, el suizo Henri Dunant creó la Cruz Roja. Austria, vencida, se retiró de Italia. El Piamonte alentó entonces la expedición de los «Camisas rojas», encabezada por Garibaldi, que fue a echar a los Borbones de Nápoles.

La unidad de Italia casi estaba realizada. Como agradecimiento, el rey de Piamonte, convertido en rey de Italia, entregó a Francia Saboya y el condado de Niza. Varios plebiscitos ratificaron esa anexión. Saboya, situada en el lado francés de los Alpes y francófona, estaba destinada por naturaleza a inclinarse hacia París más que hacia la península. Sin embargo, Niza era una ciudad muy italiana, y allí se hablaba italiano. Garibaldi, héroe del *Risorgimento*, era originario de aquella ciudad. La rápida integración de Niza demuestra la fuerza de atracción de la Francia imperial.

Aquella operación, tal vez, hubiera podido ser la obra maestra del Segundo Imperio: anexión pacífica de interesantes provincias; creación en la frontera de una potencia amiga. Pero la estropeó la «cuestión romana». Roma era, en efecto, la capital natural de la nueva Italia. Napoleón III no se atrevió a entregarla porque pertenecía al Papa y el emperador no quería molestar a los católicos franceses. Por lo tanto negó Roma a los italianos e incluso mandó instalar allí una guarnición francesa. Hasta 1871, Italia no anexionará la ciudad (el Papa se encerrará en el Vaticano). De pronto, los italianos pasaron del reconocimiento al resentimiento contra Francia.

Esta manera de no llevar a término sus buenas ideas es una característica de Napoleón III, cuya indecisión no hará sino crecer con la edad. Por ejemplo, en Argelia, que Francia había conquistado en 1830 —de hecho desde la enérgica y en ocasiones sangrienta actuación militar del mariscal Bugeaud, bajo Luis Felipe (el emir Abd al Kader se rindió a los franceses en diciembre de 1847)—, el emperador, influido por los sansimonistas, ideó primero una política liberal de protectorado.

Mandó liberar al emir (que se estableció en Damasco, ciudad en la que murió en 1883) y soñó con un «reino árabe» en el que indígenas y franceses tendrían los mismos derechos, pero no tuvo la capacidad de decisión necesaria para imponer aquella inteligente política a los europeos. Además, había caído en la desmesura.

La Beresina del sobrino no se desarrolló como la del tío en Rusia; tuvo lugar en México. Estados Unidos se había convertido en una poderosa nación, tan poblada como Francia (treinta y dos millones de habitantes). En 1848 había declarado la guerra al México independiente con el fin de poder anexionarse California, Arizona y Texas. Explotando el resentimiento antiyanqui de los mexicanos, Napoleón III quiso crear en México un imperio bajo la influencia francesa que se opusiera al avance anglosajón.

El ejército francés de Bazaine sentó en el trono de México a un pariente del emperador de Austria, Maximiliano. Pero, si a los mexicanos no les gustaban los yanquis, todavía les gustaba menos que les invadieran los franceses. Francia, impotente para dominar a las guerrillas, al cabo de unos cuantos años volvió a embarcar dejando atrás a Maximiliano, que acabó fusilado.

Los mexicanos olvidaron aquella aventura, pero probablemente es la causa original de la desconfianza que Estados Unidos siente por Francia, pues el único ejército europeo que fue a aposentarse a sus puertas fue el francés. Y, para terminar de arreglarlo, Napoleón III había apoyado a los sudistas.

No es una idiotez oponerse a la hegemonía americana, pero sí que lo era hacerlo tan lejos de Europa, a orillas de Río Grande.

Mientras los franceses se hundían en México, una hegemonía, de otro modo amenazante, se formaba más allá del Rin.

La ceguera que mostró Napoleón III hacia la amenaza alemana es sorprendente. El «principio de las nacionalidades» probablemente le impedía —a él, al artesano de la unidad italiana— oponerse a la unidad alemana. Además, Austria, desde hacía siglos, y también durante el mandato de su tío, había sido el principal enemigo de Francia en todo el continente. Pero, precisamente, ya no lo era. Napoleón III había sabido acercarse a Inglaterra en contra de Rusia. Pero no supo acercarse a Austria en contra de Prusia. Viena, un viejo imperio multiétnico y frágil, una vez realizada la unidad italiana, ya no representaba un peligro para París.

Prusia, al contrario, constituía una terrible amenaza.

En 1862, el rey de Prusia Guillermo I había nombrado canciller a un hombre de hierro: Bismarck (1815-1898). Aquel prusiano, perteneciente a una familia de junkers, quería de un modo apasionado llevar a cabo la unidad alemana alrededor de Prusia. Era algo así como un Garibaldi germano. Pero Garibaldi era tan romántico como cínico y frío Bismarck. Ante nada tenía escrúpulos que le retuvieran, pues la confianza del rey le había otorgado, en cierto modo, una especie de dictadura.

Además, al igual que Inglaterra y Francia, la Alemania de aquella época se estaba convirtiendo en una gran potencia industrial, así como en una enorme fuerza militar —la única en Europa—. Gran Bretaña descansaba sobre su flota. El ejército francés, un buen ejército profesional, era poco moderno, estaba mal dirigido y sobre todo comprometido en las aventuras de ultramar (Argelia y México). La guerra de Italia de 1859 fue una excepción. El ejército prusiano, al contrario, era un ejército de reclutamiento (idea tomada de la Revolución, abandonada luego en el Segundo Imperio), nacionalista y bien equipado con artillería moderna (los famosos cañones Krupp).

Para Bismarck, el primer obstáculo a superar era Austria. Desde hacía mucho tiempo, Viena y Berlín se disputaban el gobierno de los alemanes. Hay que señalar que, por otra parte, Viena había aportado al mundo germánico mucho esplendor y paz (Mozart, etcétera), mientras que Berlín le traerá guerra y desgracia.

Para construir la unidad alemana alrededor de Berlín, era necesario vencer a Viena. Algo que hizo Bismarck. En Sadowa, el 3 de julio de 1866, los prusianos, conducidos por el rey Guillermo y el general Moltke aplastaron con facilidad al anticuado ejército Habsburgo (convirtiendo, hasta 1918, a Austria en vasalla).

Esto habría resultado de otra manera si el ejército francés se hubiera mostrado en el Rin. Bismarck, despreciando a Francia, había concentrado sus fuerzas contra los austríacos. En aquel momento, una intervención francesa hubiera sido decisiva. Napoleón III prefirió no hacer nada y, de paso, reclamar algunas compensaciones (por ejemplo, la anexión de Luxemburgo), a las que Bismarck calificó despectivamente de «propinas» —propinas que él, por su parte, rechazó—. A partir de entonces, la suerte estaba echada.

El último obstáculo que impedía la unidad alemana alrededor de Prusia era, en efecto, Francia. Aquel país, con un pequeño ejército colonial, no suponía enemigo frente al poderoso ejército de reclutamiento alemán. Además, Napoleón III se dejó llevar y fue él quien, estúpidamente, declaró la guerra primero. Ese hombre, en ciertos aspectos un administrador genial, siempre fue un negado en materia militar —al contrario que su tío—. Su mando fue deplorable. En dos meses el ejército francés estaba aniquilado, y el 2 de septiembre de 1870, Napoleón III era hecho prisionero en Sedan. Con su jefe prisionero, el Segundo Imperio se derrumbó.

Bismarck pensaba, que una vez aniquilado el ejército regular, la guerra había terminado. Se equivocaba. Los franceses, ante la invasión, creyeron volver a 1793. El 4 de septiembre, un levantamiento en París condujo hasta el Ayuntamiento, el centro emblemático del poder revolucionario, a los diputados de la capital. Éstos se autoproclamaron «Gobierno de la Defensa Nacional» y restablecieron la República (de hecho, la tercera en cuanto a número, aunque no será votada hasta 1875). Entre ellos se encontraba un enérgico hombre, un italiano recientemente nacionalizado:

Léon Gambetta. Los ejércitos alemanes, sorprendidos, cercaron París, pero se cuidaron mucho de atacar su inmensa trinchera. Bismarck contaba con el hambre. Fundamentalmente, pensaba que, a diferencia de la República de 1793, ésta no tenía ejército.

Se equivocaba. El 7 de octubre de 1870, Gambetta, ministro del Interior y de la Guerra, abandonó la ciudad, sitiada en todo su perímetro, para ir a organizar la resistencia en provincias. Se detuvo en Tours, compró fusiles en el extranjero y movilizó unos ejércitos improvisados («los móviles», palabra que procede de «movilización») que obligaron a los prusianos a adentrarse en el corazón del territorio nacional. Incluso los derrotaron el 9 de noviembre de 1870 en Coulmiers, donde el general Chanzy emprendió una gloriosa retirada por el Loira. Sin embargo, los móviles necesitaban tiempo para acostumbrarse a la guerra. Pero el tiempo faltaba. París, sitiada desde hacía meses, moría de hambre.

Aun después de la pérdida de París, Gambetta pensaba que la resistencia tenía posibilidades: los ejércitos prusianos, alejados de sus bases, en pleno invierno, se mostraban vulnerables. Pero para aprovecharlas hubiera sido necesario —restaurando la Convención— hacer una guerra salvaje. El Gobierno, compuesto por moderados y burgueses de provincias, no quiso aceptarlo por temor a los disturbios sociales.

El 28 de enero de 1871, el Gobierno pidió el armisticio. Bismarck lo concedió (tenía miedo), no sin aprovechar el momento para imponer a los príncipes alemanes, reunidos en Versalles, la aceptación del rey de Prusia como emperador de Alemania. Durante siglos, dejando al margen a Austria, Alemania, dividida en un puñado de pequeños estados, no había sido considerada. Ahora surgía armada de la cabeza a los pies, amenazante y con las chimeneas de sus fábricas echando humo. Sin embargo, Bismarck también cayó en la desmesura.

Exigió la anexión de Alsacia (francesa desde 1683) y de una parte de Lorena (francesa casi desde la Edad Media). Un error fatal y de pésimas consecuencias: si Bismarck se hubiera limitado a realizar la unidad alemana sin anexionar nada, seguro que Francia y Alemania se habrían reconciliado rápidamente. Pero Bismarck ya no era un hombre de la Ilustración; era un pangermano. Para los franceses, la nación se basaba en las leyes; para los pangermanos y Bismarck, se basaba en la raza. Evidentemente, Estrasburgo es una ciudad germana; pero, afrancesada, cohabitaba desde siglos atrás con la Marsella mediterránea o con la celta Quimper. El derecho al suelo fundó Francia, el derecho de sangre, Alemania (la República Federal Alemana no renunció a eso hasta muy recientemente). Esta idea étnica de la nación encontrará su apogeo con Hitler.

Mientras tanto, una cuarta parte de los habitantes de Alsacia abandonaron sus viñas y sus casas para conservar la nacionalidad francesa; muchos se instalaron en Argelia. Aquella anexión hizo imposible la reconciliación franco-alemana. Alsacia-

Lorena fue una herida abierta en un costado de Francia, una obsesión, hasta cuando nadie se atrevía a hablar de ello por temor a Alemania: «Pensar en aquello siempre. Nunca hablar de ello». Aquel error pangermano desencadenó la guerra de 1914 y el horror del siglo XX.

Por otra parte, el armisticio de 1871 fue muy mal recibido en Francia por muchos patriotas, para empezar por los parisienses. Da testimonio de ello la carta de un oficial de carrera, Louis Rossel, a su ministro, desde el campo de Nevers:

Tengo el honor de informaros de que vuelvo a París para ponerme a disposición de las fuerzas que allí se puedan constituir. Me he informado por un despacho [...] de que hay dos partidos en lucha en el país, yo me alinearé sin dudar del lado de aquel que no haya firmado la paz y no formaré parte de las filas de los generales culpables de la capitulación. Al tomar una resolución tan grave y dolorosa, lamento tener que dejar suspendido el servicio al genio del campo de Nevers [...].

Tengo el honor de ser, mi general, vuestro obediente y devoto servidor.

L. Rossel

Tras el armisticio, las elecciones dieron la mayoría a la derecha, que se reunió en Asamblea en Versalles, y Adolphe Thiers se convirtió en el Jefe del Estado.

Pero París, invencible después de cuatro meses de asedio, aceptaba mal la derrota. Cuando el Gobierno de Versalles quiso recuperar los cañones colocados en la colina de Montmartre, hubo una insurrección en la capital, y el 18 de marzo de 1871 se declaró “Comuna libre”, independiente del gobierno del señor Thiers.

Karl Marx vivió en la Comuna la primera «dictadura del proletariado».

Durante dos meses, la bandera roja ondeó en el Ayuntamiento. Es cierto que la Comuna era una insurrección social, pero más aún una insurrección patriótica. Oficiales como Rossel se pusieron a su servicio. Oficiales franceses se enfrentaron a otros oficiales, compañeros de promoción, tal y como lo muestra la nota de Rossel, convertido en jefe militar de la Comuna, dirigida a un oficial de Versalles:

Querido camarada:

La próxima vez que os permitáis enviarme una intimidación tan insolente como vuestra carta autógrafa de ayer, le mandaré fusilar, señor parlamentario, conforme mandan los usos de la guerra...

Vuestro devoto camarada Rossel, delegado de la Comuna de París.

Las semanas perdidas habían permitido al Gobierno de Versalles hacer llegar de provincias tropas fieles. El 21 de mayo, éstas entraron en París y se hicieron con la ciudad después de ocho días de duros y realmente sangrientos combates —«La

Semana Sangrienta», del 21 al 28 de mayo de 1871—. A las ejecuciones sumarias que Versalles perpetró, se respondió con la masacre de los rehenes (entre ellos el arzobispo de París, monseñor Darboy) y el incendio de las Tullerías y del Ayuntamiento. Los últimos comuneros, 147, fueron fusilados en el cementerio de Père-Lachaise. La represión había provocado miles de muertos.

El Segundo Imperio terminaba no sólo en el desastre, sino también debido a una auténtica guerra civil en el «tiempo de las cerezas». El Gobierno legal de Adolphe Thiers había triunfado bajo la mirada de los prusianos.

Estados Unidos y la Secesión

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, al margen de la Historia universal, aprovecharon no obstante los conflictos del viejo mundo para crecer. En 1800, construyeron una capital federal llamada Washington, siguiendo unos planos ideados por el arquitecto francés Pierre L'Enfant.

Las guerras de la Revolución, aunque los ingleses hubieran quemado Washington en 1814, sólo les afectaron de manera ocasional. Pero las aprovecharon sobre todo para, en 1803, comprar a Napoleón el inmenso territorio de Luisiana (el Medio Oeste y el Misisipí) y a España, la Florida. Después de violentas discusiones con los británicos, éstos les habían reconocido la posesión de Oregón, que controlaba el acceso al océano Pacífico. Ya hemos señalado que, como consecuencia de una serie de conflictos con México, desde el Álamo (1836) hasta la guerra abierta (1848), se habían apoderado de Arizona, Texas y California, cuya toponimia continúa siendo española (Los Ángeles, San Francisco, San Antonio).

Estados Unidos se benefició durante todo el siglo de una emigración masiva: a lo largo de sesenta años, veinte millones de europeos cruzaron el Atlántico para establecerse allí. Los desplazamientos masivos de la población ya eran posibles. A la navegación a vela del siglo XVIII le había sucedido la navegación a vapor de la primera Revolución industrial, que desembarcaba en las costas americanas a miles de emigrantes decididos a rehacer allí sus vidas.

Muchos de los que llegaban procedían de la antigua patria inglesa (en plena explosión demográfica), pero también de Irlanda (depauperada por el dominio protestante y asolada por la hambruna), de Alemania (durante mucho tiempo se habló alemán en el Medio Oeste) y de Escandinavia. Igualmente se veían llegar centenares de miles de europeos del sur (españoles, italianos, portugueses) y del este (polacos, rusos y griegos).

Nació entonces un «mito americano» que ilustra la estatua de la Libertad, esculpida por Bartholdi, un regalo de Francia que se instaló delante de Manhattan en 1886. La inmigración cambió la naturaleza de la población, hasta entonces constituida principalmente por ingleses protestantes y esclavos negros. En particular, la Iglesia católica se hizo muy poderosa (la primera denominación americana).

En aquel momento estalló la mayor crisis de la joven historia de Estados Unidos. Los estados del sur, poco afectados por la inmigración, seguían en manos de los terratenientes, que se asemejaban a lo que había podido ser Washington; en sus explotaciones de algodón hacían trabajar a una mano de obra servil, descendiente de la trata de esclavos. Los del norte estaban poblados por campesinos libres, obreros y

comerciantes, y contaban con grandes ciudades: Nueva York, Boston. Los intereses de los del norte y de los del sur eran opuestos: los terratenientes querían exportar su algodón; los industriales deseaban proteger sus fábricas de la competencia europea. Las mentalidades divergían por completo. Los aristócratas del sur despreciaban a los inmigrantes del norte, y a la inversa.

La elección como presidente del antiesclavista Abraham Lincoln trajo consigo la ruptura. En 1860, los estados del sur llevaron a cabo la secesión y formaron una confederación de doce Estados sudistas bajo la presidencia de Jefferson Davis.

Al contrario de lo que dice la leyenda, el rechazo a la esclavitud no fue el principal motivo de la guerra. La cuestión central que plantearon los confederados era la del derecho de secesión, puesto que la Constitución americana no había previsto ese caso.

En la actual Unión Europea, un Estado puede secesionarse denunciando los tratados. La «Unión» americana de entonces, entendiendo, con razón, que estaba en juego la propia supervivencia de Estados Unidos, se negó a conceder a los confederados el derecho a separarse. Éste fue el principio de una larga y sangrienta guerra que duró del 18 de abril de 1861 al 14 de abril de 1865.

Aparentemente, la lucha era desproporcionada: veintitrés millones de nordistas contra nueve millones de sudistas (entre ellos muchos esclavos negros a los que no se movilizaba). El norte también contaba con el ferrocarril, industrias y los grandes puertos. Sin embargo, la victoria del sur no era imposible, pues los terratenientes estaban preparados y sus generales eran excelentes.

Los sudistas se hicieron, en efecto, con una serie de victorias; pero la marcha del general Lee sobre Washington fue abortada en la batalla de Gettysburg, del 1 al 3 de julio de 1863. Desde entonces quedó tan patente la superioridad del norte que sólo podía ganar aquella larga guerra. Sherman se apoderó de la mayor ciudad del sur, Atlanta, y la incendió en noviembre de 1864. Lee tuvo que capitular el 9 de abril de 1865, en Appomattox. Jefferson Davis dimitió. Abraham Lincoln fue asesinado por un fanático sudista, pero la Unión había triunfado. Nunca más volverá a ser cuestionada.

La guerra de Secesión fue la primera guerra «moderna»: empleo masivo del ferrocarril, cañones, armas de disparo rápido. Causó seiscientos mil muertos: 350.000 nordistas y 250.000 rebeldes.

Se abolió la esclavitud en toda la Unión, pero el racismo y el *apartheid* se mantuvieron vivos (de hecho así fue hasta el Movimiento de los Derechos Cívicos de Martin Luther King). Aquí se encuentran las raíces de los dos partidos actuales, aunque sus recíprocos electorados hayan cambiado. Sólo gracias a la guerra de Secesión, Napoleón III pudo arriesgarse a su aventura mexicana.

En Estados Unidos, el problema negro está en vías de solución. Esa población es

más pobre que la de origen europeo o asiático; al menos es numerosa y está en el camino hacia la ascensión social.

Otra minoría fue casi aniquilada: los pieles rojas. Sobreviven alrededor de un millón de indios, en la actualidad integrados, pero a finales del siglo XIX su número no superaba los cien mil.

Los amerindios, al norte de Río Grande, no eran campesinos como los aztecas o los incas, sino cazadores nómadas. Los americanos se apropiaron de sus tierras de caza para convertirlas en terrenos de cultivo, acabaron con la caza (quizá en 1815 podía haber veinte millones de bisontes, frente a los menos de un millón en 1880) y masacraron a las tribus conservando su buena conciencia. Tocqueville, que visitó América antes de la guerra de Secesión, dejó una sorprendente página en *La democracia en América* sobre el comportamiento de los americanos para con los indios.

Los españoles sueltan sus perros contra los indios como contra las bestias salvajes; saquean el Nuevo Mundo en cuanto se apoderan de una ciudad, sin criterio y sin piedad, pero no se puede destruir todo, la furia tiene un límite: la población indígena que escapó a las masacres acabó por mezclarse con sus vencedores y por adoptar su religión y sus costumbres.

La conducta de los americanos de Estados Unidos para con los indígenas respira, al contrario, el más puro amor a las formas y a la legalidad. Por más que los indígenas permanezcan en estado salvaje, los americanos nunca se mezclan en sus asuntos... Les toman fraternalmente de la mano y les conducen a morir fuera del país de sus padres.

Los españoles, cometiendo unas monstruosidades sin parangón, cubriéndose de una vergüenza inefable, no llegaron a exterminar a los indígenas, ni siquiera a impedirles compartir sus derechos. Los americanos de Estados Unidos alcanzaron ese doble resultado con una maravillosa facilidad, tranquila, legal, filantrópicamente, sin violar uno solo de los grandes principios morales a los ojos del mundo. ¡No se sabría destruir a los hombres respetando más las leyes de la humanidad!

Tras la guerra de Secesión, Estados Unidos reanudó su expansión. En 1867 compró Alaska al Imperio del zar, colonizada hasta entonces por los rusos. Nos podemos imaginar lo que habría sido la guerra fría si la URSS hubiera contado con Alaska.

En 1898 Estados Unidos declaraba por segunda vez la guerra a una potencia europea. España conservaba de su antiguo Imperio Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Los americanos no tuvieron que esforzarse para ganar a aquella monarquía, entonces decadente. Puerto Rico todavía les pertenece. Filipinas, independiente desde 1946, permanece bajo su influencia. Sólo Cuba se liberó, pero Washington conserva la base de Guantánamo, donde envía a sus prisioneros talibanes.

En 1901, el presidente Theodore Roosevelt formuló la teoría, todavía en práctica, del gran palo (*big stick*) contra los enemigos de Estados Unidos. Sesenta años antes, el presidente Monroe había pronunciado el famoso eslogan: «América para los americanos» que entonces y ahora significa: «América latina para los americanos del norte».

Al mismo tiempo se operaba una formidable expansión industrial, facilitada por la llegada de inmigrantes y de capitales, por la inmensidad de espacios vírgenes con un clima templado y por la libertad para emprender.

En 1869, el primer ferrocarril continental, el Grand Pacific Railway, unía Nueva York con San Francisco. El magnate del ferrocarril era Van de Bilt. A continuación, el petróleo salió a flote en Texas, creando la fortuna de la familia Rockefeller. Las acerías de Carnegie y de Morgan empezaron a producir acero en abundancia.

Un poderoso movimiento sindical, en lucha contra la agresiva patronal americana, se desarrolló al precio de las primeras revueltas sociales sangrientas. (Éste es el origen de la fiesta del trabajo del 1 de mayo.) Se crearon grandes sindicatos como el AFL (*American Federation of Labor*). Al final, patronal y sindicatos firmaron compromisos aún difíciles.

La violencia de las luchas sociales después de la guerra de Secesión no impidió la integración de los inmigrantes y un patriotismo —común entre obreros y patronos, gánsteres de Chicago y financieros de Wall Street— que hizo posible esa integración: el *meltingpot*. El patriotismo es una cualidad americana. Cuando uno se convierte en ciudadano americano, se compromete. Se obtienen derechos pero se acepta estar sujeto a los deberes. Se presta juramento a la Constitución y a la bandera. También lo hacen en las escuelas, hasta los catorce años, todos los americanos: «*Aledge allegiance to the flag of the United States of America and to the Republic which it stands for. One nation under God, with justice and liberty for all*».

A finales del siglo XIX, Estados Unidos ya se había convertido en un país muy poderoso. Sin embargo, intervenía poco en el antiguo mundo. Cuando se dice que el americano es aislacionista, no se sabe bien hasta qué punto esto es exacto. América es una isla —mucho más que Inglaterra, que necesita importar y exportar—. América es una isla continental muy grande que no necesita del mundo exterior. Incluso tiene petróleo, sólo lo importa por razones estratégicas. Si el mundo exterior desapareciese, América no se inmutaría. Ese Estado-continente se basta a sí mismo. Además cuenta con una población cuyos antepasados, todos ellos, por una u otra razón, huyeron del viejo continente.

El americano del Medio Oeste no se interesa por el resto del amplio mundo. Si un intelectual parisiense quiere medir la importancia de Francia por medio del número de líneas que se le dedica en los periódicos de Minneapolis, es que desconoce que el «exterior» en general y Francia en particular no le interesa en absoluto al americano

profundo, quien, por cierto, antes de las guerras del Golfo desconocía hasta la existencia de Irak. (Sin embargo, en tiempos del Imperio británico, apenas había una familia inglesa que no tuviera un primo en el ejército de la India.) En realidad, la epopeya americana es completamente «interior»: la conquista del Oeste, convertida en imágenes por las películas de vaqueros.

La conquista colonial. Japón

DESDE LOS GRANDES descubrimientos del siglo XVI, los europeos se habían lanzado a la conquista del mundo.

Ya hemos relatado las aventuras portuguesas y españolas (a las que contribuyeron los navegantes venecianos y genoveses), y más tarde las de holandeses y franceses; el Reino Unido acabó por triunfar sobre sus competidores —al precio, es verdad, de la independencia de Estados Unidos—. Aquél fue el apogeo de la talasocracia inglesa, *the British Empire*.

En África, los boers o *afrikaners* prefirieron liberarse del dominio inglés. Con sus familias, sus carros y sus bueyes, abandonaron Ciudad del Cabo entre 1834 y 1838 para ir a fundar estados libres en Orange y en Transvaal.

En Asia, Holanda pudo conservar Indonesia.

En América, Estados Unidos dominaba todo salvo Canadá, que permaneció fiel a Londres.

Tras la guerra de Secesión y la guerra franco-alemana (por lo tanto, después de 1870), todas las potencias europeas quisieron estar presentes en el reparto del mundo, y también Estados Unidos (Puerto Rico, Filipinas y Cuba).

El Imperio británico se consolidó, y con mucha ventaja, como el primer Imperio colonial europeo.

La India se había convertido en una colonia de explotación próspera, en la que la reina Victoria había sido proclamada emperatriz en 1877, con Calcuta como capital, más tarde Nueva Delhi, y con Bombay como el principal puerto mirando hacia la metrópoli. El Estado de la India, al que los ingleses llamaban *Radjih*, fue la gran realidad colonial del siglo XIX. Allí las revueltas eran escasas (la de los cipayos, en 1857, que había empezado como un amotinamiento militar). Los ingleses practicaban el gobierno indirecto por medio de príncipes y rajas, y se mantenían cuidadosamente a distancia de los indígenas, con los que —al contrario de los portugueses y españoles— no se mezclaban. Pero ellos fueron los que equiparon al subcontinente (vías férreas, infraestructuras) para su gran provecho y aseguraban la paz con ayuda de un ejército indígena de trescientos mil hombres, bajo del mando de veinte mil ingleses: «el ejército de las Indias».

Los británicos buscaron proteger el subcontinente (por primera y última vez unido) ocupando sus fronteras: en el Himalaya, Sikkim, Bután, Nepal; hacia el este, Birmania; hacia el sur, Malasia. No lograron instalarse de manera permanente en el oeste, en Afganistán, que también lo ambicionaba el Imperio de los zares. Afganistán se convirtió entonces en un espacio tapón entre rusos e ingleses. Frente a aquel país,

en las zonas tribales que aún existen, poderosas guarniciones británicas controlaban las montañas. Se pueden ver, atravesando el paso de Khiber, unas placas clavadas en las rocas con los nombres de los regimientos de Su Graciosa Majestad.

La gran preocupación de la Inglaterra imperial era controlar las rutas marítimas que la unían con la India por el sur, a eso se debe la conquista de Ciudad del Cabo, o por el norte, el canal de Suez. Construido por los franceses y en sus manos, Suez planteaba problemas a los ingleses. El problema se resolvió con la compra de la mayor parte de las acciones de la compañía, y sometiéndolo a la tutela de Egipto. El Cairo se convirtió, por así decirlo, después de Londres, en la segunda capital de Imperio británico. Algo que se pudo comprobar durante la Segunda Guerra Mundial. El control (sobre Egipto y el canal) no cesará hasta 1956. Más allá de Suez, los ingleses se establecieron en Aden, y más allá de Malasia fundaron en China el rico enclave de Hong Kong. Para controlar los ¹ estrechos del sureste asiático, crearon la ciudad portuaria de Singapur, de alguna manera la tercera capital imperial.

En África, el Imperio británico se dirigió hacia el sur desde Egipto, y hacia el norte desde Ciudad del Cabo. Conquistó Sudán después de una sangrienta revuelta del *mahadi* de Jartum y de la muerte de Gordon (1884), por medio de la gran expedición de Kitchener, en 1898. Desde Ciudad del Cabo, Cecil Rhodes extendió la influencia inglesa hacia el norte con la idea de unir Ciudad del Cabo con El Cairo.

Por otra parte, los ingleses poblaban Canadá (sin poder deshacerse de los quebecquenses, prueba de la presencia francesa), Australia y Nueva Zelanda. Estos países se convirtieron en *dominios* de los «Estados asociados» con sus propias libertades.

En el Mediterráneo, Inglaterra poseía Gibraltar, Malta y Chipre (conquistada a los turcos). En África occidental se aseguraba la desembocadura del río Niger (Nigeria).

Por desgracia para el Imperio, en la ruta de Ciudad del Cabo a El Cairo, los *afrikaners* se habían instalado desde 1834 en Orange y en Transvaal. Los colonos holandeses no temieron enfrentarse a los ingleses. Aquella fue la guerra de los Boers, de 1899 a 1902. Bajo la dirección de su presidente Kruger, los boers se hicieron con varias victorias y Kitchener sólo pudo vencerles, tras una dura campaña, a finales de 1901. Los ingleses triunfaron, pero se vieron obligados, por la Paz de 1902, a hacer amplias concesiones a los *afrikaners*. Principalmente dejarles el poder en el nuevo *dominio* de Sudáfrica —lo que, en el siglo siguiente, con el *apartheid*, comportará muchos conflictos—. Pero en 1899, los boers se ganaron la simpatía general. Sus «comandos» (la palabra que hizo fortuna procede de entonces) aterrorizaron al ejército colonial inglés, y pasaron por defensores de la libertad.

El Imperio colonial francés, lejos de poder igualar a Inglaterra, fue el segundo en importancia.

Instalado desde 1830 en Argel, Francia creó Argelia. En la península del Magreb,

entre el Sahara y el Mediterráneo, desde la Antigüedad sólo existían dos países: al este, el África romana, *Ifrika* árabe, convertida en Túnez; al oeste, Marruecos, islamizado, pero que los turcos no habían podido conquistar.

Francia hizo retroceder al mundo turco hacia el este y conquistó Constantina, luego empujó al mundo árabe-bereber hacia el oeste y se hizo con Oran. Había nacido Argelia. Durante mucho tiempo, Francia dudó. Tras el sueño del «reino árabe» de Napoleón III, las circunstancias —éxodo de los alsacianos, deportación de los comuneros, inmigración espontánea de españoles y sicilianos— convirtieron a Argelia en una colonia muy poblada. Por lo tanto, la República del 4 de septiembre creó en aquella tierra departamentos franceses. Aunque quiso y logró ' integrar a los argelinos de confesión judía (el decreto de Crémieux), no se atrevió a proceder de igual manera con los indígenas de religión musulmana. Permanecieron como sujetos sin convertirse en ciudadanos.

De este modo, la Argelia francesa descansaba cómodamente sobre una ficción. Realmente, en Argelia hubo un pueblo formado por ciudadanos franceses (una mezcla de franceses de Francia, españoles, malteses, italianos y judíos indígenas), pero el pueblo indígena musulmán nunca se integró. ¿Lo podría haber hecho? ¿La solución del «reino árabe» era real?

Sin embargo, en 1881, Francia practicó con éxito la política del protectorado en Túnez. Más tarde, en 1912, llevó esta política a la perfección en Marruecos: el general Lyautey, Alto Comisario, se creyó una especie de Richelieu al servicio del sultán. Desde Marrakech hasta t Kairuán, todo el Magreb era francés.

A partir de 1862, el general Faidherbe creó el gran puerto estratégico de Dakar, que domina el Atlántico sur, y ocupó Senegal en el África negra. Valientes capitanes aseguraron, más o menos, la posesión de la mayor parte del oeste de África. Y un francés de origen italiano, Savorgnan de Brazza, garantizó la de África ecuatorial. En el río Congo, Savorgnan fundó Brazzaville, que aún conserva su nombre. Savorgnan era el heredero de una gran familia veneciana de Brazza, en Dalmacia (Kvar en la actualidad).

En el sureste de Asia, Francia, presente en Cochinchina desde el Segundo Imperio, conquistó Tonkin y el Imperio de Annam con tropas mandadas por el general Gallieni, impuso a los reinos de Laos y Camboya un protectorado y creó la Indochina francesa (en donde el cultivo de hevea la convertirá en una rica colonia de explotación). El mismo Gallieni, en la ruta de Ciudad del Cabo, anexionó al dominio francés la gran isla de Madagascar tras haber deportado a la reina Ranavalona. Por otra parte, la República conservaba desde los tiempos de la monarquía las Antillas y la isla de Reunión, y se imponía en el sur del Pacífico en Nueva Caledonia y en Oceanía (Tahití).

Desde Argel hasta el Congo y de Dakar a Yibuti, la República «pacificaba»

progresivamente el Sahara y creaba un vasto dominio francés de una sola pieza.

La progresión francesa del oeste al este se encontró en el alto Nilo, en Fachoda, con el movimiento inglés, que se dirigía del norte al sur. El 10 de julio de 1898, el comandante Marchand se enfrentaba a Lord Kitchener. Por orden del Gobierno, Marchand tuvo que renunciar. Desde Napoleón III, Inglaterra había pasado del estatus de enemiga al de aliada, más aún después de la anexión por parte de Prusia de Alsacia-Lorena.

Aquella aventura colonial tuvo sus héroes y sus verdugos: Savorgnan de Brazza liberaba esclavos y hablaba de fraternidad, mientras que los oficiales de una columna que marchaba hacia el Chad, completamente enloquecidos, quemaban ciudades y sumían al Sahel en la desolación. Asesinaron al coronel que la República había enviado en su persecución, pero a ellos los mató su propia tropa de indígenas.

En 1900, tres columnas francesas bajo el mando de Fouereau, Lamy y Gentil, que habían partido de Argel, de Dakar y de Brazzaville, se encontraron en el lago Chad. Se había creado el África occidental francesa y el África ecuatorial francesa. Al igual que Inglaterra en la India, Francia enroló a muchos africanos en sus batallones: argelinos, marroquíes, senegaleses constituyeron tropas de «indígenas» bajo el mando de oficiales franceses y formaron un «ejército africano» (del mismo modo que el «ejército de las Indias»). En 1900 se creó en París la Escuela Colonial para asegurar la formación de los administradores. Los colonos tenían el mismo grado de formación que los alumnos de la Escuela Nacional de Administración, además de espíritu de aventura.

En 1885, en el congreso de Berlín, los europeos se repartieron el continente africano. Porque franceses e ingleses no estaban solos allí.

La vasta cuenca del Congo, que ambas potencias ambicionaban por igual, quedó establecida como una zona tapón y se entregó al rey de los belgas, Leopoldo II, a título de propiedad personal. Leopoldo explotó las riquezas de la zona (marfil, caucho, cobre de Katanga, diamantes) sin escrúpulos y con una violencia tal que conmocionó al Parlamento belga, el cual transfirió la propiedad del Congo a Bélgica.

Los rusos se dirigían hacia el este, y fundaron el puerto de Vladivostok en el mar de Japón. En dirección sureste ocuparon las regiones musulmanas del Amu Daría, entre otras, Bukara y Samarcanda. Establecieron una especie de condominio con los ingleses sobre Persia. En el sur, el Imperio de los zares aseguró su dominio sobre el Cáucaso cristiano (Armenia y Georgia) y musulmán (Azerbaiyán).

Alemania, que entró con retraso en la competición, porque antes había tenido que llevar a cabo su unidad y vencer a Francia, en 1871 anexionó Camerún, Togo, Namibia y, principalmente, el este africano (que se convertiría en Tanzania).

Los portugueses conservaban los restos de su antigua grandeza en África, en Angola y en Mozambique.

También Italia quiso poseer colonias, aunque no tuvo suerte: quería ocupar Etiopía, la única nación del África negra no prehistórica. Pero, en 1896, las tropas del negus (emperador) Ménelik aniquilaron a los italianos en Adúa. No obstante, Italia se apoderó de la costa (Eritrea y Somalia) y, en noviembre de 1911, declaró la guerra a Turquía para quitarle, en 1913 y tras duros combates, Tripolitania (Libia).

En aquella época, el mundo entero era colonizado por los europeos, o americanos, ya que los estados latinoamericanos estaban bajo protectorado de Estados Unidos.

Las potencias, que no pudieron comerse China porque era demasiado grande, la explotaron y establecieron en su territorio «concesiones», sin dudar en enviar allí sus tropas cuando, en 1900, la emperatriz Tseu Hi, manifestando veleidades de independencia, apoyó bajo cuerda la revuelta xenófoba de los Bóxers (los Cincuenta y cinco días de Pekín).

Quedaba el Imperio turco, que se extendía desde el Adriático hasta el golfo Pérsico. Pero se le conocía como «el hombre enfermo» y los europeos disputaban su preponderancia en aquellas tierras: los alemanes construían el ferrocarril de Constantinopla a Bagdad; los franceses «protegían» a los cristianos del Líbano; los rusos le declararon la guerra y consiguieron que, en 1878, los otomanos concedieran la autonomía a Bulgaria, que se declaró independiente en 1908.

También era la época de las grandes exploraciones a las fuentes del Nilo y, sobre todo, del encuentro, en el centro de África, de Stanley y Livingstone. Stanley acabó por encontrar al viejo misionero, el único blanco en mil kilómetros a la redonda; sin perder su flema británica, le tendió la mano y le dijo: «*Mister Livingstone, I presume...*».

En 1890 y 1911, el explorador noruego Amundsen se aventuró en las expediciones al polo Norte y al polo Sur. De hecho, Amundsen murió en la Antártida.

Poco a poco, se fueron completando las manchas blancas de los mapas. Por primera vez en la Historia, hasta los últimos rincones de la Tierra se visitaban, se censaban y se cartografiaban.

Sin embargo, hubo una excepción dentro de aquel dominio europeo del mundo: Japón. Esta vieja nación feudal, ya lo hemos señalado, estaba cerrada a Occidente desde el siglo XVI. No obstante, un buen día, el emperador de Japón, Mikado, vio aparecer bajo sus ventanas, en la ensenada de Tokio (Edo), a la flota americana del comodoro Peary. Era 1853. El emperador, que reinaba pero no gobernaba, fue repuesto en el poder y el intendente de palacio (el shogún) obligado a dimitir. Los samurais habían aprendido la lección: «Si no nos "modernizamos" como ellos, los perros europeos acabarán con nosotros». En 1868, el emperador Mutsuhito proclamó la era Meiji, literalmente, «despotismo ilustrado». Los japoneses acudieron a formarse a Occidente, Japón recibió a sabios y técnicos del mundo entero y en veinte años recuperó su retraso técnico.

El ejército de los samurais se convirtió en un ejército moderno que unía el heroísmo tradicional con los equipamientos más avanzados; y lo mismo sucedió en la marina.

En 1894, Japón anexionó Taiwán, y luego, en 1910, Corea. Progresando hacia el oeste, se enfrentó con los rusos, que iban en sentido inverso. Estalló la guerra. Los valientes oficiales del zar despreciaron a aquellos «indígenas» y pensaron borrarlos de un plumazo. La gran flota rusa del Báltico había dado la vuelta por África y apareció ante las costas japonesas. El 28 de mayo de 1905, la «Armada Invencible» rusa del almirante Rojdestvenski fue hundida en Tsubima. Aquel sorprendente desenlace, que anunciaba el de Pearl Harbor, provocó que el archipiélago se incluyera en los conciertos de las potencias.

Japón es el único ejemplo de país del Tercer Mundo que consiguió modernizarse en la época. (A pesar de su victoria sobre los italianos, el negus no consiguió modernizar Etiopía.) El motor de aquella modernización autóctona es evidente: el patriotismo. Feudal, anárquico, el Japón de los samurais era una auténtica nación unificada y orgullosa. El patriotismo fue la palanca que impulsó a Japón a entrar en el mundo moderno, para lo bueno y para lo malo.

¿Qué pensar, qué decir de la aventura colonial? En primer lugar, hay que evitar el anacronismo: los europeos de la época eran plenamente conscientes, como lo demuestra el discurso de Jaurès, del deber de los pueblos superiores respecto a los inferiores. Aquella generosa ambición no fue sólo un deseo piadoso. Francia abrió dispensarios, creó el Instituto Pasteur, envió médicos (entre ellos a Louis-Ferdinand Celine), además de ingenieros y profesores. Junto a crueles gánsteres hubo también santos —entre otros, muchos misioneros católicos y protestantes, que implantaron con éxito el cristianismo en Vietnam y en el África negra—. Al lado de explotadores sin escrúpulos, hubo entregados «cooperantes». En Inglaterra, Kipling exaltaba el «pesado fardo del hombre blanco». El colonialismo tenía un aspecto que podría calificarse de «kuchneriano»: generoso, humanista, «de izquierdas». En el discurso de Jaurès aparecen los mismos argumentos que Kuchner utilizó preconizando el «derecho de ingerencia», los *french doctors* son los hijos espirituales de Ferry y de Jaurès.

Aquella generosidad no era sólo un pretexto. A todas las naciones, salvo a Inglaterra, la colonización les ha costado más de lo que les ha reportado.

El auténtico motivo de la colonización no fue ni humanitario, ni económico (a pesar de la crisis de 1880, que empujó a los países a asegurarse mercados en ultramar); sino que residió en la rivalidad entre las potencias, dentro de la voluntad de no dejar sitio a las demás. (Las crisis de Fachoda, entre franceses e ingleses; de Agadir, entre franceses y alemanes.)

¿La colonización era ineludible? Podría pensarse que sí. Ya lo hemos subrayado,

la modernidad es semejante a una epidemia. El mundo «prehistórico» del África negra no hubiera sobrevivido a un simple contacto. Los mundos feudales (árabe-musulmán, turco, etcétera) tenían muchas posibilidades, como lo demuestra el ejemplo de Japón. Sucede que sólo Japón supo aprovechar esa oportunidad.

¿La colonización fue buena o mala? Según se mire. Es seguro que la colonización destruyó todas las estructuras e instituciones tradicionales del Tercer Mundo.

Recordemos que sólo se habla de «colonización» cuando los pueblos presentes no ocupan el mismo lugar en la escala del tiempo que el pueblo colonizador. Es la noción de «desfase temporal» (este desfase nos sirvió para explicar el sorprendente éxito de los españoles frente a los incas).

Cuando Napoleón se enfrentaba en una guerra con los reyes de Europa, era un conquistador, no un colonizador (lo que sí fue en Egipto). Napoleón vencía por su genio estratégico a ejércitos tan modernos como el suyo.

Sin embargo, en el combate colonial hay siglos de diferencia entre el ejército invasor y las tropas del pueblo conquistado. El coraje de los mamelucos o de los guerreros zulúes no podía nada contra ellos. Este es el motivo por el que en la aventura colonial hay escasas guerras de verdad. De hecho, sólo hubo dos: la guerra de los Boers, porque los *afrikaners* eran europeos, y la guerra ruso-japonesa, porque los japoneses se habían modernizado.

Recordemos también que, dentro de la noción de imperio (incluso imperio colonial), hay una idea de intercambio. El imperio, evidentemente, adquiere mucho, pero pretende aportar algo y, de hecho, lo aporta: paz, equipamientos. El imperio es algo distinto de la hegemonía: la hegemonía no tiene deberes, el imperio sí.

Y para terminar, se pueden distinguir dos tipos de colonización: la colonización de cargos superiores y la colonización de población.

La colonización de cargos superiores mantiene el país conquistado con poca población metropolitana. Los ingleses gobernaron el subcontinente indio y a sus centenares de miles de indígenas (el término «indígena» no tiene ninguna connotación peyorativa: los ingleses son los indígenas de Inglaterra) con cien mil colonos, funcionarios, oficiales y comerciantes. Cuando acaba la colonización, los cargos superiores vuelven a la metrópoli.

Ese tipo de colonización, por lo general, no deja demasiado mal recuerdo a los colonizados. Los indios (al menos los dirigentes) siguen siendo muy *british*. Y los senegaleses se consideran los «franceses africanos».

La colonización de población instala en ultramar a una población europea numerosa y de manera que se pretende definitiva.

En este sentido el «sionismo» que inventó Theodor Herzl en 1896 para refugiar a los judíos perseguidos, se inscribe en este contexto. Aunque, en el caso de Palestina, ese movimiento se considere un «regreso» y no una conquista. Ya hablaremos de ello.

La colonización de población, al yuxtaponer a dos pueblos, desemboca a menudo en la evicción de uno de ellos: el de los indígenas. De hecho, los americanos desposeyeron a las tribus indígenas, los australianos a los aborígenes, y los neozelandeses a los maoríes; en estos casos, los europeos ya no tienen problemas. También puede que se dé la evicción de los colonos, que es, como ya veremos, lo que pasará en Argelia: los indígenas musulmanes expulsarán a los europeos de un país en el que vivían desde hacía un siglo.

Sin embargo, el compromiso no es imposible. En Nueva Caledonia, europeos y canaqueses coexisten bajo la protección tutelar de Francia. En Sudáfrica, *afrikaners* y negros, en este caso sin intervención exterior, parecen resueltos a vivir juntos.

La Belle Époque

EN FRANCIA, después de la tragedia de la Comuna, el vencedor, Adolphe Thiers, fue nombrado jefe del Ejecutivo. En 1873 consiguió que Bismarck ordenara la evacuación del país (excepto Alsacia-Lorena) a cambio de una indemnización de guerra como contrapartida. Una vez se hubieron marchado los prusianos, el mariscal Mac-Mahon le sucedió en el poder.

En consecuencia, aunque la Comuna había surgido de una insurrección de izquierdas el 4 de septiembre de 1870, la derrota y la propia Comuna habían empujado a la República muy hacia la derecha, lo que no se contradice con la Constitución de 1875, que, aprobada por referéndum con una débil mayoría, habría podido convenir una monarquía constitucional.

La restauración monárquica fracasó como consecuencia de la obstinación del conde de Chambord, quien no quería conservar la bandera tricolor. La Tercera República durará hasta 1940.

En mayo de 1877, los republicanos, tras ganar las elecciones legislativas, dieron al régimen un giro hacia la izquierda. Mac-Mahon se vio forzado a dimitir, y el poder real quedó repartido entre la Asamblea Nacional y el que entonces se llamaba presidente del Consejo, puesto que el presidente de la República sólo gozaba de un cargo honorífico.

La «República de los Julios» (denominada así porque muchos de sus ministros se llamaban Julio; el más conocido fue Jules Ferry) pasó por muchas crisis, pero su gobierno fue grande. La crisis más famosa y la más grave fue el caso Dreyfus.

Pero antes de esta crisis, los ciudadanos habían tenido tentaciones bonapartistas, encarnadas en un apuesto general, el general Boulanger (ministro de Guerra en 1884). Boulanger había ganado las elecciones de enero de 1889, pero no se atrevió a tomar el Elíseo, sintió miedo, huyó a Bélgica y allí se suicidó en 1891.

El caso Dreyfus fue mucho más serio. Al capitán Dreyfus, miembro de una familia judía de Alsacia, se le acusó, basándose en un simple parecido caligráfico, de haber entregado importantes secretos al agregado militar alemán. El capitán trabajaba en el servicio de información del Estado Mayor. Un consejo de guerra lo detuvo y juzgó con demasiada rapidez. La sentencia le condenó al penal de Guayana (octubre-diciembre de 1894).

El caso estalló en 1896, cuando se empezó a sospechar que el culpable no era Dreyfus, sino otro oficial llamado Esterhazy. El Estado Mayor se negó a revisar el juicio y absolvió a Esterhazy, entonces, los intelectuales franceses se movilizaron para liberar a Dreyfus. En 1898, Émile Zola escribió en el diario *L'Aurore* su famoso

editorial: *J'accuse*. El juicio se revisó en 1899 y el general alsaciano recuperó, en 1906, todos sus derechos.

Dreyfus fue víctima de una violenta ofensiva antisemita generalizada en Europa. En Rusia se vivía la época de los «progromos». Fue a consecuencia del caso Dreyfus cuando Theodor Herzl llegó a la conclusión de que era necesario crear en Palestina un refugio para los israelitas. Sin embargo, había «dreyfusianos», partidarios de la revisión del juicio, tanto de derechas (el padre de De Gaulle, Lyautey), como de izquierdas (Péguy, Zola).

Todos los que en la actualidad utilizan el «caso» como ejemplo de una caza de brujas (y de antisemitismo) contra Francia olvidan que los intelectuales franceses, la audiencia, el ejército y la opinión pública hicieron justicia a Dreyfus. ¿En qué otro país, en aquella época, se habría declarado equivocada la razón de Estado?

A pesar de las crisis, los aciertos de la «República de los Julios» fueron muchos. El primero de ellos se debe a Jules Ferry, quien en 1881 convocó a las urnas para votar una ley sobre la educación pública obligatoria hasta los catorce años. Aquella fue la primera en el mundo. Los policías iban a buscar a los recalcitrantes. Se obligó a todos los municipios a construir una escuela (en la que los chicos y las chicas estudiaban separados; entonces no existía la escuela mixta). Al mismo tiempo, en todas las provincias, el Estado abría escuelas de magisterio para formar a los maestros. Estos maestros, a los que Péguy llama los «húsares negros de la República» enseñaban a los niños a leer y escribir, cálculo y ciencias naturales, pero también civismo y amor a la patria. En la calle de Ulm, en París, se creó la escuela de magisterio superior para formar a los maestros de los maestros. Francia se convirtió en un pueblo completamente alfabetizado. Los periódicos entonces tenían unas tiradas de uno o dos millones de ejemplares (contra los doscientos o trescientos mil de hoy en día).

La Tercera República convirtió *La Marseillesa* en el himno nacional, y el 14 de julio en la fiesta nacional. El Estado adoptó el rostro de «Marianne» como símbolo.

En 1901 se votó una ley fundamental (aún en vigor) que reconocía la total libertad de asociación para los ciudadanos. Basta con tener un presidente, un secretario y un tesorero, además de entregar los estatutos y el objetivo de la asociación en la Jefatura de Policía. Por eso existen en Francia miles de asociaciones.

El país tenía en la Asamblea sus cimientos políticos: dos derechas (una liberal y otra bonapartista) y dos izquierdas (una liberal y otra totalitaria).

La República también supo facilitar la promoción social y reclutar a un nuevo personal dirigente: el maestro de los pueblos detectaba a los buenos alumnos y los enviaba internos a la capital de la provincia; si respondía a las expectativas, viajaba a París para ingresar en las Escuelas Superiores.

Sin embargo, como contaba con el apoyo de las clases medias de la ciudad y del

campo, la República no fue tan clarividente en materia social.

Había autorizado los sindicatos en 1884, pero subestimó las condiciones miserables en que se encontraban los obreros. La industrialización era violenta. La represión de la Comuna había dejado malos recuerdos a los obreros; recíprocamente, los republicanos temían a los agitadores. También la Segunda Internacional, nacida en 1889, fue mucho más reivindicativa que la primera, y la agitación obrera continua. En 1895 se fundó la CGT [Confederación General de Trabajadores], (el partido laborista inglés, en 1901), poco antes que la SFIO, la Sección Francesa de la Internacional Obrera, de Jean Jaurès (1905).

El marxismo se convirtió en un modo intelectual apremiante y fueron muchas las huelgas. Paradójicamente, el papa León XIII, en su encíclica *Rerum novarum*, se mostraba más abierto a la cuestión social que los republicanos. León XIII, sin embargo, recomendó a los católicos apoyar el régimen y olvidar sus ilusiones monárquicas: fue la consigna de la «adhesión».

A pesar de esto, el conflicto entre la Iglesia y la República dominó una época en la que clericales y anticlericales se enfrentaban con facilidad.

En 1905 se votó la famosa ley de «Separación entre Iglesia y Estado». Desde Enrique IV, la ciudadanía en Francia no se sentía vinculada a la religión, pero el concordato napoleónico (acto legítimo pero de circunstancia) seguía garantizando a la Iglesia católica un estatuto particular (el Estado pagaba a los sacerdotes). La separación puso fin a aquella situación. Al final, ganó la Iglesia.

En Francia están autorizados tanto los creyentes como los ateos, lo que se llama «laicidad». Esto no significa que el Estado no mantenga ninguna relación con los cultos, el ministro de Interior está obligado a debatir con las distintas religiones las cuestiones prácticas que plantea su libre ejercicio.

Sin embargo, aquella reforma fue impuesta de una manera demasiado violenta. Las congregaciones religiosas fueron proscritas y se censó el inventario de la Iglesia; los edificios religiosos construidos antes de 1905 pasaban a ser propiedad del Estado. Pero los moderados de la República y de la Iglesia consiguieron evitar los enfrentamientos frontales. Se abandonaron los inventarios.

La laicidad francesa, una idea original, está aislada en una Europa en la que la reina de Inglaterra es el Jefe de la Iglesia anglicana, los alemanes pagan impuestos «religiosos», igual que los italianos, españoles y polacos. De hecho, en muchos Estados no existe la religión oficial. Éste es el caso de Estados Unidos. Pero sólo Francia (junto con México) es perfectamente neutra y no confiere ninguna marca de reconocimiento a una religión particular. Y, sobre todo, pocos estados protegen a los agnósticos.

La *Belle Époque* fue también la de la segunda Revolución industrial. La primera, que dominó Inglaterra, había sido la del carbón, el ferrocarril y el acero. La segunda

fue la de la electricidad, que entonces se aprendió a transportar. La electricidad no era tanto una energía como un modo cómodo de transportar la energía, pues siempre es necesario que la producción se corresponda, en el mismo instante, con la demanda. También fue la de la generalización del uso del petróleo, mucho más fácil de manipular que el carbón. A partir del petróleo, en 1883 se inventará el motor de explosión.

El motor de explosión dio origen al automóvil y a la aviación. Los cálculos técnicos estaban hechos desde hacía mucho tiempo, pero a Leonardo da Vinci le faltaba un motor lo suficientemente potente y ligero como para mover sus máquinas.

Estados Unidos y Francia fueron los países pioneros de la segunda Revolución industrial. En 1903, los hermanos Wright consiguieron que un primer avión (así lo llamó el francés Clement Ader) volara en América, pero Francia fue la patria de la aviación: en 1909, Blériot sobrevoló el canal de la Mancha y, en 1913, Roland Garros cruzó el Mediterráneo.

El automóvil se extendió por todas partes. El americano Edison creó el micrófono y el fonógrafo. La fotografía la habían inventado Niepce y Daguerre; los hermanos Lumière proyectaron su primera película (*L'Arroseur arrosé*^[14]) en 1895.

En 1898, Pierre y Marie Curie descubrieron la radioactividad y, a partir de 1905, Einstein formuló su teoría de la «relatividad universal» (en Alemania y en Suiza). Freud, en Viena, inauguró las primeras terapias de psicoanálisis a partir de 1895. La telegrafía sin hilo la puso a punto Édouard Branly. Empezaba la era de la radio.

Para conmemorar con dignidad el centenario de la Revolución, en 1889, la República organizó en París una exposición universal. Pensando en aquella exposición, el ingeniero Eiffel construyó una torre (en principio provisional) en el Campo de Marte. En el parque de las Tullerías se invitó a un banquete a todos los alcaldes de Francia.

Por otra parte, en aquella época se cruzaban fácilmente las fronteras sin pasaporte (*La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne). Aquel final del siglo XIX fue infinitamente más «globalizado» que la actualidad. Había mucho menos papel mojado, mucho más comercio internacional y movimientos migratorios.

Francia, superada en hegemonía por Gran Bretaña y amenazada por Alemania, brilló con luz propia.

En los bares del barrio de Montparnasse, en París, se reunían los mejores pintores: Corot, Manet, Monet, Picasso, Degas, Seurat, Toulouse-Lautrec, Van Gogh, Cézanne, los impresionistas, los cubistas, los fauvistas... Una explosión de arte plástico sólo comparable con el del Renacimiento italiano.

En literatura ya hemos visto a Zola y a Péguy en relación con el caso Dreyfus; además surgían genios como Proust (*En busca del tiempo perdido* empezó a aparecer en 1913), Gide (quien publicó *Los alimentos terrestres* en 1897) y los grandes poetas

—Rimbaud, Verlaine y Wilhlem Apollinaris de Kostrowitzky (quien adoptó el pseudónimo de Guillaume Apollinaire)—, que ilustraban las letras francesas a la sombra de los grandes hermanos mayores del Segundo Imperio: Baudelaire y Flaubert, quienes habían desaparecido recientemente.

En los funerales de Victor Hugo —que había vuelto del exilio con la República—, celebrados en el Panteón en 1885, se alcanzó la cumbre de la liturgia republicana. (La historia de esta ceremonia la escuchó muy a menudo uno de los autores de este libro de boca de su abuelo, Théodule-Ladislas-Albert Barreau, quien asistió a ella a la edad de veinte años.)

Ésta es la razón por la que aquella época, a pesar de la miseria obrera, está legítimamente calificada como *Belle* [bella], puesto que se creía en el progreso: «La humanidad se levanta, todavía vacilante pero, con la frente bañada por la oscuridad, camina hacia la aurora». La felicidad procede de la esperanza, mucho más que del dinero. Nuestra época es infinitamente más rica en el aspecto material, pero los jóvenes, mucho más mimados, tienen menos esperanza.

Por otra parte, éste fue un período de paz. La guerra de 1870 había sido corta y la de Secesión lejana. En cuanto a las expediciones coloniales, que exaltaban a Psichari, y sus sombras (represiones, masacres), se ignoraban. Una vez más, se consideraba superada la posibilidad de la guerra. En 1911, Norman Angell, ensayista inglés, se permitía escribir: «La guerra entre Gran Bretaña y Alemania es imposible, porque si se produjera se arruinarían las Bolsas de Londres y de Berlín...». Sin embargo, las amenazas pesaban sobre el siglo.

El gran Imperio austríaco caía en la ruina. En 1867, Francisco José se veía obligado a conceder una amplia autonomía a Hungría. Desde entonces se habló de «Austria-Hungría». Pero checos y croatas se agitaban. A pesar de todo, los Habsburgo ocuparon en 1878 Bosnia, arrancada al Imperio otomano y que contaba con un número importante de población serbia (que soñaba con anexionarse a la Serbia independiente). La anexión se produjo en 1908. Las reivindicaciones de los eslavos del sur fueron incrementando su violencia, adquiriendo un carácter terrorista.

Las islas británicas, por su parte, se veían desgarradas por el patriotismo irlandés. En Irlanda, el Sinn Fein («nosotros solos») de Arthur Griffith reclamaba el *Home Rule*, que Westminster rechazó en 1886 y 1892, a pesar del primer ministro Gladstone. Este bloqueo desembocó en un levantamiento sangriento contra los ingleses en la Semana Santa de 1916 (en plena guerra).

Pero más tarde, las amenazas procedieron de la expansión alemana.

Unificada e industrializada, Alemania, con sesenta y siete millones de habitantes, se había convertido en la primera potencia económica de Europa. Buscaba su lugar bajo el sol. En 1890, el káiser se deshizo de Bismarck. Éste se retiró a Pomerania, criticando con amargura al emperador, y murió en 1898.

Guillermo II, nieto de Guillermo I (reinaba desde 1888), no valía lo mismo que su abuelo. A pesar de su formidable industria, Alemania sólo se había quedado con las migajas del festín colonial. Alsacia-Lorena le había alineado con los franceses; entonces, Guillermo entró en conflicto con el zar, su aliado tradicional. Como contrapartida, Alemania ejercía una especie de protectorado sobre Austria-Hungría y Turquía; pero se trataba de imperios inestables.

Su ejército, el más poderoso del mundo, era tan fuerte que Guillermo II, muy poco inteligente, se creyó invencible. Con el fin de deshacerse para siempre de Francia, el Estado Mayor alemán había ideado un plan, el plan Schlieffen, que consistía en sorprender al ejército francés por la espalda violando la neutralidad de Bélgica.

Imparable estratégicamente, aquel plan —que recuperó Moltke, sucesor de Schlieffen, en 1906— era políticamente absurdo por lo evidente que resultaba que Gran Bretaña, que había creado Bélgica para salvaguardar Amberes, nunca aceptaría la ocupación de ese país por parte de un ejército continental. De hecho, ésta había sido la razón principal de su encarnizada oposición a Napoleón. Y Alemania, a pesar de sus recientes construcciones navales, no tenía medios para enfrentarse en altamar a la flota inglesa. Además, Guillermo II, a quien Moltke mantenía aislado, estaba convencido de que el Reich aplastaría a Francia en pocas semanas, igual que en 1870.

Pero Francia había cambiado desde el Segundo Imperio. Ahora estaba dotada de un ejército de reclutamiento que compensaba con la duración del servicio militar (tres años) la inferioridad de su población (treinta y nueve millones). Como consecuencia de su malthusianismo demográfico, Francia, el país más poblado de Europa en 1815, se había convertido en la potencia con menor población, superada por Alemania, Rusia e Inglaterra. Pero la Francia de los maestros patriotas esperaba, con la «revancha», recuperar Alsacia-Lorena.

La rápida victoria de griegos, serbios y búlgaros frente a los turcos en 1913 reafirmó a Guillermo II y a Moltke en su idea de «guerra iluminada». El tratado de Londres, de ese mismo año, expulsó a los otomanos de Europa, excepto de Constantinopla. Aquello no convenía a los alemanes, aliados del Imperio turco: Alemania alentó a los búlgaros, descontentos con el tratado, a volverse contra sus aliados. Los otomanos vencieron a Bulgaria, esa guerra les permitió recuperar Andrinópolis y a los alemanes implantarse aún más en el Imperio turco.

El 28 de junio de 1914, un joven nacionalista serbio-bosnio asesinó al archiduque de Austria y a su esposa en Sarajevo, Bosnia. El Gobierno serbio probablemente no tenía ninguna relación con el atentado, pero Austria-Hungría aprovechó la ocasión para acabar con el eslavismo que comprometía la solidez del Imperio.

El 23 de julio, el Gobierno de Viena remitió un ultimátum al de Belgrado, que incluía una cláusula inaceptable (la participación de Austria en la investigación

llevada a cabo en Serbia). Con la excusa de esa negativa, Austria declaró la guerra a Serbia el 28 de julio.

Este conflicto habría podido quedar como un conflicto local de los Balcanes si no hubiera sido por la inconsciencia de Guillermo II y de su Estado Mayor, que estaban convencidos de que debían aprovechar las circunstancias para eliminar a Francia. Creían que, como en 1870, Francia quedaría aislada.

Pero ya hemos visto que, desde Napoleón III, Francia había cambiado de enemigo hereditario. Preocupados por la expansión germánica, Inglaterra y Francia se habían acercado a través de la Cordial Entente, firmada en 1904. Además, el Imperio del zar, protector natural de la ortodoxia, no podía desentenderse de la suerte de Serbia.

El 29 de julio, Rusia se movilizó y el 1 de agosto arrastró con ella la movilización muy organizada del poderoso y moderno ejército alemán. Como medida de precaución, Francia también se movilizó. El 3 de agosto, París recibió la declaración de guerra de Alemania. Puesto que Berlín ya había violado la neutralidad de Bélgica —con la aplicación del plan Schlieffen—, Gran Bretaña reaccionó declarando, para sorpresa de Guillermo II, la guerra a Alemania...

La Primera Guerra Mundial había empezado, desencadenada por la irresponsabilidad y la presunción de Moltke y de Guillermo II.

Este será el fin del siglo XIX. Una espantosa aventura en la que se vieron ensombrecer las esperanzas pacifistas. El asesinato del socialista Jean Jaurès el 31 de julio, la víspera del conflicto, no impidió que, a pesar de las ilusiones de la Internacional, los obreros franceses aceptaran con entusiasmo la movilización. Los obreros alemanes hicieron otro tanto. Nosotros, que conocemos las dimensiones de la masacre, no podemos juzgar como absurda aquella actitud. Pero ¿tenía elección la República?

Un segundo fracaso de Francia en cincuenta años habría borrado del mapamundi al país. Si un hombre de Estado tan hábil como Bismark se había dejado llevar exigiendo la anexión de Alsacia-Lorena, se pueden imaginar las exigencias que habrían tenido los enanos políticos que fueron Guillermo II y Moltke.

La Gran Guerra

ESTA GUERRA fue esencialmente europea: en un bando Francia e Inglaterra, unidas en 1915 por Italia; en el otro, Alemania y sus vasallos austríacos, turcos y búlgaros, cuya unión se había formado tras la sangrienta destrucción de Serbia. Una diagonal del mar Báltico al golfo Pérsico. Así la establecieron los «imperios centrales», implicando a Oriente Próximo y separando a los occidentales por el noroeste y el sureste de sus aliados rusos.

La guerra no tuvo repercusiones en otras partes, salvo en las colonias alemanas (rápidamente ocupadas por los occidentales, a excepción del este africano, en donde el general alemán Von Lettow peleó hasta después del armisticio) y debido a la participación tardía de Estados Unidos.

Así pues, nosotros preferimos llamarla la Gran Guerra, en lugar de la Primera Guerra Mundial; porque, en efecto, muchos países —Japón, América latina— sólo fueron virtuales beligerantes. También es errónea la expresión, de moda en la actualidad, «guerra civil europea». Una guerra civil, la forma más terrible de guerra, enfrenta a personas de la misma comunidad; separa a los hijos de los padres y a los hermanos entre ellos. El odio es personal.

Los europeos de 1914 en ningún caso pertenecen a una única comunidad, sino a naciones con lenguas, costumbres e ideas distintas. El odio era colectivo. Los soldados no odiaban en absoluto a un enemigo en particular y, en general, se admitieron las «leyes de la guerra» (respecto a heridos, prisioneros, la Cruz Roja, etcétera).

Sin embargo, la guerra de 1914 fue «Grande» —digamos mejor «terrible»— por su grado de violencia. Fue la clase de conflicto que ya anunció la guerra de Secesión, nunca antes visto en Europa: la guerra de masas, a escala industrial. En todos los países se estableció el reclutamiento, incluso en Inglaterra. La artillería pesada, las armas químicas, las ametralladoras, provocaron hecatombes. La caballería, sustituida por las armas de tiro rápido, desapareció para siempre.

Desde las Púnicas hasta las de Napoleón (a pesar de las armas de fuego), todas las guerras habían sido siempre iguales. No había frente. Los soldados caminaban mucho, pero se enfrentaban en pocas ocasiones. Las batallas, muy cruentas (decenas de miles de muertos), duraban desde que salía el sol hasta el ocaso (Waterloo), excepcionalmente dos o tres días. Se libraban a caballo o a pie, envueltas en la exaltación de las banderas o estandartes, de los toques de corneta y de los tambores. El general en jefe podía abarcar con la mirada su desarrollo. Nada tenían que ver con los terroríficos combates de la Gran Guerra, librada durante meses, bajo los obuses de

un enemigo invisible, entre el barro y el horror.

Nadie ha descrito el ambiente de 1914 como Maurice Genevoix en sus diarios. En agosto de 1914, Genevoix tenía veintidós años. Acababa de aprobar la oposición de profesor de lengua y literatura. Alumno de la *École Normal Supérieure*^[15] de la calle de Ulm, se disponía a ir de vacaciones cuando fue movilizado como oficial (igual que todos los alumnos de la *Normal*, había hecho el servicio militar y, como la mayoría de ellos, había pasado por la escuela de oficiales de la reserva). De pronto se vio convertido en subteniente a la cabeza de una sección de ciudadanos (obreros, campesinos) movilizados igual que él. El mando de la sección vecina estaba en manos de un oficial en activo de su misma edad, alumno de la Escuela Militar de Saint-Cyr, que se llamaba Porchon.

Porchon marcha a mi lado. Yo le pregunto:

—¿Lo estás oyendo?

—¿El qué?

—El tiroteo.

—No.

Cómo es posible que no oiga... esa especie de chisporroteo... Es la encarnizada batalla a la que nos dirigimos y que jadea allá, al otro lado de la cresta que vamos a atravesar. Poco a poco, mis hombres se ponen nerviosos. Dicen: «Ahora somos nosotros los que vamos allí. ¡Maldición!....

Aquí mismo, en el sendero por el que caminamos, han aparecido dos hombres... Veo sus rostros ensangrentados sin ninguna venda que los esconda y que van a mostrar a los míos. El primero nos grita: «A cubierto, vienen hombres detrás de nosotros». No tiene nariz. En su lugar, un agujero que sangra y sangra. Junto a él, el otro tiene la mitad inferior de la cara colgando, sólo es un trozo de carne roja, blanda...

¡A cubierto, a cubierto!» Lívido, titubeante, éste se agarra con las manos los intestinos, que se escapan de su reventado vientre... El que corría se detiene, se arrodilla de espaldas al enemigo, frente a nosotros, con el pantalón completamente abierto, sin apresurarse, retira de sus testículos, con sus dedos pegajosos, la bala que le ha acertado y la guarda en la cartera.

Estos hombres que vienen con sus heridas, con su sangre, con su aspecto extenuado, es como si dijeran a mis hombres: «Mirad, esto es la batalla, mirad lo que ha hecho con nosotros..., y hay centenares más de los nuestros cuyos cadáveres, todavía calientes, yacen en el bosque, por todas partes. Si vais los veréis. Pero si vais, las balas os matarán como a ellos u os herirán como a nosotros. No vayáis.

—Porchon, mírales —digo muy bajo. Y muy bajo también él me responde:

—Malo; vamos a tener problemas dentro de poco. —Es que al darse la

vuelta ha visto todos los rostros ansiosos, los ojos febriles...

Sin embargo, nuestros soldados marchan detrás de nosotros. Cada paso que dan les acerca a ese rincón de la tierra en donde hoy se muere. Van a entrar allí dentro, sobrecogidos por el terror..., pero harán los gestos de la batalla.

Los ojos apuntarán, el dedo se apoyará en el gatillo del fusil, tanto tiempo como sea necesario, a pesar de las obstinadas balas que silban..., a pesar del horroroso ruido que hacen cuando aciertan y se adentran... Se dirán: «Quizá el siguiente sea yo». Y tendrán miedo en todo su cuerpo. Tendrán miedo, es seguro, es fatal, pero teniendo miedo seguirán vivos.

Al aplicar el plan Schlieffen, el poderoso ejército alemán cruzó Bélgica y, como tenía previsto, atacó a los franceses por la espalda y por sorpresa. Hay que entender que en aquella época todavía se creía en el valor de los tratados.

El general en jefe francés, Joffre, no era un genio. (No hubo grandes estrategias en la guerra de 1914-1918, excepto, quizá, Gallieni, Foch y Ludendorff.) Pero grueso y plácido, no perdió la sangre fría y ordenó la retirada general. Entre el 4 de agosto y el 6 de septiembre, durante cuatro semanas, la infantería francesa dio marcha atrás, agotada, perseguida por unos alemanes exaltados debido a su triunfo.

Los jefes alemanes creyeron que se repetían los acontecimientos de 1870. Cometieron el error de subestimar a su adversario y pasaron sin precaución al este de París, adentrándose hacia el sur. Entonces, el ejército alemán presentaba su flanco a la trinchera parisiense, al mando del general Gallieni. Este sugirió a Joffre un contraataque al flanco. Joffre lo ordenó el 6 de septiembre.

Los soldados franceses pasaron a la ofensiva entre el 6 y el 9 de septiembre (el joven Genevoix se refiere a esta batalla en el texto citado más arriba). Los alemanes retrocedieron. Uno de sus jefes, el general von Kluck, sancionado, declaró ante la comisión de investigación prusiana: «¿Qué tienen que reprocharme? Todos somos responsables de la derrota. Porque, después de una infernal retirada, padeciendo horribles sufrimientos, sólo hay en el mundo un soldado capaz de levantarse o de atacar..., y ese soldado es el soldado francés, ¡esto nunca nos lo enseñaron en las academias de la guerra!».

Sin embargo, los alemanes no abandonaron Francia, donde permanecieron durante cuatro años. Fue la horrible «guerra de las trincheras».

De febrero a diciembre de 1916, el general alemán Falkenhayn y el káiser confiaron en aniquilar al ejército francés en Verdún, aplastándolo bajo el tiro concentrado de miles de cañones de calibre grueso. Los soldados resistieron.

Lo describe Jean-Jacques Becker en el prólogo del libro de Genevoix:

Aquellos estudiantes que se preparaban para marchar de vacaciones..., aquellos campesinos arrancados a los trabajos del campo, los obreros, los

millones de simples personas con destinos tan diferentes tenían un punto en común. Un amor común a su patria, la convicción de que nada era más importante que salvaguardar su nación, aunque, por supuesto, esto no es algo que dijeran normalmente.

Esta mentalidad nos es tan ajena que, para bien o para mal, nos cuesta mucho entender los resortes de la Gran Guerra.

La guerra también se desarrollaba fuera de Francia (aunque Francia fue el epicentro).

En Rusia, prusianos y zaristas no cesaban de avanzar y de retroceder.

Los austríacos aplastaron a los italianos en Caporeto (salvados por la rápida ayuda francesa).

Los ingleses, que habían enviado a un millón de hombres al Soma, condujeron a sus aliados (franceses y australianos) hasta Gallipoli. Se trataba de agarrar al Imperio turco por el cuello. El general Mustafá Kemal los empujó hacia el mar. No obstante, los occidentales mantuvieron un pie en los Balcanes, en Salónica (Tesalónica).

Tras haber liberado el canal de Suez, a Gran Bretaña se le ocurrió la idea de incitar a los árabes a que se rebelaran contra los turcos. El coronel Lawrence (Lawrence de Arabia) se ilustró en esta acción, en la que se inspiró para escribir su obra maestra de la literatura universal: *Los siete pilares de la sabiduría*. Pero, al mismo tiempo que prometían la independencia a los árabes (de Siria, Jordania e Irak), los ingleses, con una urgente necesidad de los banqueros que abrazaban las ideas del movimiento sionista, prometían crear en Palestina el «hogar nacional judío» que Herzl había soñado. Dos compromisos contradictorios.

Durante ese tiempo, el Gobierno otomano desplazaba en masa a los armenios, sospechosos de ser amigos de los rusos. Decenas de miles de ellos murieron de agotamiento por las carreteras de Anatolia. Un cruel genocidio que la actual Turquía sigue negándose a reconocer.

En 1917 se produjo un bajón de moral en todos los beligerantes.

La Rusia zarista no sobrevivió a aquello. De hecho, los rusos, cuya independencia no se veía realmente amenazada, no entendían por qué luchaban. En febrero de 1917, el zar Nicolás II abdicó y fue encarcelado. El Gobierno de Kerenski, preso de la agitación obrera (los alemanes habían permitido a Lenin, exiliado en Suiza, atravesar en tren su Imperio para ir a sembrar la subversión en Rusia), firmó la paz en Brest-Litovsk.

Aquella era una formidable victoria para Alemania. Así pudo ocupar los campos de trigo de Ucrania. Y, sobre todo, sólo tenía que batirse en un frente.

Pero, por suerte para los aliados, los jefes alemanes dieron entonces muestras de su presunción. Para hacer pasar hambre a Inglaterra, no dudaron en hundir con sus submarinos (un arma nueva y técnica en la que eran superiores) a los barcos de

Estados Unidos que abastecían a Gran Bretaña. El 4 de abril de 1917, el presidente Wilson declaró la guerra a Alemania.

La intervención americana no tuvo la importancia militar que se afirma. En aquella época, Estados Unidos no tenía más que un pequeño ejército y, aunque consiguió enviar a Francia un millón de hombres, éstos fueron equipados, armados e instruidos por los franceses, y no entraron en batalla hasta julio de 1918. Además tuvieron muy pocas bajas. Pero esta intervención tuvo una importancia psicológica capital: compensaba simbólicamente la deserción rusa.

La esperanza, después de un período de incertidumbre, volvió a los aliados. Por otra parte, no hay que exagerar, como pretende el conformismo antimilitarista actual, la importancia de los «motines» de 1917. Sólo se produjeron en la retaguardia, ningún soldado abandonó su puesto en las trincheras. El general Pétain, con mucha sensatez y muy poca represión (unas cincuenta ejecuciones), supo restablecer la confianza.

El 16 de noviembre de 1917, la Asamblea Nacional invistió a Georges Clemenceau, a quien había nombrado Poincaré (aunque el presidente de la República no sentía ningún cariño por él). Pero el viejo (tenía setenta y siete años) supo galvanizar las energías y se convirtió en una especie de dictador al uso romano. De marzo a julio de 1918, los mejores generales alemanes, Hindenburg y Ludendorff, libres de preocupaciones en el este tras el hundimiento de Rusia, se dedicaron a lanzar furiosas ofensivas —Clemenceau, que había ascendido a Foch como jefe del Estado Mayor aliado, no se desalentó—. Finalmente, las ofensivas prusianas fueron aniquiladas. Desde entonces, la partida estaba jugada. Los ejércitos aliados hicieron retroceder, en octubre, a los ejércitos alemanes hasta la línea de salida. Desde Salónica, el ejército francés de Oriente, comandado por Franchet d'Esperey, aplastó a los búlgaros y amenazó a Austria subiendo hacia el norte. En Siria, el inglés Allenby hizo lo mismo con los turcos. Los italianos ganaron su primera victoria i en Vittorio Véneto. El Imperio turco entregó las armas el 30 de octubre. El Imperio austríaco hizo otro tanto el 3 de noviembre.

Al káiser sólo le quedaba huir a Holanda. El 11 de noviembre de 1918, el Gobierno alemán pidió el armisticio. Fue aceptado bajo unas condiciones draconianas: Alsacia-Lorena sería devuelta a Francia, el ejército alemán desmovilizado, la flota destruida y Renania ocupada por los franceses.

Por lo tanto, Francia resultó victoriosa —junto a sus aliados, es cierto, pero dominando—. Sin embargo, el precio de esta victoria había resultado muy caro.

De los ocho millones de hombres movilizados, más de dos millones habían resultado gravemente afectados; de ellos, 1.360.000 muertos: casi uno de cada cuatro hombres, uno de cada dos jóvenes. Ningún otro país beligerante había padecido, en proporción a su población, tan enormes pérdidas. A esto hay que añadir que la guerra

se había desarrollado, principalmente, en territorio francés. Nunca en la historia del mundo, ninguna ciudad, ninguna patria, había pagado semejante precio por su supervivencia. Los campesinos resultaron diezmados. Cuando se recorre las aldeas de Francia, en los monumentos a los muertos se pueden leer decenas de nombres: no falta ni una sola familia... También la burguesía resultó afectada de un modo similar, desaparecieron centenares de estudiantes de los centros de estudios superiores, de militares de academia, decenas de escritores, entre ellos el autor de *El gran Meaulnes*, Alain-Fournier, Péguy y Apollinaire.

Hay que subrayar que los viejos imperios monárquicos y totalitarios (el de Alemania, el de Austria, el de los zares y el de los otomanos) no superaron la prueba. La democracia coronada inglesa tuvo mejor suerte.

Sin embargo, hubo algo de romano (de la Roma de la República) en aquella débil democracia francesa que vivió varias crisis ministeriales durante la guerra, ¡pero aguantó! Es un error creer que la democracia es forzosamente incapaz. He señalado a menudo la importancia de que los gobiernos consigan la adhesión popular: la mentalidad rusa, alemana y turca cedió; la República de los Julios se mantuvo con Clemenceau.

Quedaba ganar la paz.

El tratado de Versalles (28 de abril de 1919) dio lugar al nacimiento de una Sociedad de Naciones y —junto a los tratados de Saint-Germain, de Sèvres y de Neully— reorganizó Europa.

Pero el tratado de Versalles no fue ratificado por el Senado de Estados Unidos, que no participó (no más que Rusia) en la Sociedad de Naciones, instalada en Ginebra. El presidente Wilson, aquejado de una parálisis, vio cómo su candidato perdía las elecciones de 1920. Estados Unidos volvió a su aislamiento tradicional, del que sólo le habían podido sacar las provocaciones alemanas.

Inglaterra le siguió.

Por supuesto, aparentemente Inglaterra y Francia triunfaban. Se repartieron las colonias alemanas (Camerún para Francia, Tanzania para Inglaterra).

Se repartieron también el Imperio turco —Francia recibió Siria y Líbano, e Inglaterra, Irak—. Pero aquello era un timo. Los árabes de Siria, Palestina e Irak, engañados en sus esperanzas nacionales, irritados por la creación del hogar judío en Palestina, tuvieron la impresión, justificada, de haber sido traicionados. De ahí procede el resentimiento antioccidental (y antiisraelí) que explica muchos dramas actuales.

Sin embargo, Polonia, liberada desde el siglo XVIII, renacía de sus cenizas como un Estado independiente con la ayuda de los franceses.

Francia dominaba, en apariencia, el mundo —al menos el mundo continental: los océanos para los ingleses, los continentes para los franceses—. América y Gran

Bretaña habían vuelto a sus políticas tradicionales (aislamiento americano y *British Empire*) y habían abandonado el reclutamiento. En cuanto a Rusia, era presa de la anarquía. El ejército francés seguía siendo hegemónico, presente en Alemania, Turquía y los Balcanes.

Pero Francia estaba desangrada (al contrario que Alemania, cuyo territorio, apenas menguado, no había sufrido) y sin aliado para colmar su deseo de venganza contra los alemanes. Mientras que Alemania se mantenía como la primera potencia económica de Europa (y quizá del mundo).

En efecto, Clemenceau cometió el terrible error de borrar del mapa a Austria-Hungría. Es cierto que el Imperio de los Habsburgo había perdido la guerra. Pero, tras la muerte del viejo Francisco José, su sucesor, Carlos I, estaba dispuesto a una alianza con Francia (que debería haber existido para detener las ambiciones de Prusia desde Sadowa).

Hubiera sido inteligente instigar a los pueblos de la doble monarquía para que permanecieran juntos convirtiendo el imperio en triple o cuádruple monarquía: los eslavos del norte o del sur accediendo al poder en igualdad con los húngaros y los austríacos.

¿Qué ganaron checos, eslovacos, croatas y húngaros con separarse? La invasión nazi y, después, cuarenta años de dominación soviética. La desesperanza y el servilismo.

Francia habría encontrado en el Imperio que conservaban los Habsburgo, un útil contrapeso al poder de Berlín.

El principio de las nacionalidades, llevado al absurdo, dio origen a estados débiles con poblaciones entremezcladas, cuando esos pueblos habían vivido durante siglos con los austríacos. Basta con visitar Praga, Budapest, Viena y Zagreb para comprobar su herencia común.

Francia, que les ayudó a nacer, no pudo apoyarse en ellos cuando Berlín se volvió amenazante. Igual que el renacimiento de Polonia estaba justificado, la destrucción del Imperio de los Habsburgo fue un error. Hay que reconocer que el conformismo de la época empujaba a ello y que los nacionalistas eslavos tenían el viento a su favor. Pero Clemenceau, aun siendo el «padre de la victoria», no tuvo una mentalidad lo suficientemente abierta como para dominar sus reflejos antimonárquicos.

Desde entonces, la Austria residual estaba condenada a desaparecer si quería permanecer dentro de la cultura alemana. Viena (que antes de 1914 era la capital de Europa, al igual que París, con los austro-marxistas y Freud) se sumergió en una profunda depresión: imaginad por un instante a París reinando sólo en Île-de-France.

Y ya se sabe lo que ha sucedido con la única construcción inteligente ideada por París: la unión de los eslavos del sur, croatas y serbios, en Yugoslavia.

¡Cómo se ha podido fracasar tan absolutamente en la paz habiendo ganado con

tanto coraje la guerra!

La tentativa de una revolución mundial

EL SIGLO XIX fue largo: desde Waterloo (18 de junio de 1815) hasta la Revolución de Octubre (6 de noviembre de 1917, según el calendario universal, pues los rusos utilizan un calendario diferente), es decir, algo más de cien años.

El siglo XX, al contrario, fue corto: de noviembre de 1917 hasta la caída del Muro de Berlín, noviembre de 1989, es decir, exactamente setenta y dos años, apenas tres generaciones. Los siglos no se corresponden con las fechas oficiales.

Las revoluciones industriales habían marcado la unidad del largo siglo XIX. El comunismo y los soviéticos marcaron la del corto siglo XX: este siglo empezó con la toma del poder de los soviéticos y acabó con su caída. El comunismo fue su esperanza o su amenaza.

Hoy el comunismo prácticamente ha desaparecido. China sigue siendo formalmente comunista, pero en realidad se trata de un estado capitalista totalitario. Sólo dos gobiernos subsisten como testimonio de una época desaparecida: Corea del Norte y Cuba (¿hasta cuándo?).

El régimen de los zares no había resistido la guerra de 1914. En 1905, un Japón apenas modernizado había vencido al ejército ruso: ¿cómo habría podido resistir frente a la formidable máquina de guerra del ejército alemán de 1914?

Los trenes eran muy lentos en Rusia, donde no existían verdaderas carreteras. Socialmente, la Alemania wilhelmiana vivía a años luz de una Rusia retrasada en la que los campesinos, los *mujiks* (el 90% de la población), estaban explotados por una pequeña casta de latifundistas. Por otra parte, los alemanes estaban bien vistos en Rusia, en donde muchos de ellos, ingenieros y oficiales, vivían en San Petersburgo.

Cuando el zar fue apresado, el gobierno Kerenski se mostró inútil.

Tras la caída del Imperio, en febrero de 1917, el poder entró en un auténtico agujero negro: los liberales, los socialistas, los mencheviques se lo disputaban dentro de la anarquía. Pero ¿cómo explicar la victoria de Lenin?

Por supuesto, había regresado al país (en tren, desde Suiza) con la complicidad de los servicios alemanes, que detestaban a los revolucionarios, pero practicaban la antigua máxima según la cual «los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos». (Así ayudó la CIA a Bin Laden.)

Por supuesto, Lenin comprendió inmediatamente que el pueblo ruso, masivamente campesino y masivamente asqueado de la guerra, sólo quería dos cosas: tierra y paz. Él fue el único que les prometió ambas. Pero esto no habría sido suficiente.

Por lo tanto, hay que hablar de Lenin, cuyo nombre era Vladimir Hítx Uliánov

(1870-1924). Militante revolucionario, miembro de los círculos marxistas (en 1895, en San Petersburgo), pronto comprendió que, para ganar las guerras sociales, no bastaba con los ideales. No desconocía la importancia de las ideas, jugó con ellas. Pero era necesaria una organización. En 1902, escribió un ensayo, *¿Qué hacer?*, en el que proporcionaba su concepto de partido político. Aquello era una novedad. Nunca hasta Lenin había existido un partido político como él lo describía. Ni siquiera en tiempos de la Revolución francesa la Montagne era un partido político, sino un grupo de diputados fascinados por Danton y Robespierre.

El partido, según Lenin, tiene que ser una institución casi militar (militante = militar), jerarquizada y dirigida de manera permanente por profesionales, «los profesionales de la revolución», sometidos a un secretario general todopoderoso.

Este concepto va a marcar la imaginaria política. Durante mucho tiempo, cuando se decía «el Partido» con mayúscula y sin ningún adjetivo al lado, sólo se podía tratar del partido comunista. Aún hoy, al menos en Francia, los partidos, incluso los de derechas, se organizan siguiendo este modelo.

No obstante, en 1902, Lenin no era más que el jefe de la mayoría bolchevique del partido socialdemócrata ruso. No fue hasta 1912 cuando fundó el «Partido» y su periódico, *Pravda*. De vuelta en Rusia después de febrero de 1917, ordenó a su organización la toma del poder; él se refugió en Finlandia y no volvió a San Petersburgo hasta la víspera del golpe de estado.

La Revolución de Octubre no fue, como la Revolución francesa, un cambio de decorado casi involuntario. El pueblo formó parte de ella. Unos cuantos miles de militantes comunistas se apoderaron de los centros neurálgicos del estado: no sólo de las Cortes y del Palacio de Invierno, sino también de las centrales telefónicas y telegráficas, los cuarteles, las estaciones, las fábricas, tanto en San Petersburgo como en Moscú. De este modo, Lenin controló las dos capitales y la vía férrea que las unía, por la que circulaban trenes blindados con la bandera roja (Lenin había adoptado como estandarte la bandera roja de la Comuna de París).

Malaparte, un escritor italiano admirador de Lenin, escribirá sobre este tema *Técnicas de un golpe de estado*. El golpe de estado leninista se convirtió en el modelo de los golpes de estado modernos. La Revolución de Octubre, que encarna el mito de Espartaco, la revuelta contra el orden, en realidad se impuso a un pueblo que consintió pero del que abusaron los intelectuales burgueses (Lenin entre ellos) seguidores de los ideales del Karl Marx, quien descendía de una buena familia.

Por supuesto, los generales fieles al zar (Denikin, Wrangel, Koltchak) lanzaron sus tropas contra los soviéticos en 1918. Como, evidentemente, los militantes no podían enfrentarse a los aguerridos ejércitos, Lenin pidió a su compañero Trotski (cuyo auténtico nombre era Lev Davidovitch Bronstein), nombrado comisario del pueblo para la guerra, que creara el ejército rojo. Trotski, inspirándose en Carnot,

consiguió hacer lo mismo que la Convención había hecho ciento veinte años antes: una amalgama entre oficiales de carrera de izquierdas, militantes y los marinos de Kronstadt. Aplastó sucesivamente a los ejércitos blancos, mientras los occidentales se mostraban pasivos a pesar del envío de buques al mar Negro y de algunas tropas a Odessa y Vladivostok. El dibujante Hugo Pratt dedicó un álbum a este acontecimiento: *Corto Maltes en Siberia*. Franceses e ingleses no tenían ningún motivo para llevar a Rusia en el corazón, ya que les había abandonado en pleno combate.

En efecto, a principios de 1918, con la paz de Brest-Litovsk, Lenin había entregado una parte del territorio a los alemanes. Lenin, admirador de la Convención, se permitió hacer lo que Robespierre y Saint-Just (que fue, antes de Trotski, el comisario de los ejércitos) nunca hubieran hecho: aceptar la derrota exterior para consolidar mejor el poder interior. Lenin ordenó asesinar al zar Nicolás y a su familia en Ekaterimburgo.

Hay una diferencia esencial, pero muy poco señalada: la Revolución francesa fue una revolución de la victoria; la Revolución rusa fue una revolución de la derrota.

Esto explica muchas cosas. Siendo la victoria mejor consejera que la derrota, la Revolución francesa pudo detenerse en los «límites establecidos» por Bonaparte. Como la derrota no conlleva buen juicio, la Revolución rusa será incapaz de eso.

El retroceso de las fronteras fue definitivo en 1920, establecido por el tratado de Riga. Las fronteras rusas retrocedieron quinientos kilómetros.

También se puede desprender de esto una lección: para los rusos, el espacio no cuenta. Francia no puede perder quinientos kilómetros sin quedarse reducida a una mínima expresión de país; cuando los rusos se quedaron sin quinientos kilómetros, Rusia seguía existiendo (de nuevo es el mismo caso que en la actualidad, la Rusia de Putin se ha estrechado a los límites de la de Iván el Terrible).

Hay que decir que, para la mentalidad de Lenin, Rusia sólo era una etapa. Despreciaba a los *mujiks* por el retraso en que vivían y, fiel al marxismo, creía que la verdadera revolución no podía estallar más que en los países industrializados con clase obrera muy numerosa: Francia, Inglaterra, Alemania. Rusia no era más que un punto de partida provisional y fruto del azar. Con este fin, Lenin creó la Tercera Internacional en marzo de 1919, el *Komintern*.

En todo el mundo se produjo una escisión dentro del socialismo, entre demócratas y totalitarios. En Francia, este cisma se produjo en el seno de la SFIO, en el congreso de Tours (1920), donde vio la luz el partido comunista francés.

Ni en Inglaterra ni en Francia tuvo éxito el comunismo. La Francia victoriosa era refractaria a la llamada de Lenin. Habrá que esperar hasta los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial para que los comunistas se hagan poderosos. Ni siquiera hubo una tentativa de golpe de estado. La Comuna de París no se repite. Sin embargo,

una ola revolucionaria barrió el resto del mundo.

En primer lugar, en Alemania, la patria de Karl Marx, los comunistas, a los que se llamaba «espartaquistas», conducidos por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, se levantaron y tomaron el control de Berlín a principios de 1919. En el mismo momento, en Munich, con la caída de los príncipes bávaros, Kurt Eisner proclamó la República de los Consejos (soviets). Tras el hundimiento del Imperio de los Habsburgo, Bela Kun instauró en marzo de 1919, en Budapest, la dictadura del proletariado tan querida por Lenin.

El comunismo fue una religión. Una religión es algo por lo que se da la vida. La fe en Dios no es necesaria. En Francia se dio entre los soldados la religión de la patria. Pues bien, millones de hombres dieron sus vidas por la esperanza comunista, por otra parte perfectamente adaptada (algo que Lenin no había previsto) a un fondo místico ortodoxo: Marx, Lenin y Stalin formaban la Santísima Trinidad, y Moscú se conservaba como «la tercera Roma». De hecho, se convirtió en la capital de i Rusia con los soviets.

Pero ni el ejército alemán ni siquiera el austríaco eran comparables al ejército de los zares, disuelto en la anarquía. A pesar de sus derrotas, estaban intactos. Por lo tanto, los regimientos a las órdenes de los generales conservadores aplastaron las revueltas de Berlín. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados (al igual que Kurt Eisner en Munich). En Budapest, el almirante Horthy expulsó a Bela Kun. El ejército rojo intentó conquistar Polonia (protegida del comunismo por su catolicismo), pero esta vez, los franceses reaccionaron y ayudaron con eficacia al general Pilsudski (la misión francesa, al mando de Weygand, incluía a un oficial llamado De Gaulle) a rechazar a los soviéticos.

En China, Sun Yat Sen había proclamado la República en 1912. Después de una corta restauración imperial. Chiang Kai-chek, que realizó su aprendizaje político en el Moscú de los soviets, le sustituyó sobre un fondo de insurrecciones revolucionarias que Malraux relata en *Los conquistadores*. Chiang, cediendo a las «sirenas» occidentales, aceptó masacrar a los comunistas en Shangai (tragedia de fondo en la novela de Malraux *La condición humana*). Pero el jefe del Kuo Ming-tang antes que nada estuvo muy influido por Moscú. Si el comunismo de Rosa Luxemburgo, de Karl Liebknecht y de Bela Kun es indiscutible, el de Chiang Kai-chek en la actualidad se oculta porque todos sabemos el giro que tomó.

Está emparentado con otros sobre los que, hoy en día, parece un sacrilegio hablar.

En Italia, Benito Mussolini (1885-1945) fue un jefe socialista, director del diario *Avanti*. Si su patriotismo le levantó contra los alemanes (al contrario que a Lenin), el partido fascista, que conquistó el poder en 1922, todavía se inspiraba mucho en el modelo leninista. Malaparte, intelectual italiano, en un principio partidario del Duce, admiraba a Lenin. Mussolini fue lo suficientemente inteligente como para dejar una

función honorífica al rey y sobre todo para no tocar al Papa, el auténtico soberano del país (al contrario de Lenin, quien cayó en los excesos de la persecución anticristiana), pero conservaba sus ideas socialistas. En aquella época no era antisemita: apoyaba al sionismo. Su amante, Margarita Sarfati, la mujer de su vida, era una intelectual judía de Venecia. El era completamente ateo. Por supuesto, sabemos cómo siguió aquello: asesinato del diputado socialista Matteotti en 1914, la oposición comunista... Pero si el Duce no hubiera firmado la alianza con el demonio hitleriano, habría muerto en su cama y en el poder.

Turquía, también en 1922, vio triunfar a Mustafa Kemal (1881-1938), emparentado con el leninismo, igualmente olvidado...

Turquía, victoriosa en los Dardanelos, no había sido vencida, pero el Imperio otomano no pudo sobrevivir a la derrota de su poderoso protector alemán.

De un modo inconsciente, los aliados —ingleses, franceses, italianos y griegos— creyeron en la desaparición de los turcos. Se repartieron los restos del Imperio (Siria para Francia; Irak para Inglaterra; a Italia el Dodecaneso, etcétera). Los griegos, que habían entrado tarde en la guerra, tenían una idea fija: restaurar el Imperio bizantino, recuperar de manos turcas la Constantinopla que habían perdido en 1453. Aquella idea no era una locura: los helenos, mayoría en Constantinopla, también ocupaban el oeste de Anatolia. Se les entregó Esmirna, donde fueron recibidos por los griegos de Asia como libertadores.

Pero el pueblo turco existía, el ejército turco también, y Mustafa Kemal había vencido a los aliados en los Dardanelos. Se sublevaron. El propio Kemal, originario de Salónica, instauró una república en Ankara y su ejército aplastó al de los griegos en 1922. A continuación, expulsó a la población helena (igual que otros generales turcos habían expulsado poco antes a los armenios).

Nadie ha subrayado que la Grecia actual ocupa apenas la mitad del antiguo territorio poblado por los helenos. Homero era de Asia Menor, los filósofos presocráticos también. Cuando, hoy día, se recorre Anatolia, convertida en turca, allí se pueden admirar las más bellas ruinas helenísticas del mundo: Éfeso, Afrodita, el teatro de Aspendos, Marmaris, Pérgamo, etcétera.

Aquella tragedia supuso el éxodo de millones de griegos de Asia Menor, adonde nunca volverán. Territorialmente hablando, la actual Grecia vendría a ser como si Francia se hubiera quedado reducida al territorio de «zona libre» de Vichy.

Se ha olvidado que Kemal y Lenin se apreciaban y se admiraban. Kemal era ateo, persiguió al sultán, jefe de los creyentes, y abolió el califato. Suprimió la *saria* y creó un estado laico, llegó incluso a sustituir los caracteres árabes por caracteres latinos en la escritura turca. Firmó un tratado de buena vecindad con los soviéticos y en 1938 murió, cubierto de gloria, en su casa (como habría podido hacerlo su vecino Mussolini).

Constantinopla se había convertido en Estambul. Los campesinos musulmanes de Anatolia prefirieron salvar la patria con un general notoriamente ateo (y dado al alcohol) a mantenerse en la servidumbre con el califato. Los turcos son «ante todo, turcos» (eslogan que se puede leer por las carreteras de Anatolia). También detestan a los árabes, que se levantaron contra ellos en 1914-1918 (éste es el motivo por el que, hoy en día, los turcos son excelentes aliados de Israel).

No obstante, los partidos árabes de Oriente Próximo también pretendían ser laicos y socialistas. El partido Baas, siempre en el poder en Siria, también lo estuvo en Irak con Sadam Husein, fue —hasta la desaparición de éste— protegido de la Unión Soviética.

Sin embargo, la revolución mundial había sido pólvora mojada. Disminuido por un derrame cerebral, Lenin murió en 1924. Le sucedió Stalin —Iossif Vissarionovitch Yugachvili es su verdadero nombre—. Stalin renunció a la subversión internacional, y se limitó a utilizar la fe de los comunistas extranjeros en favor de Rusia. Inventó la teoría del «comunismo en un solo país» y, bastante poco ideólogo, estableció —bajo una tapa de comunismo— una terrible y sangrienta dictadura: multiplicó las purgas y los asesinatos y abrió por todas partes campos de concentración (el gulag). Expulsó a Trotski, un competidor con demasiada gloria, quien se refugió primero en Francia, donde André Malraux le conoció, y luego en México. Stalin dio la orden de asesinarlo a un agente soviético, en 1940, en México. En cualquier caso, la esperanza casi religiosa se mantenía a pesar de la dictadura estalinista.

El sol rojo de Octubre seguía iluminando fuera de la URSS a millones de militantes de buena fe. Es difícil entender el prestigio de los soviéticos, al que fueron sensibles personas no comunistas como Malraux y Gide, si no se tiene en cuenta su dimensión mesiánica. También esto explica por qué, hasta los años sesenta, ni la desilusión de Gide en *El regreso de la URSS* (1936), ni la de Boris Souvarine, expulsado del partido comunista francés por haber apoyado a Trotski, consiguieran hacer perder la fe a los creyentes. «Júpiter vuelve locos a los que quiere perder», recuerda el refrán latino.

La crisis, el New Deal, el nazismo

UNA VEZ MUERTO Lenin, el torrente revolucionario volvió a su cauce.

Desde 1924 hasta 1929 transcurre una especie de segunda *Belle Époque*. El mundo, dominado por Francia e Inglaterra, pareció restablecerse con un pacífico progreso; los americanos habían vuelto a sus casas; la Rusia de Stalin y de los «planes quinquenales» había abandonado, por un tiempo, su «revolución».

Es ésta una época muy próxima a la nuestra, la de la radio, la del cine sonoro, el *Tour* de Francia, el fútbol. La epopeya del correo aéreo, la línea de aviación (una línea postal) que unía Toulouse con Santiago de Chile sobrevolando el Sahara, el Atlántico sur y los Andes, en la que participaron Mermoz, Saint-Exupéry y Guillaumet. En 1927, el americano Lindbergh efectuó en su monoplaneo *Spirit of Saint Louis* la travesía aérea del Atlántico norte. Pronto, sobre los continentes, en Europa, en América, en África y en la India, los primeros aviones de pasajeros realizarán vuelos regulares (Air France se creará en 1933). En Alemania, los zeppelines (que habían bombardeado Londres durante la guerra) llevarán los primeros pasajeros sobre el Atlántico.

También es la época de la publicidad, que adquirió el esplendor que nosotros conocemos.

Las mujeres renacían. Durante la Gran Guerra, las mujeres habían tenido que reemplazar a los hombres (que habían marchado al frente) en los talleres, las fábricas, en los campos, en las oficinas, a pesar de que la República todavía se negaba a darles el derecho al voto. Pero en Estados Unidos se lo concedieron en 1920, y a continuación en la Turquía kemalista. La imagen de la mujer cambió, la *gargonne* se cortó el pelo y cambió el vestido de miriñaque por la falda corta.

El capitalismo cambió también. Abundaba el dinero, la Bolsa prosperaba. Las empresas se concentraban y pasaban a la producción en masa racionalizada (taylorismo): Ford, General Motors, US Steel. Las fábricas Ford producían nueve mil automóviles a motor diarios, del modelo T. Ford creó la teoría de aquel nuevo estilo de capitalismo: para ganar dinero, hay que vender mucho; para vender mucho, no hay que vender sólo a los burgueses sino también a los asalariados; para que los obreros puedan comprar coches, tienen que ganar lo suficiente. Ford aumentó en un 17% el número de sus empleados. La venta a crédito acabó por representar el 60% de las ventas de automóviles.

En Nueva York se levantaban los rascacielos (el Empire State Building con sus ochenta y seis pisos). Sin embargo, el sector agrícola se vio afectado por el progreso en Francia y también en Estados Unidos. El aumento de los salarios estaba muy lejos

de alcanzar al de los precios (35%) y, sobre todo, al de los beneficios (62%). En América también era el momento de la «prohibición» del alcohol, típico de una sociedad puritana —la *Volstead Act* de 1919 no se deroga hasta 1933—, que trajo consigo el contrabando y el gangsterismo (Al Capone); el momento del racismo antinegro y antisemita del Ku Klux Klan y de los WASP (*White, Anglo-Saxon, Protestants*).

En Europa, Alemania parecía recuperar su equilibrio. En 1920 había nacido la República de Weimar (ciudad mediana de Turingia), cuyo presidente electo fue Hindenburg, un general de la Gran Guerra.

En febrero de 1929, Mussolini firmó con el Papa los acuerdos de Letrán, que pusieron fin a la crisis abierta en 1870 por la ocupación italiana de la ciudad pontificia. El Papa dispuso de un miniestado, el Vaticano, y de una estructura diplomática. Estos acuerdos, aún en vigor, conceden a la Iglesia católica el estatuto original de una religión que se enraiza en un estado simbólico. Decenas y decenas de países tienen destacado un embajador en el Vaticano, que, por su parte, envía nuncios apostólicos. Todavía hoy el Vaticano es un lugar frecuentado por la diplomacia secreta.

Pero el 24 de octubre de 1929, estalló la crisis en Wall Street.

Desde la época de los faraones coexisten el estado y el mercado. En 1929, los liberales mantenían que la «mano invisible» del mercado (*según* expresión de Adam Smith) bastaba para todo. Los comunistas creían, por el contrario, que el estado debe controlar la economía (los planes quinquenales). Ambos estaban equivocados. La crisis del Estado soviético surgirá más tarde; la del capitalismo, en 1929.

Los beneficios de la Bolsa no pueden alcanzar el 15% anual (que exigen los Fondos de Pensiones americanos). Una economía próspera progresa normalmente con un tercio de esta norma. Los períodos de construcción (China) o de reconstrucción (Francia) pueden empujar el crecimiento hasta un 10%. La Francia de Pompidou y el Japón de los años ochenta registraron picos del 8%. Lo que está por encima de esto, es pura especulación. Pero la especulación, como la suerte en los juegos de azar, no puede durar. En 1929, en América se habían producido enriquecimientos formidables.

El 24 de octubre, la burbuja especulativa explotó. Todo se basaba en la confianza, y ésta desapareció de golpe. Se saben las razones: sobrevaloración de los activos, abuso del crédito para el consumo, especulaciones imprudentes. La crisis de la Bolsa de Wall Street fue mucho más grave porque no existía ninguna institución interestatal. A partir de entonces se crearon (el Fondo Monetario Internacional, etcétera).

Se multiplicaron las quiebras (la firma Hatry, Photomaton) y se propagaron (Kredit Anstalt en Viena). Hombres de negocios se suicidaron tirándose de lo alto de

los rascacielos. Los precios bajaron de golpe un 20%. El comercio mundial se hundió. En Estados Unidos, un cuarto de la población activa se encontró sin recursos. En Alemania se contó hasta seis millones de parados (en aquella época no había subsidios) y la crisis se agravó por una inflación que venía de antes (1923). La novela de Steinbeck *Las uvas de la ira* describe el ambiente de 1929. Sólo la URSS, que vivía en la autarquía, dentro de una economía dirigida, se salvó.

¿Qué hacer? La administración republicana se demostró incapaz de detener la hemorragia. Franklin Delano Roosevelt, demócrata, fue elegido presidente en el otoño de 1932. Será continuamente reelegido hasta su muerte en 1945. Se rodeó de personalidades (*brain trust*) y proclamó el *New Deal* (el nuevo reparto de poder) diciendo en un famoso discurso: «Tenemos una cita con la Historia».

En cien días, el nuevo equipo demostró un impresionante voluntarismo: devaluación del dólar; control del crédito; legislación agrícola (*Agricultural Adjustment Act*, la AAA); legislación industrial (*National Industrial Recover Act*, la NIRA) con el fin de luchar contra la bajada de los precios; acuerdos sociales por ramas profesionales; política de obras públicas, en particular la infraestructura del valle del Tennessee (*Tennessee Valley Authority*, la TVA).

Los economistas empezaban a darse cuenta de que el liberalismo total era una utopía. El más conocido de ellos, el inglés John Maynard Keynes, publicó su *Teoría general*, en 1936. Preconizaba la intervención del Estado para garantizar el pleno empleo, llegando hasta recomendar el déficit presupuestario. Roosevelt nunca se reunió con Keynes.

Roosevelt relanzaba por una parte, y por otra intentaba reducir los gastos. Había comprendido que la economía no es una ciencia, sino un arte de ejecución. Su exagerado respeto por los equilibrios presupuestarios hizo que el *New Deal* medio fracasara (o medio triunfara): en 1939, el producto interior bruto no había alcanzado el nivel de 1929, y quedaba un 20% de parados. Roosevelt, por otra parte, inventó un estilo de política moderna: charlas junto al fuego, equipos de expertos, comunicación...

Desde 1929, Estados Unidos ya no es una potencia auténticamente liberal. El Banco Federal, el FED (al contrario que el actual Banco Europeo), persigue un objetivo de pleno empleo, y no una simple estabilidad monetaria. Y el Gobierno americano no teme causar déficits para relanzarse.

En Francia, la crisis será menos fuerte —lo suficiente, sin embargo, como para crear una agitación política—. El 6 de febrero de 1934, las organizaciones de extrema derecha, «las ligas» (entre ellas, la Acción francesa de Maurras) suscitarán una revuelta en la plaza de la Concorde; hubo muertos.

Los partidos de izquierdas ganaron las elecciones de mayo de 1936. Se formó «el Frente Popular». Los socialistas gobernaron con el apoyo de los comunistas y el

acuerdo de los radicales.

Léon Blum se convirtió en presidente del Consejo durante un año (junio de 1936-junio de 1937). Inspirándose en Roosevelt, cerró con los sindicatos los acuerdos de Matignon del 7 de junio de 1936: vacaciones pagadas, cuarenta horas (a las que se renunció en 1939), convenios colectivos. Aquello resultó un fracaso: el producto nacional bruto de 1939 será inferior al de 1929; el paro seguía siendo alto. Pero el Frente Popular, con las ocupaciones de las fábricas y los obreros y obreras marchándose en tándem a la playa, dejaron un emotivo recuerdo en la memoria popular.

En Gran Bretaña, el laborista MacDonald intentó la misma política. Y rápidamente, la *gentry* le invitó a retirarse.

Para Mussolini, ni la intervención del Estado ni las obras públicas eran un descubrimiento. A pesar de todo, la crisis le empujó a instaurar en Italia una estúpida autarquía.

La Unión Soviética, un mundo aparte, no resultó afectada.

En Alemania, la crisis tuvo consecuencias trágicas, ara salir de ella, el viejo presidente Hindenburg no tuvo reparos en nombrar canciller, en enero de 1933, a Adolf Hitler. Hindenburg siguió el ejemplo del rey de Italia, quien había nombrado a Mussolini en 1922. Pero Hitler no era Mussolini, ni el partido nazi era el fascismo italiano —aunque, por una confusión del lenguaje, desde 1936 se llama «fascismo» a toda ofensiva populista.

Adolf Hitler (1889-1945), de origen austríaco, antiguo combatiente de la guerra de 1914, era un extremista que había fundado, en septiembre de 1920, el partidonacionalsocialista. La República de Weimar lo encarceló en 1924 por su actividad sediciosa; en prisión describió, en su libro *Mein Kampf*, el «nuevo orden» que pretendía imponer en Alemania y en Europa. La crisis económica, con sus millones de parados, le sirvió de trampolín.

A principios de 1933, Hitler aplicó su programa: en junio proclamó al partido nazi (nacionalsocialista) como 'partido único, creó la Gestapo y no dudó ni un instante en mandar asesinar a compañeros de lucha demasiado indómitos, como Rohm (la noche de los Cuchillos largos, en junio de 1934). Cuando murió Hindenburg, Hitler se convirtió en el único amo, el *Führer*. Abatió a sus opositores.

Hitler, sin trabas de control parlamentario ni de la ortodoxia liberal, permitió al doctor Schacht, su ministro de economía, provocar un déficit. Aquello funcionaba. El paro desapareció y el pueblo, desorientado, tomó a Hitler por su salvador. Hitler realizó obras públicas (las autopistas) y desarrolló la maquinaria de guerra alemana.

No fue su política económica lo que le diferenció de la política intervencionista del *New Deal*, sino su ideología.

El nazismo fue, al igual que el comunismo, una religión. Hoy hay una tendencia a

meter a ambos en el mismo saco bajo el nombre común de «totalitarismo». Pero existen diferencias esenciales. Los bolcheviques aspiraban a la felicidad de la humanidad, aunque fuera matando a los hombres; el nazismo sólo quería la de la raza de los señores.

Adolf Hitler alimentaba una auténtica obsesión antisemita. Porque quizá los judíos alemanes fueran los más alemanes de todos los alemanes. Esto no les disculpaba ante Hitler. Desarrolló un delirio racista y empezó a perseguir a los judíos. La mayoría de los grandes intelectuales alemanes y judíos, entre ellos Einstein, tuvieron que huir.

Otra diferencia: el marxismo se consideraba racionalista y tenían como objetivo la Ilustración y el progreso; el nazismo se pretendía profundamente antirracional. Exaltaba el instinto vital, quemaba libros y explotaba las pasiones más oscuras del ser humano: el odio hacia los demás, el placer sádico, la aniquilación dentro del colectivo.

En cierto modo, el comunismo de Lenin era previsible: un despotismo ilustrado y el deseo de igualdad de la Revolución francesa elevados a sus máximos exponentes. Por otra parte, aunque la esperanza comunista fuera la negación del mesianismo judeocristiano, más o menos se enseñaba la misma moral en las escuelas católicas que a los jóvenes comunistas: el trabajo, el esfuerzo (el estajanovismo), el respeto a los mayores...

El nazismo, al contrario, era imprevisible: la religión de la muerte; un inaudito resurgimiento en la Alemania moderna de la religión asiría, pero un resurgimiento caricaturesco, sin su arte ni su poesía, con sacrificios humanos practicados a una escala desconocida para Teglát, Falazar y Asurbanipal.

También fue el nazismo una exaltación de la juventud. Es verdad que los jóvenes comunistas y los *scouts* de Baden-Powell participaban de los fuegos de campamento por la noche y del amor a la naturaleza. Pero el objetivo de la educación de la Unión Soviética, y de la que ofrecía el movimiento *scout* y las corrientes católicas, era formar hombres (y mujeres). Los jóvenes hitlerianos, por el contrario, exaltaron la juventud en sí misma. Hacían de ella el apogeo de la vida. Los antiguos griegos admiraban el cuerpo de los jóvenes, pero situaban el *acmé* de la existencia a los sesenta años y preferían a Sócrates antes que a Alcibíades. A un adolescente le resulta muy difícil pensar de un modo distinto al de sus amigos.

Porque exaltaba el instinto contra la razón, la naturaleza contra el pensamiento (una de las primeras leyes que promulgó Hitler fue de protección de la naturaleza), Hitler prefería a los adolescentes de la *Hitlerjugend* a Einstein (quien, además, era tan feo como Sócrates). Se puede discernir en el culto contemporáneo a la juventud una herencia escondida del nazismo. Siempre se coge algo de los enemigos.

El culto a la juventud resulta desesperante para los propios jóvenes, que no

pueden avanzar en la vida más que a trompicones, con los ojos vueltos hacia aquel fugitivo instante de su pasado. El comunista Paul Nizan tiene razón al reconocer, en contra de los nazis: «Nadie tiene derecho a decir que los veinte años es la edad más bonita de la vida». Sin embargo, el escritor Robert Brasillach, un autor con talento pero un eterno adolescente, se equivoca al magnificar, ante los fuegos de campamento, las esvásticas (la cruz gamada) y los estandartes bailando durante la noche del congreso nazi de Nuremberg, el «fascismo inmenso y rojo» y sus «catedrales de luz».

El nazismo fue la religión del odio. En ese sentido necesitaba del racismo. Sin cabezas de turco, ¿cómo se puede odiar? De ahí la importancia estratégica (y fantasmagórica) del antisemitismo para los nazis.

En definitiva, el nazismo fue la exaltación de la guerra como nunca jamás la guerra ha sido exaltada, a excepción quizá de los antiguos reyes asirios.

Napoleón, «el dios de la guerra en persona», decía mientras recorría a caballo las enrojecidas nieves de Eylau: «No hay nada más triste que un campo de batalla». Para las SS, el campo de la masacre era muy bello.

La guerra siempre es horrible (incluso cuando sea obligado hacerla, contra los nazis precisamente). El nazismo ha sido una de las mayores regresiones de la historia de la humanidad.

Queda por entender cómo esta regresión pudo atrapar al pueblo alemán, entonces el más civilizado de la Tierra. Porque quitémonos la venda de los ojos: Hitler fue encumbrado por una inmensa oleada de popularidad. Los alemanes, los jóvenes principalmente, murieron por él con un entusiasmo digno de la mejor causa.

Hubo algunos opositores, muertos, exiliados o deportados (los primeros en poblar los campos de concentración), pero, en proporción a la población, bastantes pocos — muchos menos, por ejemplo, que los que encontraron los soviéticos en Rusia—. Ninguna de las explicaciones racionales que se puedan dar sobre este fenómeno resultaría satisfactoria: ni la crisis, ni la derrota (ya habían transcurrido quince años en 1933), ni el deseo de venganza de los alemanes contra el *diktat* del tratado de Versalles.

Hay en nuestros contemporáneos una fuerte voluntad de no volver la mirada sobre aquel lamentable hecho: la gran mayoría de los compatriotas de Marx, de Einstein, de Beethoveen y de Goethe apoyaban a Hitler. Es un hecho molesto, incomprensible, imprevisible, trágico, irracional. Los dirigentes del resto de las potencias tardaron en ser conscientes de la magnitud de aquellos sucesos, se empeñaron en tratar al Führer como a un dictador corriente y vulgar. Por otra parte, el canciller fue muy popular en América. El aviador Lindbergh y la alta sociedad de Wall Street le admiraron como a una estrella.

Las escuelas históricas actuales nos llevan a subestimar la importancia de las

personalidades en la Historia: puede pasar cuando éstas tienen un lado positivo, como Juana de Arco o Napoleón, pero ¿Hitler? Hitler, quien él solo, puesto que él era la SDF, hizo una mezcla de elementos cogidos de aquí y de allí en una biblioteca pública: socialismo, leninismo, fascismo italiano, racismo biológico, antisemitismo, misticismo hindú (la esvástica), creencias parapsicológicas... Hitler fue un loco delirante, es verdad, pero un loco genial, porque existen los genios del mal.

La continuación de la Historia nos lo demostrará.

Hitler y las democracias

ADOLF HITLER había anunciado en *Mein Kampf* lo que tenía intención de hacer. Nadie le creyó. Y, sin embargo, todos los dirigentes habían leído su libro. Esta ceguera tiene una explicación: lo que anunciaba era increíble para las mentes racionales. Las reacciones sucesivas de las democracias frente a los golpes de fuerza del canciller son, no obstante, una especie de resumen de lo que no hay que hacer.

En primer lugar, ya lo hemos indicado, el jefe nazi había relanzado la maquinaria de guerra alemana, dormida por el tratado de Versalles; a continuación, había restablecido el servicio militar obligatorio, mientras que Versalles sólo concedía al Reich un pequeño ejército de oficio. Pero aquellas dos violaciones no acarrearón ninguna protesta por parte de los aliados.

Hitler fue más lejos. Puesto que el tratado de Versalles había desmilitarizado Renania (la margen izquierda del Rin), el 7 de marzo de 1936 envió allí algunos regimientos para reocuparla hasta la frontera francesa. Los dirigentes de Berlín estaban muy preocupados: en aquel momento, el nuevo ejército alemán contaba con cien mil soldados, pero las fuerzas del ejército francés eran ésas multiplicadas por ocho... Sin embargo, Francia no hizo nada. Si el Gobierno de París hubiera reaccionado desplegando sus tropas por el Rin, el Führer se habría visto obligado a dar marcha atrás. Habría quedado en ridículo, y un dictador no resiste el ridículo.

Francia no hizo nada porque los ingleses, a los que sólo les preocupaba Amberes, se burlaban de ver a los soldados alemanes en el Rin. Aquí nos encontramos con una antigua idea, aún vigente: Francia sola no puede conseguir nada. Es verdad, una diplomacia debe intentar evitar el aislamiento; pero, cuando los intereses vitales de una nación están en juego, no debe dudar en reaccionar según la máxima «ayúdate a ti mismo, el Cielo te ayudará». Si Francia hubiera reaccionado en 1936, la Segunda Guerra Mundial no habría tenido lugar.

El año anterior, Mussolini había invadido el reino de Etiopía, el único estado independiente de África. Los italianos habían peleado allí el siglo anterior. El Duce quería borrar aquel recuerdo con una victoria. El ejército italiano era un ejército moderno, el del Negus una milicia feudal. En 1896, a pesar de aquella desigualdad, los etíopes habían ganado gracias a su número y a su valentía. Pero en 1935, Mussolini «dio el do de pecho» y los aplastó. El negus Haile Selassie huyó. El rey de Italia fue proclamado emperador de Etiopía en 1936, y el país se convirtió en una colonia italiana.

El Negus presentó, en vano, su causa en Ginebra, ante la SDN. Inglaterra y Francia estaban muy molestas: aunque, en 1918, estos dos países habían confiscado

sin ninguna vergüenza las colonias alemanas y las posesiones turcas. Pero las modas son tiránicas y el Duce no comprendió que lo que se admitía en los círculos dirigentes occidentales dieciocho años antes, en 1936 ya no se podía admitir. La moda de la expansión colonial había pasado (por poco, es verdad: la Exposición Colonial Francesa se había mostrado en 1931 en París). Se condenó la invasión italiana, la SDN votó sanciones. Hasta entonces, Mussolini había considerado despreciable el nazismo, sentía una cierta repugnancia por el Führer, y no había dudado en enviar sus tropas a Brenner, en los Alpes, para intimidarle. Después de las sanciones de la SDN, el resentimiento le empujó a los brazos de Hitler.

¿Qué había que hacer? La cuestión era más compleja que la de Renania. La Etiopía de 1936 se podía | comparar con el Marruecos jerifiano de 1912, en donde Lyautey (precisamente presidente de la Exposición Colonial) había logrado que se aceptara el protectorado de í Francia. Etiopía era una auténtica nación, con una monarquía venerable (como Marruecos). La hipocresía de I Francia y de Inglaterra fue grande. La ceguera de Mussolini, que no vio que se estaba equivocando de época, también. Sea como fuere, aquel fue un año oscuro para las democracias.

En julio de 1936 estallaba la guerra de España. Después de unas elecciones que habían visto el triunfo ^de la izquierda, instalada en el poder en Madrid, con el Frente Popular, el general Franco sublevó las guarniciones del Marruecos español (durante el establecimiento del protectorado francés, una pequeña zona, al norte, se había concedido a España, quien todavía en la actualidad l conserva Ceuta y Melilla) y encabezó un pronunciamiento militar —expresión famosa de De Gaulle— apoyado por la derecha española (la Falange de Primo de Rivera). España se vio partida en dos: el oeste (excepto el País Vasco) para los golpistas; el este, con Madrid y Barcelona, para la República del Frente Popular. Inmediatamente, Hitler y Mussolini apoyaron a los nacionales (de aquella época data la fortuna de la palabra «fascismo»). Hitler envió a la *Luftwaffe*, que bombardeó Guernica; el Duce, tropas italianas para el bando de Franco. Frente a la provocación de un golpe de estado apoyado por la Alemania nazi y la Italia fascista contra la República española, las democracias inglesas y francesas se mostraron blandas. Es verdad que el Gobierno del Frente Popular intentó ayudar a los republicanos. Les hizo llegar clandestinamente aviones. André Malraux, un joven y famoso escritor que acaba de ganar el premio Goncourt, se vio de pronto como eje de la escuadrilla «España» sin saber pilotar un avión —pero subía con valentía a los aviones en calidad de observador—. (Malraux tampoco aprendió nunca a conducir un automóvil.) Era amigo de un tal Jean Moulin, jefe del gabinete del ministro del Aire Pierre Cot. Malraux escribió un libro sobre España: *La esperanza*. También rodó una película con ese mismo título. Indeciso, Léon Blum se negó a embarcar a la República francesa en ayuda de la legítima República española, y a poner al Frente Popular francés de parte del Frente Popular español.

En España, la guerra civil era sangrienta; los dos partidos representaban dos concepciones del mundo irreconciliables. Muchos intelectuales (en aquella época sabían luchar) se comprometieron con la causa republicana, como Malraux o el americano Hemingway (*Por quién doblan las campanas*), o con la franquista, como Bernanos. Sin embargo, Bernanos, asqueado por la crueldad de los fascistas españoles, pronto les dejó y escribió contra ellos un terrible requisitorio, *Los grandes cementerios bajo la luna*. Los escritores españoles se dividieron: Federico García Lorca y Miguel de Unamuno.

A diferencia de las democracias, la Unión Soviética no temió ponerse de parte de los republicanos, tendiéndoles la mano y eliminando a los anarquistas. Aquella fue la aventura de las Brigadas internacionales dirigidas por Rusia, pero con las que se comprometieron miles de jóvenes comunistas de todos los países.

De este modo, España servía de conejillo de Indias para Hitler, Mussolini y Stalin, y para sus ideologías. Tranquilos por la falta de respuesta de las democracias, Alemania e Italia, que habían abandonado la SDN, firmaron entre ellas un pacto llamado el «Eje».

Aquél fue el error de Mussolini. Hasta entonces, los italianos le habían apoyado. Pero no les gustaban mucho los alemanes, detestaban a Hitler y las derivaciones de Mussolini inspiradas en él. El antisemitismo les era ajeno. Los italianos pasaron del entusiasmo a una descontenta pasividad y muchos intelectuales, entre ellos Malaparte, rompieron con el Duce.

Al «Eje» se unió Japón por medio del «pacto anti-Komintern». El Imperio del Mikado, muy imperialista, veía en los enfrentamientos occidentales la ocasión de ocupar China sin que nadie se lo impidiera. De hecho, ocupó toda la China oriental, con Pekín, Nankón y Cantón incluidos. Chiang Kai-shek se refugió en las montañas del oeste y un jefe comunista todavía poco conocido, Mao Tse-tung (que se reconcilió con Chiang), en las del norte.

En realidad, a Japón le importaba poco enfrentarse a la URSS; sólo quería tener las manos libres en el sureste asiático. De hecho, la URSS y Japón nunca se enfrentaron en una guerra. Porque no se puede llamar así a la tardía y simbólica intervención de Stalin: hasta el 9 de agosto de 1945 no ordenó ocupar Manchuria y la isla de Sakhalin. Durante la Segunda Guerra Mundial no hubo combates en la frontera ruso-japonesa. Stalin sabía perfectamente que los japoneses no dirigían el pacto anti-Komintern contra la URSS, sino contra Gran Bretaña.

Ante la pasividad de las democracias, Hitler decidió, el 12 de marzo de 1938, el *Anschluss*, es decir, la anexión de Austria. Aquello fue un paseo militar. Desde el hundimiento de su Imperio en 1918, los austríacos veían su única escapatoria en una anexión al Reich alemán. En Viena se aclamó a la *Wehrmacht*, y también a Hitler.

Suponía una grave violación del tratado de Versalles. Ni siquiera entonces,

Inglaterra y Francia hicieron nada; su fe en los derechos de los pueblos a disponer de ellos mismos se lo impedía. El Führer había obtenido la complacencia italiana en 1936. Hay que señalar que, aunque Hitler despreciara a los italianos, Mussolini fue el único hombre hacia el que el jefe nazi manifestó, hasta el final, una auténtica admiración.

El nazismo alcanzó su apogeo el 12 de septiembre, en el congreso de Nuremberg. Aquel congreso, con su batir de estandartes, el sonar de sus trompetas y la luz de miles de fuegos (que impresionaron mucho a Brasillach), marcó su apoteosis.

Sin embargo, entre Austria y Sajonia, la República checa avanzaba amenazando los montes de Bohemia. Checoslovaquia entonces era una potencia industrial (las fábricas Skoda). Creada por Clemenceau, disponía de un excelente ejército y de formidables fortificaciones de montaña. Por suerte para Hitler, aunque la llanura era eslava, los alemanes vivían desde siempre en las alturas de Bohemia: los Sudetes. Una vez más, en nombre del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, Hitler reclamó la anexión del país de los Sudetes. Sin sus montañas, Checoslovaquia no era más que una tortuga sin su caparazón. Horrorizados, Francia e Inglaterra reaccionaron. Francia se movilizó.

Mussolini propuso mantener una conferencia el 29 y 30 de septiembre en Munich. Hitler y Mussolini se enfrentaron allí al primer ministro británico, Chamberlain, y al presidente del Consejo francés, Daladier. Aun así, los dirigentes alemanes no se sentían seguros: en 1938, la *Wehrmacht* no estaba preparada, a pesar de su rápido rearme. Para sorpresa del Duce, ingleses y franceses cedieron, con el fin de salvaguardar la paz. La *Wehrmacht* pudo ocupar los montes de Bohemia. Se extendió por todas partes un «despreciable consuelo» (*dixit* Léon Blum). Cuando, al volver de Munich, su avión aterrizaba en Burget, Daladier vio que le esperaba una enorme muchedumbre. Pensó que querían lincharle por haber cedido. Acudían a aclamarle. Débil pero lúcido, murmuró: «¡Qué estúpidos!».

La capitulación de Munich se convirtió en un símbolo. Todavía hoy se habla de los que estaban a favor y de los que estaban en contra. De hecho, aquel criterio dividió a los partidos. En Francia y en Inglaterra hubo partidarios de la conferencia de Munich de izquierdas (Blum) y contrarios a ella de derechas (Reynaud). Nunca se hablará lo suficiente de la responsabilidad, o, mejor, de la irresponsabilidad, de los gobernantes ingleses del momento, en particular la de Chamberlain (concedor del rechazo de Francia a enfrentarse sola y de que los dirigentes franceses siempre seguían a los ingleses). De golpe, los alemanes más reticentes se unieron: ¿cómo resistirse a un hombre que gana todas las manos de póquer, ante el que las potencias se inclinan?

Nuestro punto de vista actual está falseado por el conocimiento que tenemos de los hechos históricos y por la magnífica resistencia de los ingleses a la Alemania

hitleriana. Pero de 1918 a 1939, durante más de veinte años, los ingleses, obsesionados por el poder de Francia, reconstruyeron Alemania. Igual que Napoleón temía más a Austria que a Prusia en la época de Sadowa, Chamberlain se equivocó de enemigo. Y además, ¿querer la paz a cualquier precio tiene algún sentido? El eslogan de los Verdes alemanes: «Mejor rojos (esclavos) que muertos», ¿no es obsceno?

Precisamente en aquel momento, un hombre de Estado británico, entonces en la oposición, lanzó a los partidarios de Munich, en plena Cámara de los Comunes, esta frase que lo resume todo: «Ustedes han aceptado el deshonor para evitar la guerra».

De hecho, Hitler no se detuvo ahí. El 15 de marzo de 1939, ocupó Praga. Checoslovaquia se convirtió en el «protectorado de Bohemia-Moravia» sin un tiro de fusil. Hay que decir que los checos, aun abandonados por las potencias, deberían haberse defendido después de Munich. En sus montañas de Bohemia habrían podido detener a la *Wehrmacht* durante un tiempo. Si hubieran peleado, franceses e ingleses se habrían visto obligados a seguirles. La guerra habría estallado antes, pero de una manera menos desfavorable.

En ese mismo mes de marzo de 1939, Franco entraba en Madrid. La guerra de España había acabado. Miles de republicanos españoles huyeron a Francia. Muchos de ellos participarán en la resistencia.

Este último éxito fascista le resultó al Führer menos provechoso de lo que había calculado. En efecto, el generalísimo Franco, que en 1940 se reunió con Hitler en San Sebastián, donde este último había acudido para verle, se negó a participar en la guerra junto a él. España se mantuvo neutra. Infinitamente más antipático y cruel que el Duce, Franco también fue más hábil. Murió, todavía en el poder, en su cama, después de haber instalado en el trono de Madrid al actual rey Juan Carlos I, su protegido.

Hay que añadir que la política militar francesa —la del mariscal Pétain, todopoderoso en el Estado Mayor— era absurda: ¿cómo acudir en ayuda de Checoslovaquia permaneciendo retirado tras la línea de Maginot?

Al observar desde Moscú aquella falta de energía y aquellas incoherencias, Stalin pensó: si los alemanes atacan la URSS, los otros no me apoyarán; más vale que me alíe con los fascistas. El secretario general del Partido Comunista recibió al ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Ribbentrop, en Moscú. Aquella fue la representación teatral del «pacto germano-soviético», el 29 de agosto de 1939.

Miles de militantes comunistas, asqueados, dejaron el Partido, pero el Führer tenía el campo libre: desde el Rin hasta Japón, no tenía enemigos. Esto constituía un enorme espacio continental. Inmediatamente, Stalin empezó a suministrar a los alemanes lo que les faltaba: petróleo y trigo.

Sólo Polonia suponía un impedimento entre los soviéticos y Alemania, basta con mirar un mapa. El 1 de septiembre de 1939, el ejército alemán entraba allí.

Para sorpresa de Hitler y de Stalin, que no esperaban el menor reflejo de dignidad, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania. Fue el principio de la Segunda Guerra Mundial; de hecho, ya lo hemos dicho, la Primera Guerra Mundial de verdad.

Aquel reflejo de dignidad no salvó a Polonia, que Hitler y Stalin se repartieron. Polonia resistió valientemente hasta el 26 de septiembre, fecha de la capitulación de Varsovia. Ingleses y franceses, a pesar de su declaración de guerra a Alemania, no hicieron nada. Los ingleses, aún dirigidos por los derrotistas, no tenían ejército de tierra. Y los franceses se mantuvieron escondidos detrás de su línea de trincheras. Hitler despreciaba de tal manera al Estado Mayor francés, que se había atrevido a transportar la totalidad de su ejército a Polonia. Delante de los búnkeres de Maginot no había más que el vacío.

El generalísimo francés de la época, Gamelin, un imbécil diplomado, se resistió con energía a cualquier acción. En cuanto a Mussolini, seguía manteniéndose neutral. Ante el ejército alemán sólo estaban el ejército francés y la flota inglesa. Hitler no tenía una flota lo suficientemente poderosa, pero se podía pensar que, liberado de preocupaciones en el frente de Rusia, iba a lanzarse inmediatamente contra Francia.

Nada de eso se produjo. Alemanes y franceses se miraron con hostilidad —es lo que se llama «la extraña guerra»— durante siete meses: desde la capitulación de Varsovia hasta el ataque contra Sedán; del 26 de septiembre de 1939 al 10 de mayo de 1940. ¿Por qué? Generalmente se alegan razones meteorológicas: el mal tiempo. En cualquier caso, se puede pensar que no fue ésa la verdadera causa de la larga inactividad alemana, tan contraria a la psicología del *Führer*.

La realidad es que los generales de la *Wehrmacht* conservaban un recuerdo muy doloroso de los combates e Verdún, en los que habían participado como jóvenes riciales. Sentían una gran admiración por el coraje de los soldados franceses y un auténtico terror por el ejército francés. Por lo tanto, se opusieron el mayor tiempo posible a la ofensiva que el Führer quería. Temían una nueva batalla del Marne.

¿Sobrestimaban al ejército francés?

La campaña francesa

EL HUNDIMIENTO del ejército francés en mayo de 1940 fue un acontecimiento que dejó estupefacto al mundo entero. Aún influye en la psicología actual de los franceses.

La verdadera causa de aquel acontecimiento se sigue sin admitir.

El mundo entero consideraba a Francia la nación militar por excelencia, la de Conde, Kléber y Napoleón, cuyos soldados habían mostrado en Verdún tanto heroísmo como los espartanos en Termopilas. Los oficiales americanos más exquisitos acudían a formarse a la Escuela de Guerra de París.

El anuncio de la aniquilación en cuatro semanas de su ejército produjo un profundo *shock* en toda la Tierra. Roosevelt cuenta que no quiso creerlo. Se extendió entonces por todas partes, también en Francia, un efecto de estupefacción. Incluso Hitler se sorprendió, hasta llegó a bailar de alegría, lo que no era su estilo. El planeta entero se quedó boquiabierto.

Para explicarlo, a menudo se dice que los franceses no tenían armas modernas o, peor aún, que los soldados estuvieron flojos. Se conoce la innoble frase de Céline: «Seis meses de *belote*,^[16] tres semanas de marcha a pie».

No hay nada más falso.

Primero, las armas. Los ejércitos alemanes y franceses eran comparables y tan modernos el uno como el otro. Iguales en efectivos —tres millones de hombres, a pesar de que Alemania entonces tuviera el doble de población que Francia—, ambos estaban a la par.

Los dos tercios de los movilizados de cada bando iban a pie o en carro de caballos, igual que en 1914; pero cada uno de los dos ejércitos tenía un cuerpo de batalla de un millón de soldados jóvenes, bien armados, y mecanizados.

Las decisiones estratégicas eran diferentes. Francia concedía mucha importancia a la línea fortificada que llevaba el nombre del antiguo ministro de la Guerra, Maginot, levantada al este, frente a Alemania, con sus trincheras inexpugnables (trenes subterráneos, etcétera), y que, por otra parte, los alemanes no intentaron tomar. Al sur de Bélgica, no había trincheras. Pero los franceses sabían desde 1914 que se violaría la neutralidad belga. Por lo tanto, agruparon allí al grueso de su cuerpo de batalla, combativo y moderno.

Ambos bandos contaban con el mismo número de carros de combate (y, en materia de artillería pesada, los franceses superaban a los alemanes, que en aquella época no contaban con ella): más o menos un millar de blindados en cada campo.

Sin embargo, existía el problema de su empleo: en Francia, los carros se habían repartido entre los regimientos y las divisiones; en Alemania se habían reagrupado en

divisiones blindadas, las *panzerdivisiones*. El mando alemán aplicaba las teorías de un coronel francés, Charles de Gaulle, que había publicado libros y artículos sobre aquel tema.

Tras una guerra heroica en 1914 y un cautiverio plagado de evasiones en Alemania, De Gaulle participó en la instrucción del ejército polaco que contuvo al ejército rojo. Él había entendido que el «motor acorazado» permitía a los ejércitos reinventar lo que había sido la caballería bajo Napoleón: rapidez, choque. Para ello, había que reagrupar los carros en divisiones especiales. Él proponía crear una decena de divisiones blindadas, acompañadas por una infantería de apoyo. Se peleó mucho para difundir aquellas ideas. Al principio era un protegido de Pétain, del que se había separado por esta precisa cuestión, pues el mariscal era un encarnizado partidario de la guerra de trincheras.

De Gaulle no tuvo más éxito con los hombres políticos —acosó a todos, ya fueran de derechas o de izquierdas—. El presidente del Consejo, Léon Blum, le recibió. Únicamente Paul Reynaud, un liberal de derechas, le escuchó.

El gran sufrimiento de De Gaulle fue ver que sus ideas se aplicaban en Alemania. Los generales alemanes, entre ellos Guderian, le leían. Hitler, dentro de todo su genio, había entendido la importancia de los blindados. No hay que pensar que los malos son estúpidos. El Führer fue un genio del mal, pero supo crear las *panzerdivisiones*. En 1940, Alemania alineó diez de ellas.

No es lo mismo tener mil carros dispersos que tenerlos agrupados en *panzerdivisones*.

Pero este error de uso de los blindados no determinaba necesariamente la suerte de la batalla. Por otra parte, Francia contaba con muchos menos aviones de los que tenía la *Luftwaffe*. Pero la alianza franco-inglesa agrupaba en conjunto un número similar: el éxito de la RFA durante la batalla aérea de Inglaterra lo demostrará.

En lo que al valor de los soldados se refiere, era grande en cada bando. Es cierto que en 1939, ni los franceses ni los alemanes, excepto los *Hitlerjugend*, marcharon a la guerra con una flor en el fusil como en 1914. Pero los franceses cumplieron con su deber.

Tanto en uno como en otro bando, se contaron decenas de miles de muertos en un mes, los mismos que durante todos los meses difíciles de la guerra de 1914. Hubo muy pocos desertores. Nosotros conocemos la moral de la tropa por el servicio de correos, que abría las cartas. Era buena. El ejército francés de 1940 no era indigno de la República.

Hay que recusar una leyenda que pesa sobre el inconsciente de los franceses: Francia no fue vencida en 1940 por falta de armas o de coraje, sino por el genio del mando alemán frente a la profunda estupidez del mando francés. A pesar de la mala utilización de los carros franceses, faltaba mucho para que la batalla quedara jugada,

y los generales nazis eran conscientes de ello.

Fue la inteligencia del plan de batalla hitleriano la que venció a la espesa idiotez de la mayoría de los grandes jefes franceses, de los cuales Gamelin es un buen ejemplo —por no hablar del almirante Darían, cuya flota se hundirá más tarde inútilmente—. Porque los almirantes franceses se mostraron aún más negados que los generales, lo que explica que más tarde veamos a tantos pavoneándose en Vichy. Juin, De Gaulle, De Lattre, Leclerc ya estaban manos a la obra en 1940, pero en puestos subalternos. Hitler había sabido promocionar a Guderian, Rommel y los demás.

La campaña de Francia de 1940 fue Austerlitz al revés.

En primer lugar, la trampa: atraer al cuerpo de batalla francés lejos de la verdadera escena. Los paracaidistas alemanes saltaron en Lieja, y Gamelin cayó en la trampa al enviar al grueso de su cuerpo de batalla a doscientos kilómetros al norte.

A continuación, la sorpresa: las *panzerdivisiones* reagrupadas forzaron la puerta allí donde no se les esperaba porque se consideraba imposible su progresión sobre aquel terreno: el bosque de Ardenas, montañoso, con mucha vegetación, casi desprovisto de caminos (igual que Aníbal cuando cruzó los Alpes con sus elefantes). El cuerpo de batalla alemán desembocó, pues, en Sedán, mientras que el de los franceses estaba en Bélgica. Luego, entre el 10 y el 16 de mayo, se adentró hacia el oeste, en donde no había nadie para detenerlo.

Aquí hay que recordar que los gobiernos de los aliados habían cambiado. En Francia, Paul Reynaud había llegado al poder en marzo. Entonces fue cuando se apoyó la formación de divisiones blindadas. Era demasiado tarde. A pesar de todo, se consiguió alinear cuatro. Sólo pudo combatir la que se constituyó con mayor precipitación, la cuarta división, pero a partir del 17 de mayo y al norte de Laon, en Montcornet, y luego hacia Abbeville. El coronel De Gaulle, que estaba al mando de esta división, ganó con ella sus galones de general, a título provisional. Pero los pánzer alcanzaban el canal de la Mancha.

El cuerpo de batalla francés —que incluía el cuerpo expedicionario inglés— estaba dividido, y la batalla decisiva, perdida. Belgas y holandeses capitularon.

La Navy consiguió desembarcar en las playas de Dunkerque a trescientos mil hombres, doscientos mil de ellos ingleses, sin su material. El ejército aliado estaba aniquilado.

Al ver aquello, Mussolini, para su vergüenza, declaró la guerra a Francia: «La puñalada por la espalda».

En pleno desastre, Winston Churchill fue elegido primer ministro el 10 de mayo. El 13 de mayo declaró a los Comunes: «Lo único que puedo ofrecerles es sangre, penas, sudor y lágrimas».

Paul Reynaud remodeló su gabinete e incorporó a De Gaulle, quien abandonó la

división para convertirse en ministro, subsecretario de Estado para la Guerra. Esta decisión se reveló importante por lo siguiente. Porque el hecho de que De Gaulle fuera ministro le permitió reunirse con Churchill en numerosas ocasiones y le proporcionó medios materiales para la acción.

Pero, después de Dunkerque, los grandes jefes franceses se dieron por vencidos. A Weygand le llamaron desde Siria, y no tenía la amplitud de miras necesaria. Una vez retirado, Gamelin intentó un combate por su honor en el Soma. El 14 de junio de 1940, la *Wehrmacht* desfilaba por París, ciudad que el descompuesto Gobierno había abandonado para instalarse en Burdeos.

En cuanto al pueblo francés, éste se había marchado hacia el sur o hacia el oeste huyendo de los invasores. Aquel éxodo, uno de los más considerables de la Historia, lanzó a las carreteras a más de 15 millones de personas, niños, mujeres embarazadas, ancianos, con unos embotellamientos inexpugnables (veinte veces peor que los de Kosovo). Dolorosas imágenes las de los famosos Stukas, los aviones alemanes provistos de sirenas para aterrorizar a la población, ametrallando a la muchedumbre en las carreteras.

Aquel éxodo, un extraordinario derrumbamiento, al menos demuestra que los franceses del pueblo detestaban a los nazis; en junio de 1944 sucedió lo contrario: a pesar de los horribles e inútiles bombardeos aliados, la población permaneció en sus casas para esperar a los libertadores. Las últimas elecciones habían dado el poder al Frente Popular.

El 17 de junio todo se detuvo. Paul Reynaud, superado, presentó su dimisión. No tenía un carácter preparado para las tempestades. El presidente de la República designó para sucederle a un ilustrado de ochenta y cuatro años que pidió de inmediato el armisticio —cuando existían numerosas alternativas diferentes—. La República francesa desapareció en la tormenta.

El 10 de julio de 1940, en la ciudad de las termas de Vichy, los parlamentarios, reunidos más mal que bien, votaron «los plenos poderes para el mariscal Pétain». Desde el día siguiente, sobrepasando sus atribuciones, suprimía la República por medio de tres actas constitucionales y nombraba a Pierre Laval presidente del Consejo. El presidente Lebrun se retiró a Vizille. De Gaulle estaba en Londres con el pretexto de una vaga misión; a partir del 18 de junio, se declaró disidente.

En dos discursos pronunciados casi al mismo tiempo, el viejo mariscal y el joven general extrajeron del desastre una lección diametralmente opuesta.

El mariscal no había entendido nada de lo que era el nazismo. Todavía creía que tenía enfrente a Bismarck. Sólo le faltaba detener el combate, como había hecho Thiers en 1870, y, si se presentaba la ocasión, aplastar la Comuna. Por otra parte, muchos de los dirigentes no habían sabido calibrar la medida o desmesura de Hitler (tampoco los ingleses hasta que llegó Churchill).

Los discursos de De Gaulle y de Pétain se oponían punto por punto. Ambos se difundieron por radio (que para el general era el único medio de comunicación posible): Pétain, desde Vichy; De Gaulle, desde Londres, donde Churchill había tenido la audacia de invitarle a la BBC.

Pétain, recuperando sin saberlo los argumentos de Céline, al que no había leído (no leía nada, sus discursos se los escribían), acusó al pueblo francés de haberse divertido mucho y combatido mal. No se dirigió a los franceses como a adultos, sino como a niños pequeños a los que se riñe y se promete proteger. El viejo era muy convincente porque tenía el grado más alto del ejército, estaba cubierto de gloria y decía sacrificarse: «Entrego a Francia el don de mi persona para apaciguar sus desgracias». Pero, de inmediato, se transformó en un severo padre y leyó la cartilla a los franceses.

Pues bien, él, el jefe del Estado Mayor de los ejércitos y la autoridad todopoderosa de la estrategia a desarrollar, era el gran responsable de la derrota por haberse negado obstinadamente a formar divisiones blindadas y por haber promocionado, o mandado promocionar, a los puestos más elevados a inútiles.

En realidad, aquel prestigioso mariscal jamás debería haber superado el nivel que había alcanzado en 1914 y tendría que haberse jubilado con ese nivel: el de padre del regimiento (coronel), paternalista y cascarrabias, valiente delante del fuego enemigo pero bastante estúpido. Fueron éstas unas cualidades/defectos convenientes para tranquilizar a un ejército preocupado en 1917, pero las que le impidieron en 1940 comprender la realidad.

De Gaulle, por el contrario, acusó a los jefes. Dijo a los franceses que unos jefes incapaces les habían conducido al desastre. A diferencia de Pétain, él comprendía lo que estaba en juego en aquella guerra. Era ideológico y planetario. «Esto no se zanja con la batalla de Francia. En el universo hay medios para aplastar a nuestros enemigos. Aun fulminados por una fuerza mecánica, nosotros podemos vencer con una fuerza mecánica superior.» De aquí se deducía el deber de luchar: «La llama de la Resistencia francesa [de él procede la afortunada palabra "Resistencia"] no debe apagarse y no se apagará».

El 26 de junio, ante una nueva amonestación de Pétain justificando el armisticio, De Gaulle lanzó al viejo jefe esta algarada: « ¡La derrota! ¿Quién la necesita, señor mariscal? Usted, que era el más alto mando militar, ¿alguna vez ha apoyado, pedido, exigido, la reforma indispensable de un sistema que no funcionaba? ¡Ah! Para firmar ese armisticio de servilismo no había necesidad de vencer en Verdún. Cualquiera habría podido firmarlo».

Y como Pétain aconsejaba la sumisión, él explicó que Francia «no volverá a levantarse bajo la bota alemana. Se alzarán con la victoria».

El mariscal y el general se habían encontrado en un restaurante de Burdeos unos

días antes. De Gaulle cuenta la escena en sus *Memorias*. Él se acerca a saludar a Pétain: «Estoy convencido de que en otros tiempos el mariscal habría continuado el combate... Pero la edad que tenía había destruido su carácter. La vejez es un naufragio y, para no ahorrarnos nada, la vejez de Pétain tenía que identificarse con la derrota de Francia».

Las llamadas del general a través de la radio sólo las escucharon unos cuantos miles de personas, todavía no había costumbre de escuchar la BBC.

En Francia reinaba el terrible desorden del éxodo. El país entero estaba destruido. Las familias separadas se buscaban. El caos y la muerte se daban la mano. Se necesitaba la sangre fría y la mentalidad profética del general para ver más allá de aquella «cagalaolla» —palabra que se utilizará en 1968, pero que describe aún mejor la situación de 1940.

El Partido Comunista, que hubiera podido controlar la anarquía, había quedado mentalmente aniquilado por el pacto germano-soviético y también predicaba la sumisión. Los pacifistas como Céline gritaban: «¡Ya os lo habían advertido!».

Las personas más destacadas sentían algo de vergüenza por haber abandonado sus puestos a la debacle, pero se sentían justificados por las palabras de Pétain. Además, tenían más miedo de los comunistas que de los nazis. Una verdad inconfesable: muchos de ellos admiraban en secreto a los alemanes. Éstos eran altos, rubios, guapos, fuertes, organizados, *korrekt*. Hay una parte de masoquismo en las víctimas con relación a sus verdugos (el síndrome de Estocolmo). En cuanto a los monárquicos de la Acción Francesa, poco numerosos pero influyentes, para ellos la derrota fue «una divina sorpresa», tal y como confesará su gurú Maurras.

Todos aquellos generales vencidos, como Huntzinger, todos los almirantes que habían dejado sus barcos en puerto, todos los notables que habían huido de sus puestos, se reencontraron en Vichy, sin vergüenza y sin pudor, alrededor o en el gobierno del mariscal. Entonces instilaron en la mentalidad de los ciudadanos de a pie que no tenían más que lo que se merecían por su comportamiento (bajas por enfermedad pagadas, los tandems, las vacaciones, los votos para el Frente Popular).

Pero los hechos dicen obstinadamente lo contrario de lo que expresaba el discurso de culpabilidad de las élites: en junio de 1940 fue la clase dirigente (salvo algunas excepciones) la que se quebró y no el pueblo, cuyo coraje y dignidad en aquella dura prueba fueron grandes.

El desprecio por el pueblo siempre es la tentación y la excusa de los dirigentes débiles.

La apuesta de la Francia libre

¿EN JUNIO DE 1940 había alternativa al armisticio?

Seguro que sí, y en este asunto la responsabilidad del presidente del Consejo, Paul Reynaud, fue abrumadora. Es cierto que había cometido el error de llamar al gabinete al mariscal Pétain, hasta entonces embajador en la España de Franco, cuyo escepticismo era notorio. Pero también hizo que De Gaulle entrara en el gabinete. Su ministro del Interior, Georges Mandel, no era en absoluto partidario de la capitulación. Reynaud habría podido transportar la sede de la República a Argelia, entonces parte integrante del territorio metropolitano.

Las posibilidades de que el combate continuara eran muchas: que la Asamblea Nacional, el Senado y Lebrun se instalaran en Argel; que la flota de combate, la mejor que Francia haya tenido nunca (aunque el almirante Darían no supiera combatir, había sabido construir una flota ultramoderna) zarpara de Brest y Toulon para ir a amarrar a Mers al Kebir, Dakar y Bizert; que las grandes escuelas se replegasen a África del Norte; la aviación ya estaba salvada (los aviadores fueron por sí mismos a Argelia y a Marruecos; Vichy los hizo volver); y que los regimientos que todavía podían salir de Francia o los que ya estaban replegados en Inglaterra (cazadores alpinos, la Legión) acudieran a reforzar el ejército de África.

Francia se guardaba una baza: un ejército colonial, una magnífica marina, un Imperio inmenso en África y en Asia.

Se dice que los alemanes habrían invadido inmediatamente África del Norte. Una hipótesis absurda: si eran incapaces de franquear el paso de Calais, ¿cómo iban a poder cruzar el Mediterráneo con la supremacía naval anglo-francesa frente a ellos?

Quedaba Italia, pero ya hemos señalado que, hostil a los nazis, el pueblo italiano no estaba entusiasmado —y esto es lo menos que se puede decir— con esta guerra. En cuanto a Franco, negaba el paso a Hitler. Invadir España no era un camino de rosas. Una vez invadida, el tumultuoso estrecho en el que se asienta la base, aún inglesa, de Gibraltar habría supuesto un obstáculo insuperable. Es verdad que Libia era italiana, pero cuando los alemanes desembarcaron allí en ayuda de Italia, con Rommel, sólo pudieron hacerlo unos pocos. El ejército francés de África, aun mal equipado, durante el terrible invierno de 1942-1943 supo detener —solo, pues los americanos habían huido— a los alemanes que llegaron a Túnez a causa de la traición del almirante Esteva. Habría hecho lo mismo en 1940-1941.

Claro está que los alemanes habrían ocupado la Francia metropolitana. Pero hay que preguntarse: ¿habrían sido más desgraciados los franceses? La respuesta es no. Habrían seguido la misma suerte que los belgas y los holandeses. Por otra parte, la

ocupación total del territorio sólo fue repelida poco más de dos años. Moral-mente, la situación habría estado clara para los ciudadanos.

Si la guerra hubiera seguido desde Argelia, Francia, desafortunada en 1940, se habría mantenido en combate hasta la victoria final. Por lo demás, es lo que se hará con De Gaulle en 1943, pero para entonces las fuerzas ya estaban considerablemente reducidas y el crédito extremadamente mermado por Vichy. Sabemos que Paul Reynaud no fue el hombre de aquel destino.

Una vez aclarado este punto, el balance del Gobierno de Vichy es catastrófico. Recordemos que las gentes de Vichy nunca habrían llegado al poder por medio de unas elecciones. Representaban a la eterna extrema derecha, alrededor del 10% del cuerpo electoral, y las últimas elecciones libres, en 1936, habían llevado al poder al Frente Popular.

Recordemos, sobre todo, que el canciller Adolf Hitler deseaba apasionadamente Vichy. Francia, inmenso país a escala europea, era un pedazo difícil de digerir para la *Wehrmacht*, al contrario que la pequeña Bélgica. En Francia, el ejército alemán corría el riesgo de hundirse entero. Por eso el empeño del Führer en favorecer la instalación, en junio de 1940, de un gobierno francés en Vichy, en manos del mariscal Pétain, héroe emblemático de la Gran Guerra. Los ingleses no se equivocaron cuando, el 3 de julio, hundieron en Mers al Kebir la parte más accesible para los alemanes de la flota francesa. Churchill no podía correr ningún riesgo: ver a la «Real» en manos de los alemanes era inaceptable.

Hitler hizo a Pétain dos grandes y aparentes concesiones: la no confiscación de la flota de Toulon; una «zona (llamada) libre», es decir, que no habían ocupado las tropas alemanas, en donde se encontraba situado (en la ciudad termal de Vichy) el Gobierno Pétain-Laval; y el respeto al Imperio colonial. Esta última concesión no suponía nada, puesto que, ya lo hemos dicho antes, Hitler sabía muy bien que no tenía medios para apoderarse de él.

Pero Vichy permitía que Francia, aún administrada por sus prefectos y funcionarios oriundos, sirviera de burdel y de lugar de reposo para la *Wehrmacht*. Vichy permitía que Alemania saqueara todo a su antojo, los recursos económicos y la industria francesa. Vichy permitió que la *Kriegsmarine* y la marina italiana no midieran sus fuerzas contra la marina francesa, algo que hubiera sido peligroso para los primeros. Nunca se señalará bastante la responsabilidad en esta cuestión del almirante de la flota, el siniestro Darían.

Se afirma que Vichy evitó a los franceses algunos de los horrores de la guerra. Es justamente lo contrario de la verdad.

Vichy hizo la guerra tres veces, y con gran energía, pero contra las democracias occidentales y contra los franceses libres: en Dakar, en septiembre de 1940; en Siria, en la primavera de 1941, y en Casablanca, en noviembre de 1942. Los soldados de

Pétain masacraron a centenares de G.I.^[17]

El error de la extrema derecha fue creer que ella podía llevar a cabo una «Revolución nacional» bajo la bota del enemigo. Aquél no era el momento. Pétain, Laval, Darían se deshonraron. Vichy se hundió en el lodo: cuando se entra en la vía de las concesiones ante un tirano, hay que hacer cada vez más. Para su vergüenza, Vichy acabó mandando a la policía, que seguía bajo sus órdenes, a organizar detenciones masivas de judíos —entre ellas la de Vel'd'Hiv', en París—. Y, sobre todo, Vichy no dudó en empezar una guerra civil, con la famosa milicia. Los traslados masivos de obreros franceses a Alemania fueron los que hicieron funcionar la maquinaria de guerra alemana.

Desde un punto de vista puramente jurídico, se puede admitir, a pesar de los abusos de poder del mariscal, que el Gobierno de Vichy tuvo una base legal hasta 1942. Pero cuando, en noviembre de 1942, los alemanes rompieron lo estipulado en el armisticio de 1940, que era lo que fundamentaba su legalidad, con el voto de un Parlamento engañado, Vichy cayó al vacío. Si Pétain entonces hubiera querido llegar a Argel, o al menos dimitir con brillantez en Francia, habría podido salvar su honor. El viejo prefirió conservar una ridícula dignidad a cambio del abandono nacional.

Abordemos ahora la cuestión fundamental sobre el grado de adhesión de los franceses al Gobierno de Vichy.

Durante veinte años, la leyenda gaullista describió a un pueblo unánime a favor de la resistencia. Desde que se estrenó la película *Le Chagrin et la pitié*, [*La pena y la piedad*] de Marcel Ophüls, una corriente de moda nos pinta, por el contrario, como una nación servil y antisemita. ¿Cuál es la verdad?

Los franceses, excepto De Gaulle y un puñado de fieles seguidores suyos, todos fueron más o menos partidarios de Pétain durante cuatro meses —hasta la entrevista, el 24 de octubre de 1940, del mariscal con el *Führer*, en Montoire—. Su famoso apretón de manos, cuya foto difundió masivamente la *Propagandastaffel*, rompió el encanto; la imagen de un general republicano —entonces Pétain pasaba por serlo— y con gloria estrechando la mano al jefe nazi fue insoportable para los franceses. Ni Pétain ni Hitler tuvieron la fineza de evitar ese impacto: Pétain porque no entendía nada de la situación y confundía, ya lo hemos dicho, a Hitler con Bismarck; Hitler porque, aunque conociese bien la psicología de masas de Baviera, ignoraba la mentalidad retorcida de los galos.

A partir de entonces se acabó el apoyo. Es verdad que se siguió respetando la figura del «vencedor de Verdún» casi hasta el final, pero prácticamente desde el principio, la mayoría de los franceses detestó los gobiernos que formó —sobre todo el de Laval— tanto como a los alemanes. Los notables masoquistas y endiabladamente serviles de los que ya hemos hablado siempre fueron una minoría.

Uno de los autores de este libro, un septuagenario, recuerda muy bien el ambiente

del metro de París. Se marcaban las distancias con los *doryphores*^[18] (nombre con el que se conocía a los soldados alemanes). Se hacían juegos de palabras del tipo: «*Métropolitain - Pétain mollit trop*».^[19] Se comentaban los últimos aciertos de Pierre Dac (uno de los presentadores de la emisión francesa de la BBC): «Radio París miente, Radio París miente, Radio París es alemana». Por lo demás, a la hora de la emisión de la radio inglesa del programa nocturno «Los franceses hablan a los franceses», las calles se quedaban vacías, todo el mundo escuchaba la BBC.

Hacía falta una inteligencia visionaria como la de un De Gaulle para saber entonces que los alemanes perderían. Hitler iba a atacar Rusia —aquello estaba escrito en el *Mein Kampf*—, y el general nunca subestimó a sus adversarios. En aquella época, De Gaulle anunciaba por la radio la llegada de las «inmensas fuerzas de América»; pero en esas mismas fechas, Roosevelt consiguió ser reelegido gracias a su eslogan «*He kept us out of war*» («El nos ha mantenido al margen de la guerra»).

En ese momento, De Gaulle todavía estaba bastante solo. Es verdad que pudo poner de su parte —con ayuda de algunos héroes locos como el capitán Hauteclocque, escapado de Francia y que se hizo llamar Leclerc— al África ecuatorial francesa y a las islas del Pacífico, pero los americanos tenían a su embajador en Vichy. La suerte de De Gaulle fue que Winston Churchill lo comprendió, lo protegió, lo admiró y lo detestó, todo a la vez.

Las sórdidas concesiones de Vichy revolucionaban cada vez más a los franceses. Al contrario de lo que se nos quiere hacer creer, los franceses no eran antisemitas (en cualquier caso, mucho menos de lo que lo fueron, en un momento concreto, cuando el caso Dreyfus). Los historiadores israelíes indican con honestidad que fue en Francia donde más judíos sobrevivieron a las persecuciones. Uno de los autores de este libro, cuyo abuelo materno era judío, da fe de ello.

La STO —Servicio de Trabajo Obligatorio—, ley promulgada por Vichy que pretendía obligar a los jóvenes reclutados para el servicio militar a marchar a Alemania, fue, en 1942, la gota que colmó el vaso. En aquel momento, la mayoría de la población se declaró «gaullista». Los informes de los prefectos de Vichy lo demuestran. Por supuesto, esto no quiere decir que la mayoría de ellos fueran héroes.

Por entonces, la Resistencia ya estaba estructurada en corrientes. Tres eran las principales: «Combate», de Henri Frenay, oficial en activo; «Liberación» de D'Asister de La Vigerie, un aristócrata, y «Francotiradores» de Jean-Pierre Levy, más bien de izquierdas.

La Resistencia, al principio era, atrevámonos a usar la palabra, un caos. Excepto Frenay, sus jefes eran improvisados. Debe su supervivencia al incuestionable apoyo de la población. Las historias sobre este asunto son innumerables.

Un resistente al que persigue la Gestapo entra en una peluquería en donde el peluquero trabaja con el retrato oficial de Pétain colgado en la pared. El peluquero,

poniendo en peligro su vida, esconde al fugitivo.

El riesgo que corrían las redes era el de hacerse la guerra entre ellas, por el fuerte espíritu corporativo. Así derivaron los movimientos yugoslavos (Tito contra Mihailovic) o los griegos (comunistas contra monárquicos). El mérito de De Gaulle fue haber evitado eso federando las corrientes bajo su autoridad.

Aquí interviene la historia de Jean Moulin. Lo hemos visto como jefe de gabinete de Pierre Cot en 1940. Luego fue prefecto de Chartres. Antes que acusar injustamente a unos senegaleses, intentó cortarse el cuello. Cuando Vichy lo expulsó, llegó clandestinamente a Londres. La historia de la relación entre este prefecto de izquierdas y el general De Gaulle fue, de pronto, la historia de una confianza absoluta.

Señalemos que, aunque alrededor del general no estuviera toda Francia, sí había franceses de todas las tendencias: católicos e israelitas, ateos y francmasones, de derechas y de izquierdas. Un gran gaullista, Pierre Brossolette, que se opuso a menudo a Moulin, había sido editorialista del *Populaire*; un gobernador colonial negro, Félix Eboué, fue uno de sus primeros partidarios en el Chad.

Jean Moulin, lanzado en paracaídas en Francia como delegado del general De Gaulle, consiguió después de muchas peripecias crear y reunir (en la calle de Tour, en París) el Consejo Nacional de la Resistencia (CNR), que reagrupaba a todas las corrientes y partidos políticos.

Jean Moulin fue traicionado (en las estructuras siempre aparecen agentes dobles), detenido y torturado; murió. Pero había cumplido su trabajo. Era la época de los mensajes personales, a los que Pierre Dac aportaba su punto de humor (del tipo: «Mi anciana tía se ha caído del granero»); la época de los paracaidistas en la noche: los pequeños Lysander hacían de transporte entre la Francia ocupada e Inglaterra y, durante las horas de luna llena, dejaban caer a los paracaidistas delante de las narices de los alemanes.

El homenaje que Malraux dedicó a Jean Moulin, cuando sus cenizas fueron trasladadas al Panteón, no tiene desperdicio:

Jean Moulin no creó Combate, Liberación, Francotiradores... No creó los regimientos, pero fue él quien los armó. Él fue el Carnot de la Resistencia... Era la época en la que escuchábamos atentamente los ladridos de los perros en los campos, en lo más oscuro de la noche..., paracaidistas multicolores, cargados de armas y de cigarrillos, caían del cielo sobre el fuego que ardía en los claros... La época de los sótanos [la Gestapo] y de los gritos desesperados que lanzan los torturados con voz de niños...

Jean Moulin, detenido, salvajemente golpeado, con la cabeza ensangrentada, los órganos reventados, alcanzó el límite del sufrimiento humano sin jamás traicionar un secreto; él, que los sabía todos... Como Leclerc

entró en los Inválidos con su cortejo de exaltación del sol de África y de los combates de Alsacia, entra aquí [en el Panteón] Jean Moulin, con tu terrible cortejo. Con los que han muerto en los sótanos sin haber hablado, como tú; e incluso, lo que quizá sea más atroz, habiendo hablado; con todos los marcados y los despellejados en los campos de concentración, con los últimos cuerpos de las horrorosas filas de «noche y niebla» que tropiezan y finalmente caen a culatazos; con los ocho mil franceses que no volvieron de los bagres^[20] con la última mujer muerta en Ravensbrück por haber dado asilo a uno de los nuestros. Entre nuestros hermanos dentro del orden de la noche, junto al pueblo nacido de la sombra y desaparecido con ella.

De Gaulle combatía contra los alemanes, pero también tenía que imponerse a los aliados. Sabemos que sus relaciones con Churchill fueron tormentosas, pero marcadas por la mutua admiración. Churchill decía del jefe de la Francia libre: «Es un gran animal». Roosevelt, un puritano demócrata que desde junio de 1940 pensaba que Francia estaba acabada, no podía comprender a De Gaulle, aquella especie de Cirano empenachado.

Después del desembarco americano en el África del Norte francés, el presidente americano se atrevió, por un momento, a aliarse con Darían, el almirante de Vichy; luego, tras su asesinato por un joven patriota (si se pudiera justificar el asesinato político habría que mostrar indulgencia con este Bonnier de La Chapelle), Roosevelt rechazó a Giraud, un general valiente y estúpido, además de servil con los americanos. A De Gaulle no le costó triunfar por encima de aquel obtuso. La República francesa renacía en 1943 en Argel. El general se impuso al ejército francés reconstituido en la batalla final. El ejército de África desembarcó en Provenza —es el único caso de indígenas de una colonia (mezclados con evadidos de Francia y descendientes de segunda generación de franceses, ya nacidos en África) que acuden a liberar a su metrópoli—. Desde Normandía, el general Leclerc, antiguo capitán del Chad, y su fogosa Segunda División Blindada se lanzaron hacia París.

De Gaulle intentó también controlar las insurrecciones de la Resistencia, a la que, a veces, los alemanes ahogaban en sangre, como sucedió en Vercors, en julio de 1944. Por todas partes los «comisarios de la República» sustituían a los prefectos de Vichy. Cuando los alemanes se llevaron al mariscal a su país, a Sigmaringen —una ciudad termal, pero en la Selva Negra—, París se sublevó. (En ese mismo momento, los alemanes arrasaban la Varsovia insurrecta.) Era un golpe de una audacia inaudita. Salió bien. El 24 de agosto de 1944, el pelotón blindado del capitán Dronne (formado por muchos soldados, antiguos republicanos españoles; que también se llamaba la Nueve*) llegó a las puertas del Ayuntamiento, que estaba ocupado por el Consejo Nacional de la Resistencia.

El 25 de agosto, tras haber recuperado la oficina del Ministerio de la Guerra que

cuatro años antes había abandonado, De Gaulle, zarandeado por la muchedumbre, lanzaba su famoso grito: «París ultrajado, París humillado, pero París liberado...». El 26 recorrió los Campos Elíseos a la cabeza de una multitud anárquica, entusiasta e inmensa. Un momento de gloria que sólo fue un farol: los alemanes todavía estaban en Bourget.

En Berlín, el general de Lattre de Tassigny firmó la capitulación nazi junto a rusos, americanos e ingleses. Al entrar en la sala, el plenipotenciario alemán no pudo contener el grito de: «¡¿Cómo, los franceses también?!».

De Gaulle y Francia, a pesar de Vichy, habían ganado.

Militarmente, la «Francia libre» (que a pesar de todo aún seguía siendo la tercera potencia militar de la alianza occidental, después de los americanos y de los ingleses: un millón de soldados; más de cien mil resistentes, muchos de ellos amalgamados en el ejército), a diferencia de lo que había sucedido en 1914, no tuvo el protagonismo. Pero sin la Francia libre, el honor de la nación se habría visto comprometido. Aquella fue una loca epopeya. Dejemos las palabras finales a Leclerc. Cuando De Gaulle le escribió en enero de 1945: «Todo lo exagerado es insignificante», Leclerc le respondió: «No comparto esa opinión. Todo lo que hemos hecho de grande y de útil siguiéndole a usted era "exagerado e irracional"».

La Gran Guerra Mundial

EL CONFLICTO de 1939 a 1945, ya lo hemos dicho, fue de hecho la primera guerra realmente mundial; la guerra de 1914 había sido una contienda europea con algunas operaciones en ultramar. En el pasado no habían faltado las operaciones de ultramar (los conflictos entre portugueses y árabes en el mar Rojo o en el Golfo, entre franceses e ingleses en América y en la India, entre americanos y españoles en Cuba), pero se puede decir que realmente la Segunda Guerra Mundial es el primer conflicto en el que se enfrentan beligerantes del mundo entero. Por eso la llamamos la Gran Guerra Mundial (queda el nombre de Gran Guerra para la de 1914). Aunque no se convirtió en mundial hasta 1941.

Tras la caída de Francia, Gran Bretaña se quedó sola, con su imperio colonial —el ejército de la India tuvo para Inglaterra una importancia comparable a la del ejército africano para Francia— y la ayuda de sus dominios. Aunque no estaban obligados, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica acudieron en ayuda de la metrópoli, principalmente Canadá y Australia. Pero la República de Irlanda (independiente desde 1922) se mantuvo obstinadamente neutral.

El canciller nazi admiraba la Inglaterra imperial. Dentro de su escala de valores racistas, los ingleses, «grandes arios rojos», estaban situados justo por debajo de los arios rubios (Hitler era bajo y moreno). Habría evitado con gusto continuar las hostilidades con Gran Bretaña. Es verdad que había ordenado a su Estado Mayor un plan de invasión, el proyecto «Otaria», que proyectaba el desembarco en las islas; pero, en aquel momento, el Führer deseaba la paz con Albion. (Rudolf Hess, delfín de Hitler, aún en 1941, saltó en paracaídas sobre Escocia para proponer un plan de paz por separado. Se le consideraba un loco, pero quizá no lo fuera tanto.)

Hitler decía a propósito de los ingleses: «Para ellos el mar, para nosotros la tierra». Muchos nobles ingleses habrían aceptado aquella oferta. Entre ellos había simpatizantes nazis; por ejemplo, el duque de Windsor, antiguo rey destronado (y sustituido en Londres por su hermano Jorge VI en diciembre de 1936) por haber querido casarse con una divorciada americana que residía en Lisboa. Temiendo que se uniera a los alemanes, Churchill le nombró, de modo honorífico, gobernador de las Bahamas. Durante todo el mes de julio de 1940, Hitler esperó.

No podía contar con Winston Churchill. En el poder desde hacía tres meses, el Premier británico era un personaje *shakespeariano*. El escritor Albert Cohen, que lo conoció entonces, lo describe «viejo como un profeta, apuesto como un genio y serio como un niño». El *deal* con Alemania habría salvado los intereses del Imperio británico, pero esto era contrario al concepto que el viejo león tenía del honor.

Hitler, pues, se resignó a desencadenar la «Batalla de Inglaterra» (del 13 de agosto al 12 de octubre de 1940). Pidió a la *Luftwaffe* que aplastara la RAF. Cuando los ingleses ya no tuvieran aviación, la *Luftwaffe* podría hundir impunemente los barcos de la *Navy* y Alemania podría ocupar las Islas Británicas con toda facilidad, puesto que el ejército inglés no había vuelto de Dunkerque. Churchill levantaría otro ejército, pero necesitaba tiempo, a pesar de haber restablecido el reclutamiento.

La batalla aérea fue violenta. Los alemanes destruyeron las bases aéreas inglesas; después, error fatal, empezaron a bombardear Londres para acabar con la moral del pueblo. Hoy en día se sabe, sin embargo, que los bombardeos exaltan el patriotismo de los bombardeados. (Siempre hay una excepción: los bombardeos atómicos hicieron ceder a los japoneses.) De hecho, el *Blitz* fracasó. Y, sobre todo, la RAF superó a la *Luftwaffe*. La primera perdió novecientos aviones, pero los alemanes mil cazas y miles de bombarderos. Un invento reciente que los ingleses pusieron en práctica, el radar, se reveló decisivo. También el valor de los pilotos británicos. Churchill les rindió homenaje con una frase lapidaria: «*Never in the field of human conflict was so much owed by so many to so few*», [Nunca en el campo de los conflictos humanos se debió tanto a tan pocos].

Sin embargo, Inglaterra seguía sola. Mussolini, pretendiendo hacerse el interesante, invadió Grecia; su ejército fue vencido y la *Wehrmacht* tuvo que acudir en ayuda de los italianos.

Los alemanes, ocuparon los Balcanes, Yugoslavia y Grecia, e hicieron retirarse a las tropas inglesas. Los paracaidistas hitlerianos saltaron sobre la isla de Creta y la conquistaron tras unas pérdidas inauditas (los paracaidistas no están preparados para las acciones en masa; más tarde quedará demostrado en Arnhem). El Mediterráneo ya no era seguro para la *Navy*...

Los alemanes, un año después de la campaña de Francia (mayo de 1941), parecían invencibles. Inglaterra, salvada por el mar, permanecía inviolable en su isla.

El 22 de junio de 1941, el *Führer*, inició la operación Barbarroja para invadir la URSS. Quienes habían leído *Mein Kampf* sabían que lo haría. A Stalin le cogió por sorpresa. El dictador ruso no tenía nada en contra del nacionalsocialismo, al que su régimen se parecía mucho (excepto en su delirante racismo). Con Hitler se había repartido Polonia y los países Bálticos. En 1941, los trenes rusos llenos de trigo o de petróleo seguían viajando a Alemania. Hasta a un gánster puede engañarlo otro que lo sea más que él.

El ejército rojo fue aplastado por completo, dejando al enemigo millones de prisioneros. La campaña de Francia se repetía. Sólo su propia inmensidad salvó a Rusia, de la que Clausewitz ha dicho que es inconquistable. Sin embargo, los pánzer se dirigían hacia Moscú. Tras días de silencio y depresión, Stalin habló por radio. Ya no por una cuestión de comunismo y cantaradas; pedía a sus queridos hermanos que

salvaran a Rusia de la invasión de los teutones. Los alemanes fueron detenidos a unos cuantos kilómetros de Moscú, por el invierno ruso y por el contraataque de las tropas siberianas que Stalin (sabiendo que Japón no se movería) mandó volver de Extremo Oriente.

El 7 de diciembre de 1941 se producía un acontecimiento más sorprendente todavía: sin previa declaración de guerra, Japón aniquilaba la flota americana reunida en la base de Pearl Harbor, en las islas Hawai (con la excepción de tres portaaviones que estaban patrullando). Los aviones nipones, que habían despegado antes del amanecer desde los puentes de diez portaaviones, enviaron a los acorazados americanos al fondo del mar.

Ya en junio, los ingleses habían firmado una alianza con los soviéticos. «Para vencer a Hitler, estoy dispuesto a aliarme con el diablo», había dicho Churchill.

Entonces es cuando Italia y la Alemania nazi declaran la guerra a Estados Unidos. Se vieron aparecer submarinos alemanes (los famosos U-Boote) ante Manhattan.

En el puente del principal portaaviones japonés, los marinos ofrecían un cóctel a los valerosos aviadores. El almirante nipón permanecía en silencio. Un joven piloto le preguntó por qué después de una victoria tan brillante parecía preocupado. El almirante le respondió: «Hemos despertado al dragón y no sabemos cuándo volverá a dormirse».

Sin embargo, como a Stalin, al presidente Roosevelt le habían cogido desprevenido. La leyenda que dice que él habría dejado voluntariamente hundir su flota es ridícula. Todo demuestra que Estados Unidos no quería entrar en guerra (aunque, en su fuero interno, Roosevelt deseara lo contrario). El presidente había sido reelegido con un programa pacifista. El aislamiento era tradicional; un reciente sondeo ha destacado la importancia de la población alemana en aquel país. El poderoso *lobby* formado por americanos de origen alemán, extremadamente numeroso, incitaba a los americanos a plebiscitar la neutralidad. La firma IBM proporcionaba tarjetas perforadas^[21] a las SS y el abuelo de Bush, igual que el de Kennedy, realizaba fructíferos negocios con los alemanes. Pero, acorralados, los americanos patriotas no podían más que defenderse. Supieron morir por América.

Una vez aniquilada la flota americana, hundidos los mejores acorazados ingleses y holandeses, la flota nipona reinaba en los océanos Pacífico e Índico. Apareció frente a las costas de Ceilán y Bombay. Se la esperaba en Madagascar. Si los japoneses hubieran desembarcado en California, ¿quién hubiera podido detenerles? Estados Unidos corría peligro de muerte. De hecho, Japón es el único país al que los americanos han temido. Pero los japoneses no se atrevieron a tanto; prefirieron conquistar el sureste asiático, Filipinas, Malasia e Indonesia, de donde echaron a los americanos, holandeses e ingleses. Se presentaban como libertadores, como vencedores de la lucha de los pueblos de color contra los blancos.

Desde entonces, nadie se atrevía a atacar América en su tierra, porque la prodigiosa potencia industrial de aquel vasto país, reconvertida en industria de guerra, se convirtió en el arsenal de las democracias y empezó a fabricar en cadena aviones, cañones, jeeps y *liberty ships*. Roosevelt restableció el reclutamiento y formó un ejército de diez millones de hombres. Necesitó tiempo para transformar a los buenos chicos del medio este en soldados y para reunir el formidable armamento que la industria había forjado.

Durante ese tiempo, los ingleses soportaron dos terribles derrotas en la primavera de 1942: en Libia, el *Afrikakorps* de Rommel conquistaba Tobruk; y en Malasia, el ejército del Mikado tomó al asalto la base de Singapur sin mayores dificultades, haciéndose con cien mil prisioneros británicos, algo que humilló a Churchill.

En Rusia, aprovechando la llegada del buen tiempo, los pánzer se dirigían hacia el Volga, que alcanzaron en Estalingrado. Fue el apogeo de las potencias del Eje.

No obstante, en el Pacífico, la flota americana reconstruida restablecía su preponderancia durante el curso de la batalla naval de las islas Midway (del 3 al 5 de junio de 1942), poniendo fin a una hegemonía naval japonesa de seis meses.

Ya hemos contado que en noviembre de 1942, después del desembarco de los americanos, el África del Norte francesa se había inclinado del lado de los aliados. Todavía a finales de 1942, la suerte de los ejércitos parecía favorable al Eje. En octubre, el general Rommel, el jefe militar nazi más brillante, libraba una batalla con su *Afrikakorps* a sesenta kilómetros de Alejandría, amenazando al canal de Suez — eje vital del Imperio británico—, en Al Alamein. Y el general Paulus, en Rusia, se esforzaba en conquistar la ciudad de Estalingrado. Si Paulus cruzaba el Volga, columna vertebral de Rusia, la URSS habría visto amenazada su línea de flotación.

A principios de 1943, la suerte dio un vuelco. Rommel se vio obligado a retirarse y el ejército del mariscal Paulus tuvo que rendirse. La batalla de Estalingrado marcó el cambio de sentido de la guerra. El resto ya se conoce: campañas de Italia y de Rusia; desembarco en junio y agosto de 1944 en Francia; capitulación de Alemania el 8 de mayo de 1945 y de Japón el 15 de agosto de ese mismo año. La Alemania nazi, la Italia fascista, y el Japón imperial habían capitulado «sin condiciones».

Adolf Hitler se suicidó en el bunker de la cancillería de Berlín. A Mussolini le mataron los partisanos y le colgaron por los pies en una carnicería de Milán. Sólo el Mikado salvó la piel y el trono, el procónsul americano MacArthur consideró que no podía pasar sin él.

Aquella terrible y justificada guerra la ganó, en primer lugar, el estoicismo heroico y flemático del pueblo inglés durante los años 1940 y 1941: las «horas más bellas», de las que habla Churchill. Luego, sobre todo a partir de 1942, la infantería rusa y los obreros americanos. La URSS tuvo la importancia que había tenido Francia en 1914. Estalingrado es Verdún. En lo que a los americanos se refiere, sin olvidar el

valor ni la importancia capital de su ejército en la formidable operación aeronaval del desembarco, el 6 de junio de 1944, por ejemplo, ganaron la guerra principalmente en las fábricas. Estados Unidos superó definitivamente a Alemania, la antigua primera potencia industrial. Y no hay que olvidar tampoco la importancia de la Resistencia.

Queda por establecer una constante y plantear dos preguntas.

La constante: el valor de los soldados alemanes. El argumento de que estaban obligados no se mantiene. No se puede obligar a los soldados a ser valientes. Lo demuestra el ejemplo de los italianos: valerosos contra los turcos en Lepanto, en 1571 resultaron deplorables porque no estaban motivados. El ejército alemán, además de tener un buen mando, estuvo heroico. En diciembre de 1944, la *Wehrmacht* todavía hacía frente a los aliados en las Ardenas. Y todos los soldados rusos, ingleses y franceses pudieron observar el heroísmo trágico de los adolescentes de la *Hitlerjugend* al dispararles en medio de las ruinas. El malestar del alma alemana procede del hecho de que le resulta imposible asumir y honrar el heroísmo de los soldados. Los franceses depositaron al «Soldado Desconocido» bajo el Arco del Triunfo y a Napoleón en los Inválidos. El valor de las tropas hitlerianas no se puede negar, a pesar de que el perverso horror de la causa defendida haga imposible celebrarlo. Los soldados alemanes murieron dos veces: en la guerra y en la memoria de sus hijos.

La primera pregunta es sobre la *Shoá*. ¿Cómo fue posible aquel horror inenarrable? Los campos de concentración no son una invención alemana: los ingleses los emplearon contra los boers, también se conoce el gulag. Pero los campos de exterminio son exclusivos del hitlerismo. Es verdad que no sólo pasaron por ellos los judíos. Muchos resistentes murieron en ellos, pero los judíos (y los cingáros) sufrieron un «tratamiento especial»: de los nueve millones de víctimas, seis millones eran judíos... La mayor parte de los demás pereció por los malos tratos y la falta de alimentos. Las cámaras de gas no se construyeron para los deportados «normales»; funcionaron para los «raciales».

Los nazis habían intentado practicar el exterminio de los deficientes antes de la guerra. Tuvieron que renunciar a ello por presión de la Iglesia. Pero el delirio de Adolf Hitler encontró en el estado de guerra un cómodo parapeto. En enero de 1939, afirmaba en un discurso «que una guerra significaría la destrucción física de los judíos». La decisión de aportar al «problema» judío una «solución» se tomó durante la conferencia secreta de Wannensee. Las masacres empezaron inmediatamente.

¿Los aliados estaban al corriente? Lo supieron por múltiples canales: refugiados judíos de Estados Unidos, el clero católico del Vaticano. Pero no quisieron creerlo: era demasiado horrible... Por otra parte, era una cuestión secundaria para ellos. Roosevelt decía: «Yo no hago la guerra de los judíos», y Pío XII pensaba primero en la seguridad de los católicos alemanes. Para los aliados, lo prioritario era la victoria.

Salvo a los sionistas de la Europa del Este, a los resistentes judíos se les consideraba ante todo resistentes franceses y a los G.I. *asquenazíes*^[22] de Brooklyn, soldados americanos. De Gaulle, mantenido voluntariamente al margen de importantes asuntos, supo de las persecuciones antijudías, pero no de las exterminaciones. Por su parte, los dirigentes judíos del *Yichuv* de Palestina, lo subestimaron.

La Historia ha conocido numerosas masacres, pero nunca ninguna de la envergadura del Holocausto. Lejos de ser un detalle (es lo que fue desde el punto de vista estrictamente militar), las cámaras de gas significaron la firma moral del horror nazi. Porque la guerra no es sólo «política con otros medios» (*dixit* Clausewitz), también es moral (*dixit* De Gaulle).

La segunda pregunta que hay que plantear es la de Hiroshima. El 6 de agosto de 1945, el presidente Truman, que desde la vicepresidencia había sucedido a Roosevelt, muerto por enfermedad el 12 de abril, ordenó lanzar una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, seguida de otra, tres días después, sobre Nagasaki. (La primera explosión experimental había tenido lugar en el desierto de Nevada.) Un arma terrorífica desarrollada por físicos del mundo entero, entre otros Einstein.

¿Estaba justificado? En favor de la decisión de Truman hay que dejar claro que, al contrario de Alemania, el Japón imperial todavía era poderoso y sus combates tan encarnizados que los *marines* necesitaron tiempo para saber enfrentarse a ellos. La isla de Okinawa sólo pudo ser conquistada pagando el precio de sangrientos combates. La mentalidad samurái o kamikaze inflamaba a los soldados japoneses. Se podía temer que la conquista del archipiélago japonés costara la vida de centenares de miles de G.I. Desde el punto de vista moral, hay una diferencia entre las cámaras de gas y la bomba atómica: la bomba aniquila, pero no humilla...

Sea como fuere, las bombas produjeron un efecto de terror, mientras que los «clásicos» bombardeos de Tokio, que habían matado a tantas personas (cien mil), no habían aterrorizado a los nipones. El emperador habló a través de la radio por primera vez. Dijo a su pueblo que hacía falta «aceptar lo inaceptable y resignarse a lo inevitable». Japón capituló.

La Gran Guerra Mundial había terminado.

En Hiroshima murió cierta idea de progreso.

En Auschwitz, cierta fe pacifista: la falsa idea de que todo es preferible a una guerra.

La Guerra Fría

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL fue hemipléjica. Ni fue conducida de la misma manera ni dejó los mismos recuerdos en el Este que en el Oeste. Francia conoció aldeas incendiadas con sus habitantes (Oradour-sur-Glane), pero en la Rusia ocupada se quemaron más de mil novecientas. Por otra parte, y al contrario que el viejo mundo, el continente americano no sufrió destrucciones. En 1945, la Europa del Este, Alemania y Francia estaban en ruinas. Hay que recordar el estado en que el Gobierno provisional encontró el país: ni un puente, las ciudades de Normandía arrasadas, la industria destruida.

Dos gigantes fueron inmediatamente jubilados por el pueblo: Churchill, que perdió las elecciones frente a los laboristas, y De Gaulle, que dimitió en enero de 1946. Entre 1946 y 1948, en Francia se instaló la cuarta República. Sus débiles gobiernos, blancos de la oposición comunista y gaullista, se enfangaron en los problemas coloniales. Cuando menos, supieron reconstruir el país y modernizarlo. Una nueva generación había tomado las riendas en la derecha y en la izquierda: la de la resistencia.

Los tiempos de las conferencias a cuatro bandas, Occidentales-URSS (Teherán, Yalta, Potsdam), se habían terminado. La Organización de las Naciones Unidas no conocerá la suerte de la Sociedad de Naciones: nadie querrá dejarla. Por otra parte, incluye un Consejo de Seguridad del que forman parte obligatoriamente Estados Unidos, China, Gran Bretaña, la URSS y Francia (un éxito involuntario de De Gaulle). El general, tras haber intentado volver al poder a través de las elecciones (el

RPF), inició su personal «travesía del desierto» en su casa de Colombey, en Haute-Marne.

Desde el final de la guerra, los americanos tenían prisa por volver a casa. *Bring the boys home*. El ejército rojo ocupaba Alemania del Este, Polonia, Europa central y los Balcanes, excepto Grecia, donde la terrible guerra civil que enfrentó a monárquicos contra comunistas duró hasta 1948. En 1947, Estados Unidos inventará el plan Marshall, que ayudó a despegar a la Europa occidental.

Stalin, por su parte, no sentía ningún deseo de retirarse de los países que ocupaba. No tenía ningún motivo para mostrar indulgencia para con los baltos, búlgaros, rumanos o húngaros que habían combatido bajo la cruz gamada. Polonia se puso del lado de los aliados, pero Stalin (que había permitido que la *Wehrmacht* aplastara a la Varsovia insurrecta) quería instaurar un gobierno que él mismo controlara.

Churchill, siempre profético, denunciaba el «telón de acero» (la expresión es suya) que caía sobre Europa.

En febrero de 1948 se produjo el golpe de Praga. El 10 de marzo, Jan Masaryk, ministro de Asuntos Exteriores, se tiró por la ventana para demostrar su rechazo a la tutela soviética (tal vez lo empujaron). Todos los países de la Europa del Este se convirtieron en «satélites» o en «democracias populares», excepto Yugoslavia. Tito quería seguir siendo comunista pero independiente. Stalin dudó ante su resolución; sobre todo porque él no tenía tropas en Yugoslavia —puesto que los partisanos habían expulsado solos a los alemanes, se aprovecharon de la derrota nazi—. Así que la Yugoslavia de Tito permaneció abierta a Occidente.

Berlín molestaba más a Stalin; los acuerdos de 1945 habían dejado allí tropas occidentales. Aquel islote formaba una mancha. Stalin ordenó su bloqueo terrestre. Tráman respondió con un puente aéreo masivo: durante un año, centenares de bombarderos pesados llevaron a Berlín el avituallamiento indispensable. Los soviéticos no se atrevieron a disparar contra los americanos.

Éste fue el principio de la Guerra Fría: rusos y americanos jamás se enfrentaron allí directamente porque entonces la URSS estaba en posesión de la bomba atómica. Se puede pensar mal de la bomba atómica, pero su presencia evitó lo peor. Habían nacido dos pactos militares antagónicos: la OTAN, que reunía a los occidentales (y que todavía existe) y el Pacto de Varsovia (1955), que reagrupaba a los satélites de la URSS.

Con la bomba atómica, Estados Unidos y la URSS ya no podían enfrentarse en una guerra frontal sin su mutua destrucción. Hay tendencia a olvidarlo, pero nunca desencadena las guerras quien piensa que puede morir en ellas; incluso Hitler creyó ganar con facilidad.

Stalin se acordó de que la ideología comunista existía. Utilizó la fe en ella. Precisamente, Mao Tse-tung y el PC acababan de hacerse con el poder en China; Chiang Kai-shek y el Kuo Min-tang habían huido a Taiwán, que en la actualidad sigue separada de China.

Entonces empezó la guerra de Corea. Con el armisticio, Corea había quedado dividida en dos estados: el comunista en Corea del Norte y el proamericano en Corea del Sur. El 25 de junio de 1950, los coreanos del norte invadieron el sur. Los americanos enviaron sus tropas bajo bandera de la ONU, con MacArthur al mando (allí participó un contingente francés). Les barrieron. MacArthur efectuó un desembarco aeronaval por la retaguardia en Seúl, y el turno de retirada les llegó a los norcoreanos. Intervino el ejército chino. Cuando llegó a la frontera de China, MacArthur quiso «noquear» a China, es decir, lanzarles una bomba atómica.

Por suerte para la paz mundial, Eisenhower (quien había organizado el desembarco de Normandía) acababa de ser elegido presidente de Estados Unidos (1952). *Ike* no quería una guerra atómica: destituyó, por lo tanto, al glorioso vencedor del Pacífico. En América manda el poder civil. El frente acabó por establecerse en la

frontera entre las dos Coreas, que todavía hoy se miran con recelo.

Este primer conflicto local de la Guerra Fría fue muy violento. Nunca un G.I. se encontró allí con un soldado ruso, pero América tuvo que enfrentarse a la China comunista —lo que no es cualquier cosa—. Los americanos tuvieron treinta y cuatro mil muertos, los norcoreanos y los chinos centenares de miles. El ejército americano aún era el de la Segunda Guerra Mundial, y Japón, directamente amenazado, representaba para Estados Unidos un interés capital.

Mientras esto ocurría, Joseph Stalin moría, a los setenta y cuatro años, de un ataque cerebral. Sus sucesores (Malenkov, Bulganin) se mostraron más prudentes.

La Guerra Fría se convirtió en una rivalidad. El 4 de octubre de 1957, la URSS envió al espacio el *Sputnik*. Los americanos quedaron sorprendidos y preocupados. El *Sputnik* también significaba que potencialmente los soviéticos podían golpear a Estados Unidos en su propio país. Desde su elección en 1960, el presidente Kennedy se hizo con el relevo del desafío y los americanos llegaron a la Luna en 1969. A partir de entonces, la URSS empezó a desmoronarse y, como consecuencia, el motor de la conquista espacial se ralentizaba. Si la Guerra Fría hubiera continuado, los americanos ya habrían llegado a Marte.

Sin embargo, los países del Este se agitaban. El ejército rojo les había impuesto el comunismo. A pesar de —o debido a— la *desestalinización* que emprendió Kruchev (cuando una dictadura se hace «liberal» es cuando resulta contestada), Budapest se sublevó en octubre de 1956. Los carros soviéticos aplastaron la insurrección. El balance de la represión fue espantoso: miles de muertos. En virtud del pacto tácito de la Guerra Fría, los americanos no levantaron ni el dedo meñique.

El año 1958 marcó un cambio. En Francia, después de que la cuarta República se mostrara incapaz de solucionar el problema argelino, la Asamblea llamó al poder a De Gaulle. Él fundó la quinta República, que durante un tiempo consiguió conciliar un ejecutivo fuerte con la democracia francesa. De Gaulle, evidentemente, no era comunista, pero no tenía miedo a los rojos, con los que se había codeado y a los que había calibrado durante la resistencia. Quería que Francia tuviera una política independiente. Para ello, tenía que utilizar a la URSS como contrapeso de Estados Unidos. En 1960, Estados Unidos eligió a un presidente demócrata: John Fitzgerald Kennedy (el primer presidente católico), partidario de la disminución de la tensión con Rusia.

En China, Mao Tse-tung, soliviantado por la actitud rusa durante la guerra de Corea, quería lo mismo. De Gaulle reconoció al régimen chino, para gran escándalo de los bienpensantes. La Guerra Fría perdió su resorte, aunque desde entonces cada campo mantuvo sus elementos disuasorios: América y la Francia de De Gaulle se dotaron de armamento nuclear, la URSS y China hicieron otro tanto. Pronto existió una especie de alianza tácita entre América y China. Los enfrentamientos de Corea

habían quedado olvidados en virtud de la máxima «los enemigos de mis enemigos son mis amigos».

Sin embargo, la Guerra Fría padeció una nueva tempestad: la crisis de Cuba. Paradójicamente, la isla sublevada contra un caudillo corrupto y cruel se había convertido en comunista. El líder de la revuelta, alumno de los jesuitas, no era comunista. Pero la obstinada estupidez del dominio americano pronto le empujó a hacerse comunista, y a buscar por ello la protección rusa. De mala gana lo aceptaron los americanos, porque Estados Unidos tenía en la isla la gran base de Guantánamo (concedida en arrendamiento en 1898), que Fidel Castro se cuidó mucho de reclamar.

Vencido por su desmesura, Castro, quien apoyaba poco a las guerrillas de América latina —en donde se formaba su amigo argentino Che (que significa argentino) Guevara—, cometió la imprudencia de permitir a los rusos que instalaran misiles en Cuba.

La irresponsabilidad de Kruchev todavía era mayor. ¿Cómo podía imaginar que Estados Unidos iba a permitirlo? La CIA, entonces bastante competente, se informó pronto de la presencia de aquellos misiles a cien kilómetros de las costas americanas. Le enviaron fotos a De Gaulle, quien luchaba contra la hegemonía de Estados Unidos pero no olvidaba que seguía siendo su aliado. Apoyó totalmente al presidente Kennedy, que amenazó con hundir los barcos rusos que se acercaran a Cuba. Kruchev cedió y volvió a embalar los misiles (agosto de 1962).

El mundo estaba caliente. La expresión «al borde del abismo» no es exagerada. Así lo indican los testigos, entre otros, el secretario de estado americano McNamara.

El peligro de la disuasión nuclear estaba ahí. Es verdad que había evitado numerosas guerras entre Rusia y América, pero estaba basada en un montaje: para que funcione, la disuasión tiene que ser creíble, la máxima seguridad apoyada sobre la máxima intimidación. Esto es lo que empujó a escribir a Raymond Aron a propósito de la Guerra Fría: «Paz imposible, guerra improbable». La disuasión exige al máximo dirigente, del que depende la decisión (un solo dedo basta para «apretar el botón»), una sangre fría total.

Se puede agradecer a Kennedy haber dado prueba de ella. John Fitzgerald Kennedy fue asesinado el 23 de noviembre de 1963 en Dallas por motivos mal aclarados que probablemente no tengan ninguna relación con esta historia.

Tras esta crisis, la Guerra Fría llevó a los dos contrincantes a librar absurdas batallas y a cometer errores inversamente simétricos en Vietnam y en Afganistán.

En Indochina, tras la marcha de los franceses (1954-1955), Vietnam había quedado repartido en dos partes: al norte, un estado comunista presidido por Ho Chi Min; al sur, un estado proamericano presidido por el católico Diem. Pronto los comunistas del norte invadieron el sur, pero sin cometer los mismos errores de los norcoreanos: su invasión adquirió la forma de infiltración clandestina y de

encuadramiento de guerrillas comunistas en Vietnam del Sur.

Estados Unidos envió a numerosos consejeros militares. El presidente Johnson, sucesor de Kennedy, pasó a la guerra abierta. Los cuerpos expedicionarios americanos alcanzaron los quinientos mil hombres. Johnson ordenó bombardear el norte. En el sur, auténticas y continuas batallas enfrentaron a americanos y a sus partidarios vietnamitas contra las tropas regulares comunistas.

Los americanos actuaron peor que los franceses, cuyo ejército (tres veces menos numeroso) ocupó en su día Vietnam entero. Es verdad que los franceses conocían el país desde hacía mucho tiempo. Los americanos no sabían nada de él. A pesar de sus inmensos medios —centenares de helicópteros (véase la película *Apocalypse Now*), bombarderos, artillería pesada—, el ejército americano se adentró en la selva; la población se volvía cada vez más hostil.

Un día de Año Nuevo vietnamita (la fiesta del Tet), los regulares comunistas ocuparon Saigón y Huê, de donde resultó muy difícil desalojarles.

Por entonces la prensa hacía lo que quería. Sentados frente al televisor, los americanos podían ver combates, muertos y heridos en directo. La opinión pública no entendía qué hacían sus *boys* (todavía era época de reclutamiento) en aquel país desconocido. Exigía la retirada del cuerpo expedicionario. El presidente Nixon aprobó la retirada. En abril de 1975, la evacuación de las tropas pareció una auténtica debacle (veinte años antes, los franceses se habían marchado poco a poco, escalonadamente). A pesar de su valor, no fueron los vietnamitas los que vencieron a los americanos; fue la opinión pública americana la que se impuso a su Gobierno. La resistencia vietnamita había hecho tan impopular la guerra que el presidente no podía seguir librándola. Hemos señalado a menudo la importancia del apoyo de la opinión pública. El movimiento en contra de la guerra del Vietnam fue fuerte y multiforme. Allí murieron unos cincuenta mil G.I., los vietnamitas perdieron setecientos treinta mil combatientes.

Los americanos vivieron durante mucho tiempo un terrible trauma debido a esta guerra: era el primer fracaso del ejército americano. Vietnam se unificó entonces bajo un régimen comunista. Hoy, los veteranos americanos van allí como nostálgicos turistas.

En Afganistán, los rusos cometieron exactamente los mismos errores. Su excusa era que Afganistán, situada a lo largo de la frontera de la URSS, les separaba del océano Índico.

La Unión soviética invadió Afganistán para apoyar un gobierno comunista en Kabul. Pero, como a los americanos en Vietnam, la población consideraba a los rusos un ejército de ocupación. Las cordilleras de Indukuch sustituyeron a la selva. Los afganos son guerreros, ya sean patsun o tayiks. El jefe del norte, el comandante Masud, se labró un nombre. Las diversas tribus estaban unidas por el islam.

Los comunistas rusos y chinos habían apoyado a los norvietnamitas; la CIA apoyaba a los musulmanes, los formó y los armó contra los soviéticos. El ejército ruso (como el americano en Vietnam) era un ejército de reclutamiento. La opinión pública rusa rechazó cada vez más abiertamente la guerra que sus dirigentes hacían contra Afganistán. Se nos puede objetar que es comprensible la importancia que reviste la opinión pública en Estados Unidos, un país democrático, pero ¿qué importancia puede tener en una dictadura como la de la URSS? Una vez más, la respuesta es: cualquier poder, incluido el de las dictaduras, se basa en la adhesión del pueblo (con la única excepción de los gobiernos fantoches apoyados por un ejército de ocupación extranjero, como fue el caso de Vichy apoyado por los nazis y las «democracias populares» apoyadas por el ejército rojo).

Ninguna dictadura rusa (ni la de los zares, ni la de los soviets) pudo hacer callar, en Rusia, a las abuelas. Las *babuchkas* son sagradas. Detestaron ver a sus nietos volver a casa dentro de bolsas para cadáveres. El nuevo secretario general, Gorbachov, ordenó la evacuación de Afganistán en 1988. Los rusos dejaban veinte mil muertos, los afganos lloraron a un millón de víctimas.

Aquellas dos guerras inversas, la americana anticomunista y la rusa procomunista, fueron los últimos sobresaltos de la Guerra Fría. Ambas son absolutamente comparables. Duraron el mismo tiempo. Las dos provocaron un número elevado de muertos tanto entre las filas de los invasores como entre las de los invadidos. Las dos chocaron con los patriotismos locales apoyados, los vietnamitas por la URSS, los afganos por Estados Unidos. Tanto los americanos como los rusos eran unos absolutos extraños en aquellos países desconocidos para ellos. Los americanos odian las selvas tropicales y los rusos, gente de llano, odian las montañas. Las dos guerras se perdieron no por el valor del enemigo, sino como consecuencia de la salvaje oposición de las opiniones públicas americanas y rusas. Ambas se convirtieron en una pesadilla para los gobiernos invasores y acabaron en una casi desbandada.

Sin embargo, entre las dos guerras hay una diferencia capital. La guerra de Vietnam sacudió pero no rompió a Estados Unidos. La sociedad americana se mostró lo suficientemente fuerte como para encajar el golpe y seguir viviendo. Sin embargo, la URSS quedó destruida por la guerra de Afganistán. El régimen no pudo sobrevivir a ella. No fue la única causa de su hundimiento, ya lo veremos, pero sí una causa definitiva.

La descolonización. La guerra de Argelia

EN 1945, los grandes imperios coloniales europeos todavía tenían en su poder la mitad del planeta. El apoyo que prestaron las colonias a sus metrópolis fue de gran importancia: el ejército africano a favor de Francia, el ejército de la India a favor de Gran Bretaña (Mahatma Gandhi tuvo el buen juicio de preferir, al contrario que algunos militares hinduistas, a Inglaterra frente a Alemania). Pero para lograr el apoyo de aquellos sujetos, las metrópolis se habían visto obligadas a hacer ciertas concesiones (discurso de De Gaulle en Brazzaville). Por otra parte, los dos principales vencedores, Estados Unidos y Rusia, se consideraban «anticolonialistas».

De hecho, Estados Unidos obligó al ejército holandés, que había vuelto a ocupar victoriosamente el inmenso archipiélago de Indonesia, a evacuarlo. En 1949, Indonesia se hizo independiente bajo la dirección de un líder al que entronizaron los japoneses de los tiempos de su presencia en Java: Sukarno.

En 1945, De Gaulle había ordenado al general Leclerc ocupar de nuevo Indochina (de donde se replegaron las tropas japonesas). Éste pronto comprendió que, tan lejos de Francia, la única solución era una independencia negociada. Se reunió con el líder comunista Ho Chi Min. Pero la cuarta República, de la que De Gaulle dimitió en 1946, hizo fracasar las negociaciones (Fontainebleau) y se enzarzó en una guerra sin salida: la guerra de Indochina.

En la India, el gobierno laborista inglés aceptó lo que no se podía evitar: la independencia. Envío a aquellas tierras a lord Mountbatten en calidad de último virrey. Gandhi, ya anciano, se había retirado para dedicarse sólo a ejercer la función de guía espiritual, así que el jefe del partido del Congreso, Pandit Nehru, fue su interlocutor. Muy anglicista, pues se había formado en universidades británicas, Nehru tenía también mucha autoridad. (Para la historia paralela, Nehru y lady Mountbatten se cayeron bien.) La independencia se negoció con facilidad.

Los ingleses no mostraron tanta calma en todas partes. Pelearon en una inútil guerra para conservar Malasia y (con más eficacia) contra los Mau Mau de Kenia.

El 15 de agosto de 1947, Nehru podía gritar: «¡Mientras el mundo duerme, la India por fin despierta a la vida y a la libertad!». Pero los musulmanes no quisieron cohabitar con los hinduistas. El odio entre ellos se remonta a la conquista turco-mongola y aún pervive.

Los musulmanes, mayoritarios en el valle del Indo y en el delta del Ganges, proclamaron la independencia de Pakistán bajo la dirección de Jinna. La separación fue dramática. Había muchos hinduistas viviendo en el Indo y muchos musulmanes lo hacían en la India, lo que dio lugar a intercambios brutales de población (veinte

millones de personas cambiaron de domicilio) acompañados de terroríficas masacres. El 30 de enero de 1948, la gran figura india, Gandhi, fue asesinada por un fanático hinduista. Por otra parte, los dos extremos de Pakistán no permanecieron mucho tiempo unidos, separados como estaban por la inmensidad continental de la India: Pakistán oriental se divorció de Pakistán occidental y adquirió el nombre de Bangladesh. Ceilán (Sri Lanka) prefirió también la independencia, al igual que Birmania. El antiguo Imperio de la India reventaba en cuatro pedazos.

Pakistán y la India, en la actualidad potencias atómicas, se enfrentan desde hace cincuenta años por Cachemira, compartida, en donde se vive una guerra endémica. No temieron la guerra abierta en dos ocasiones (1964 y 1970). En 1962, la India también combatía contra la China de Mao. Aunque Pakistán fuera una dictadura, la India, a pesar de las tensiones, consiguió ser «la mayor democracia del mundo», pero las disparidades entre el Dekkán —tamil y moderno— y el valle del Ganges se acentuaron. En cuanto a Sri Lanka, estuvo, y sigue estando, desgarrada por una guerra fratricida, esta vez no ya entre hinduistas y musulmanes, sino entre hinduistas (tamiles) y budistas. La isla era el único país del subcontinente en el que el budismo era mayoritario (junto a Birmania).

En Indochina, con la China comunista a las puertas, la guerra se volvió favorable a los franceses, quienes tenían allí sólo militares de carrera (cien mil hombres desde Tonkin hasta la Cochinchina, en comparación con los quinientos mil G.I. de la guerra del Vietnam). Muchos de aquellos efectivos procedían de Argelia, Marruecos o el África negra. El mando francés quiso forzar a los vietnamitas a un combate a fuego desde unas trincheras situadas en el alto Tonkin: Dien Bien Pu. No era ninguna idiotez, porque creían que Giap (el general vietnamita) no contaba con artillería. Pero Giap mandó traer cañones a base de un esfuerzo inusitado, y el atrincheramiento se vio obligado a capitular el 7 de mayo de 1954. Esta derrota marcó el fin de la guerra francesa en Indochina (a la que siguió la guerra americana de Vietnam). Y también el inicio de los disturbios en Argelia. Hay una relación entre los acontecimientos del 7 de mayo (Dien Bien Pu) y los del 1 de noviembre de 1954 en Argelia (el inicio de la insurrección antifrancesa): la derrota trajo consigo la confianza.

Más aún, los protagonistas argelinos fueron en muchas ocasiones los veteranos de Indochina. Del lado francés, los oficiales al mando en Argelia habían aprendido en Tonkin lo que llamaban la «guerra revolucionaria». No querían, bajo ningún concepto, ser ellos los que dieran el primer paso. Por parte de los insurrectos argelinos, muchos de sus jefes habían aprendido la misma «guerra revolucionaria», pero habían vuelto como suboficiales del ejército francés. Su jefe, Ben Bella, se había cubierto de gloria en Italia.

El 1 de noviembre de 1954 estalló la guerra de Argelia.

La cuarta República pudo negociar sin dramas la independencia de Túnez

(Mendès France, Burguiba) y la de Marruecos (Edgar Faure, el sultán Ben Yusef) en 1955. Túnez y Marruecos eran protectorados, sólo colonias de cargos superiores.

Pero no se decidió a hacerlo en Argelia, colonia de población, donde residían desde hacía mucho tiempo un millón de europeos totalmente franceses (aunque en ocasiones de origen extranjero) —los *pieds-noirs*^[23]—, y nueve millones de indígenas musulmanes, considerados ciudadanos de segunda clase. Los europeos no estaban dispuestos a hacer ninguna concesión a los musulmanes, y los jefes militares (llegados de Indochina) a ningún compromiso. La población metropolitana les apoyaba. En la Asamblea votaron, comunistas incluidos, los «poderes especiales» para Argelia, y el Gobierno se atrevió a enviar un contingente (algo que se había negado a hacer en Indochina). Más de dos millones de jóvenes franceses andaban entonces por el Mediterráneo. Algunos llamados a filas y otros porque estaban haciendo el servicio militar, que entonces duraba, como ahora en Israel, más de treinta y dos meses.

El ejército francés contó pronto con quinientos mil hombres en Argelia; entre ellos, los de sus mejores regimientos (paracaidistas, la Legión, etcétera). Cada vez que el Gobierno quiso mejorar las condiciones de los indígenas, los *pieds-noirs*, que en París animaban a influyentes *lobbies*, lo hicieron fracasar: revueltas en Argel, votos hostiles en el Parlamento. Así cayó Guy Mollet, un gran hombre sin envergadura, un socialista patriota pero débil, el 21 de mayo de 1957.

La penosa expedición a Suez le describe por completo.

Egipto se había liberado completamente de la tutela británica con la caída de la monarquía y la llegada al poder de Nasser, nacionalista, socialista, árabe. Pero, como consecuencia de la nacionalización del canal de Suez el 26 de julio de 1956, Guy Mollet había enseñado los dientes al organizar la reconquista del canal (conjuntamente con los ingleses). Militarmente, en octubre se alcanzó el éxito. Pero los severos padres, rusos y americanos, dieron un puñetazo sobre la mesa, y Guy Mollet (detrás del primer ministro inglés Anthony Edén) se asustó y embarcó a sus tropas de manera precipitada.

Realmente no era necesario lanzar a los paracaidistas franceses sobre Port Said, pero una vez sacadas las armas, era ridículo marcharse así de deprisa. No hay nada peor que una demostración de fuerza impotente. Aquella sangrante peripecia confortó a los oficiales franceses en su intransigencia.

Se podrían comparar las guerras imperiales de Vietnam, Afganistán y Argelia: cada una de ellas duró seis o siete años, trajeron con ellas el mismo número de muertos (decenas de miles de soldados europeos y centenares de militares indígenas) y terminaron en una debacle.

Pero la guerra de Argelia fue absolutamente diferente de las otras: los franceses estaban allí desde hacía ciento treinta años; la guerra de Argelia fue una guerra de

secesión, el sur separándose del norte; sobre todo fue una guerra civil (un aspecto olvidado). En ella no sólo se enfrentó el ejército contra la insurrección del FLN, ni los europeos contra los musulmanes. Dividió a los partidos y a las familias. Había *pieds-noirs* liberales y muchos indígenas profranceses.

Después de más de un siglo de presencia, los lazos eran innegables y numerosos: trabajadores emigrados a Francia, funcionarios metropolitanos en Argelia, argelinos franceses. Muchos argelinos musulmanes fueron activos partidarios de la Argelia francesa. Se nombra a los *harkis*, pero éstos no eran más que fuerzas militares suplementarias rurales, procedentes de regiones arcaicas (ésta es la causa de las dificultades que encontraron en la metrópoli). Había muchos funcionarios, profesores, militares y oficiales indígenas, «Argelia francesa». Este aspecto de «guerra civil» explica, sin excusarlos, los excesos cometidos por ambos bandos.

Los oficiales de información practicaron la tortura y los *felaquas*^[24] el degüello; los dos adversarios querían atraer («efecto psicológico») o aterrorizar a la población. Camuflado bajo un discurso más bien laico tomado de los franceses, el FLN también utilizó (algo que apenas se recuerda) el fanatismo religioso (musulmán, si llegaba el caso). Francia se sentía realmente en su casa en Argelia (al contrario que América en Vietnam o Rusia en Afganistán), pero el FLN también. La lucha sólo podía ser salvaje. Costó la vida a treinta mil soldados franceses y a doscientos mil argelinos (no a un millón, mítica cifra).

El ejército aplastó la insurrección militarmente hablando. Recuperó el control de las ciudades (la batalla de Argel, en 1957), de las fronteras (las alambradas electrificadas de la línea Morice) y de las montañas (las operaciones «gemelas» del general Challe).

El mérito del general De Gaulle (su traición, proclamaban los ultras) fue darse cuenta de que con eso no bastaba. En 1958, Argelia ya no podía ser asimilada como lo había sido Saboya (¿podría haberlo sido quizá después de la guerra de 1914?).

Pero, como el pueblo metropolitano era masivamente argelino-francés (el número de desertores fue ínfimo), el general tuvo que dar prueba de su psicología antes de desvelar el fondo de su pensamiento, lo que hizo en septiembre de 1959 con su discurso sobre la autodeterminación. De Gaulle también quería retirar al ejército francés de aquella arcaica guerra para transformarlo en un ejército moderno, dotado de una fuerza de disuasión nuclear. La bomba atómica francesa se experimentó en el Sahara.

En 1960, el general concedió la independencia a todas las colonias del África negra: Senegal, Mali, Guinea, Togo, Dahomey, Costa de Marfil, Camerún, Gabón, Congo, África central, Chad, Madagascar. Algunos territorios quisieron obstinadamente continuar siendo franceses: los departamentos y territorios de ultramar.

Francia es hoy, junto a Estados Unidos (Puerto Rico, Hawai), la única potencia que conserva posesiones coloniales (Inglaterra ha evacuado todos los territorios, excepto Gibraltar y las Malvinas). Fue acusada de neocolonialismo. Contaba en los años sesenta con más de cien mil «cooperantes franceses». Hoy día son dos mil. Esos estados (Dakar, Libreville, Abiyan, Nyamena, Yibuti) apoyaron a Francia (y la lengua francesa, en la ONU), y Francia mantiene en ellos intereses y bases militares.

En 1960, la consigna fue clamorosa. No se equivocaron los ultras que intentaron reiterar su táctica habitual de presión: la revuelta. De Gaulle no era Guy Mollet. Las jornadas de barricadas del año 1960 no le hicieron doblegarse. Al ver aquello, por primera vez en la historia de Francia, una parte del ejército, con los generales Challe, Salan, Jouhaud y Zeler, se rebeló.

En París tembló hasta el Elíseo. Fue entonces cuando el viejo jefe apareció en televisión y se pudo oír uno de sus famosos discursos: «Un poder insurrecto se ha establecido en Argelia por medio de un pronunciamiento militar... Este poder tiene una apariencia: un puñado de generales jubilados. Y una realidad: un grupo de oficiales partisanos, ambiciosos y fanáticos, con unas habilidades expeditivas limitadas... Prohíbo a todo el mundo obedecer cualquiera de sus órdenes...».

Éste era el modo de hablar del carismático jefe a «su querido y viejo país».

Evidentemente, los aludidos que escucharon el discurso en sus transistores se pusieron en huelga. Los generales facciosos, a partir de entonces sin tropa, se rindieron (Challe) o se lanzaron a la locura terrorista de la OAS (Salan). En julio de 1962, después de los acuerdos negociados en Evian, Argelia alcanzó la independencia.

Fue una gran tragedia. De Gaulle había confiado en que los «europeos» pudieran permanecer en el país de su infancia y contribuir así al desarrollo de Argelia. El fanatismo de los miembros de la OAS y también, por qué no decirlo, la corta vida de los dirigentes del FLN no lo permitieron (la grandeza de Nelson Mandela estuvo en haber logrado mantener a los *afrikaners* en Sudáfrica). Un millón de *pieds-noirs* huyeron hacia la metrópoli, que la mayoría de ellos nunca había visto, pero donde se integraron extraordinariamente. Con esto ganó Francia, perdió Argelia.

Aquello fue una amputación. ¿Era inevitable? Ningún dirigente que no fuera De Gaulle habría podido resistir una insurrección militar. Los trabajadores argelinos siguieron emigrando a Francia.

La independencia de Argelia marcó el verdadero final de la era colonial.

En el Congo belga (convertido en Zaire y más tarde de nuevo en el Congo), los belgas se marcharon precipitadamente. Como no había africanos con formación superior, dejaron tras ellos un verdadero caos.

Los portugueses, hasta la caída de Caetano en 1975, serán los últimos en luchar por conservar sus colonias africanas en Guinea-Bissau, Angola y Mozambique.

En Sudáfrica, país donde existía con la población holandesa una especie de Argelia francesa en Ciudad del Cabo, el buen juicio de las partes, el genio de Mandela y, quizá, la común pertenencia de los adversarios a una misma religión, condujeron a un compromiso que puso fin al *apartheid* en 1991. Mandela se convirtió en presidente en 1994. La descolonización parecía haber terminado.

Diez años más tarde, el África negra se ve amenazada por la anarquía. Los estados, surgidos de las circunscripciones coloniales, son artificiales. El éxodo de sus cerebros, el sida, las guerras civiles, arrasan el sub-continente. La comunidad internacional se lava las manos, como sucedió en Ruanda en 1994 (a pesar de una simbólica intervención francesa), por miedo a ser acusada de complicidad en el genocidio; o bien se interpone militarmente, como hizo Francia en 2004 cuando intervino en Costa de Marfil, aun a riesgo de resultar sospechosa de neocolonialismo.

En África, más que en ningún otro sitio, muchos pueblos todavía no han digerido la modernidad.

Israel y los palestinos

EL CONFLICTO palestino-israelí no es una película del Oeste, es una tragedia. En una película de vaqueros hay buenos y malos; en una tragedia, todo el mundo tiene razón (o se equivoca).

El antiguo judaísmo tenía dos vertientes: una religión tradicional, en la que los sacerdotes realizaban los sacrificios de animales en los templos; y una religión de conjunto, en la que los creyentes se reunían en las sinagogas para escuchar y meditar sobre la Escrituras.

En el año 70 de nuestra era, el futuro emperador Tito había aplastado una insurrección judía destruyendo el Templo de Jerusalén.

En el 135, el emperador Adriano dispersó a los judíos como consecuencia de una nueva insurrección.

El judaísmo se convirtió entonces en una religión dispersa —la diáspora—, sin Templo, que conservaba sólo la nostalgia de Palestina (*El año que viene en Jerusalén*). Lo que vemos en los informativos de televisión son los basamentos del Templo destruido, el Muro de las Lamentaciones y las mezquitas que se construyeron en aquella misma explanada, la cúpula de Ornar y Al-Aqsa. Los judíos que permanecieron en Palestina se convirtieron primero en cristianos y más tarde en musulmanes (excepto una pequeña comunidad autorizada a volver en 394). Los que participaron en la diáspora se establecieron por todas las partes del mundo, alrededor de las sinagogas que ya existían (véanse las Epístolas de Pablo).

Hubo muchas conversiones al judaísmo, desde tribus bereberes del Magreb (el director del *Nouvel Observateur*, Jean Daniel, es un indígena magrebí) hasta las castas dirigentes del reino turco de los Yazars. Incluso hubo un Estado judío en el Volga. Es imposible deducir por sus rasgos físicos la religión de Smaïn, de Yamel Debuzze o de Enrico Macias; Zinedine Zidane, nacido en Cabila, es físicamente más europeo que Gérard Darmon. De aquí procede la dificultad de explicar cómo Sharon, de facciones eslavas, es más semita que Arafat, quien por sus rasgos parece la caricatura de un judío Sus...

En el siglo XIX, había un gran número de judíos en el Imperio otomano y en el del zar. Los judíos de Turquía no vivían preocupados, mientras que los de Rusia padecían los estragos de los progromos. El populacho quemaba las casas de los judíos sin que interviniera la policía zarista.

Entonces, un intelectual judío vienes, Theodor Herzl, pensó que aquel escándalo no se podía consentir. Y como estaban de moda las naciones-estado, se le ocurrió crear un estado que sirviera de refugio a los israelíes perseguidos. En 1896 publicó su

libro *El Estado judío*. El caso Dreyfus, que le hizo perder la confianza durante un tiempo en la República francesa, no fue ajeno a su proyecto. Había nacido el sionismo (Sión es uno de los nombres bíblicos de Jerusalén). Herzl habría aceptado de buena gana refugiarse en Uganda, pero, en definitiva, como todos los textos de la Biblia hablan de Palestina, el congreso sionista decidió crear el refugio en el país de origen del judaísmo. Nada más lógico...

La desgracia fue que aquel país estaba, desde hacía casi dos mil años, ocupado por antiguos judíos y árabes musulmanes (o cristianos). En Jerusalén y en Hebrón se podía encontrar algunas comunidades fervientes a Safed, pero eran minúsculas.

Los sionistas rechazaron aquel aspecto inoportuno de la realidad. Herzl fue a negociar con el sultán y, cuando éste alegó la presencia de árabes en Palestina, él esgrimió el argumento del carácter nómada (beduino) y no sedentario de aquéllos. Algo que es falso, muchos árabes palestinos eran agricultores. Los primeros colonos sionistas, alentados por los Rothschild, compraron tierras para convertir a los comerciantes y artesanos de la diáspora en campesinos semejantes a los de la Biblia.

En 1918, el Imperio turco desapareció. Los ingleses habían prometido al mismo tiempo la «independencia» de los árabes y un «hogar» a los sionistas: ¡Lawrence y Balfour!

El movimiento sionista adquirió amplitud tras la Revolución rusa y la independencia de Polonia. La emigración hacia Palestina fue revalorizándose (fue una *aliya*, una ascensión). La élite dirigente israelí procede del Este de Europa (judíos de Lituania o de Polonia). Las disputas, luego los enfrentamientos, se multiplicaron entre las comunidades rurales judías (los famosos Kibutz) y los agricultores árabes. La ciudad de Tel Aviv absorbió rápidamente a *Jaffa*. En 1925 había doscientos mil judíos en Palestina; en 1935, cuatrocientos mil, y en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, setecientos mil. Palestina estaba bajo protectorado inglés.

Durante la guerra, los judíos de Palestina jugaron el juego de Inglaterra. Formaron unidades israelíes, mientras que el *mufti* de Jerusalén (por antisemita) fue proalemán. En 1945, las potencias victoriosas fueron brutalmente conscientes de la *Shoá* y padecieron tardíos remordimientos. El Holocausto legitimaba el pensamiento de Herzl a los ojos de las naciones. Si no hubiera sido por el choque frontal que supuso la destrucción de los judíos de Europa por lo nazis, la URSS, Gran Bretaña y Estados Unidos nunca hubieran jugado aquella carta.

La ONU aceptó en 1948 la creación de un Estado judío en Palestina. Los judíos de Palestina (los *Yichuv*) era lo único que esperaban. Los estados árabes emancipados en ese mismo momento —Siria, Jordania, Irak y Egipto (aquí los ingleses se mantuvieron muy presentes hasta Nasser)— no lo admitieron. Sus ejércitos invadieron el nuevo Israel. Los ejércitos árabes, puesto que nunca habían combatido, no eran aguerridos. Los ingleses, que desconfiaban del progermanismo de los árabes,

al contrario que los franceses, no los habían empleado contra Rommel. La *Haganah*, convertida en *Tsahal*, sí era aguerrida y estaba bien equipada (por rusos y checoslovacos). Ganó la guerra de la independencia. Centenares de miles de campesinos palestinos se dieron a la fuga (lo menos que se puede decir es que los dirigentes sionistas no se opusieron; también se cita el nombre de alguna ciudad incendiada) y abandonaron sus granjas. La «independencia» de unos fue la catástrofe (la *Nakba*) de los otros. Israel había ganado las fronteras de la «línea verde» que más tarde reconoció la ONU, por lo tanto legales.

En 1956, Israel participó, sin provecho alguno, en la funesta expedición anglo-francesa sobre el canal de Suez, consiguiendo que los árabes lo miraran todavía algo peor.

Sin embargo, poco a poco, los palestinos del oeste del Jordán se convertían mentalmente en jordanos. Se preparaba el camino hacia un mutuo reconocimiento *de facto*.

La guerra de los Seis días, en 1967, volvió a poner todo en cuestión. Del 5 al 10 de junio, los carros de combate, los aviones Mirage del *Tsahal*, aniquilaron por completo a los ejércitos jordanos, sirios y egipcios (a los iraquíes no les dio tiempo a llegar). El *Tsahal* demostró que era (y sigue siendo) el mejor ejército de Oriente Próximo. Fue a «secar su ropa al Canal de Suez». (Alusión a una canción de los soldados ingleses de la guerra mundial: «Iremos a recoger la ropa a la línea Siegfried».) Los territorios jordanos del oeste se convirtieron en «territorios ocupados». Ocuparon los altos del Golán.

El ejército israelí, formado por reclutamiento (tres años de servicio militar para los chicos y dos para las chicas) es un admirable ejército. Cómo no regodearse imaginando la cara que pondría Hitler si viera a los magníficos combatientes judíos en sus pánzer, él, que tanto los despreciaba. Los generales de los Seis días recuerdan a Rommel, o a Leclerc. Esto demuestra, una vez más, que el valor en el combate depende de la motivación. Los sionistas que se formaron heroicamente durante la revuelta del gueto de Varsovia (en 1943) sólo sentían desprecio por la resignada pasividad de algunos judíos de la diáspora.

Pero, aunque aquella guerra de 1967 supuso un triunfo militar, fue un terrible error político. En vísperas del combate, De Gaulle había advertido al embajador de Israel: «Hasta el momento ustedes se han beneficiado por las circunstancias excepcionales. Conténtese con lo que tienen. Si superan la «línea verde», crean en nuestra experiencia, se convertirán en ocupantes», dijo en resumidas cuentas al diplomático. El *ubris* venció al sionismo. Aquella guerra, triunfo de las armas al estilo de Bonaparte, fue un desastre geopolítico. Con ella nació una conciencia nacional palestina que se expresó en la OLP, presidida por Arafat desde 1969 hasta su muerte en 2004.

El 6 de octubre de 1973, el sucesor de Nasser, aliado de los sirios, lanzó un violento ataque sorpresa (el día de la fiesta judía del Yom Kipur) demostrando que los árabes también sabían pelear. Los carros sirios bajaron por el lago Tiberíades. El genio militar del general Sharon, que contraatacó con sus blindados al otro lado del canal de Suez hacia El Cairo, salvó a Israel (Sharon es un gran general. ¿Será un buen político? Sólo hay un Bonaparte o un De Gaulle por siglo). La alerta había sido sonada. El *Tsahal*, fatal error, había subestimado a su adversario. Aprendida la lección, Israel se apresuró a pactar la paz con Sadat, al precio de la evacuación del Sinaí. Esto le costó la vida al presidente Sadat, quien no tuvo miedo de acudir en persona a Jerusalén y fue asesinado por un integrista musulmán el 6 de octubre de 1981.

Tras una vana ocupación del Líbano, Israel se encontró enfrentado no sólo a los ejércitos, sino también a una resistencia. Así lo entendió y, en septiembre de 1993, admitió el establecimiento de una autoridad palestina en los territorios ocupados. El lúcido general Rabin, asesinado por un integrista judío en noviembre de 1995, lo pagó con su vida. Desde aquella fecha, el proceso de paz patina y las *intifadas* palestinas se suceden agravadas por un ciego terrorismo.

Israel en Palestina recuerda a la Esparta del Peloponeso, un campo militar en medio de los *hilota*. Ambas legitimidades, la israelí y la palestina, son incuestionables.

La legitimidad de Israel no es ni religiosa ni racial, es histórica. Procede de la sangre vertida y de los sacrificios consentidos por los colonos judíos.

Sin embargo, los árabes ocupan desde tiempos inmemoriales un territorio que hasta el siglo XX nadie les cuestionaba; los otomanos eran su potencia protectora.

La inmensa tragedia de la *Shoá*, objetivamente no se puede comparar con la *Nakba*, pero, de modo subjetivo, el árabe palestino piensa lo contrario. El mundo árabe tiene la impresión de que se le pide que pague la factura nazi. Sí el odio tiene alguna excusa (nunca la tiene: incluso cuando hay que combatir se debe hacer sin odio), el joven sionista debería odiar al alemán y no al árabe. En sentido contrario, Israel se ha convertido para los árabes en la «perfecta excusa» que les impide modernizarse. Si todos los males proceden de Israel, basta con esperar a que desaparezca (o con hacerla saltar por los aires).

En cuanto al mecanismo que conduce a los jóvenes franceses musulmanes magrebíes a detestar a sus compatriotas, de origen magrebí como ellos, porque son de religión judía es aberrante: ni unos ni otros tienen nada que ver con Oriente Próximo. «Magrebí» quiere decir «occidental»; el Magreb es el Occidente de los árabes de Oriente. Aquí estamos en plena negación de la realidad francesa.

En Palestina, la única salida admisible intelectualmente sería la coexistencia de un Estado judío y de un Estado palestino. Para ello haría falta que los árabes

aceptasen los hechos. Y para ello también sería necesario que un De Gaulle israelí mandase evacuar las «implantaciones» de los territorios, porque corren el riesgo de que el *Tsahal* dispare contra los judíos como el ejército francés acabó por disparar contra la OAS en Bab el-Oued. Queda un arduo camino.

La caída de la URSS, la globalización

EN 1968, una crisis de confianza sacudió al mundo entero: crisis al Oeste y crisis al Este. Pocas veces se comparan ambas crisis, pero sólo se diferencian en el obstáculo al que se enfrentaban, porque no se puede comparar el régimen paternalista de De Gaulle con los estados comunistas ni la Rusia soviética.

Los «treinta gloriosos» de 1945 a 1975, habían sido años fecundos en reconstrucción y desarrollo, tanto en el Este como en el Oeste. Pero el Oeste adquirió un extraordinario avance económico sobre la economía de Estado. A partir de los años sesenta, empezó a reinar la «sociedad de consumo», opuesta a la «sociedad de penuria» comunista. Los pueblos se daban cuenta de ello (las propagandas, ya la hemos dicho a propósito de Vichy, sólo tienen efecto cuando la gente está dispuesta a escucharlas).

Las ideas nuevas se inyectan, diez, veinte años, y luego, de pronto, cambia el escenario.

Todo empezó en California, en concreto en la Universidad de Berkeley; más tarde, el movimiento se extendió por Europa, en Berlín y Roma. En Praga, los carros soviéticos aplastaron la Primavera de los estudiantes. Los soviéticos todavía eran temibles.

En París, al contrario, las revueltas estudiantiles fueron una especie de obra teatral: los dirigentes no tenían ningunas ganas de lanzar a las fuerzas del orden contra sus hijos mientras éstos jugaban en la calle Gay-Lussac a la «Comuna» o a la «Liberación» construyendo barricadas. Aquello habría sido realmente distinto si los obreros se hubieran manifestado. Pero, bajo las órdenes del PC y de la CGT, los obreros se negaron a mezclarse con los estudiantes (entonces pertenecientes a la clase media), para limitarse a las clásicas huelgas.

La connivencia entre los de las barricadas de la calle y sus papas, que ocupaban puestos en los ministerios o cargos directivos, fue tal que las ideas de los estudiantes hicieron que el régimen se tambalease.

De Gaulle, con una falsa salida y un auténtico regreso, jugó de manera extraordinaria su última baza. Comprendía que habían cambiado los tiempos. Un año más tarde, tras un referéndum que perdió, se retiró a Colombey: «En la medianoche de hoy, el presidente de la República cesa en todas sus funciones». No se le volvió a ver más que de lejos, en alguna foto robada en una landa irlandesa, y luego tuvo la suerte de morir de repente, en su casa, haciendo un solitario, a los ochenta años, sin que la vejez hubiera sido un naufragio para él.

Le sucedió Pompidou. Con Giscard d'Estaing (tras la imprevisible muerte de

Pompidou) las ideas de mayo llegaron al poder en el Elíseo. Giscard las puso en práctica: reforma de las costumbres, liberalismo, etcétera. Únicamente ultraizquierdistas italianos y alemanes habían creído en aquellas ideas revolucionarias. En las Brigadas rojas o en la banda Baader, miles de personas tomaron las armas. En Francia hubo sólo una docena de locos en Acción Directa. Hay que decir que en Italia y Alemania los emprendedores y los políticos eran, a menudo, los herederos de los regímenes destruidos, mientras que en Francia, el jefe del Estado era un héroe de la guerra mundial...

Las ideas de 1968 eran, en efecto, muy individualistas y todavía más hedonistas: «Bajo los adoquines, la playa». Cuando se tiene buen corazón, es bonito ser anarquista a los veinte años. Algunos se suicidaron, para no renegar. A los cincuenta años, ser anarquista es exclusivamente ganar el mayor dinero posible.

Daniel Cohen-Bendit, que lanzaba cócteles molotov desde las barricadas, en la actualidad está acomodado en su sillón de diputado europeo y comparte las ideas, anarquistas de derechas, con Madelin. Es imposible enumerar a los antiguos sesentaiochistas (ahora tienen sesenta años) que ocupan puestos dirigentes: son demasiado numerosos.

La idea de que existe un «bien común», herencia constante en Europa, se ha convertido en ridícula. En mayo de 1981, la sorprendente elección de Mitterrand en Francia pudo hacer creer en la vuelta del bien público. A partir de 1983, la izquierda se alineó con la moda liberal-libertaria: renunció al socialismo, se hizo europea, descubrió las virtudes del capital y transformó lo social en antirracista. La asociación SOS Racismo, creada desde el Elíseo, fue el símbolo de la transformación del socialismo nacionalista francés en antirracismo al estilo americano. Desde entonces, esta asociación ha evolucionado mucho.

En 1978, un polaco, Karol Wojtyla, fue elegido papa con el nombre de Juan Pablo II. Era una provocación para los comunistas rusos, que intentaron, en vano, asesinarlo en la plaza de San Pedro en 1981. En el Kremlin ya sólo gobernaban ancianos: Brejnev, Andropov, Chernenko. El 11 de marzo de 1985, el Politburó nombró secretario general a Mijail Gorbachov (cincuenta y un años). Gorbachov sabía que la URSS no era capaz de mantener ni el ritmo ni la competencia económica de Occidente, ni tampoco la carrera armamentista. Sabía que incluso en Rusia, el pueblo, comunista en su mayoría, cada día se hacía más consumista y estaba fascinado con el modelo americano, soñando con los supermercados en lugar de con el día de la revolución social. Quiso hacer una reforma: la *Perestroika*. Pero la corriente ya era demasiado fuerte como para que pudiera controlarla.

La Iglesia y los sindicatos de Polonia (Lech Walesa), alentados por Juan Pablo II, le desafiaron abiertamente. Gorbachov no envió carros de combate, retiró al ejército rojo de Afganistán. Los pueblos de la Europa del Este, que, al contrario de los rusos

nunca habían creído en el marxismo, se lo tomaron con tranquilidad.

Desde 1945, Alemania (amputada) estaba dividida en dos. Las zonas occidentales habían constituido la República Federal Alemana, cuyo canciller más destacado fue Konrad Adenauer (un antinazi). En el Este, ocupado por los rusos, existía la República Democrática Alemana (con el enclave de Berlín Oeste, que el bloqueo a Berlín no había podido reducir). En 1961 se construyó un muro para impedir que las personas del Este fueran a refugiarse al enclave occidental. Aquel muro estaba vigilado por guardias fronterizos comunistas (los vopos), que disparaban sin dudar a los tráfugas.

¿Pero qué pasa cuando los vopos ya no quieren disparar?

Eso ocurrió el 9 de noviembre de 1989.

Hemos subrayado en varias ocasiones la importancia del consentimiento. En pocos días, el muro quedó demolido y la RDA desapareció (la película alemana *Good bye Lenin* lo cuenta). Gorbachov dejó hacer. Todos los estados de la Europa del Este rompieron con el comunismo.

Entre el 19 y el 21 de agosto, los generales conservadores, enloquecidos, intentaron un pronunciamiento. Su golpe fracasó y a Gorbachov lo sustituyó Boris Yeltsin, quien el 29 de agosto echó al PC del poder.

En diciembre de 1991, la URSS estalló: Ucrania, Bielorrusia, todas las repúblicas musulmanas del Cáucaso y de Asia central se declararon independientes (Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, etcétera), igual que las repúblicas cristianas (Armenia, Georgia): era el último avatar de la descolonización.

Deteriorado por el alcohol, Yeltsin dimitió en favor de su Primer Ministro, Vladimir Putin, antiguo agente de la KGB, quien fue elegido y reelegido presidente (2000, 2004) e intentó tomar las riendas de lo que quedaba de Rusia: desde San Petersburgo hasta Vladivostok; sin Ucrania, a pesar de que en Kiev se había fundado Rusia.

Aún en los años ochenta, los expertos occidentales consideraban imperturbablemente que el totalitarismo soviético era indestructible.

Aquel tremendo acontecimiento, la caída de la Unión soviética, puso fin al siglo XX, que los soviéticos habían inaugurado con la Revolución de Octubre.

En Europa occidental se felicitaron por ello.

En el Oeste, los estados se habían comprometido desde el tratado de Roma, en 1957, con la construcción de una Unión europea, en un primer momento llamada CEE (Comunidad Económica Europea), y dotada de numerosas instituciones: la Comisión, con sede en Bruselas, gestiona los fondos comunitarios y adopta directivas y reglamentos que se imponen a todos; el Consejo de ministros, creado en 1974, tiene auténtico poder de decisión y reúne a los jefes de Estado y de Gobierno; y el Parlamento de Estrasburgo, que se elige por sufragio universal desde 1979.

De Gaulle, una vez en el poder, no se había opuesto. De hecho, que los estados europeos cooperen entre ellos es una buena idea. En la actualidad, casi toda Europa forma parte de la UE. Pero hay dos maneras de concebir la Unión: la pragmática, la de la cooperación de las naciones; y la ideológica, la de los europeístas, cercana a la utopía. Puesto que es una utopía olvidar la existencia histórica de las naciones-estados. Europa no sabría construirse según el modelo de los Estados Unidos, cuyos estados forman (de hecho) una única nación.

La riqueza de Europa es haber dado a luz a varias grandes civilizaciones comunicantes y universales: la inglesa, la francesa, la alemana, la italiana, la española, la portuguesa, etcétera. Desde este punto de vista, la civilización rusa (Tolstoi, Dostoievski) es indiscutiblemente europea; mientras que la de Turquía, históricamente otomana, no lo es.

El desafío europeo: hacer trabajar juntas las realidades forjadas por los siglos. Airbus, Ariane, etcétera, muestran de lo que los europeos son capaces cuando cooperan. La ideología, al contrario, quiere ignorar la historia (cuando los europeístas se refieren a ella, mencionan el evanescente Imperio carolingio, modelo revelador).

De hecho, la Europa ampliada es en primer lugar una zona económica. Pero esa utopía tiene sus inconvenientes. Las utopías siempre los tienen. (Es importante distinguir los «grandes proyectos», realistas; de las «utopías».) La democracia, para funcionar, exige una «comunidad de afecto». Estas comunidades afectivas construidas con el paso del tiempo existen en Francia, en Inglaterra. Europa no es una de ellas. Las elecciones al Parlamento europeo se han vivido a través de los prismas nacionales. Sin embargo, la mayoría de las leyes y reglamentos que en la actualidad rigen la vida de los ciudadanos, y sin que éstos sean realmente conscientes, son elaborados por los aparatos de Bruselas, y en inglés.

Europa no tiene nada que ganar convirtiéndose en una «subAmérica» burocratizada. Por otra parte, esta negación de la realidad ha transformado, de hecho, a la Unión en una simple zona de libre intercambio.

Y aún peor: difundiendo un discurso a-nacional (de hecho, antinacional), los europeístas —en ocasiones procedentes de mayo de 1968, como Cohn-Bendit— favorecen el nacimiento de micronacionalismos destructores. La utopía de una «Europa de las regiones» en la que (habiendo desaparecido Francia) una Bretaña independiente dialogaría con una Córcega y con una Cataluña también independientes, bajo la condescendiente autoridad de Bruselas, sería una utopía destructiva.

En Yugoslavia, tras la muerte del mariscal Tito en 1980, las instituciones federales, descalificadas por considerarlas pasadas de moda, se disgregaron: serbios y croatas, separados en Sarajevo por la milenaria frontera que desde Teodosio divide a Oriente de Occidente, estaban unidos desde 1918. Pero no estaba escrito que la

existencia de Yugoslavia tuviera que limitarse al siglo XX. La idea imperial había vivido; la idea comunista también, pero la de una federación de los eslavos del sur (que hablan la misma lengua, aunque utilicen alfabetos diferentes) no era absurda. Por otra parte, muchos jóvenes, a menudo descendientes de matrimonios mixtos, se sienten yugoslavos.

En junio de 1991, eslovenos y croatas proclamaron la independencia de sus repúblicas. Bosnia y Macedonia hicieron lo mismo unos meses más tarde. Los serbios, extendidos por todo el país, no lo admitieron. Aquello significó la guerra. Sencillamente, una encarnizada guerra en Eslovenia entre Serbia y Croacia. Los croatas, vencidos, aceptaron un armisticio en enero de 1992.

Sin embargo, la guerra se reanudó en abril de 1992, esta vez por el control de Bosnia (con una población mixta serbocroata, a la que hay que añadir una importante minoría musulmana, alrededor de Sarajevo, descendiente de los otomanos). Apoyados por Estados Unidos, los croatas vencieron en 1995. Duplicaron la superficie de su estado, con la anexión de toda la costa Dálmata, y expulsaron a la población serbia de Krajina.

La Serbia de Milosevic, considerada responsable de la guerra de Bosnia, vio cómo se le negaba el escaño de la antigua Yugoslavia en la ONU. Los Cascos azules (ingleses, franceses, americanos) intervinieron e impusieron a Milosevic los acuerdos de Dayton. Estos mismos Cascos azules ocuparon Bosnia, dividida en la práctica en tres estados (uno serbio, otro croata y el último musulmán alrededor de Sarajevo). Las desgracias de Serbia no habían terminado, puesto que Milosevic estaba demasiado frustrado como para ser prudente. La población de Kosovo, una de las provincias serbias, cuna de la nación (el patriarcado tiene su sede en Pee), es en un 80% musulmano-albanesa. Al querer secesionarse, el ejército serbio empezó a expulsarles. Entre marzo y junio de 1999, la OTAN bombardeó Belgrado y obligó a Serbia a renunciar a sus pretensiones y a evacuar Kosovo.

Así pues, fueron tres guerras: la de 1991; la de Bosnia, la más larga, y la de Kosovo en 1999, la más cruel. Milosevic fue detenido y conducido ante un tribunal internacional. En la actualidad, Serbia es más pequeña que en el momento de su independencia en el siglo XIX. Muchos serbios viven fuera de sus límites (en Bosnia y en Macedonia). Kosovo se ha convertido en un protectorado internacional (Bernard Kuchner fue durante un tiempo su gobernador) en el que los Cascos azules mantienen una paz precaria. El bombardeo de Belgrado en 1999 fue el primero en Europa desde 1945.

¿Se podía haber evitado la masacre? ¿La condena sin matices de los intercambios de población llamados «depuraciones étnicas» sigue estando justificada? Cuando se ha alcanzado ese nivel de odio, puede ser preferible separar a los que no quieren vivir juntos (por ejemplo, los griegos y los turcos hoy viven reconciliados gracias a los

intercambios de población de 1923).

El radicalismo ideológico nunca es bueno. Estas guerras han causado centenares de miles de muertos, junto a los abusos (violaciones, etcétera) propios de las guerras civiles. Puesto que en Yugoslavia la mayoría de las poblaciones al principio vivieron las guerras como guerras civiles, antes de convertirse progresivamente en guerras nacionalistas. Checos y eslovacos supieron separarse pacíficamente, rusos y ucranianos también. La violenta intervención de los rusos en Chechenia se explica, sin justificarla, por la voluntad de controlar el petróleo del mar Caspio.

La tragedia yugoslava podría suceder en otros lugares. Francia, por ejemplo, une poblaciones mucho más diferentes que las de la antigua Yugoslavia: entre los germanos de Alsacia y los celtas de Bretaña, o entre los flamencos de Lillois y los mediterráneos de Provenza, las diferencias son mayores que entre serbios y croatas. Francia no es «eterna»; es una invención política deseada por París, y milenaria. Los sueños «regionalistas» podrían disolver la voluntad de los franceses de vivir unidos. Hoy en día, en Rennes, los paneles indicativos se traducen al bretón (lengua que nunca se ha hablado en Rennes). Al escuchar el discurso de Jean-Guy Talamoni hay que echarse a temblar por Córcega, por Francia y por Europa.

Sin embargo, parece que los franceses siguen sintiéndose felices de ser franceses. Incluso podrían sentirse orgullosos. Pero ¿cómo va a sentirse orgulloso un joven francés, descendiente de la inmigración, en un país al que los bienpensantes no dejan de calificar como retrasado y enmohecido?

Tras la caída de la casa comunista, el mundo ya no es un hogar múltiple. Estados Unidos se ha convertido en la única gran potencia.

Ya hemos señalado que los americanos no quieren construir el Imperio romano, los ciudadanos del medio Oeste apenas se interesan por el mundo exterior. América no es imperial; es hegemónica. Hay que subrayar que la moda del término «globalización» coincide con la desaparición de la URSS. Antes de 1989, cuando la URSS existía, nadie hablaba de la globalización. La globalización no es más que un eufemismo para designar a la hegemonía americana.

Esta hegemonía es militar y cultural. Existen facultades en Francia en las que se imparten las clases en inglés. Es verdad que hay que aprender bien el inglés (esta nueva *Koiné*), pero cuando un pueblo cesa de dispensar la enseñanza en su propia lengua, desaparece.

Esta hegemonía también es económica. La Unión Europea se muestra aquí como un instrumento con doble efecto. Un efecto positivo en el terreno económico, por el que llega a plantear una eficaz oposición a las pretensiones de las empresas americanas (no hay verdaderas «multinacionales»: por más que una empresa se extienda por el mundo, conserva una nacionalidad principal). Un efecto negativo en el terreno cultural o político, puesto que no es más que una correa de transmisión de

las voluntades americanas. El uso agresivo de la lengua inglesa y el servilismo de la mayoría de los países de la Unión durante el conflicto de Irak, lo demuestran suficientemente.

Porque la hegemonía es mala.

Mala para el mundo, en el que aparecen «zonas grises» presas de la anarquía (las zonas que no interesan a los americanos).

Mala para la propia *hegemon*, que se osifica debido a la falta de competencia y de oposición. Platón había reflexionado sobre la cuestión de una hegemonía mundial. (No era teórica: Alejandro pronto iba a conquistar el universo.) La consideró contraproducente. Para el equilibrio mundial era bueno que coexistieran Atenas y Esparta. «Dominar las rutas del petróleo» (del Caspio, Irak, Venezuela) no debería sustituir, en Estados Unidos, a una auténtica reflexión sobre el mundo exterior.

El World Trade Center, la demografía y el futuro

EN ENERO de 1991, la guerra de Kuwait fue un explosivo ejemplo de la hegemonía de Estados Unidos. No lo habrían podido hacer si hubiera existido la URSS, porque la Rusia soviética protegía a Irak. El Baas y Sadam Husein eran sus clientes.

Señalemos que Kuwait es una creación completamente artificial del imperialismo inglés (se trataba de cortar a Mesopotamia sus tradicionales accesos al mar).

Sin embargo, invadir con armas un estado, aunque éste sea simulado, no es un procedimiento aceptable. Así que, la primera guerra del Golfo fue completamente legal (Francia participó en ella), con objetivos limitados. Se reconquistó Kuwait, el Baas iraquí se mantuvo en el poder. Bush padre había sido prudente.

Antes de este acontecimiento, la toma del poder en Irán por parte de los mulás del ayatolá Jomeini había sido una buena advertencia. La Revolución iraní, con la ocupación de la Embajada de Estados Unidos, hizo tanto ruido en el mundo musulmán, como lo había hecho la Revolución francesa en el mundo ilustrado con la toma de la Bastilla... Por otra parte, el Irak de Sadam se había enfrentado en una encarnizada guerra contra el Irán de los mulás.

Cuando Jomeini lanzó una *fatwa* contra el escritor Salman Rushdie, desafió a la modernidad. El marxismo quería superar 1789, el islamismo borrarlo. Pero Jomeini era persa, y su revolución tenía una base identificable: Irán.

El atentado antiamericano del 11 de septiembre de 2001 es otra cosa completamente distinta. Fue un atentado muy real, aunque un ridículo libro pretendiera lo contrario. Se comparó con Pearl Harbor. Pero la comparación no es pertinente.

Hay ciertas semejanzas: el número de muertos, la sorpresa, el *shock*. Pero, sesenta años antes, se trataba de una guerra entre estados; el agresor estaba localizable. Los japoneses querían aniquilar una marina militar, y no especialmente a civiles (de hecho, la mayoría de las víctimas fueron soldados).

¿Qué estado quiso hacer saltar por los aires las Torres Gemelas de Manhattan y el Pentágono? ¡Ninguno! Al Qaeda no es ni siquiera una organización centralizada. Es una nebulosa de grupos animados por el fanatismo...

Al Qaeda tampoco desarrolla una auténtica guerra. La guerra persigue obtener resultados políticos. ¿Cuáles eran los objetivos de Al Qaeda? ¿Qué exigía Al Qaeda a Estados Unidos? Nada. El modo de operar nos dejó estupefactos: la destrucción de las torres del World Trade Center recuerda, sin llegar a confundirse, las películas de catástrofes de Hollywood.

En 1994, los integristas musulmanes habían secuestrado un avión de Air France

con el fin de lanzarlo sobre la Torre Eiffel. El golpe fracasó, puesto que tuvieron que confiar en los pilotos franceses para aterrizar el airbus en Marignane, donde el GIGN pudo asaltarlo.

Los integristas dedujeron de aquello que debían formar pilotos. De hecho, los comandos que se apoderaron de los aviones americanos tomaron ellos mismos los mandos de los aparatos. Como anécdota para la historia, uno de los kamikazes recibió su título de piloto —americano— después de haber muerto.

Convertir aviones civiles (llenos de queroseno después de despegar) en bombas fue una idea perversa, pero eficaz. El calor desprendido por el incendio de las torres licuó su estructura metálica y provocó su derrumbamiento. El propio Bin Laden quedó sorprendido. Consiguió más de tres mil muertos y un efecto visual aterrador. Bin Laden, un buen comunicador, estaba satisfecho: el primer avión atrajo a las cámaras y todas las televisiones pudieron filmar cómodamente el segundo choque.

Bin Laden, formado por los americanos, por muy integrista que sea, sigue siendo un hijo de la publicidad. El efecto económico y financiero fue enorme. El presidente Bush hijo tuvo que inyectar, en contra de los principios liberales, millones de dólares papel para salvar la economía americana.

Los servicios de información se habían mostrado incompetentes. Gracias a sus satélites y ordenadores, escuchaban todas las comunicaciones del mundo. La CIA sólo había olvidado que los conspiradores no llaman por teléfono (con la excepción de los nacionalistas corsos). La información, desde siempre, descansa en los «topos», agentes infiltrados en las filas enemigas. Pero la CIA no los tenía. La excusa es que nadie hablaba persa (idioma que se habla en Kabul).

Al contrario de lo que sucedió después de Pearl Harbor, el dragón americano golpeó en el vacío. Es verdad que ocupó legítimamente Afganistán (país en el que la CIA, poco tiempo antes, apoyaba a los talibanes frente a los rusos). Pero, acto seguido, no supo qué hacer.

La segunda guerra de Irak fue una trampa.

Sadam Husein, dictador socialista y laico, se parece más a Stalin que a Bin Laden. Detestaba a los integristas y no tuvo contacto alguno con Al Qaeda antes del 11 de septiembre de 2001... Por otra parte, sólo disponía de un pequeño ejército desprovisto de «medios de destrucción masiva» y muy disminuido desde la aventura de Kuwait.

La conquista de Irak por parte del ejército americano en 2003 fue una operación tan fuera de lugar que se podría llegar a pensar, casi en el delirio, que había sido programada por Al Qaeda. ¿Para quién fue provechosa?

La destrucción de un régimen notoriamente ateo, el caos en Irak y la humillación (una vez más) de los musulmanes son las consecuencias más evidentes. Bin Laden debería felicitarse. La Francia del presidente Chirac no quiso participar en aquella locura que, sin embargo, aprobaron la mayoría de los países de la UE. Esto demuestra

de manera sorprendente que la voluntad política reposa no en una burocracia desfasada, sino en la voluntad de las naciones. No basta con ser poderoso, hay que ser inteligente y estar motivado. Como dijo Woody Allen en una de sus películas: «¡Gracias a Dios que existe Francia!».

Al Qaeda es un fenómeno inquietante: ¿una parte del islam ha cambiado reconvirtiéndose (el suicidio no es musulmán sino budista) en una ideología totalitaria? Por primera vez en siglos, se contesta a la modernidad (el Japón Meiji no había hecho más que imitarla). Al Qaeda tiende a las potencias la trampa de las guerras de religión.

¿Qué sucede con el estado del mundo después de esto?

Ahora hay que hablar un poco de demografía. Hemos indicado su importancia al observar, por ejemplo, las explosiones demográficas debidas a la revolución del neolítico y a la industrial, y el desclasamiento de Francia (la potencia europea con mayor número de población en 1815 y con menor en 1915).

El estado «natural» de los pueblos es aquel en que se dan muchos niños por mujer (la demografía se ocupa de las mujeres) y mucha mortalidad en general. Éste fue el estado habitual hasta el siglo XIX.

En el estado moderno de la demografía se cuentan pocos nacimientos por mujer, pero también una débil mortalidad. La medicina (a partir del momento en que se convierte en eficaz con Pasteur) casi ha suprimido la mortalidad infantil, produciendo un alargamiento de los medios que se confunde con el alargamiento de la vida individual.

En 1700 era necesario que una mujer tuviera siete u ocho hijos para que sobrevivieran dos o tres. En la actualidad sólo hace falta tener dos o tres, porque (felizmente) los bebés apenas mueren. La medicina ha revolucionado el mundo más que la agricultura o la industria. Los médicos, que a menudo son grandes individualistas (juramento hipocrático), apenas son conscientes de ello.

A este paso de un estado demográfico a otro se le llama «transición demográfica». Esta transición exige tres o cuatro generaciones, las mujeres no se dan cuenta de inmediato de que sus bebés ya no se mueren. Este desfase explica las «explosiones» demográficas. En el siglo XIX, Europa «explotó», expandiendo por el mundo decenas de millones de emigrantes. Luego hizo su «transición» hacia 1960.

La historia demográfica de Francia fue singular. La «gran nación» efectuó su «transición» mucho antes que el resto de los países europeos, por culpa de —o gracias a— la «Gran Revolución», que provocó un profundo vuelco en las costumbres. En la actualidad, parece vacunada contra el maltusianismo. Siguen naciendo, más o menos, el mismo número de niños por mujer que durante el reinado de Luis Felipe. Paradójicamente, su tasa de fecundidad (1,90 niños por mujer) es mucho más alta que la de sus vecinos europeos (1,30) y próxima a la tasa de

sustitución de las generaciones (con las condiciones de la medicina moderna, son necesarios 2,10 niños por mujer para sustituir las generaciones). La actitud, fuerte durante mucho tiempo, de integrar a la inmigración (comparable con la de Estados Unidos) contribuyó también a su relativa buena salud demográfica.

La explosión demográfica fue a continuación la del Tercer Mundo. Las mujeres del Tercer Mundo no tuvieron más hijos que sus abuelas (como ellas, tenían siete u ocho). Pero no habían entendido que esos niños (gracias a los dispensarios) ya no morían. La Argelia musulmana ha pasado de este modo de dos millones de habitantes en 1830 a seis millones actualmente.

La explosión demográfica es una «tarta de nata» mediática. Sin embargo, ha terminado. La «transición demográfica» está realizándose casi en todas partes. Ya lo hemos dicho, las ideas se extienden como las epidemias. Desde el año 2000, las mujeres del Tercer Mundo han caído en la cuenta. Saben que les basta con tener tres hijos. En estos momentos, la tasa de fecundidad de Argelia es comparable a la de Francia. Por supuesto, como los hombres se parecen a los árboles, existe una «inercia demográfica». Las mujeres argelinas han alineado su comportamiento al de las francesas, pero los millones de adolescentes nacidos antes de la transición corren por las calles. Dentro de veinte años se apreciará la transición argelina.

La verdad es que la humanidad, hoy en día formada por seis mil millones de individuos, ya no sufre la amenaza de una explosión demográfica. Sólo en algunos países siguen naciendo muchos niños por ideología o con la esperanza de una «revancha de las cunas» (expresión inventada para explicar cómo los sesenta mil campesinos franceses abandonados en Canadá han podido convertirse en seis millones): los palestinos, los musulmanes y los judíos integristas también se vengan así.

En conjunto —una verdad desconocida—, la humanidad no está amenazada por una explosión, sino por una implosión demográfica. Desde dos generaciones atrás, en China, Japón y la India tamil nacen pocos niños. Es el «envejecimiento», un eufemismo (a nuestra época bienpensante no le gusta llamar a las cosas por su nombre) con el que se designa a la disminución de los nacimientos.

Esta disminución es terrible en Rusia, en donde probablemente se corresponda con una «desmoralización» consecuencia de la caída del comunismo. Pero también afecta de manera trágica a Europa (excepto a Francia): en Italia, en España, en Alemania, apenas nace un hijo por cada mujer. Así las cosas, la Unión Europea está amenazada por una desaparición física.

La inmigración sólo puede suplir esta carencia de modo marginal. Porque existe una gran diferencia entre la «integración» de los recién llegados y la «sustitución» de una población por otra, la cual rompe la continuidad y compromete la transmisión cultural. En algunas zonas de los extrarradios de las ciudades se ha producido la

sustitución de la población. Se pueden comprobar las consecuencias. Hace falta tiempo para la inserción, pero la rapidez de la implosión europea apenas se lo da. Y las cosas pueden ir peor porque cuanto más aluden los reaccionarios a los problemas de natalidad, más afirman los anglosajones que la intimidad de los hogares no concierne al Estado. Algo evidentemente falso: el nacimiento de un niño es un hecho social. Son los niños indígenas los que integran a los niños inmigrados.

El eslogan de los *yuppies* americanos expresa la mentalidad de la época: DINK (*Double income, no kids*, «Doble sueldo, ausencia de niños»). Cuando estos inconscientes *yuppies* sean viejos, lo pagarán caro. Porque después del 11 de septiembre, no es seguro que los jóvenes inmigrados empujen sus sillas de ruedas.

A pesar de estos interrogantes, el final anunciado de la explosión demográfica es más bien una buena noticia para la humanidad. Lo ideal sería que las poblaciones alcanzasen el «crecimiento cero» demográfico: la simple —pero segura— sustitución de las generaciones. Hay que recordar que este ideal exige que las mujeres acepten tener dos o tres hijos cada una.

En la actualidad se habla más de ecología que de demografía. La ecología no es sólo una moda: es una toma de conciencia respecto a que los recursos de la Tierra no son inagotables y a que la humanidad influye —desde el neolítico— en el medio ambiente.

La ineludible subida de los precios del barril de petróleo es, en este sentido, una buena noticia. Esta subida contribuirá más que los discursos a imponer un comportamiento ecológico.

Tras la demografía y la ecología, recordemos algunos hechos geopolíticos.

China ha entrado de manera brutal en el período salvaje de la acumulación primitiva capitalista. Sus ciudades rebosan de torres de cristal. Se ha convertido en la fábrica del mundo. Necesita importar petróleo y acero. Es la era «Meiji» de China, pero mucho más caótica que lo fue en Japón.

A la familia patriarcal china la ha sustituido la del hijo único, «pequeños emperadores» maleducados y caprichosos —increíble transformación de la tradición de Confucio—. La ciudad faro de Singapur muestra una modernidad china hiperactiva, pero conformista y triste, completamente aceptada por Pekín (al contrario que Taiwan). Porque el pasado sigue pesando en China: continúa siendo el Imperio del Medio, y todavía más en la actualidad, que el Gobierno de Pekín ha abandonado por completo los sueños universalistas de Mao Tse-tung, quien empujaba a los cooperantes chinos hacia África.

La India también ha entrado en la modernidad como un elefante en una cacharrería, a través de la informática y de los servicios más que de la industria. Pero este desarrollo afecta esencialmente a la India tamil del Dekkán, cada vez más alejada del norte hinduista —con el riesgo de un nuevo estallido del subcontinente.

Rusia, por su parte, se despeja con dificultad de los escombros de la URSS. Aceptó la secesión de Asia central y de Ucrania. Paradójicamente, se enfrenta en una cruel guerra con Chechenia. A propósito de esta guerra, hemos mencionado el petróleo, pero, reflexionando, quizá se trate de una crispación imperial comparable a la de Gran Bretaña cuando, en 1982, declaró la guerra a Argentina por la posesión del insignificante archipiélago de las Malvinas.

El Cáucaso, en donde se unen iraníes, turcos, eslavos, armenios y georgianos, conservatorio de todas las etnias, zona de conflicto de todas las religiones, se ha convertido en una de las zonas grises del planeta. El formidable antiguo ejército rojo, descompuesto por completo, sólo consiguió acabar con el odioso secuestro de un colegio en Ossetia provocando una masacre el 3 de septiembre de 2004.

Las poblaciones rusas desertan de las zonas boreales o siberianas en un gran éxodo hacia el sur. El abandono de las zonas rurales difíciles del planeta es, por otra parte, una realidad general y preocupante en el mundo entero.

Por lo demás, el futuro es imprevisible. Los que hacen previsiones siempre se equivocan; siempre sucede lo imprevisible. Según los distintos puntos de vista se puede confiar o temer.

En primer lugar, confiar. El potencial de la ciencia es enorme. El «buen juicio de las naciones» puede prevalecer sobre la locura: así, los países musulmanes no explotaron después del 11 de septiembre de 2001.

Pero también hay razones para temer el futuro. Las «zonas grises» se multiplican, la inseguridad aumenta. Incluso para construir ordenadores es necesario que subsistan zonas seguras en las que se pueda construir en paz. Las guerras de religión se reaniman.

Más grave aún: en el corazón de la modernidad, el espíritu público desaparece. La decadencia nunca es ineludible si se mantiene el sentido del bien común. Una pregunta esencial para el futuro del mundo moderno: ¿encontrarán los países modernos su razón de existir? Porque cierta moda amenaza a los hombres de nuestras sociedades desarrolladas: «Al debilitarse entre ellos el sentimiento del bien común, al dispersarse las familias, al interrumpir la cadena de recuerdos, al incrementar de manera desmesurada las necesidades, se han convertido en menos civilizados de lo que eran». Tocqueville hablaba de la influencia nefasta de la modernidad en los indios.

Nota

Este libro no incluye bibliografía de manera voluntaria. Las obras históricas son, en efecto, tan numerosas que su enumeración, aunque fuera sucinta, ocuparía más páginas que el propio libro. Los autores esperan que, presos de la curiosidad, los lectores vayan a comprar esas obras, generalmente reagrupadas por épocas, a las librerías. Tampoco hay índice onomástico, pues todos los nombres aparecen en las enciclopedias.

También es voluntario el hecho de que este libro no incluya mapas. No es porque los autores desprecien la geografía, al contrario, sino porque serían necesarios centenares de mapas para ilustrar esta obra. Aunque existan pocos relatos cronológicos de la Historia del mundo, sí que hay excelentes atlas históricos y numerosos atlas universales (en su defecto, se puede consultar cualquier diccionario enciclopédico). Los autores ruegan a los lectores que si están interesados se dirijan a ellos.

Notas

- [1] La dinastía «Saita» es la dinastía XXVI, del 663 al 526 a.C. (*N. de la T.*)
- [2] Los reyes persas son conocidos como los Grandes Reyes. (*N. de la T.*)
- [3] Los diádocos son los herederos. (*N. de la T.*)
- [4] *Idus*, en el calendario romano, es el día que se corresponde con el 15 en marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 en el resto de los meses. (*N. de la T.*)
- [5] Hace referencia a una frase de La Rochefoucauld: «La hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud». (*N. de la T.*)
- [6] Tomado en todos los casos de la Biblia de Jerusalén de Desclée de Brouwer, edición de 1975. (*N.T.*)
- [7] Un juego de palabras entre *haut-cour*, el patio alto, o la corte alta, que en la actualidad significa el Tribunal supremo; y *basse-cour*, el patio bajo o la corte baja, que en castellano significa corral. (*N. de la T.*)
- [8] *Marais* significa pantano, zona pantanosa, ciénaga. En la actualidad, el Marais es una las zonas más esnobs de París.
- [9] Pléyade, grupo de siete grandes poetas franceses del Renacimiento. (*N. de la T.*)
- [10] Se considera bienpensante a la persona cuyas ideas son conformistas y convencionales. (*N. de la T.*)
- [11] Arpende es una medida agraria francesa que equivale a 34,2 áreas. (*N. de la T.*)
- [12] En español en el original. (*N. de la T.*)
- [13] Se refiere a la distribución al por mayor para la venta al por menor. Le Printemps, la Samaritaine, y le Bon Marche son grandes almacenes tipo El Corte Inglés, de diferentes categorías. (*N. de la T.*)

[14] El regador regado. (N. de la T)

[15] Prestigioso centro de estudios donde se prepara lo que se podría denominar tercer ciclo, por el que han pasado los intelectuales más destacados de Francia. (N. de la T.)

[16] *Belote*, un juego de naipes muy fácil y muy popular. (N. de la T)

[17] Soldado del ejército americano. (N. de la T.)

[18] La traducción literal de *doryphores* es «escarabajo de la patata».

[19] Juego de palabras que al traducirse pierde el sentido, pero quiere decir: “Metropolitano - Pétain flojea demasiado”

[20] *Bagre*, establecimiento penitenciario en donde los presos se ven obligados a realizar trabajos forzados. (N. de la T.)

[21] Las tarjetas perforadas son unas fichas en las que se memoriza, por medio de perforaciones, determinados emplazamientos, datos que una máquina informática interpreta. (N. de la T)

[22] Miembro de una comunidad judía de un país europeo no mediterráneo. Se opone a sefardí. (N. T.)

[23] Se conoce con el nombre de *pieds-noirs* [pies negros] a los descendientes de familias francesas ya nacidos en Argelia. (N. de la T)

[24] Partidarios del levantamiento contra la autoridad francesa para obtener la independencia.